

PLUTARCO  
VIDAS DE  
HOMBRES ILUSTRES



LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID S.A.  
MADRID







1169356

98

2003



BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE



PLUTARCO

# VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES

PERICLES - FABIO MAXIMO  
ALCIBIADES - CORIOLANO  
DEMÓSTENES - CICERÓN

TRADUCCIÓN DE  
A. RANZ ROMANILLOS



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

2003

MCMXIX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1976

M A D R I D



# PLUTARCO

*ENTRE los libros que la humanidad ha hecho suyos, concediéndoles una estimación sólida a través de los siglos, el de Plutarco, las Vidas paralelas, puede ponerse en lugar eminente. Las demás obras, recopiladas quizá en el siglo x de nuestra Era, como todas las del autor, no gozan de la misma popularidad, con ser muy famosas y estar trazadas en la misma intención. Reunidas con el título de Obras morales comprenden escritos de las más distintas materias.*

*Fué Plutarco un espíritu enciclopédico; le fueron familiares los más variados conocimientos de su época, y le adornaron todos los dones de la amabilidad y del ingenio. Sus diálogos, sus tratados de filosofía, sus conversaciones de sobremesa, muéstranle al tanto de las doctrinas en que se moldeó el pensamiento helénico. Es un discípulo tardío de Platón, que ha oído a Aristóteles y a los pitagóricos, a los estoicos y a los epicúreos, permeable a todas las tendencias, aun a las mismas que combate en nombre de un idealismo que tiene su origen en la Academia. El secretario Diego Gracián, su traductor castellano del siglo xvi, citando palabras de Erasmo, dice que si los antiguos filósofos bajaron la filosofía del cielo a la tierra, Plutarco «la metió en las casas y en los más escondidos rincones dellas, y allí en lo más secreto y más particular le mandó que entendiesen».*

*Sobre todo es un moralista. Pero se engañaría quien le creyera adusto y severo; antes al contrario, nadie más sonriente, nadie más tolerante que Plutarco. Para él, los sentimientos del hombre han de lograr su desarrollo natural. Nada le prohíbe, a no ser la la rebeldía contra su propia razón.*

*En los grandes hombres que sus Vidas presentan como dechados que admirar e imitar, no sólo pone de relieve las excepcionales dotes que los levantan por encima del común de los mortales; parece preferir los rasgos de carácter que se manifiestan en las cosas diarias y pequeñas, y, sin que se eche de menos en sus biografías el fondo histórico y el acto transcendental, por todos lados florece la anécdota, expresiva, elocuente de por sí, que acerca a nosotros esas grandes figuras de la humanidad y nos las ofrece por modelo, quitándoles su empaque imponente.*

*Así se desenvuelve Plutarco, no ya como historiador, sino, concretamente, como biógrafo; no crea el género, antes de él ilustrado por grandes escritores de Grecia y de Roma, pero acaso lo lleva a punto de perfección como ningún otro. Hace entrar en él su filosofía, su moral, todas las cualidades de su espíritu, y le presta el encanto de su estilo, su arte de narrador, su profundidad de novelista y de dramático, que no escribió novelas ni dramas, pero que se los dió hechos a otros: Shakespeare, en Julio César, en Coriolano, en Antonio y Cleopatra, no tuvo más que trazar las escenas; en ocasiones, con traducir las palabras mismas de Plutarco, hace hablar a los personajes.*

*El vago artificio de presentar un paralelismo entre los claros varones griegos y romanos, comparando entre sí existencias separadas a veces por siglos y casi siempre por un mundo de ideas, no va más allá de lo conveniente. Perdido el nexo, en ocasiones ingenioso*

## DE HOMBRES ILUSTRES

y abundante en sugerencias y pretextos, quedan las Vidas, cada cual como un todo completo y todas juntas como el más fiel espejo de las virtudes antiguas. En esta forma las ofrece a la consideración de su tiempo el antiguo traductor castellano de las obras morales, arremetiéndolo, como Cervantes había de hacerlo años después, contra los libros de Caballerías; porque aun refiriéndose a otros Paralelos que se hallan en su traducción, lo que dice es en todo aplicable, con mayor motivo, a las Vidas: «Assi que en lugar de Tristanes, Reynaldos, Florisandos, Primaleones, Palmerines y Duardos y otros cien mil tales que hinchen los papeles de mentiras, donde muchas personas muy amenudo gastan sus buenas horas... tomarán un passatiempo no menos provechoso que deleytable y honesto los que quisieren gozarlo en conocer quién fueron Emperadores, Reyes, Príncipes y esforçados capitanes y otros varones y mujeres ilustres dignos de memoria, que dan ocasión para procurar, en quanto fuere possible, a se transformar en las virtudes que verán reluzir en las tales personas y emendar las faltas que conocerán ser notadas en ellas...»

Las Vidas de Plutarco que se conservan hoy son en número de cincuenta, presentadas paralelamente de dos en dos y seguido cada grupo de una comparación que justifica el título. Compáranse así las vidas de Teseo y Rómulo, Licurgo y Numa Pompilio, Solón y Valerio Públicola, Temístocles y Camilo, Pericles y Fabio Máximo, Alcibiades y Coriolano, Timoleón y Paulo Emilio, Pelópidas y Marcelo, Aristides y Catón el viejo, Filopemen y Flaminio, Pirro y Mario, Lisandro y Sila, Cimón y Lúculo, Nicias y Craso, Eumenes y Sertorio, Agesilao y Pompeyo, Alejandro y Julio César, Foción y Catón de Utica, Agis y Cleomenes y los Gracos, Demóstenes y Cicerón, Demetrio Poliorcetes y Marco Antonio, Dion y Marco

*Bruto. Quedan, además, sin paralelo, las vidas de Artajerjes Mnemón, Arato, Galba y Otón. Se ha intentado, sin resultados positivos, establecer la cronología de estas vidas, que no son las únicas que escribió; pero se sabe que no corresponden a un determinado período de la del autor, sino a toda ella, lo mismo que las obras morales. Las que se han elegido para este tomo gozan de antigua fama entre todas.*

*De la vida de Plutarco, desechada la creencia mucho tiempo admitida de que fué maestro del emperador Trajano, poco es lo que se sabe. Calcúlase que nació hacia el año 50 de nuestra Era y murió por el 125. Era de Queronea, lugar de Beocia, y a lo que parece de familia principal. En distintos lugares habla de su padre Nicareo y de su tío Lamprias. Estudió filosofía, retórica y ciencias en Atenas, y fué discípulo de Ammonios; viajó después por Grecia, pasó a Egipto y luego en Roma tuvo estudio y dió conferencias, como era uso, valiéndose de apuntes con los que redactó después las obras morales. Volvió después a Queronea y pasó en el pueblo natal el resto de su vida, con raros viajes. Fué llamado a las funciones de sacerdote de Apolo. Su existencia moderada y tranquila, su espiritualismo que le acercaba en la práctica a la religión de Cristo, que empezaba entonces a extenderse por el mundo, dieron a sus aficionados deseo de atraerle a sí más aún, haciéndole cristiano, a pesar de sus terminantes opiniones manifiestas. Así lo apunta Gracián, con estas palabras: «Algunos han pensado que este nuestro Plutarco es aquel de quien escribe Eusebio en la historia eclesiástica que por amonestación de Orígenes fué Cristiano y después martyr. Yo, sin duda por la affeción que tengo y todos tienen a Plutarco, lo quisiera: mas no puede ser, que la orden de los tiempos lo contradize.»*

*La boga que alcanzaron las obras de Plutarco, ya*

en múltiples manuscritos, ya divulgadas por la imprenta desde la edición aldina de 1509, fué inmensa. Las traducciones se multiplicaron en todas las lenguas desde muy pronto. El secretario Diego Gracián tradujo las Morales al castellano en 1548; de las Vidas, en cambio, no hubo versión en nuestro idioma, completa y directa, hasta el siglo XIX: en 1821 apareció la de D. Antonio Ranz Romanillos que aquí se reproduce. Ya en el siglo XV había intentado trasladarlas de una versión latina el cronista Alfonso de Palencia; pero de su trabajo dice Gracián que por él esas vidas «más verdaderamente se podrán llamar muertes o muertas». Tampoco es digna de ser otra versión de ocho vidas por Juan Castro de Salinas, magníficamente impresa en Colonia, en 1562, y hecha también sobre un texto latino. No ha tenido Plutarco entre nosotros la suerte que tuvo en Francia, en donde la sabrosísima prosa del viejo Amyot, si bien lo desfiguró en parte, le hizo tomar rango de clásico en aquella literatura.

LESER.



VIDAS  
DE  
PERICLES  
Y  
FABIO MAXIMO



# P E R I C L E S

**V**IENDO César en Roma, según parece, a ciertos forasteros ricos que se complacían en tomar y llevar en brazos perritos y monitos pequeños, les preguntó si las mujeres en su tierra no parían niños; reprendiendo por este término de una manera verdaderamente imperatoria a los que la inclinación natural que hay en nosotros a la moralidad y la humanidad, debiéndose a solos los hombres, la trasladan a las bestias. Pues si aun en los hijos de los perros y jimios hay como cierto deseo a saber y a examinar, razón tendrá nuestra alma para reprender a aquellos que abusan de ésta en oír y escudriñar cosas que no merecen ninguna atención, descuidando las que son loables y provechosas. Porque a los sentidos, como que se han pasivamente, al recibir la impresión de cualquiera objeto puede serles preciso reparar en lo que los hiere, bien sea provechoso, o bien inútil; mas de la razón a cada uno le es dado usar como quiere, y convertirla y trasladarla fácilmente al objeto que le parece. Conviene por tanto volverla a lo mejor; no para examinarlo sólo, sino para alimentarse y recrearse con su contemplación. Porque así como al ojo aquel color le es conveniente y recrea la vista, así también conviene emplear la inteligencia en objetos que con recreo la inclinen hacia

el bien que le es natural y propio; y estos objetos son las obras y acciones virtuosas que con sólo que se refieran engendran cierto deseo y prontitud atractiva a su imitación, pues en las demás, al admirar sus frutos o productos, no suele seguirse el conato de ejecutarlas; antes por el contrario, muchas veces, causándonos placer la obra, miramos mal al artífice, como sucede con los ungüentos y la púrpura, que estas cosas nos gustan; pero a los tintoreros y aparejadores de afeites los tenemos por mecánicos y serviles. Por esto Antístenes, habiendo oído de Ismenia que era buen flautista, repuso con razón: «Pero, hombre baladí, pues a no serlo, no sería tan diestro flautista»; y Filipo a su hijo, que en un festín había cantado con gracia y habilidad: «¿No te avergüenzas—le dijo—de cantar tan diestramente? porque a un rey le basta cuando tenga vagar, oír a los que cantan, y da bastante a esta clase de estudios con presenciar los certámenes de los que en ellos sobresalen.»

La ocupación, pues, en las cosas pequeñas halla contra sí misma confirmación que la convenza de desidia en el trabajo que se emplea en los negocios fútiles; pues ningún joven de generosa índole, o por haber visto en Pisa la estatua de Júpiter ha deseado ser Fidias, o Policleto por haber visto en Argos la de Juno; ni Anacreonte, Filemón, o Arquíloco por haber oído los versos de estos poetas; pues no es preciso que porque la obra deleite como agradable, sea digno de imitación el artífice. Por tanto, es visto que no son de provecho para los espectadores aquellas cosas que no engendran celo de imitación, ni tienen por retribución el incitar al deseo y conato de aspirar a la semejanza; mas la virtud es tal en sus obras, que con el admirarlas va unido al punto el deseo de imitar a los que las

ejecutan; porque en las cosas de la fortuna lo que nos complace es la posesión y el disfrute; pero en las de la virtud la ejecución; y aquéllas queremos más que nos vengan de los otros, y éstas, por el contrario, que las reciban los otros de nuestras manos; y es que lo honesto mueve prácticamente y produce al punto un conato práctico y moral, infundiendo un propósito saludable en el espectador, no precisamente por la imitación, sino por sola la relación de los hechos. De aquí nació en mí el propósito de ocuparme en este género de escritura; y éste es el décimo libro que componemos, que contiene las vidas de Pericles y de Fabio Máximo, el que combatió con Aníbal, varones parecidos entre sí en otras virtudes, pero muy especialmente en la mansedumbre y la justicia, y en haber sido ambos muy útiles a sus patrias con saber llevar las calumnias de los pueblos y de sus colegas: si acertamos o no en nuestro juicio, podrá verse por lo que escribimos.

Era Pericles, por la tribu, Acamantida, y por su barrio, Colargueo, y de los primeros por su casa y linaje, así por parte de padre como de madre; porque Jantipo, el que venció en Micale a los generales del Rey, se casó con Agarista, descendiente de Clistenes, el que arrojó a los Pisistratidas, y destruyó alentadamente la tiranía, publicando leyes y estableciendo un gobierno el más acomodado para la concordia y el bienestar. Parecióle a aquélla entre sueños que paría un león, y de allí a breves días dió a luz a Pericles; que en toda la demás conformación de su cuerpo no tenía defecto, y solamente la cabeza era muy prolongada y desmedida. Por esto en casi todas sus estatuas se le retrata con yelmo, no queriendo, según parece, mor-

tificarle los artistas; y los poetas áticos le llamaban *esquinocéfalo*, cabeza de albarrana, porque a esta especie de cebolla llamada *éscila* algunos le decían *esquino*. De los poetas cómicos, Cratino en los *Quirones* dice:

La sedición y el ya canoso tiempo  
 en unión monstruosa se ayuntaron;  
 y un tirano nació, que de los Dioses  
 fué *congregacabezas* saludado.

Y también en la *Némesis*:

Ven, oh Jove hospedero y bien hadado (1).

Teleclides, en un lugar, dice que dudoso con los negocios se sentaba en la ciudad *muy cargado de cabeza*; y en otro lugar que él solo con su cabeza descomunal movía grande alboroto. Y Eupolis en su comedia *Los Populares*, preguntado sobre cada uno de los demagogos que iban volviendo del infierno, cuando en último lugar se nombró a Pericles:

¿A qué hora trajiste de allá abajo  
 a ese que de todos es cabeza?

Muchos escriben que Damón fué su maestro en la música, diciendo que la primera sílaba debe pronunciarse breve; pero Aristóteles es de opinión que se dedicó a la música bajo la enseñanza de Pitoclides. Lo que se infiere es que Damón, que era consumado sofista, quiso tomar por pretexto

(1) El adjetivo *μακάριος*, de que se usa en vocativo, significa feliz, bienhadado; pero puede usarse también por carilargo, que es en lo que está la alusión a Pericles, la cual no puede aparecer en ninguna otra lengua.

el nombre de la música, disfrazando así para con la muchedumbre su principal habilidad: pues estaba al lado de Pericles como de un atleta, sirviéndole de unguentario y maestro en las cosas públicas. Ni se dejó de echar de ver que Damon tomaba la lira por pretexto y disimulo; antes luego que como hombre de peligrosos intentos y favorecedor de la tiranía, fué condenado al ostracismo, dió por aquella causa materia a los poetas cómicos; de los cuales Platón hace que uno le pregunte en cabeza de aquél de esta manera:

A esto ante todas cosas da respuesta.  
¡Es común opinión que tú, oh perverso,  
fuiste quien a Pericles educaste!

Oyó también Pericles a Zenón Eleates, que trató de las cosas naturales al modo de Parménides, cultivando un método ecléctico, y que por medio de la contradicción fomentaba la duda y perplejidad, según que Timón Fliasio lo indicó en estos versos:

Era grande el poder, mas no engañoso,  
de Zenón ambidextro; que de todos  
cual la abeja solícita escogía.

Mas quien siempre asistió al lado de Pericles; quien le infundió principalmente aquella altivez y aquel espíritu domeñador de la muchedumbre, y quien dió majestad y elevación a sus costumbres, fué Anaxágoras de Clazomene, al cual los de su edad le apellidaban inteligencia, o admirando su grande prudencia y sus singulares y adelantados conocimientos en las cosas físicas, o porque fué el primero que estableció por principio ordenador de

todos los seres, no el acaso o el hado, sino una razón pura e ilibada, difundida en todas las cosas, que puso diferencias entre las que eran semejantes.

Gustaba extrañamente Pericles de este filósofo, y penetrado de su doctrina sobre los meteoros y de su metafísica sublime, no solamente adquirió, como era natural, un ánimo elevado y un modo de decir sublime, puro de toda chocarrería y vulgaridad, sino que con su continente inaccesible a la risa, con su modo grave de andar, con toda la disposición de su persona, imperturbable en el decir, sucediera lo que sucediese, con el tono inalterable de su voz, con todas estas cosas sorprendía maravillosamente a todos. Estuvo en una ocasión un hombre malvado e insolente todo el día, y lo aguantó, aun en la plaza, mientras tuvo que despachar los negocios que ocurrieron: a la tarde se retiraba tranquilo a casa, y aquel hombre se puso a seguirle, vomitando contra él toda suerte de dicerios; llegó a casa cuando ya había obscurecido, y mandó a un criado que tomase un hacha y fuese acompañando a aquel hombre hasta su posada. El poeta Ión dice que el trato de Pericles era arrogante y soberbio, y que a lo jactancioso se reunía en él cierta altivez y desprecio de los demás; y celebra a Cimón de atento, de afable y de festivo en las concurrencias; pero sin hacer caso de Ión, que al modo que en la representación trágica quiere que también en la virtud haya su poquito de sátira, a los que a la gravedad de Pericles le daban el nombre de arrogancia y soberbia, los exhortaba Zenón a que ellos también se mostraran orgullosos por aquel término, para que la ficción de lo bueno engendrara en sus ánimos, sin que lo echasen de ver, recta imitación y costumbre.

Ni sólo este fruto sacó Pericles de su comunica

ción con Anaxágoras, sino que parece haberse hecho con ella superior a la superstición, que infunde terror en los efectos meteóricos y naturales a los que ignoran sus causas, y en las cosas divinas a los que con ellas deliran, y se asustan por falta de experiencia; pues la ciencia física la disipa inspirando en lugar de una superstición tímida y vana, una piedad sólida, acompañada de las mejores esperanzas. Cuéntase que trajeron una vez a Pericles la cabeza de un carnero que no tenía más de un solo cuerno; y que Lampón el adivino, luego que vió el cuerno fuerte y firme que salía de la mitad de la frente, pronunció que siendo dos los bandos que dominaban en la ciudad, el de Tucídides y el de Pericles, sería de aquél el mando y superioridad en el que se verificase aquel prodigio; pero Anaxágoras, abriendo la cabeza, hizo ver que el cerebro no llenaba toda la cavidad, sino que formaba punta como huevo, yendo en disminución por toda aquélla hasta el punto en que la raíz del cuerno tomaba principio. Por lo pronto Anaxágoras fué muy admirado de los que se hallaron presentes; pero de allí a poco lo fué también Lampón, cuando desvanecido el poder de Tucídides, recayó en Pericles todo el manejo de los negocios públicos. Mas a lo que entiendo, ninguna oposición o inconveniente hay en que acertasen el físico y el adivino, y que atinase aquél con la causa, y éste con el fin; siendo de la incumbencia del uno el examinar de dónde y cómo provenía, y del otro pronosticar a qué se dirigía y qué significaba. Los que son de opinión de que el hallazgo de la causa es destrucción de la señal, no reparan en que juntamente con las señales de las cosas divinas quitan las de las artificiales y humanas: el ruido de los discos, la luz de los faros, el puntero de los relojes de sol, cada una de

las cuales cosas por artificio y disposición humana es signo de otra. Mas esto quizá es más bien asunto de otro tratado que del presente.

Pericles ya desde joven se iba con mucho tiento con el pueblo, porque en la conformación del rostro era muy parecido a Pisístrato el tirano; y los más ancianos admiraban en él, cuando le oían hablar, lo dulce de la voz y la volubilidad y prontitud de la lengua por la misma semejanza. Siendo además expectable por su riqueza y su linaje, y teniendo amigos de mucho poder, de miedo del ostracismo ninguna parte tomaba en las cosas de gobierno; pero en los ejércitos se acreditaba de valeroso y arriscado. Cuando ya murió Aristides, Temístocles fué condenado, y Cimón estaba constantemente con la escuadra fuera de la Grecia, se fué Pericles aproximando al pueblo con tal arte, que tomó la causa de la muchedumbre y de los pobres, en vez de la de los pocos y los ricos, no obstante que su carácter nada tenía de popular; sino que temeroso, a lo que parece, de caer en sospecha de tiranía, y observando que Cimón era aristocrático y muypreciado de lo mejor de la ciudad, se puso del lado de los muchos, labrando así su seguridad propia, y formando contra éste un partido poderoso. Aun en lo relativo al método de vida tomó desde entonces otro sistema: porque parece que para él no había en la ciudad otro camino que el de la plaza pública y el consejo: ¡de tal modo dió de mano a los convites para festines, y a toda clase de reunión y concurrencia! Así en todo el tiempo que mandó, que fué muy largo, no se le vió concurrir a convite alguno en casa de ningún ciudadano, sino únicamente en la boda de su primo Euruptolemo, en la que estuvo hasta las libaciones, y luego se levantó. Porque las concurrencias llevan

mal todo lo que es altivez, y es muy difícil en la familiaridad conservar aquella gravedad que da opinión. Mas en la verdadera virtud, lo más loable es lo que más se manifiesta al público, y en los hombres buenos nada hay tan admirable para los de fuera como lo es su vida cotidiana para los de su casa; pero éste, huyendo respecto del pueblo la costumbre y el fastidio, no se le presentaba sino como escatimándose, ni hablaba en todo negocio, ni siempre se mostraba al público, sino que reservándose para los casos de importancia, como de la nave de Salamina dice Critolao, las demás cosas las ejecutaba por medio de sus amigos o de oradores de su partido; de los cuales se dice que era uno Efiates, que fué el que debilitó la autoridad del Areópago, escanciando a los ciudadanos, según expresión de Platón, una grande e inmoderada libertad; con la que el pueblo, como caballo sin freno, según que se lo echan en cara los poetas cómicos,

no tuvo a bien mostrarse ya sumiso,  
sino morder osado a la Eubea,  
y hacer insultos a las otras islas.

A este orden de vida y a la elevación de su ánimo procuraba acomodar, como órgano conveniente, su lenguaje, para lo que consultaba frecuentemente a Anaxágoras, coloreando con la ciencia física, como con un tinte retórico, la dicción. Porque reuniendo aquél por sus conocimientos en la física la razón sublime y obradora de todo, como dice el divino Platón, a su excelente natural, y juntando siempre lo conducente con el artificio en el decir, se aventajó mucho a todos los demás: y de aquí dicen que tuvo el sobrenombre; aunque hay quien diga

que de los primores con que adornó la ciudad, y otros que de su autoridad en el gobierno y en los ejércitos le vino el que le llamasen Olimpio: bien que nada de extraño habría en que todas estas cosas hubiesen contribuido en aquel hombre insigne para esta gloriosa denominación. Mas las comedias, que con gran cuidado de los que las ensayaban, lanzaron por entonces muchas voces ridículas contra él, de su modo de decir muestran haberse originado principalmente el tal sobrenombre; porque decían de él que tronaba, que lanzaba centellas, y que llevaba en la lengua un tremendo rayo cuando hablaba en público. Hácese también mención en este punto de un dicho de Tucídides Milesio, que expresa con gracia la destreza de Pericles. Era Tucídides hombre recto y bueno; y en el gobierno había estado largo tiempo en contradicción con Pericles. Preguntándole, pues, Arquidamo, rey de los Lacedemonios, cuál de los dos, Pericles o él, era mejor combatiente: «Cuando le he derribado—dijo—luchando con él, luego replica que no ha caído, vence, y se lo persuade a los que se hallan presentes.» El mismo Pericles era tímido y circunspecto en el decir; y así al subir a la tribuna pedía siempre a los Dioses que no se le escapase sin advertirlo ni una sola palabra que no fuese acomodada a su intento y a lo que éste pedía. Y lo que es escrito no dejó nada, a excepción de los decretos; pero se conservan en la memoria unos cuantos dichos suyos notables, muy pocos; cual es haber dispuesto que como una legaña se separase a Egina del Pireo; y aquello de decir: «Me parece que veo ya la guerra venir del Peloponeso.» Y en una ocasión en que Sófocles, su colega en el mando, hizo con él un viaje de mar, celebrando éste de lindo a un mocito: «Un general—le dijo—no sólo

ha de tener contenidas las manos, sino también los ojos.» Y Estesimbrotó refiere que elogiando en la tribuna a los que habían muerto en Samos, dijo que «se habían hecho inmortales como los Dioses; porque tampoco a éstos los vemos, sino que de los honores que se les tributan y de los bienes que nos dispensan conjeturamos que son inmortales; y esto mismo cuadra a los que mueren por la patria».

Tucídides nota de aristocrático el gobierno de Pericles, diciendo que aunque en las palabras era democrático, en la realidad eran mando de uno solo; y otros muchos han escrito que bajo él fué por la primera vez seducida la plebe con repartimientos, y con pagarle los espectáculos y darle jornal; con las cuales disposiciones se la acostumbó mal, y se hizo regalada y disipada, de templada y laboriosa que antes era: veamos, pues, por los hechos mismos cuál fué la causa de esta mudanza. Contrarrestando Pericles en el principio, como hemos dicho, a la gloria de Cimón, se adhirió a la muchedumbre; mas siendo inferior en riqueza e intereses, con los que éste ganaba a los pobres, dando cotidianamente de comer a los Atenienses necesitados, vistiendo a los ancianos, y echando al suelo las cercas de sus posesiones para que tomaran de los frutos los que quisiesen; frustrado Pericles con estas cosas, recurrió al repartimiento de los caudales públicos, aconsejándose así Demónides Oiese, según testimonio de Aristóteles. Con las dádivas, pues, para los teatros y para los juicios, y con otros premios y diversiones corrompió a la muchedumbre, y se valió de su poder contra el consejo de Areópago, en el que no tenía parte, por no haberle cabido en suerte ser o Arconte, o Tesmoteta, o Rey, o Polemarco: porque estos empleos eran sorteables de antiguo, y de ello

los ciudadanos más aprobados pasaban al Areópago; por esta causa, cuando Pericles tuvo gran influjo en el pueblo, le convirtió contra este consejo, consiguiendo quitarle el conocimiento de muchos negocios por medio de Efiates, y hacer salir desterrado a Cimón como apasionado de los Lacedemonios y desafecto a la muchedumbre: varón que a nadie cedía en hacienda y linaje, que en muchos combates había alcanzado brillantes victorias de los bárbaros, y que con grandes sumas y cuantiosos despojos había enriquecido la ciudad, como lo escribimos en su vida: ¡tal era el poder de Pericles en el pueblo!

No se acababa por la ley el ostracismo para los que sufrían esta especie de destierro hasta los diez años; pero en este medio tiempo los Lacedemonios invadieron el territorio de Tanagra, y marchando al punto los Atenenses contra ellos, Cimón, volviendo de su destierro, tomó las armas, y formó con los de su tribu, queriendo purgar con obras la sospecha de laconismo, peleando al lado de sus conciudadanos; pero los amigos de Pericles se sublevaron, y lo hicieron desechar como desterrado. Por esto mismo pareció que Pericles peleó en aquella ocasión con mayor denuedo, y se distinguió sobre todos, poniendo a todo riesgo su persona. Perecieron allí los amigos de Cimón, todos a una, a los que Pericles había acusado también de laconismo; y los Atenenses llegaron ya a arrepentirse y echar menos a Cimón, viéndose vencidos en las mismas fronteras del Atica, y esperando más violenta guerra todavía para el verano. Echólo de ver Pericles, y no sólo no tuvo dificultad en dar gusto a la muchedumbre, sino que él mismo escribió el decreto por el que Cimón había de ser restituído; el cual luego que volvió hizo la paz entre ambas

ciudades, porque los Lacedemonios le miraban con inclinación, así como estaban mal con Pericles y con los demás demagogos. Algunos son de sentir que no se decretó por Pericles la restitución de Cimón, sin que antes se hiciera entre ambos por medio de Elpinice, hermana de éste, un tratado secreto: de modo que Cimón dió al punto la vela con doscientas galeras para mandar fuera las tropas; y a Pericles le cupo quedar con el mando en la ciudad. Parece que ya antes la misma Elpinice había suavizado para con Cimón el ánimo de Pericles cuando aquél tuvo que defenderse en la causa capital. Era Pericles uno de los acusadores, elegido por el pueblo, y habiéndosele presentado Elpinice en clase de suplicante, sonriéndose le respondió: «Vieja estás, Elpinice, vieja estás para salir adelante con tales asuntos»; mas con todo sola una vez se levantó, no más que por cumplir con su nombramiento; y luego se retiró, habiendo sido de los acusadores el que menos incomodó a Cimón. ¿Pues quién con esto podrá dar crédito a Idomeneo, que acusa a Pericles de que habiéndose hecho amigo del orador Efialtes, y sido ambos de un mismo modo de pensar en las cosas de gobierno, por celos y por envidia dolosamente lo hizo asesinar? Yo no sé de dónde pudo recoger estos rumores para achacarlos como hiel a un hombre que, si no fué del todo irrepreensible, tuvo un espíritu generoso y una alma apasionada por la gloria, con los que no es compatible una pasión tan cruel y feroz; y respecto de Efialtes, lo que hubo fué que habiéndose hecho temer de los oligarquistas, y siendo inexorable para tomar venganza y perseguir a los que molestaban al pueblo, sus enemigos le armaron asechanzas, y ocultamente le quitaron del medio por mano de Aristodico de Tanagra, como lo refiere Aristóteles.

Cimón en tanto, mandando la escuadra, murió en Chipre.

Los aristócratas, viendo ya a Pericles engrandecido y tan preferido a los demás ciudadanos, quisieron contraponerle alguno de su partido en la ciudad, y debilitar su poder para que no fuese absolutamente de un monarca; y con la mira de que le resistiese, echaron mano de Tucídides, de la tribu Alopecia, hombre prudente y que tenía algún deudo con Cimón. Era sí menos guerrero que éste; pero le aventajaba en el decir y en el manejo de los negocios: así contendía en la tribuna con Pericles, y bien pronto produjo una división en el gobierno; porque estorbó de este modo que los ciudadanos que se decían principales se allegaran y confundieran como antes con la plebe, mancillando su dignidad; y más bien manteniéndolos separados, y reuniendo como en un punto el poder de todos ellos, le hizo de más resistencia, y que viniera a ser como un contrapeso en la balanza; porque desde el principio hubo como una separación obscura, que a la manera de las pegaduras del hierro, era indicio de dos partidos, el popular y el aristocrático; y ahora aquella unión y concordia de los principales dió más peso a esta división de la ciudad, e hizo que el un partido se llamara plebe, y el otro oligarquía, o de los pocos. Por esto mismo, soltando más entonces Pericles las riendas a la plebe, gobernaba a gusto de ésta, disponiendo que continuamente hubiese en la ciudad, o un espectáculo público, o un banquete solemne, o una procesión, entreteniéndolo al pueblo con diversiones que le recreaban e instrúan. Hacía, además, salir cada año sesenta galeras, en las que navegaban muchos ciudadanos que ganaban ocho minas de sueldo, y al mismo tiempo se ejercitaban y aprendían la

ciencia náutica. Enviaba asimismo mil sorteados al Quersoneso; a Najos, quinientos; a Andros, la mitad de éstos; otros mil a la Tracia para habitar en unión con los Bisaltas; y otros a Italia, restablecida Síbaris, a la que llamaron Turios. Todo esto lo hacía para aliviar a la ciudad de una muchedumbre holgazana e inquieta con el mismo ocio; para remediar a la miseria del pueblo, y también para que impusieran miedo y sirvieran de guardia a los aliados, habitando entre ellos, para que no intentaran novedades.

Lo que mayor placer y ornato produjo a Atenas, y más dió que admirar a todos los demás hombres, fué el aparato de las obras públicas; siendo éste sólo el que aún atestigua a la Grecia aquel poder y opulencia antigua. Y no obstante, esta disposición era, entre las de Pericles, de la que más murmuraban sus enemigos, y la que más calumniaban en las juntas públicas, gritando que el pueblo perdía su crédito y era difamado, porque se traía de Delos los caudales públicos de los Griegos; y aun la excusa más decente que para esto podía oponerse a los que le reprenden, a saber, que por miedo de los bárbaros trasladaba de allí aquellos fondos para tenerlos en más segura custodia, aun ésta se la quitaba Pericles; y así parece, decían, que a la Grecia se hace un terrible agravio, y que se la esclaviza muy a las claras, cuando ve que con lo que se la obliga a contribuir para la guerra doramos y engalanamos nosotros nuestra ciudad con estatuas y templos costosos, como una mujer vana que se carga de piedras preciosas. Mas Pericles persuadía al pueblo que de aquellos caudales ninguna cuenta tenían que dar a los bárbaros, sin que ellos pusiesen ni un caballo, ni una nave, ni un soldado, sino solamente aquel dinero, que ya no era de los que

lo daban, sino de los que lo recibían, una vez que cumplían con aquello porque se les entregaba; y puesto que la ciudad proveía abundantemente de lo necesario para la guerra, era muy justo que su opulencia se emplease en tales obras, que después de hechas le adquirieran una gloria eterna, y que dieran de comer a todos mientras se hacían, proporcionando toda especie de trabajo y una inlinidad de ocupaciones; las cuales despertando todas las artes, y poniendo en movimiento todas las manos, asalariaran, digámoslo así, toda la ciudad, que a un mismo tiempo se embellecería y se mantendría a sí misma. Porque los de buena edad y robustos tomaban en los ejércitos del público erario lo que para pasarlo bien habían menester; y respecto de la demás muchedumbre ruda y jornalera, no queriendo que dejase de participar de aquellos fondos, ni que los percibiese descansada y ociosa, introdujo en el pueblo gran diferencia de trabajos y obras, que hubiesen de emplear muchas artes y consumir mucho tiempo, para que no menos que los que navegaban, o militaban, o estaban en guarnición, tuvieran motivo los que quedaban en casa de participar y recibir auxilio de los caudales públicos. Porque siendo la materia piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés, trabajaban en ella y le daban forma los arquitectos, vaciadores, latoneros, canteros, tintoreros, orfebres, pulimentadores de marfil, pintores, bordadores y torneros: además, en proveer de estas cosas y portearlas entendían los comerciantes y marineros en el mar, y en tierra los carreteros, alquiladores, arrieros, cordeleros, liners (1), zapateros, constructores de caminos y mi-

---

(1) Parece que así debe leerse, en vez de los *canteros* que ya están enumerados arriba.

neros; y como cada arte, a la manera que cada general su ejército, tenía de la plebe su propia muchedumbre subordinada, viniendo a ser como el instrumento y cuerpo de su peculiar ministerio; a toda edad y naturaleza, para decirlo así, repartían y distribuían las ocupaciones, el bienestar y la abundancia.

Adelantábanse, pues, unas obras insignes en grandeza, e inimitables en su forma y elegancia, conteniendo los artífices por excederse y aventajarse en el primor y maestría; y con todo lo más admirable en ellas era la prontitud: porque cuando de cada una pensaban que apenas bastarían algunas edades y generaciones para que se viese acabada, todas alcanzaron en el vigor de un solo gobierno su fin y perfección. Justamente se dice de aquel mismo tiempo, que jactándose el pintor Agatarco de que con la mayor prontitud acababa sus cuadros, y habiéndolo oído Zeuxis, le replicó: «Pues yo en mucho tiempo»; porque realmente la agilidad y prontitud en las obras no les da ni solidez duradera, ni la gracia de estar bien acabadas; y por el contrario, el tiempo y trabajo que se gastan en la ejecución se recompensan con la firmeza y permanencia. Por lo mismo, era mayor la admiración de que, siendo las obras de Pericles de durar largo tiempo, en tan breve se hubiesen concluído: porque cada una de ellas en la belleza al punto fué como antigua, y en la solidez todavía es reciente y nueva: ¡tanto brilla en ellas un cierto lustre que conserva su aspecto intacto por el tiempo, como si las tales obras tuviesen un aliento siempre floreciente y un espíritu exento de vejez! Todas las dirigía y de todas con Pericles era superintendente Fidias, sin embargo de que las ejecutaban los mejores arquitectos y artistas: porque el Partenón,

que era de cien pies, lo edificaron Calícrates e Ictino; el purificadorio de Eleusis empezó a construirlo Corebo, y él fué quien puso las columnas del pavimento y las enlazó con el chapitel: por su muerte, Metágenes Xipecio hizo la cornisa y puso las columnas altas; mas la linterna sobre el santuario la cerró Xenocles Colargueo. El muro prolongado, cuya idea dice Sócrates había oído explicar al mismo Pericles, fué obra de Calícrates. Satirízala Cratino en sus comedias, como que iba con mucha pesadez:

Hace ya largo tiempo que Pericles  
la está con sus palabras promoviendo;  
mas en la realidad nada adelanta.

El Odeón, que en su disposición interior tiene muchos asientos y muchas columnas, y cuyo techo es muy inclinado y pendiente formado de una sola cúpula, dicen que se hizo a semejanza del pabellón del rey de Persia, disponiéndolo también Pericles; por lo que el mismo Cratino en su comedia *Las Tracias* se burla de él en esta manera:

El Jove esquinocéfalo, Pericles,  
aquí viene trayendo en el cerebro  
el Odeón, alegre y orgulloso,  
porque del ostracismo se ha librado.

Efectivamente, engreído Pericles, entonces por la primera vez decretó que en las fiestas Panateneas hubiese certamen de música; y elegido por director del certamen, él mismo señaló qué era lo que los contendientes habían de tañer con la flauta, lo que habían de cantar o tocar en la cítara: porque en el Odeón se dieron entonces y después

los certámenes y espectáculos de música. Los soportales del alcázar o ciudadela se hicieron en cinco años, siendo el arquitecto Mnesicleo. Un caso maravilloso ocurrido mientras se construían, dió indicio de que la Diosa, lejos de repugnar la obra, tomaba parte en ella y concurría a su perfección. El más laborioso y activo de los artistas tropezó y cayó de lo alto, quedando tan maltratado que le desahuciaron los médicos. Apesadumbróse Pericles, y la Diosa, apareciéndosele entre sueños, le indicó una medicina con la cual muy pronta y fácilmente le puso bueno. Por este suceso colocó en la ciudadela la estatua de bronce de Minerva *saludable* junto al ara, que se dice estaba allí ya antes. Fidias hizo además la estatua de oro de la Diosa, y en la base se lee la inscripción que le designa autor de ella. Tenía sobre sí puede decirse que el cuidado de todo, y como hemos dicho, era el superintendente de todos los demás artistas por la amistad de Pericles; lo cual le atrajo envidia, y también la calumnia de que presentaba por mal término a éste las mujeres libres que concurrían a ver las obras. Tomaron por su cuenta este rumor los autores de comedias, y difamaron a Pericles de incontinente y disoluto; extendiendo sus calumnias hasta la mujer de Menipo, su amigo y subalterno en la milicia, y hasta la granjería de Purilampo, otro de sus amigos: criaba éste aves, y le achacaban que regalaba pavos a aquéllas con quienes Pericles se divertía. ¿Mas quién se maravillará de que hombres satíricos de profesión sacrifiquen con las calumnias de los hombres más aventajados a la envidia como a un Genio maléfico, cuando el mismo Estesimbrotos Tasio se atrevió a proferir una horrible y mentirosa blasfemia contra la mujer del mismo hijo de Pericles? ¡Tan encontrada y opuesta parece que está

la verdad con la historial, pues para los que vienen más tarde el tiempo pasado se interpone y roba el conocimiento de los hechos; y las relaciones contemporáneas de las vidas y acciones, o bien por envidia, o bien por lisonja y adulación, corrompen y desfiguran la verdad.

Clamaban contra Pericles los oradores del partido de Tucídides, diciendo que dilapidaba el tesoro y disipaba las rentas; y él preguntó en junta al pueblo si le parecía que gastaba mucho. Respondieronle que muchísimo; y entonces: «Pues no se gaste—dijo—de vuestra cuenta, sino de la mía; pero las obras han de llevar sólo mi nombre.» Al decir esto Pericles, ora fuese porque se maravillaran de su magnanimidad, ora porque ambicionaran la gloria de tales obras, gritaron a porfía, ordenándole que gastase y expendiese sin excusar nada. Finalmente, traído a contienda con Tucídides sobre el ostracismo, y puesto en riesgo, consiguió desterrar a éste, y disipar la facción que le era opuesta.

Cuando, desvanecida enteramente esta diferencia, la ciudad vino a ser toda como de un temple y una sola, puso completamente bajo su disposición a Atenas y cuanto de los Atenienses dependía, los tributos, los ejércitos, las naves, las islas y el mar, y un poder de gran fuerza, no sólo por los Griegos, sino también por los bárbaros, a causa de que se consideraba fortalecido con pueblos que les estaban sujetos, y con la amistad y alianza de reyes poderosos; y entonces ya no fué el mismo, ni del mismo modo manejable por el pueblo, dejándose llevar como el viento de los deseos de la muchedumbre; sino que en vez de aquella demagogia que tenía flojas e inseguras las riendas, como en vez de una música muelle y blanda, planteó un

gobierno aristocrático, y en cierta manera regio; y empleándole siempre con rectitud e integridad para lo mejor, unas veces con la persuasión y con instruir al pueblo, y otras con la firmeza y la violencia si le hallaba renitente, puso mano en todo lo que parecía útil; imitando en esto al médico que en la curación de una enfermedad complicada y habitual, ora se vale de lo dulce y agradable, y ora de remedios desabridos, conducentes a la salud. Porque no pudiendo menos de haberse engendrado toda suerte de pasiones en un pueblo que tenía tan grande autoridad, él sólo era propio para tratar del modo conveniente cada una; y valiéndose de la esperanza y del miedo como de unos timones, moderó lo que había de altivo, y alentó y confortó lo desmayado; demostrando así que la oratoria tiene el poder, según expresión de Platón, de cautivar las almas, y que su obra principal es el arte de dirigir las costumbres, y las pasiones, como unos sonidos o cuerdas del alma, que unas veces exigen intensión y otras impulso más suave. Aunque la causa no fué precisamente el poder de su palabra, sino, como dice Tucídides, la opinión y confianza en la conducta de aquel hombre admirable, que claramente se veía ser incorruptible y muy superior a los atractivos del oro, el cual con haber hecho a la ciudad de grande más grande todavía y más rica, y con haber tenido un poder que excedía al de muchos reyes y tiranos, que tuvieron mucho que dejar por testamento a sus hijos, no aumentó ni en un maravedí la hacienda que le dejó su padre.

Da de su poder Tucídides la más cierta y cabal idea; pero los cómicos lo desfiguran malignamente, llamando nuevos Pisistratidas a los amigos que Pericles tenía cerca de sí, y exigiendo del mismo

que jurara no hacerse tirano, como que su superioridad y excelencia se hacía incómoda, y no cabía dentro de la democracia; y Teleclidas dice que los Atenienses pusieron en su mano

de las ciudades todas los tributos,  
y las ciudades mismas, a su antojo  
dejando el libertarlas u oprimirlas  
alzar de piedra o derribar sus muros;  
los tratados, la fuerza, el poderío,  
y la paz, la riqueza y la ventura.

Y esto no fué cosa de una favorable ocasión, o gracia y felicidad de un gobierno que floreció por horas; sino que por cuarenta años estuvo dominando entre los Éfialtes, los Leócrates, los Mironidas, los Cimones, los Tolmidas y los Tucídides; y después de haber triunfado de Tucídides, y héchole desterrar, no se hizo menos admirable en los siguientes quince años; y con tener él solo el poder sobre los ejércitos en cada un año, no se conservó menos incorruptible por el dinero. Y no porque fuese del todo desperdiciado en cuanto a los bienes; antes para no abandonar la hacienda paterna tan justamente poseída, ni ocuparse tampoco demasadamente en ella cuando tantos otros negocios le cercaban, estableció la administración que le pareció más fácil y más exacta. Vendía cada año por junto los frutos de su cosecha, y después se surtía de la plaza a la menuda de las cosas necesarias para la casa y para el sustento: no dejaba, por tanto, lugar a que se regalasen sus hijos ya crecidos, ni era dispensador profuso con las mujeres de la familia; antes le profazaban este método de la compra diaria, reducido rigurosamente a no gastar más que lo preciso, sin que en una casa tan grande y

de tanto tráfago se desperdiciara nada; llevándose así lo relativo al gasto como a la renta con mucha cuenta y medida. El que tenía a su cargo toda esta exactitud era uno de sus esclavos llamado Evangelo, de la más excelente índole por sí, o formado por Pericles para este manejo. En verdad que no conformaba todo esto (1) con la sabiduría de Anaxágoras, que por entusiasmo y magnanimidad abandonó su casa, y dejó sus campos yermos y eriales. Mas yo pienso que no debe ser uno mismo el tenor de vida del filósofo especulativo y el del político, sino que aquél vuelve su inteligencia, desprendida y nada necesitada, de esta materia exterior a lo que es honesto y bueno, y a éste, a quien le es preciso reunir la virtud con las ocupaciones humanas, la hacienda puede servirle, no sólo para las cosas absolutamente necesarias, sino para la virtud misma, como en el propio Pericles pudo verse, que socorría a los indigentes. Aun respecto del mismo Anaxágoras se cuenta que viéndose olvidado de Pericles, a causa de los muchos negocios de éste, y siendo ya viejo, envuelto en su capa, se echó a morir desalentado; que llegando Pericles a entenderlo, corrió al punto allá con el mayor sobresalto, y le hizo los más eficaces ruegos, diciendo que más que de Anaxágoras sería suyo aquel infortunio, si perdía al que tanto le ayudaba con su consejo en el gobierno; y que éste, descubriéndose finalmente, le replicó: «Oh, Pericles, los que han menester una lámpara le echan aceite.»

¶ Empezaban ya los Lacedemonios a mirar mal el incremento de los Atenienses; y Pericles, queriendo inspirar al pueblo grandes pensamientos y ponerle al nivel de grandes cosas, escribió un decreto, por

(1) Es claro que en el original falta aquí una negación.

el que a todos los Griegos que habitaban en Europa y Asia, así a las ciudades pequeñas como a las grandes, se les exhortase a enviar a Atenas a un Congreso diputados que deliberasen sobre los templos griegos que habían incendiado los bárbaros; sobre los sacrificios y votos hechos por la salud de la Grecia de que estaban en deuda con los Dioses, y sobre que todos pudieran navegar sin recelo y vivir en paz. Enviáronse con este objeto veinte ciudadanos mayores de cincuenta años, de los cuales cinco habían de convocar a los Jonios y Dóricos del Asia, y a los isleños hasta Lesbos y Rodas; cinco partieron a los pueblos del Helesponto y la Tracia desde Bizancio; y cinco desde el punto en que concluían éstos, a la Beocia, la Fócide y el Peloponeso; y además se extendía su misión por los Locrios y todo el continente inmediato hasta la Acarnania y la Ambracia; y los restantes se encaminaron por la Eubea a los Oeteos, al golfo de Malea, los Ftiotas, los Aqueos y los Tesalios, persuadiendo a todos que concurrieran y tomaran parte en unas deliberaciones que tenían por objeto la paz y la común felicidad de la Grecia. Mas nada se hizo, ni las ciudades concurrieron, por oponerse a ello, según es fama, los Lacedemonios, y por haber sido desde luego mal recibida la tentativa en el Peloponeso. Lo hemos referido, sin embargo, para que se vea el juicio y grandeza de ánimo de Pericles.

En la parte militar gozaba de gran concepto, principalmente por la seguridad de las empresas; no entrando voluntariamente en combate dudoso y de peligro, ni siguiendo las huellas y ejemplos de aquellos caudillos a quienes del arrojo les había resultado una brillante fortuna y el ser admirados como grandes capitanes; antes continuamente es-

## DE HOMBRES ILUSTRES

taba diciendo a sus ciudadanos que en cuanto de él dependiese serían siempre inmortales. Viendo que Tolmidas, el de Tolmeo, por la buena suerte que antes había tenido por la fama que gozaba de excelente militar, se preparaba muy fuera de toda oportunidad a invadir la Beocia, habiendo acalorado a los más alentados y belicosos de los jóvenes a que militasen a sus órdenes, que en todos serían unos mil sin las demás fuerzas, procuró contenerle y disuadirlo en la junta pública, pronunciando aquel memorable dicho: «Si no crees a Pericles, el modo de que no yerres es que esperes al consejero más sabio, que es el tiempo.» Entonces esta sentencia no hizo más que una ligera impresión; pero cuando al cabo de pocos días llegó la noticia de que el mismo Tolmidas había muerto, vencido en batalla junto a Coronea, y que habían muerto también muchos de aquella excelente juventud, concilió este suceso mucha opinión y benevolencia a Pericles, como a hombre prudente y amante de sus conciudadanos.

¶ De sus expediciones principalmente fué aplaudida la de Quersoneso, que puso en seguridad a los Griegos establecidos en aquellas regiones; pues no sólo dió aliento y valor a las ciudades llevando consigo una colonia de mil Atenienses, sino que cercando, digámoslo así, el estrecho con muros y fortificaciones a las orillas de uno y otro mar, refrenó las correrías de los Tracios, que circundaban el Quersoneso, e impidió la continua y dura guerra a que aquel país estaba siempre expuesto por la vecindad de todas partes con los bárbaros, y por las piraterías de los comarcanos y de los propios. Hízose también admirar y celebrar de los extraños cuando recorrió el Peloponeso, dando la vela de Pegas, puerto de Megara, con cien galeras; porque,

no sólo taló las ciudades marítimas, como antes Tolmidas, sino que entrando a bastante distancia del mar, con la tripulación de los buques a unos los encerró dentro de los muros, temerosos de su llegada; y en Nemea a los de Sicione que esperaron y trabaron batalla, los derrotó completamente, levantando por ello un trofeo. En la Acaya, que era aliada, tomó soldados para las galeras, y pasando con la escuadra más allá del Aqueloo al continente que está de la otra parte, corrió la Acarnania, encerró a los Oineadas dentro de sus murallas, y después de talado y robado el país dió la vuelta a casa; habiéndose acreditado de temible para con los enemigos, y de tan feliz como activo para con los ciudadanos; pues ni aun de aquellos tropiezos que penden de la fortuna incomodó ninguno a los que con él militaron.

Navegando al Ponto con una armada considerable y perfectamente equipada, hizo en favor de las ciudades griegas cuanto acertaron a desear, tratándolas con humanidad; a las naciones bárbaras de la comarca, a sus reyes y a sus príncipes les puso a la vista lo grande de su poder, su osadía y la confianza con que navegaban por donde les placía, teniendo bajo su dominio todo el mar. A los Sinopeses les dejó trece naves mandadas por Lamaco y tropas contra el tirano Timesileón; y luego que hubieron derribado a éste y a sus partidarios, decretó que de los Atenieses pasaran a Sinope seiscientos voluntarios, y habitaran con los Sinopeses, repartiéndose las casas y el terreno que fueron antes de los tiranos. En lo demás no condescendía ni convenía con los conatos que mostraban los ciudadanos, engreídos desmedidamente con tanto poder y tanta fortuna de apoderarse otra vez del Egipto y conmover el poder del rey por la parte

del mar. A muchos los traía ya entonces alborotados aquella ardiente y malhadada codicia de la Sicilia, que inflamaron más adelante los oradores partidarios de Alcibiades; y aun había quien soñaba con la Etruria y Cartago, no sin esperanza, por la extensión de su presente mando y la prosperidad de los sucesos.

Mas Pericles contenía esta inquietud y reprimía su ambición, volviendo principalmente aquellos grandes medios a la conservación y seguridad de lo que ya dominaban, reputando por gran hazaña el tener a raya a los Lacedemonios, y manifestándoseles en todo opuesto, de lo que dió pruebas en muchas otras cosas; pero más señaladamente en la conducta que observó en los sucesos de la guerra sagrada. Porque después que los Lacedemonios pasaron con ejército a Delfos, y teniendo antes los Focenses el templo, lo entregaron a los de esa ciudad; retirados aquéllos, al punto se dirigió allá Pericles también con tropas y restituyó a los Focenses. Los Lacedemonios habían obtenido con esta ocasión de los de Delfos precedencia en las consultas del oráculo, y la habían esculpido en la frente del lobo de bronce: obtúvola, pues, entonces para los Atenenses, y la hizo grabar también sobre el lobo en el lado derecho.

Los hechos mismos demostraron con cuánta razón retenía en la Grecia las fuerzas de los Atenenses, porque primero se rebelaron los Eubeos, contra quienes marchó con tropas; y muy luego hubo noticia de que los Megarenses también se les habían indispuerto, y que un ejército de enemigos estaba en las fronteras del Atica, mandado por Plistonacte, rey de los Lacedemonios. Volvióse, pues, Pericles prontamente de la Eubea adonde la guerra del Atica le llamaba; pero no se determinó a venir

a las manos con muchos y excelentes soldados que los provocaban, sino que viendo que Plistonacte, que todavía era muy joven, entre todos sus consejeros del que más se valía era de Cleandridas, que los éforos le habían dado por celador y asesor en consideración de su corta edad, trató secretamente de sobornarle, y habiéndole ganado bien pronto con dinero, recabó éste con sus persuasiones que los del Peloponeso se retiraran del Atica. Luego que esto se verificó, y que se disolvió el ejército marchando las tropas a sus ciudades, indignados los Lacedemonios, penaron al rey con una multa; y como por su magnitud no hubiese tenido con qué pagarla, se vió en la precisión de salir de Lacedemonia; y a Cleandridas, que huyó, le condenaron a muerte. Era éste padre de Gilipo, el que en Sicilia venció a los Atenienses. Parece que la naturaleza había hecho enfermedad ingénita en él la del apego al dinero, porque descubierto en vergonzosas negociaciones, fué arrojado de Esparta. Mas estas cosas las declaramos con mayor extensión en la vida de Lisandro.

Puso Pericles en la cuenta del ejército una partida de diez talentos, gastados, decía, en lo que se tuvo por conveniente; y el pueblo la admitió sin andar en preguntas ni quejarse del modo misterioso de expresarla. Algunos han escrito, y el filósofo Teofrasto entre ellos, que todos los años se enviaban por Pericles diez talentos a Esparta, con los que regalaba a todos los que tenían mando, y evitaba la guerra; no comprando de este modo la paz, sino el tiempo que necesitaba para disponerse reposadamente a hacer la guerra con ventaja. Marchó otra vez rápidamente contra los rebeldes, y pasando a la Eubea con cincuenta galeras y cinco mil hombres, domó las ciudades; arrojó de Calcis

a los llamados *Hipobotas*, que eran los más ricos y distinguidos de ella; y a los de Estiea a todos les hizo salir del país, poblándola de solos Atenienses; siendo tan inexorable con ellos, porque habiendo apresado una nave ateniense, habían dado muerte a cuantos encontraron en ella.

Pactóse después de esto tregua por treinta años entre los Atenienses y Lacedemonios, y con esto se hizo se decretara la expedición de Samos, dando por causa contra aquellos habitantes que habiéndoseles intimado cesar en la guerra con los de Mileto, no habían obedecido. Mas por cuanto se da por cierto que lo hecho contra los de Samos fué por complacer a Aspasia, será oportuno investigar aquí quién fué esta mujer, que tanto arte y poder tuvo para tener bajo su mando a los hombres de más autoridad en el gobierno, y para haber logrado que los filósofos hayan hecho de ella no una ligera o despreciable mención. Que fué de Mileto e hija de Axioco es cosa en que todos convienen. Dícese que en el procurar dominar a los hombres de poder siguió el ejemplo de Targelia, de los antiguos Jonios; porque también Targelia, siendo de buen parecer, y reuniendo la gracia con la sagacidad, se puso al lado de nombres muy principales entre los Griegos, y a todos los que la obsequiaron los atrajo al partido del rey, y por medio de ellos, como eran poderosos y de autoridad, sembró las primeras semillas de medismo en las ciudades. Algunos son de opinión que Pericles se inclinó a Aspasia por ser mujer sabia y de gran disposición para el gobierno; pues el mismo Sócrates con sujetos bien conocidos frecuentó su casa, y varios de los que la trataron llevaban mujeres a que la oyesen, sin embargo de que su modo de ganar la vida no era brillante ni decente, porque vivía de mantener esclavas para

mal tráfico. Esquines dice que Lusicles el carnicero, de hombre bajo y ruin por naturaleza, se hizo el primero de los Atenenses con haberse unido a Aspasia después de la muerte de Pericles. En el *Menexeno* de Platón, aunque cuanto se dice al principio es jocoso, hay esta parte de historia, que esta mujer tenía opinión de que para la oratoria era buscada de muchos Atenenses. Con todo, es lo más probable que la afición de Pericles a Aspasia fué una pasión amorosa. Tenía una mujer correspondiente a él en linaje, la cual antes había estado casada con Hipónico, y de éste había tenido en hijo a Clinias, conocido por el rico; y del mismo Pericles tuvo a Jantipo y a Paralo; mas después, no haciendo entre sí buena vida, la entregó a otro con consentimiento de la misma; y él, casándose con Aspasia, la trató con grande aprecio; pues, según dicen, todos los días la saludaba con ósculo, de ida y vuelta a la plaza pública; pero en las comedias ya la llaman la nueva Onfale, ya Deyanira, y ya también otra Juno. Cratino expresamente la llama combleza por estas palabras:

Da a luz a Juno Aspasia, a esa combleza,  
la más liviana y sin pudor alguno.

Y dan a entender que tuvo de ella un hijo espurio, porque Eupolis en su comedia *Los populares* le introduce, haciendo esta pregunta:

¿Y mi bastardo vive todavía?

a lo que Pirónides responde:

Y sería marido días hace,  
si el mal de la combleza no temiera...

Llegó Aspasia a ser tan nombrada y tan célebre, según cuentan, que *Ciro*, el que disputó con el rey el Imperio de los Persas, a la más querida de sus concubinas le dió el nombre de Aspasia, llamándose antes *Milto*. Era ésta natural de la *Fócide*, hija de *Hermotimo*; y presentada al rey después que *Ciro* murió en la batalla, tuvo con él el mayor poder. Desechar o pasar en silencio estas cosas que al escribir se han ofrecido a la memoria, parecería quizá repugnante.

Achácase, pues, a *Pericles* que esta guerra contra los de *Samos* la hizo decretar en favor de los *Milesios*, a ruegos de Aspasia. Estaban en guerra estas ciudades por *Priene*; y vencedores los *Samios*, intimándoles los *Atenienses* que se apartaran de la guerra y unos y otros se sometieran a su decisión, no quisieron obedecer. Por tanto, marchando allá *Pericles*, deshizo la oligarquía que tenía el mando en *Samos*, y tomando cincuenta de los principales en rehenes, y otros tantos jóvenes, los remitió a *Lemnos*. Dícese que cada uno de los rehenes le dió de por sí un talento, y otros muchos todos los que no querían que en la ciudad se estableciese la democracia. También el persa *Pisutnes*, que estaba en buena amistad con los *Samios*, le envió diez mil áureos, intercediendo por la ciudad; pero *Pericles* nada quiso recibir, sino que trató a los *Samios* como lo tenía resuelto, y estableciendo la democracia, dió la vuelta a *Atenas*. Rebeláronse los *Samios* inmediatamente: *Pisutnes* robó los rehenes, y empezaron a hacer disposiciones para la guerra. Tuvo otra vez *Pericles* que dirigirse contra ellos, que no estaban ociosos ni abatidos, sino muy alentados y resueltos a disputarle el mar. Trabóse un terrible combate sobre una isla llamada *Tragia*; y *Pericles* alcanzó de ellos una ilustre victoria con cuarenta

y cuatro naves, destrozando setenta de los enemigos, veinte de las cuales tenían tropas a bordo.

Apoderándose del puerto inmediatamente después de la victoria y de haberlos perseguido, les puso sitio; y ellos en el modo que podían todavía tenían aliento para hacer salidas y pelear al pie de las murallas; mas sobreviniendo luego nuevas tropas de Atenas, quedaron completamente cerrados; y Pericles, tomando sesenta galeras, salió con ellas al mar exterior; según los más, porque venían naves fenicias en socorro de los Samios, y quería salirles al encuentro y combatir las lo más lejos que pudiera; pero Estesimbrotos dice que se encaminaba contra Chipre, lo que no es verosímil. Fuese cualquiera de estas dos su intención, pareció que no había andado cuerdo, porque mientras él seguía su viaje, Meliso el de Itagenes, varón dado a la filosofía, y que era entonces el general de Samos, despreciando el reducido número de las naves o la inexperiencia de los jefes, persuadió a los Samios que dieran sobre los Atenienses. Trabado combate, salieron vencedores los Samios, haciendo prisioneros a muchos de aquéllos y echando a pique muchas de sus naves; con lo que quedaron dueños del mar, y se proveyeron de diferentes cosas precisas para la guerra, de que antes carecían; y Aristóteles dice que el mismo Pericles había sido vencido por Meliso anteriormente en otro combate naval. Los Samios, afrentando por represalias a los Atenienses cautivos, les imprimieron lechuzas sobre la frente, porque a ellos los Atenienses les habían impreso una samena. Es la samena una nave achata por la proa, ancha y como de gran vientre, buena para sostenerse en el mar y muy ligera, y tomó este nombre porque fué en Samos donde se vió primero, construída así por el tirano Policra-

tes. A las señales de estos yerros dicen que hace alusión aquello de Aristófanes:

Es la gente de Samos muy letrada.

Noticioso Pericles de la derrota del ejército, se apresuró en su auxilio, y habiendo vencido a Meliso, que le hizo frente, y sojuzgado a los enemigos, al punto estrechó el sitio, con ánimo de combatir y tomar la ciudad, más bien a fuerza de gastar y de tiempo, que no con la sangre y los peligros de sus conciudadanos. Mas como viese que los Atenienses llevaban mal la dilación, y hallase dificultad en contener su ardor por los combates, dividió el ejército en ocho partes, y lo sorteó, y a los que les cabía el sacar haba blanca los dejaba que estuviesen en vacación y descanso, y los demás peleaban. De aquí dicen que vino el que los que se ven en regocijos, al día en que esto les acontece le llaman blanco, tomando de esta haba blanca la denominación. Eforo dice que Pericles usó de máquinas, admirando él mismo esta novedad, y que se halló en este sitio Artemón el maquinista, al cual, porque siendo cojo se hacía llevar en litera adonde se disponían las obras, se le dió el sobrenombre de Periforeto (1). Mas Heraclides Pontico le refuta con las poesías de Anacreonte, en las que ya Artemón es llamado Periforeto largo tiempo antes de esta guerra de Samos y de todos estos acontecimientos. Dícese de este Artemón que, siendo de vida muy regalona y muy muelle, y asustadizo para todo lo que infunde miedo, por lo común se estaba quieto en casa, haciendo que dos esclavos tuvieran siempre un escudo de bronce sobre su ca-

(1) Quiere decir el que es llevado por todas partes.

beza, no fuese que cayera algo de arriba; y que cuando se veía precisado a salir, se hacía llevar en una camilla colgada, que casi tocaba la tierra; y que por esto fué apellidado Periforeto.

Rindiéndose los Samios al noveno mes, Pericles arrasó las murallas, les tomó las naves, y les impuso grandes contribuciones, de las cuales parte pagaron inmediatamente, y por el resto, habiéndoseles fijado plazo, entregaron rehenes. Duris de Samos habla de estos sucesos en sus tragedias, acusando de gran crueldad a los Atenienses y a Pericles, cuando nada han dicho de tal crueldad ni Tucídides, ni Eforo, ni Aristóteles; y aun parece que no se ajusta a la verdad cuando dice que a los comandantes y marineros de los Samios los condujo a la plaza de Mileto, y los tuvo atados a unos maderos por diez días, y al cabo de ellos, hallándose ya en malísimo estado, los hizo matar, rompiéndoles a palos la cabeza, y sus cadáveres los arrojó insepultos. Duris, pues, que aun cuando no media ofensa suya particular, suele exagerar siempre sobre la verdad, aquí parece que quiso agravar mucho los males de su patria con calumnia de los Atenienses. Pericles, vuelto a Atenas después de domada Samos, hizo muy solemnes exequias a los que habían muerto en aquella guerra; y pronunciando su elegía, como es costumbre, a la vista de los sepulcros, mereció grande aplauso. Cuando bajó de la tribuna las demás mujeres le tomaban la mano, y le ponían coronas y cintas como a los atletas vencedores; pero Elpinice, poniéndosele al lado: «Maravillosos son, le dijo, oh Pericles, y dignos de coronas estos sucesos, pues que nos has perdido a muchos y excelentes ciudadanos, no en una guerra contra los Fenicios o los Medos, como mi hermano Cimón, sino asolando

una ciudad aliada y de nuestro origen.» Dicho esto por Elpinice, se cuenta que Pericles sonriéndose le respondió tranquilamente con este verso de Arquiloco:

Estás ya vieja para usar de unguentos.

Después de esta victoria sobre los Samios dice Ion que estaba lleno de orgullo, porque había necesitado diez años para tomar una ciudad bárbara, y él en nueve meses había reducido a los primeros y más poderosos de los Jonios; y en verdad que no era injusto este engreimiento, porque esta guerra fué de gran incertidumbre y muy peligrosa, si, como dice Tucídides, estuvo en poco el que la ciudad de Samos despojara del imperio del mar a los Atenienses.

Después de esto, como estuviese fermentándose la guerra de Peloponeso, persuadió al pueblo que enviaran auxilio a los de Corfú, molestados con guerra por los de Corinto, y que se anticiparon a tomar una isla poderosa en fuerzas marítimas, mientras todavía los del Peloponeso no se les acababan de declarar enemigos. Decretado por el pueblo aquel auxilio, dió el mando a Lacedemonio, hijo de Cimón, con solas diez naves como para desacreditarle, porque había sido siempre la casa de Cimón afecta a los Lacedemonios: por tanto, para que si Lacedemonio durante su mando no hacía nada notable y digno incurriera todavía más en la sospecha de laconismo, le dió tan pocas naves y le hizo marchar mal de su agrado. Estaba además repugnando siempre a los hijos de Cimón, como que aun en los nombres no eran legítimos Atenienses, sino extranjeros y peregrinos, llamándose uno Lacedemonio, otro Tesalo y otro Eleo;

y todos ellos parece que fueron tenidos en una mujer árcade. Hablábase mal contra Pericles a causa de estas diez galeras, porque siendo pequeño socorro para los que le pedían, daba grande pretexto de queja a los contrarios; envió, por tanto, a Corfú más naves, las cuales llegaron después del combate. A los Corintios, indispuestos ya por estas causas con los Atenieses, y que los estaban acusando en Lacedemonia, se agregaron los de Megara, dando la queja de que eran excluidos de todo mercado y de todos los puertos donde dominaban los Atenieses, contra el derecho de gentes y lo convenido entre los Griegos. También los Eginetas, que se creían agraviados y ofendidos, se lamentaban al oído ante los Lacedemonios, no atreviéndose a acusar abiertamente a los Atenieses. Al mismo tiempo Potidea, ciudad sujeta a los Atenieses, aunque colonia de los Corintios, habiéndose rebelado, y hallándose sitiada, fué otra causa que precipitó la guerra. Con todo se enviaron embajadores a Atenas, y el rey de los Lacedemonios, Arquidamo, procuraba traer a concierto los capítulos de acusación, templando también a los aliados; y por los demás motivos no se hubiera roto la guerra con los Atenieses, si se les hubiera podido persuadir que abrogasen el decreto contra los de Megara y se reconcillasen con ellos; y como Pericles, obstinado en su oposición a los Megarenses, hubiese sido el que más resistencia hizo y el que más acaloró al pueblo, de aquí es que a él solo se le hizo causa de esta guerra.

Dícese que habiendo venido a Atenas en esta ocasión embajadores de Lacedemonia, y alegando Pericles una ley que prohibía quitar la tabla donde el decreto se hallaba escrito, había replicado Poluarques, uno de los embajadores: «Pues bien, no

quites la tabla, vuélvela sólo hacia dentro, porque esto no hay ley que lo prohíba.» Pareció graciosa la respuesta, más no por eso Pericles cedió un punto. A lo que parece, tenía alguna particular enemistad con los de Megara; mas dando como causa pública contra ellos el que habían rozado la selva sagrada, escribió un decreto, por el que se envió un heraldo a los de Megara y a los Lacedemonios para acusar a aquellos; y parece que este decreto de Pericles estaba concebido en términos muy equitativos y humanos. Pero habiéndose formado idea de allí a poco de que el heraldo comisionado Antemócrito había perecido por maldad de los Megarenses, escribió contra ellos Carino un decreto, por el que se prevenía que la enemistad fuera irreconciliable, sin poderse siquiera tratar de ella, y al Megarense que subiera al Atica se le diera muerte; que los generales, al prestar el juramento patrio, juraran además que dos veces al año talarían el territorio de Megara, y que a Antemócrito se le diese sepultura junto a las puertas Trasias, que ahora se llaman el Dipilo. Los Megarenses negaban la muerte de Antemócrito, y echaban toda la culpa a Aspasia y a Pericles, valiéndose de aquellos famosos y sabidos versos de la comedia *Los Acarnenses*:

Beodos a Megara unos mancebos  
van, y a Simeta roban, vil mozuela:  
los de Megara, en cólera encendidos,  
de represalias a su vez usando  
a Aspasia quitan otras dos ramerás.

Cual, pues, hubiese sido el origen, es difícil de averiguar; pero de que no se hubiese revocado el decreto, todos hacen autor a Pericles, sino que unos

dicen que nació en él de grandeza de ánimo, resuelto siempre a lo mejor, aquella resistencia, estando persuadido que en lo que se demandaba se quería probar si cedería, y de que el otorgamiento se tendría por confesión de la debilidad; y otros quieren más que esto hubiese sido por espíritu de arrogancia y contradicción para que resaltase más su gran poder, viendo que tenía en poco a los Lacedemonios. Mas la causa que le hace menos favor entre todas, y que tiene más testigos que la comprueban, es de este modo. El escultor Fidias fué el ejecutor de la estatua (1), como tenemos dicho: siendo, pues, amigo de Pericles, y teniendo con él gran influjo, se atrajo por esto la envidia, y tuvo ya a unos por enemigos, y otros, queriendo en él hacer experiencia de cómo el pueblo se habría en juzgar a Pericles, sobornaron a uno de los oficiales llamado Menón, y le hicieron presentarse en la plaza en calidad de suplicante, pidiendo protección para denunciar y acusar a Fidias. Recibióle bien el pueblo; y habiéndosele seguido a esta causa en la junta pública, nada resultó de robo, porque el oro lo colocó desde el principio en la estatua por consejo de Pericles, con tal arte, que cuando quisieran separarlo, pudiera hacerse ver el mismo peso; que fué lo que entonces ordenó Pericles ejecutasen los acusadores: así sola la gloria y fama de sus obras dió asidero a la envidia contra Fidias, principalmente porque representando en escudo la guerra de las Amazonas, había esculpido su retrato en la persona de un anciano calvo, que tenía cogida una gran piedra con ambas manos; y también había puesto un hermoso retrato de Pe-

---

(1) Es muy sabido que fué obra suya la maravillosa estatua de Minerva.

ricles en actitud de combatir con una Amazona. Estaba ésta colocada con tal artificio, que la mano que tendía la lanza venía a caer ante el rostro de Pericles, como para ocultar la semejanza, que estaba bien visible por uno y otro lado. Conducido, por tanto, Fidias a la cárcel, murió en ella de enfermedad, o, como dicen algunos, con veneno, que para mover sospechas contra Pericles le dieron sus enemigos; y al denunciador Menón, a propuesta de Glucón, le concedió el pueblo inmunidad, encargando a los generales que celaran no se le hiciese agravio.

Por aquel mismo tiempo Aspasia fué absuelta del crimen de irreligión, siendo el poeta cómico Hermipo quien la perseguía, y la acusaba, además, de que daba puerta a mujeres libres, que por mal fin buscaban a Pericles. Diopetes hizo también decreto para que denunciase a los que no creían en las cosas divinas, o hablaban en su enseñanza de las cosas superiores; en lo que, a causa de Anaxágoras, se procuraba sembrar sospechas contra Pericles. Habiendo el pueblo admitido y dado curso a las calumnias, a propuesta de Dracontides se sancionó decreto para que Pericles rindiese cuentas de caudales ante los Pritanes, y los jueces, dando su voto desde el tribunal, pronunciasen su sentencia en público. Agnon hizo suprimir esta parte en el decreto, sustituyendo que la causa fuese ventilada por mil y quinientos jueces, bien quisieran titularla de robo o soborno, o bien de injusticia. Por Aspasia intercedió, y en el juicio, como dice Esquines, vertió por ella muchas lágrimas, haciendo súplicas a los jueces; pero temiendo por Anaxágoras, con tiempo le hizo salir y alejarse de la ciudad. Mas viendo que en la causa de Fidias había decaído del favor del pueblo, acaloró la guerra inminente

y que estaba para estallar, con esperanza de disipar las acusaciones y minorar la envidia, estando en posesión de que en los negocios y peligros graves la ciudad por su dignidad y poder se pudiese a sí misma en sus manos. Estas son las causas por las que se dice no permitió que el pueblo condescendiera con los Lacedemonios; mas cual sea la cierta es bien obscuro.

Convencidos los Lacedemonios de que si lograban derribarle para todo encontrarían más dóciles a los Atenieses, requerían a éstos sobre que echaran de la ciudad la abominación (1), a que por la madre estaba sujeto el linaje de Pericles, según refiere Tucídides; pero la tentativa les salió muy al contrario a los enviados: porque Pericles ganó todavía mayor crédito con sus conciudadanos, viendo que tanto le aborrecían y temían los enemigos. Advertido él también de esto, antes que Arquidamo, que mandaba las tropas de los pueblos del Peloponeso, invadiera el Atica, previno a los Atenieses, por si talando Arquidamo los demás terrenos dejaba libres los suyos, bien fuese por la hospitalidad que había entre ellos, o bien por dar motivos de calumnia a sus contrarios, que él cedía a la ciudad sus tierras y sus casas de campo. Entran, pues, en el Atica los Lacedemonios con los aliados bajo el mando del rey Arquidamo, y talando el país, llegan hasta Acarnas, y se acampan allí, en el concepto de que los Atenieses no lo sufrirían, sino que movidos de ira y ardimiento les librarían batalla. Mas a Pericles le pareció muy arriesgado venir a las manos ante la misma ciudad con sesenta mil infantes, pues tantos eran los

(1) Alude a la abominación en que incurrieron los que tuvieron parte en la conspiración cilónea, de que se habla en la vida de Solón.

Peloponenses y Beocios que al principio hicieron la invasión; y a los que ansiaban por pelear, y llevaban mal lo que pasaba, los sosegó, diciéndoles que los árboles si se podan o se cortan, se reproducen pronto; pero si los hombres perecen, no es fácil hacerse otra vez con ellos. Con todo, no reunió el pueblo en junta, temeroso de que se le hiciera tomar otra determinación contra su dictamen, sino que así como un buen capitán de navío, cuando el viento le combate en alta mar, después que todo lo dispone a su satisfacción y apareja las armas, usa de su pericia, no haciendo luego cuenta de las lágrimas y los ruegos de los marineros y los pasajeros asustados; de la misma manera él, habiendo cercado bien la ciudad, y puestos guardias en todos los puntos para estar seguros, hacía uso de su propio discurso, teniendo en poco a los que gritaban y manifestaban inquietud; y eso que muchos de sus amigos le venían con ruegos, sus contrarios le amenazaban y acusaban, y otros cantaban tonadas y jácaras punzantes en afrenta suya, encarneciendo su mando como cobarde, y que todo lo abandonaba a los enemigos. Ingeríase ya entonces Cleón, fomentado por el encono de los ciudadanos contra aquél, para aspirar a la demagogia: tanto, que Hermipo se atrevió a publicar estos anapestos:

¿Porqué, oh Rey de los Sátiros, no quieres  
embrazar lanza, y tienes por bastante  
echar baladronadas de la guerra,  
y el ánimo apropiarte de Teletes?  
Mas antes si reluce de la espada  
la aguda punta, de pavor te llenas,  
aunque Cleón no cesa de morderte.

Con todo, a Pericles nada de esto le hizo fuerza,

sino que sufriendo resignadamente y en silencio los baldones y el odio, y enviando al Peloponeso una armada de cien naves, él no se embarcó; y antes prefirió quedarse en casa, teniendo siempre pendiente la ciudad de su mano hasta que los Peloponenses se retiraran. Para halagar a la muchedumbre, mortificada generalmente con aquella guerra, le distribuyó dineros, y decretó un sorteo de tierras, porque arrojando a todos los Eginetas, repartió la isla entre los Atenienses a quienes cupo la suerte. Erales asimismo de consuelo lo que a su vez padecían los enemigos, porque los que con sus naves costeaban el Peloponeso habían talado gran parte del país y las aldeas y ciudades pequeñas; y por tierra, invadiendo él mismo el territorio de Megara, lo arrasó enteramente. Así, aunque los enemigos habían causado gran daño a los Atenienses, como ellos no le hubiesen recibido menor de éstos por la parte del mar, era bien claro que no habrían prolongado tanto la guerra, y antes habrían tenido que ceder, como desde el principio lo había predicho Pericles, si algún mal Genio no se hubiera declarado contra el humano discurso. Ahora por primera vez sobrevino la calamidad de la peste, y se ensañó en la edad florida y pujante. Afligidos por ella en el cuerpo y en el espíritu, se se irritaron contra Pericles; y enfurecidos contra él con la enfermedad como contra el médico o el padre, intentaron ofenderle a persuasión de sus contrarios, que decían haber producido aquel contagio la introducción en la ciudad de tanta gente del campo, a la que se había precisado en medio del verano a apiñarse en casas estrechas y en tiendas ahogadas, teniendo que hacer una vida casera y ociosa, en vez de la libre y ventilada que llevaban antes; de lo cual era causa quien recogiendo

dentro de los muros durante la guerra toda la muchedumbre que ocupaba la región, y no empleando en nada aquellos hombres, los tenía encerrados como reses, dando lugar a que se inficionaran unos a otros, sin proporcionarles respiración o alivio alguno.

Queriendo poner remedio a estas quejas, y causar algún daño a los enemigos, armó ciento cincuenta naves, y poniendo en ellas muchas y buenas tropas de infantería y caballería, estaba para hacerse a la vela, infundiendo grande esperanza a sus ciudadanos, y no menor miedo a los enemigos con tan respetable fuerza. Cuando ya todo estaba a punto, y el mismo Pericles a bordo en su galera, ocurrió el accidente de eclipsarse el sol y sobrevenir tinieblas, con lo que se asustaron todos, temiéndolo a muy funesto prodigio. Viendo, pues, Pericles al piloto muy sobresaltado y perplejo, le echó su capa ante los ojos, y tapándoselos con ella, le preguntó si tenía aquello por terrible o por señal de algun acontecimiento adverso. Habiendo respondido que no: «¿Pues en qué se diferencia, le dijo, esto de aquello, sino en que es mayor que la capa lo que ha causado aquella obscuridad? Estas cosas se enseñan en las escuelas de los filósofos.» Habiendo, pues, Pericles salido al mar, no se halla que hubiese ejecutado otra cosa digna de aquel aparato, que puesto sitio a la sagrada Epidauro, que daba ya esperanzas de que iba a tomarse; pero por la peste se malograron: porque habiéndose manifestado en la escuadra, no sólo los afligió a ellos, sino a cuantos con aquella comunicaron. Como de estas resultas estuviesen mal con él, procuraba consolarlos e infundirles aliento; mas no logró templarlos o aplacar su ira, sin que primero la desahogasen, yendo a votar contra él en la junta pública,

en la que prevalecieron; y además de despojarle del mando le impusieron una multa. Ascendió ésta según los que dicen menos, a quince talentos; y según los que más, a cincuenta. Suscribióse por acusador en la causa, en sentir de Idomeneo, Cleón, y en sentir de Teofrasto, Simias; pero Heraclides Pontico dice que lo fué Lacratidas.

Mas su disfavor en las cosas públicas iba a durar breve tiempo, habiendo la muchedumbre de puesto con aquella demostración el encono, como si dijésemos el agujón; en las domésticas es en las que tuvo más que padecer, ya a causa de la peste, por la que perdió a muchos de sus familiares, ya a causa de la indisposición y defección de los propios, que venía de más lejos. Porque el mayor de sus hijos legítimos, Jantipo, que por índole era gastador, y se había casado con una mujer joven y esplendorosa, hija de Isandro el de Epiluco, llevaba a mal el arreglo del padre, que no le daba sino cortas asistencias y por plazos. Dirigiéndose por tanto a uno de sus amigos, tomó de él dinero como de orden de Pericles; mas éste, cuando aquel lo reclamó después, hasta le movió pleito; y Jantipo, indignado todavía más con este suceso, desacreditaba a su padre: primero divulgando con irrisión sus ocupaciones domésticas, y las conversaciones que tenía con los sofistas; y que con ocasión de que uno de los combatientes en los juegos había herido y muerto involuntariamente con un dardo un caballo de Epitimio de Farsalia, había malgastado todo un día con Pitágoras en examinar si sería el dardo, o el que le tiró, o los jueces del combate a quien conforme a recta razón se diese la culpa de aquel incidente. Además de esto, dice Estesimbrotos que fué el mismo Jantipo quien esparció entre muchos la calumnia acerca de su propia mujer, y que hasta

la muerte le duró a este mozo la disensión irreconciliable con su padre: porque murió Jantipo, habiendo enfermado de la epidemia. Perdió también entonces Pericles a su hermana, y a los más de los clientes y amigos que le eran de gran auxilio para el gobierno. Con todo, no desmayó, ni decayó de ánimo con estas desgracias, ni se le vió lamentarse, ocuparse en las exequias, o asistir al entierro de alguno de sus deudos antes de la pérdida de su otro hijo legítimo Paralo. Consternado con tal golpe, procuró, sin embargo, sufrirlo en fuerza de la costumbre, y conservar su grandeza de ánimo; pero al ir a poner al muerto una corona, a su vista se dejó vencer del dolor hasta hacer exclamaciones y derramar copia de lágrimas, no habiendo hecho cosa semejante en toda su vida.

La ciudad, puesta la atención en la guerra, había tanteado a los demás generales y oradores, y como en ninguno hallase contrapeso, ni dignidad correspondiente a lo arduo del mando, deseosa ya de Pericles, le llamó para la tribuna y para el mando de las tropas; mas hallábase desalentado y encerrado en su casa por el duelo, y fué preciso que Alcibiades y otros amigos le convencieran para que se presentase. Dió excusas el pueblo de su desconocimiento y olvido, y él volvió a encargarse de los negocios: nombrósele general, e hizo proposición para que se abrogase la ley sobre los espurios, que él mismo había introducido antes, para que por falta de sucesión no se acabase su casa y se extinguiera su nombre y su linaje. Lo que hubo acerca de esta ley fué lo siguiente: floreció por largo tiempo antes Pericles en el mando, y teniendo hijos legítimos, como se ha visto, propuso una ley para que sólo se tuviera por Atenienses a aquellos que fuesen hijos de padre y madre ateniense. Como luego el rey

de Egipto hubiese enviado de regalo para el pueblo cuarenta mil fanegas de trigo, habiéndose de repartir a los ciudadanos, por esta ley se movieron a los espurios muchos pleitos, que hasta allí habían estado olvidados y en descuido; y aun muchos fueron calumniosamente vencidos; de manera que llegaron hasta muy cerca de cinco mil los que resultando no tener calidad, fueron vendidos; y los que permanecieron con los derechos de ciudadanos por haber sido declarados Atenienses subieron a catorce mil y cuarenta. Sin embargo, pues, de que era muy duro que una ley de tan gran poder contra tal muchedumbre fuese abrogada por el mismo que antes la había propuesto, el infortunio presente, venido sobre la casa de Pericles como castigo de aquel orgullo y vanagloria, quebrantó los ánimos de los Atenienses; los cuales, conceptuando que contra aquel se había declarado la ira de los Dioses, y la humanidad pedía se le diese consuelo, vinieron en que su hijo espurio fuese escrito en su propia curia, y tomase su nombre. A éste más adelante, habiendo sido vencido en la batalla de Arginusas, el pueblo le hizo dar muerte, juntamente con los otros sus colegas de mando.

A este tiempo la peste acometió a Pericles, no con gran rigor y violencia como a los demás, sino produciendo una enfermedad lenta, que con varias alternativas poco a poco consumía su cuerpo y debilitaba la entereza de su espíritu. Así es que Teofrasto, moviendo en su tratado de *Ética* la duda de si nuestras costumbres siguen en sus vicisitudes a la fortuna, y si conmovidas con las enfermedades del cuerpo decaen de la virtud, refiere que Pericles, estando ya malo, a un amigo que fué a visitarle le mostró una nómina que las mujeres le habían puesto al cuello, para hacer ver lo malo

que estaba cuando se prestaba a aquellas necesidades. Estando ya para morir, le hacían compañía los primeros entre los ciudadanos y los amigos que le quedaban, y todos hablaban de su virtud y de su poder, diciendo cuán grande había sido; medían sus acciones, y contaban sus muchos trofeos, porque eran hasta nueve los que mandando y venciendo había erigido en honor de la ciudad. Decíanselo esto unos a otros en el concepto de que no lo percibía, y de que había ya perdido enteramente el conocimiento; más él lo había escuchado todo con atención, y esforzándose a hablar, les dijo que se maravillaba de que hubiesen mencionado y alabado entre sus cosas aquellas en que tiene parte la fortuna, y que han sucedido a otros generales, y ninguno hablase de la mayor y más excelente, que es, dijo, el que por mi causa ningún Ateniese ha tenido que ponerse vestido negro.

¡Admirable hombre en verdad!, no sólo por la blandura y suavidad que guardó en tanto cúmulo de negocios y en medio de tales enemistades, sino por su gran prudencia, pues que entre sus buenas acciones reputó por la mejor el no haber dado nada en tanto poder ni a la envidia ni a la ira, ni haber mirado a ninguno de sus enemigos como insufrible; y yo entiendo que sólo su conducta bondadosa y su vida pura y sin mancha en medio de tan grande autoridad, pudo hacer exenta de envidia y apropiada rigurosamente a él la denominación al parecer pueril y chocante que se le dió, llamándole *Olimpio*. Así tenemos por digno de la naturaleza de los Dioses, que siendo autores de todos los bienes, y no causando nunca ningún mal, por este admirable orden gobiernen y rijan todo lo criado; no como los poetas, que nos inculcan opiniones absurdas, de que sus mismos poemas

los convencen, llamando al lugar en que se dice habitan los Dioses una residencia estable y segura, adonde no alcanzan los vientos ni las nubes, sino que siempre y por todo tiempo resplandece invariable con una serenidad suave y una lumbre pura, como corresponde a la mansión de lo bienaventurado e inmortal; cuando a los Dioses mismos nos los representan llenos de rencillas, de discordia, de ira y de otras pasiones, que aun en hombres de razón estarían muy mal. Mas esto sería quizá más propio de otro tratado. Por lo que hace a Pericles, los sucesos mismos hicieron muy luego conocer a los Atenienses su falta y echarle menos, pues aun los que mientras vivía llevaban mal su poder por parecerles que los ajaba, luego que faltó y experimentaron a otros oradores y demagogos, confesaban a una que ni en el fasto podía darse genio más dulce, ni en la mansedumbre más majestuoso; y se echó de ver que aquella autoridad un poco incómoda, a la que antes daban los nombres de monarquía y tiranía, había venido a ser la salvaguardia del gobierno: ¡tanta fué la corrupción y perversidad que se advirtió después en los negocios! la cual él habia debilitado y apocado, no dejándola comparecer, y menos que se hiciera insufrible por su insolencia.

# FABIO MÁXIMO

**H**ABIENDO sido Pericles en sus hechos dignos de memoria tan admirable como queda dicho, convirtamos ahora a Fabio Máximo la narración. Algunos dicen que de una Ninfa, y otros que de una mujer del país ayuntada con Hércules en la orilla del río Tíber, nació el varón de quien descende el linaje extendido e ilustre de los Fabios; de los cuales los primeros, según quieren algunos, por el género de caza con hoyos y trampas a que fueron dados, se llamaron Fodios en un principio: porque aún ahora a los hoyos les llaman *fosas*, y *fodere* al cavar: con el tiempo, mudadas dos letras, se dijeron Fabios. Fué fecunda esta casa en muchos y esclarecidos varones, y desde Rulo, el más insigne de ellos, que por tanto fué denominado Máximo por los Romanos, era cuarto este Fabio Máximo de quien vamos a hablar. Este, de un defecto corporal, tuvo además el sobrenombre de *Verrucoso*, porque encima del labio le había salido una verruga; también el de *Ovícula*, que significa oveja, el cual se le impuso por su mansedumbre y sojería cuando era muchacho, porque su sosiego y silencio con mucha timidez cuando tomaba parte en las diversiones pueriles, su tardanza en aprender las letras, y su apacibilidad y condescendencia con sus iguales, pasaban plaza de bobería para los

extraños, siendo muy pocos los que bajo aquel sosiego descubrían su natural firmeza y magnanimidad. Bien pronto después, cuando con el tiempo le excitaron los negocios, hizo ver a todos que era imperturbabilidad la que parecía ineptitud; prudencia la apacibilidad, y seguridad y entereza la dificultad y tardanza en determinarse. Poniendo la vista en la extensión de la república y las continuadas guerras, ejercitaba su cuerpo para los combates como arma natural, y cultivaba la elocuencia para la persuasión al pueblo de la manera que más confortaba con su carácter. Porque su dicción no tenía la brillantez ni la gracia popular, sino una forma propia sentenciosa, llena de cordura y profundidad, muy parecida, dicen, a la frase de Tucídides, pues todavía nos queda una oración suya al pueblo, que es el elogio fúnebre de su hijo, que murió después de haber sido ya cónsul.

De los cinco consulados para que fué nombrado, en el primero triunfó de los Ligures, los cuales, derrotados por él con gran pérdida, se retiraron a los Alpes, y dejaron con esto de saquear y molestar la parte de Italia que con éstos confina. Después ocurrió que Aníbal invadió la Italia; y habiendo conseguido una victoria junto al río Trevia, se encaminó a la Etruria, y talando el país difundió el asombro, el terror y la consternación hasta Roma; y al mismo tiempo sobrevinieron prodigios, parte familiares a los Romanos como los de los rayos, y parte enteramente nuevos y desconocidos. Porque se dijo que los escudos por sí mismos se habían mojado en sangre; que cerca de Ancio se había segado mies con las espigas ensangrentadas; que por el aire discurrían piedras encendidas e inflamadas, y que, pareciendo que se había ras-

gado el cielo por la parte de Falerios, habían caído y esparcido muchos letreros, y en uno de ellos aparecía escrito al pie de la letra: «Marte sacude sus propias armas.» Nada de esto intimidó al cónsul Flaminio, que sobre ser por naturaleza alentado y ambicioso, estaba engraido con sucesos muy afortunados que antes, contra toda probabilidad, había tenido; pues que a pesar del dictamen del Senado y de la resistencia de su colega, dió batalla a los Galos, y los venció. A Fabio tampoco le conmovieron los prodigios, porque ninguna razón veía para ello, sin embargo de que a muchos les pusieron miedo; pero informado del corto número de los enemigos y de su falta de medios, exhortaba a los Romanos a que aguantasen y no entraran en contienda con un hombre que mandaba unas tropas ejercitadas para esto mismo en muchos combates, sino que enviando socorros a los aliados y conteniendo a las ciudades dejaran que por sí mismas se deshicieran las fuerzas de Aníbal, como una llama levantada de pequeño principio.

No logró, sin embargo, persuadir a Flaminio el cual diciendo no sufriría que la guerra se acercase a Roma, ni como el antiguo Camilo pelearía en la ciudad por su defensa, dió orden a los tribunos para que saliesen con el ejército; y marchando él a caballo, como éste sin causa ninguna conocida se hubiese asombrado y espantado de un modo extraño, se venció y cayó de cabeza; mas no por eso mudó de propósito, sino que llevando adelante el de ir en busca de Aníbal, se fué a tomar formación junto al lago de Etruria llamado Trasimeno. Viniendo los soldados a las manos, al propio tiempo de darse la batalla hubo un terremoto, con el que algunas ciudades se arruinaron, las aguas de los ríos mudaron su curso, y las rocas se

desgajaron desde sus fundamentos; y sin embargo de ser tan violenta esta convulsión, absolutamente no la percibió ninguno de los combatientes. El mismo Flaminio, después de haber hecho los mayores esfuerzos de osadía y de valor, pereció en la batalla, y a su lado lo más elegido; de los demás que volvieron la espalda, fué grandísima la mortandad; los que perecieron fueron quince mil, y los cautivos otros tantos. El cuerpo de Flaminio, a quien por su valor ansiaba dar sepultura y todo honor Aníbal, no se pudo encontrar entre los muertos, sin que se hubiese podido saber cómo desapareció. La pérdida de la batalla del Trebia ni en su aviso la escribió el general, ni la dijo el mensajero enviado a la ligera, sino que se fingió que la victoria había sido incierta y dudosa. Mas en cuanto a ésta, apenas llegó de ella la noticia al pretor Pomponio, cuando reuniendo en junta al pueblo, sin usar de rodeos ni de contemplaciones, salió en medio de ellos, y «Hemos sido vencidos, oh Romanos, les dijo, en una gran batalla: el ejército ha sido deshecho, y el cónsul ha perecido: consultad, por tanto, sobre vuestra salud y seguridad.» Arrojando, pues, este discurso como un huracán en el mar de tan numeroso pueblo, causó gran turbación en la ciudad, y los ánimos no quedaron en su asiento, ni podían volver en sí de tanto asombro. Convinieron, sin embargo, todos en este pensamiento: que el estado de las cosas exigía de necesidad el mando libre de uno solo, al que llaman dictadura, y un hombre que le ejerciera imperturbable y confiadamente; y que éste no podía ser otro que Fabio Máximo, el cual reunía una prudencia y una opinión de conducta correspondientes a la grandeza del encargo, y era además de una edad en la que el cuerpo está en robustez para poner por obra las resoluciones del

ánimo, y al mismo tiempo la osadía está ya subordinada a la discreción.

Tomada esta determinación, fué Fabio Máximo nombrado dictador; y habiendo él mismo nombrado maestro de la caballería a Lucio Minucio, lo primero que pidió al Senado fué que se le permitiera usar de caballo en el ejército: porque no se podía, antes estaba expresamente prohibido por una ley antigua, bien fuese porque consistiendo su principal fuerza en la infantería les pareciese que el general debía permanecer con ella y no separarse, o bien porque siendo en todo lo demás tiránica y desmedida esta autoridad, quisieran que el dictador quedase en esto pendiente del pueblo. Además, queriendo desde luego Fabio ostentar lo grande y esplendoroso de aquella dignidad para tener más sumisos y obedientes a los ciudadanos, salió en público, llevando ante sí veinticuatro fascas, y como viniese hacia él el otro de los cónsules (1), le envió un lictor con la orden de que despidiese las fascas, y deponiendo todas las insignias del mando, viniera como un particular adonde estaba. En seguida, tomando de los Dioses el mejor principio, y dando a entender al pueblo que el general por olvido y desprecio de las cosas divinas y no por falta de sus soldados había incurrido en aquella ruina, previno indirectamente que no se temiese a los enemigos con aplacar y venerar a los Dioses, no porque pensase en fomentar la superstición, sino con la mira de alentar con la piedad el valor, y de quitar y templar, con la esperanza puesta en los Dioses, el miedo de los enemigos. Registráronse en aquella ocasión muchos de los libros

---

(1) Lo dice así porque no había quedado más que un cónsul, muerto Flaminio en la batalla.

arcanos, a que daban grande importancia, llamados Sibilinos; y se dice que varios de los vaticinios en ellos contenidos venían muy acomodados a las desgracias y sucesos entonces presentes, bien que su contenido con ninguno otro podía comunicarse. Presentándose, pues, el Dictador ante la muchedumbre, hizo voto a los Dioses de toda la cría que en la primavera de aquel año tuviesen las cabras y las cerdas, las ovejas y las vacas en todos los montes, campiñas, ríos y lagos de la Italia, y ofrecérselo todo en sacrificios; y además espectáculos de música y escénicos, en que se gastasen trescientos treinta y tres sestercios, y trescientos treinta y tres denarios, y un tercio más: que en una suma hacen ochenta y tres mil quinientas ochenta y tres dracmas y dos óbolos. Es difícil dar la razón del cuidadoso modo de numerar aquella cantidad, a no que crea alguno haber sido recomendación de la virtud del número tres, porque por su naturaleza es perfecto, el primero de los impares, principio en sí del plural, y abraza las primeras diferencias y los elementos de todo número, mezclándolos y como juntándolos en uno.

Convirtiendo así Fabio la atención de la muchedumbre hacia la religión, la hizo más dócil para lo que ocurriese; y poniendo él en sí mismo toda la esperanza de la victoria, bien cierto de que Dios da la dicha a los hombres por medio de la virtud y la prudencia, partió en busca de Aníbal, no para dar batalla, sino con la determinación de quebrantar y aniquilar en éste con el tiempo la pujanza, con la sobra de los Romanos su escasez de medios, y con la población de Roma su corto número. Así siempre se le veía por alto a causa de la caballería enemiga, poniendo sus reales en lugares montañosos: en reposo si Aníbal se estaba quieto; y

si éste se movía, siguiéndole alrededor por las eminencias, y apareciéndose siempre en disposición de que no se le pudiera obligar a pelear si no quería, pero infundiendo al mismo tiempo miedo a los enemigos con aquel cuidado, como si les fuese a presentar batalla. Dando de esta manera tiempo al tiempo, todos le tenían en poco, hablándose mal de él aun en el mismo ejército; y lo que es a los enemigos a todos les parecía sumamente irresoluto, y que no era para nada, sino sólo a Aníbal. El solo penetró su sagacidad y el género de guerra que se había propuesto hacerle; y reflexionando que era preciso por todos medios de maña y de fuerza mover a aquel hombre, sin lo cual eran perdidas las cosas de los Cartagineses, no pudiendo hacer uso de aquellas armas en que eran superiores, y apocándoseles y gastándoseles cada día en balde aquellas de que ya escaseaban, que eran la gente y los caudales; echando mano de todo género de artificios y escaramuzas militares, y buscando a manera de buen atleta algún asidero, hacía tentativas, ya acercándosele, ya causando alarmas, y ya llamándole por diferentes partes, todo con objeto de sacarle de sus propósitos de seguridad. Mas en él su juicio, que estaba siempre aferrado a sólo lo que convenía, se mantenía constantemente firme e invariable. Incomodábale también el maestro de la caballería Minucio, ansioso intempestivamente de pelear, sumamente arrojado, y que en este sentido arengaba al ejército, al que él mismo había llenado de un ímpetu temerario y de vana confianza: así los soldados a Fabio le llamaban el pedagogo de Aníbal, y a Minucio le tenían por varón excelente y por general digno de Roma. Concibiendo con esto más ánimo y temeridad, decía en aire de burla que aquellos campa-

mentos por las alturas eran teatros que el dictador les proporcionaba para que pudieran ver las devastaciones e incendios de la Italia. Preguntaba también a los amigos de Fabio si pensaba subir el ejército al cielo, desconfiado ya de la tierra, o esconderse entre las nubes y las tinieblas para escapar de los enemigos. Referían los amigos a Fabio estos insultos; y como le excitasen a que con pelear borrara esta afrenta: «Entonces sería yo más tímido que ahora, les dijo, si por miedo a los dieterios y de ser escarnecido me apartara de mis determinaciones. El miedo por la patria no es vergonzoso; cuando el salir de sí por las opiniones de los hombres, por sus calumnias y sus reprensiones no es digno de un varón de tanta autoridad, sino del que se esclaviza a aquellos a quienes debe mandar, y aun dominar, cuando piensan desacertadamente.»

En este estado cae Aníbal en un yerro; porque queriendo llevar su ejército más lejos del de Fabio, y establecerse en terreno que abundase más en pasto, dió orden a los guías de que inmediatamente después de la cena le condujeran al campo Cusinate. No habiendo éstos, a causa de la pronunciación extranjera, entendido bien lo que se les decía, conducen todas las tropas al extremo de la Campania, a la ciudad de Casilinio, por medio de la cual corre el río Lotrono, llamado de los Romanos Vulturno. Está aquella región coronada por lo más de montañas; pero hacia el mar se extiende un valle, donde ensanchándose el río forma lagunas; y además hay en él grandes montones de arena, viniendo a terminar en una playa muy inquieta e inaccesible. Encerrado allí Aníbal, Fabio, que tenía conocimiento de los caminos, le tomó los pasos, y para cortarle la salida apostó cuatro mil infantes;

y colocando en buena posición sobre las alturas el resto de sus tropas, con los más ligeros y más denodados dió alcance a la retaguardia de los enemigos, y desordenó todo su ejército, matándoles unos ochocientos hombres. Aníbal entonces, queriendo sacarle de allí, echó de ver el yerro que se había padecido y el peligro; y lo primero que hizo fué poner en un palo a los guías; mas desconfió de apartar y vencer a los enemigos, que se hallaban apoderados de los lugares ventajosos. Estaban todos desalentados y acobardados, considerándose cercados por todas partes y sin tener salida alguna, cuando a Aníbal le ocurrió una astucia con que engañar a los enemigos, que fué de este modo. Mandó que tomando como dos mil vacas de las de la presa, se les atase sendos hachones en los cuernos, o haces de ramaje o sarmientos secos; y que a la noche, pegando a éstos fuego a la señal que se diese, se las encaminara hacia las eminencias por los puntos estrechos donde tenían sus centinelas los enemigos. Mientras atendían a esto aquellos a quienes lo encargó, poniendo él en movimiento el grueso del ejército cuando ya había anochecido, marchaba con sosiego. Las vacas mientras el fuego no tomó cuerpo, y sólo se quemaba la leña, andaban reposadamente conducidas por la falda; de manera que pasmados los pastores y vaqueros situados en las alturas de aquellas luces que ardían en lo alto de los cuernos, les parecía ser de un ejército que marchaba con multitud de hachas en el mejor orden. Mas después que encendido el cuerno hasta la raíz se hizo sentir el fuego en la carne, y que moviendo y sacudiendo con el dolor las cabezas se llenaron unas a otras de mucha llama, ya no guardaron orden en su dirección, sino que espantadas e irritadas dieron a correr a lo alto de

los montes, llevando encendido el testuz y la cola, y encendiendo también muchos de los matorrales por donde huían: espectáculo muy espantoso para los Romanos puestos de guardia en aquellos oteros. Porque parecía que las luces eran llevadas por hombres que iban corriendo: entróles, por tanto, mucha turbación y miedo, imaginándose que de diversas partes venían enemigos sobre ellos, y que por todas estaban cercados. No teniendo, pues, valor para mantenerse en sus puestos, se retiraron al centro del campamento abandonando las gargantas. Con esta oportunidad, inmediatamente las tropas ligeras de Aníbal ocuparon las alturas, y ya toda la demás fuerza había marchado sin ser inquietada, llevándose una abundante y rica presa.

Fabio bien se apercibió del engaño en la misma noche, porque algunas de las vacas que huyeron espantadas habían venido a dar en su poder; pero temiendo alguna celada preparada a favor de las tinieblas, tuvo inmóvil el ejército sobre las armas. Luego que amaneció se puso en persecución de los enemigos, y alcanzando la retaguardia, se trabó combate en terreno quebrado, por lo que en éstos era grande la confusión, hasta que Aníbal, haciendo salir de aquellas gargantas a los Españoles más ejercitados en correr por los montes, gente muy lista y de gran ligereza, los envió contra la infantería pesada de los Romanos, en la que hicieron bastante mortandad, y obligaron a Fabio a retirarse. Con esto crecieron las habladurías y el menosprecio contra él; porque no poniendo en las armas su confianza, sino aspirando a triunfar de Aníbal con la sagacidad y previsión, aparecía vencido y burlado con estos mismos medios; y queriendo Aníbal encender todavía más el encono de los Romanos

contra Fabio, llegado que hubo adonde estaban sus posesiones, mandó que se talara e incendiara todo lo demás, y sólo a aquéllas se perdonara, dejando una guardia que no permitiera destruir o tomar nada de lo que allí había. Todo esto fué anunciado en Roma, dándosele gran valor, levantando mucho el grito los tribunos de la plebe, a instigación principalmente de Metilio, que atizaba aquel fuego, no tanto por enemistad a Fabio, como porque teniendo deudo con Minucio el maestre de la caballería, juzgaba que cedían en honor y aprecio de éste aquellos rumores. Había además caído en la indignación del Senado, por llevar éste a mal el tratado que acerca de los cautivos había hecho con Aníbal; porque le había otorgado que se canjearía hombre por hombre, y que si de la una de las partes era mayor el número, por cada uno de los que se entregasen se darían doscientos y cincuenta dracmas. Por tanto, cuando hecho el canje se halló que todavía le quedaban a Aníbal doscientos y cuarenta, el Senado resolvió no enviar su rescate; y se quejaba de que Fabio, contra toda razón y toda conveniencia, tratara de volver a Roma a unos hombres que por cobardía habían sido presa de los enemigos. Enterado de esta resolución Fabio, sufrió muy resignadamente el encono de los ciudadanos; mas no teniendo caudal propio, y no queriendo faltar a lo tratado, ni dejar abandonados a aquellos infelices, envió a Roma a su hijo con orden de que vendiera sus tierras y le llevara al punto el importe al ejército. Vendiólas éste, efectivamente, y vuelto allá con suma presteza, envió Fabio el rescate a Aníbal, y recobró los cautivos. Muchos de éstos quisieron remitírselo después; pero no quiso recibirlo de nadie, sino que lo perdonó a todos.

Llamaron a Fabio a Roma después de estos sucesos los sacerdotes para ciertos sacrificios, y entregó el mando a Minucio, no sólo con precepto que como emperador le imponía de no entrar en batalla ni tener reencuentros con los enemigos, sino haciéndole sobre ello encarecidas instancias de las que él hizo tan poca cuenta, que al punto se puso a provocarlos; y habiendo observado en una ocasión que Aníbal había destacado la mayor parte del ejército a acopiar víveres, atacó a los que habían quedado, y los encerró dentro del vallado con pérdida de no pocos; y aun a todos les hizo concebir temores de que los tenía sitiados. Recogió después Aníbal todas sus fuerzas a los reales; y él se retiró con la mayor seguridad, muy ufano por su parte con lo hecho, y habiendo inspirado al ejército un desmedido arrojo. Muy pronto llegó a Roma la noticia exagerada mucho más allá de lo cierto; y cuando la oyó Fabio, «Lo que más temo, dijo, es esta buena suerte de Minucio.» Mas el pueblo se ensoberbeció; y habiendo corrido a la plaza con grande regocijo, entonces el tribuno Metilio, subiendo a la tribuna, empezó a arengarle, celebrando mucho a Minucio, acusando a Fabio, no ya de flojedad y cobardía, sino de traición, y culpando juntamente a muchos de los más poderosos y principales, de que desde el principio, con la mira de humillar a la plebe, quisieron atraer la guerra y arrojar la ciudad en una monarquía ilimitada, la que dando largas a los negocios facilitara a Aníbal el traer de nuevo otro ejército del Africa, como dueño ya de la Italia.

No se cuidó Fabio de defenderse en la junta pública de las acusaciones del tribuno, y sólo dijo que iba a despachar prontamente los sacrificios y ceremonias para volver al ejército e imponer el de-

bido castigo a Minucio, porque contra su prohibición había combatido con los enemigos. Moviése con esto gran alboroto en la plebe, viendo que corría mucho peligro Minucio, porque el dictador tiene facultad para prender y castigar sin formación de causa; y notando que la ira había sacado a Fabio de su gran mansedumbre, graduábanla de terrible e implacable. Por esto mismo los demás se contuvieron; pero Metilio, alentado con la inmunidad del tribunado (porque elegido dictador, esto solo cargo no se disuelve, sino que permanece, anulados todos los demás), no cesaba de clamar al pueblo, pidiendo que no desamparara a Minucio, ni consintiera le sucediese lo que Manlio Torcuato ejecutó con su hijo, haciéndole cortar con la segur la cabeza, triunfante y coronada como estaba, sino que despojase a Fabio de la tiranía, y pusiera la república en manos que pudieran y quisieran salvarla. Hicieron grande impresión en los ánimos estas razones; mas no se atrevieron, sin embargo de haber humillado a Fabio, a imponerle la precisión de abdicar la candidatura; contentándose con decretar que Minucio, igualado en el mando de las tropas con el dictador, partiera con él la guerra, usando de la misma autoridad: cosa nunca vista antes en Roma, pero repetida poco después de resulta de la derrota de Canas: porque también era entonces dictador en los ejércitos de Marco Junio; y viéndose en la ciudad precisados a completar el Senado, habiendo muerto muchos senadores en la batalla, eligieron en segundo dictador a Fabio Buteón. Mas éste, luego que en uso de su autoridad eligió los que le faltaban, y completó el Senado, deponiendo en el mismo día las fascas, y sustrayéndose a los que le acompañaban, se metió y confundió con la muchedumbre, y para tra-

tar y arreglar un negocio propio suyo, volvió a la plaza como un particular.

Asociando con el dictador para tan importantes negocios a Minucio, pensaron abatir y humillar a aquél, en lo que dieron muestras de conocer muy poco su carácter: porque no miraba como desgracia suya aquella ceguedad, sino que al modo que Diógenes el sabio, diciéndole uno, «éstos te escarnecen,» respondió: «pues yo no soy escarnecido,» teniendo por dignos solamente de burla a los que se acobardan y turban con tales cosas; así también Fabio no se dió por sentido ni se incomodó por sí con aquella determinación, contribuyendo a demostrar lo que opinan algunos filósofos, que el varón recto y bueno no puede ser afrentado ni deshonrado. Lo que sí le afligía era el desacierto de la muchedumbre en lo tocante al bien público, dando facilidad para hacer la guerra a un hombre que adolecía de desmedida ambición. Temiendo por tanto no fuera que éste, enloquecido del todo con la vanagloria y el orgullo, se apresurara a hacer algún disparate, salió de Roma sin noticia de nadie y llegado al ejército, encontró a Minucio no moderado y tranquilo, sino displicente e hinchado ansioso por mandar alternativamente, cosa en que Fabio no quiso condescender; y lo que hizo fué partir las tropas con él, teniendo por mejor mandar sólo una parte, que mandar él todo de aquella manera. Tomó, pues, para sí las legiones primera y cuarta, y dió a Minucio la segunda y tercera; y por el mismo término se repartieron las fuerzas auxiliares. Quedó Minucio muy orgulloso y contento con que la dignidad del mando más elevado y supremo hubiese sufrido aquella sumisión y despedazamiento por consideración a él; pero Fabio le hizo la advertencia de que considerara que no

era con él con quien habría de contender, sino con Aníbal; mas que con todo, si aun quería altercar con su colega, debía poner la atención en que no pareciese que el que había vencido con los ciudadanos y había sido de ellos honrado, cuidaba menos de su salud y seguridad que el humillado y ofendido.

Minucio miró esta amonestación como jactancia de un viejo, y haciéndose cargo de las fuerzas que le habían cabido en suerte, se fué a acampar solo y aparte; teniendo Aníbal noticia de cuanto pasaba, y estando en acecho de todo. Había en medio un collado, no difícil de tomar, y tomado, muy seguro para un campamento, con bastante extensión para todo. El terreno de alrededor, visto de lejos, parecía igual y llano, porque estaba despejado; pero tenía algunas acequias, y además algunas cuevas. Podía muy bien Aníbal tomar sin hacerse sentir este collado, mas no quiso, sino que lo dejó para ocasión o motivo de venir a las manos. Luego que vió a Minucio separado de Fabio, esparció de noche por las acequias y por las cuevas a algunos de sus soldados, y al rayar el día abiertamente envió otros en corto número a ocupar el collado para llamar y hacer caer hacia aquel paraje a Minucio, y así cabalmente sucedió, porque primero envió éste las tropas ligeras, después la caballería, y a la postre, viendo que Aníbal enviaba socorro a los del collado, bajó con todas sus fuerzas en orden de combatir; y habiendo trabado una recia batalla, atropellaba a los que sostenían aquella altura, envuelto con ellos en una lucha muy igual, hasta que observándole Aníbal malamente engañado, y que dejaba la espalda enteramente descubierta a los de la celada, dió a éstos la señal: salieron entonces por diversas partes a un tiempo, y los acometieron con gritería, y des-

trozando la retaguardia, es inexplicable la turbación y abatimiento que cayó sobre los Romanos. Quebrantóse también la arrogancia del mismo Minucio, que dirigía sus miradas ya a este, ya al otro caudillo, no osando ninguno mantenerse en su puesto, sino entregándose todos a la fuga, que no les fué de provecho, porque los Numidas, que que eran ya dueños del terreno, acabaron con los dispersos.

¡En tan mala situación se hallaban los Romanos! Pero Fabio no ignoraba su conflicto; antes habiendo previsto, según parece, lo que iba a suceder, tenía todas las tropas prontas sobre las armas, y para saber lo que pasaba no se valió de espías, sino que él mismo se puso de atalaya delante del campamento. Luego que vió cortado y desordenado el ejército, y llegó a sus oídos la gritería de los que no guardaban formación, sino que huían espantados, dándose una gran palmada en el muslo, y sollozando profundamente: «¡Por Hércules, exclamó, cómo Minucio se ha perdido más presto de lo que yo esperaba, aunque quizá más tarde de lo que él hubiera deseado!» Y dando orden de sacar sin dilación las banderas, y de que le siguiese el ejército: «Este, oh soldados, gritó, este es el momento de que se apresure el que conserve en su memoria a Marco Minucio, porque es un varón excelente y amante de su patria; y si en algo he errado con el deseo de arrojar cuanto antes a los enemigos, después le daremos las quejas.» Corre, pues, el primero, y dispersa a los Numidas que discurrían por el llano; y en seguida se dirige contra los que combatían por retaguardia a los Romanos, matando a los que encuentra; con lo que los demás ceden y toman la fuga para no ser alcanzados, y que no les suceda verse en el mismo caso en que

ellos habían puesto a los Romanos. Aníbal, al ver aquella mudanza, y que Fabio con más ardor del que a su edad correspondía trepaba hacia el collado a unirse con Minucio, haciendo con la trompeta señal de retirada, volvió su ejército a los reales; y también los Romanos se retiraron contentos. Cuéntase que Aníbal en esta retirada, hablando de Fabio, dijo con chiste a sus amigos una especie como ésta: «¿No os predije yo muchas veces que aquella nube agarrada siempre a los montes algún día arrojaría agua con huracán y con tormenta?»

Retiróse Fabio después de la acción sin hacer otra cosa que despojar a los enemigos que habían muerto, no profiriendo expresión ninguna de arrogancia o de ofensa acerca de su colega Minucio; pero éste, juntando sus tropas: «Camaradas, les »dijo, no cometer yerros en los grandes negocios, »es cosa muy superior a las humanas fuerzas; pero »que el que erró aproveche la lección de sus escarmientos para lo sucesivo, es de hombre recto y »que escucha la razón. Yo, si tengo que culpar en »algo a la fortuna, mucho más es lo que tengo que »agradecerle; porque lo que hasta ahora no había »comprendido en tanto tiempo, acabo de aprenderlo en una mínima parte de un día, quedando »convencido de que no soy para mandar a otros, »sino que necesito de quien me mande, y no ponerme a querer vencer a aquellos de quienes me está »mejor ser vencido. En las demás cosas será ya el »dictador quien os mande; pero en la gratitud »hacia él yo he de ser todavía vuestro general, poniéndome en su presencia obediente y dispuesto »a hacer cuanto me mandare.» Dicho esto, mandó tomar las águilas y que todos le siguiesen, guió al campamento de Fabio, y ya dentro de él se enca-

minó a la tienda del general con admiración y sorpresa de todos. Saliéndole Fabio al encuentro, le rindió aquel al punto las insignias, llamándole padre en alta voz; y en la misma llamaban sus soldados patronos a los de Fabio, que es la exclamación en que prorrumpen los que reciben la libertad con aquellos que se la dan. Cuando ya hubo silencio, dijo Minucio: «Dos victorias, oh dictador, »has alcanzado en el día de hoy, venciendo con el »valor a los enemigos, y con el consejo y la generosidad a tu colega: con aquella nos has salvado, »y con ésta has dado una admirable lección a los »que si de parte de los enemigos sufrieron una vergonzosa derrota, de la que tú les has causado se »glorían, porque han hallado en ella su salud. Te »llamo padre, porque no encuentro nombre más »honroso que darte, debiéndote mayor agradecimiento que al que me dió el ser, porque aquél »me engendró a mí sólo, y tú me has salvado con »todos estos.» Acabado este discurso, abrazó y saludó con un ósculo a Fabio, siendo cosa de ver que otro tanto ejecutaban sus soldados, porque se enlazaban y besaban unos a otros, inundando el campamento de alegría y de dulces lágrimas.

Depuso Fabio después de estos sucesos la dictadura, y volvieron a nombrarse otra vez cónsules. De éstos los primeros adoptaron el sistema de guerra que aquél había establecido, huyendo el pelear de poder a poder con Aníbal, y contentándose con socorrer a los aliados e impedir la desertión. Eligióse después para el consulado a Terencio Varrón, hombre de linaje oscuro, pero que se había hecho lugar con adular a la plebe y con su carácter insolente: así desde luego se echó de ver que con su inexperiencia y su temeridad iba a aventurarlo todo, porque se le oía vociferar en las juntas

que duraría la guerra mientras la ciudad confiara el mando a los Fabios; pero que para él, presentarse y vencer a los enemigos todo sería uno. Con esto, al punto recogió y levantó tantas fuerzas cuantas para ninguna otra guerra habían empleado los Romanos; porque se reunieron para la batalla hasta ochenta y ocho mil hombres: motivo de gran temor para Fabio y para todos los hombres de juicio, porque no esperaban que pudiera recobrase la ciudad si se desgraciaba aquella brillante juventud. Por esta razón se dirigió al colega de Terencio, Paulo Emilio (que era buen militar, más no grato al pueblo, y estaba escamado de la muchedumbre por una multa que se le había impuesto para el Erario) con propósito de darle ánimo y exhortarle a hacer oposición a la locura de aquél; manifestándole que su contienda en beneficio de la patria más que con Aníbal había de ser con Terencio: porque se apresurarían a la batalla, éste no conociendo en qué consistían sus fuerzas, y aquél estando bien convencido de su flaqueza: «Mas yo, oh Paulo, dijo, con más justicia deberé ser de ti creído que no de Terencio si te aseguro acerca del estado de las cosas de Aníbal, que éste no peleando nadie con él en todo este año, o infaliblemente caerá, si se obstina en mantenerse aquí, o tendrá precisamente que marchar: pues con parecer que ahora vence y está pujante, ninguno de sus contrarios se le ha pasado, ni tiene la tercera parte de las fuerzas con que vino.» A esto se dice que Paulo contestó en estos términos: «Por mí, oh Fabio, cuando considero mi situación tengo por mejor caer oprimido de las lanzas de los enemigos, que de los votos de los ciudadanos; mas si nuestras cosas públicas están en el estado que dices, más me esforzaré por acreditarme contigo de buen

capitán, que no con todos los demás que quieran obligarme a seguir un dictamen contrario al tuyo.» Con esta resolución partió Paulo para la guerra.

Terencio hizo empeño en que alternaran por días en el mando, y estando acampados a la vista de Aníbal junto al Aufido y las que se llamaban Canas, al mismo amanecer puso la señal de batalla, que era un paño de púrpura tendido encima de la tienda del general. Sorprendiéronse al principio los Cartagineses, viendo aquel arrojito del cónsul y la muchedumbre de los enemigos, cuando ellos no eran ni siquiera la mitad. Aníbal mandó a las tropas tomar las armas, y montando a caballo, se puso con unos cuantos sobre una ligera eminencia a hacerse cargo de los enemigos, que ya estaban formados. Dijole entonces uno de los que con él estaban, hombre de igual autoridad con él, llamado Giscón: «¡Qué maravillosa es esta multitud de enemigos!» Y Aníbal, arrugando la frente: «Pues otra cosa más maravillosa se te ha pasado», le contestó. Preguntóle Giscón cuál era; y él respondió que, con ser tantos, ninguno de ellos se llamaba Giscón. Dicho así este chiste, cuando menos podía esperarse, les causó a todos mucha risa; y como bajando del otero lo fuesen refiriendo a los que encontraban al paso, les hacía a todos reír de tan buena gana, que nunca podían contenerse los que estaban al lado de Aníbal. A los Cartagineses que lo veían, les inspiraba esto gran confianza, considerando que tanta risa y estar tan de chanza el general en aquellos momentos, no podría nacer sino de mucha seguridad y menosprecio del peligro.

En la batalla usó de dos stratagemas: el primero fué procurar tener el viento por la espalda: era a la sazón parecido a un torbellino de fuego, y levantando de aquellas llanuras, bastante bajas y descu-

biertas, gran cantidad de polvo, pasándolo por encima de los Cartagineses lo impelía hacia los Romanos, y se lo arrojaba en la cara, haciéndoles volverla y perder el orden. El segundo consistió en la formación, porque lo más fuerte y aguerrido de sus tropas lo colocó de uno y otro lado del centro, y éste lo llenó de lo más endeble, haciendo que esta especie de cuña saliese bastante adelante respecto del cuerpo de la falange. Encargó a los más esforzados que cuando los Romanos acometiesen a éstos, y llevándoselos por delante el centro quedase abierto, y formando seno recibieran a aquéllos dentro de la falange, haciendo ellos una conversión por uno y otro lado, los cargasen oblicuamente y los envolviesen cogiéndolos por la espalda, que fué, a lo que parece, lo que causó tan gran mortandad; pues luego que cediendo el centro se llevó tras sí en su persecución a los Romanos, y que la falange de Aníbal, mudando de posición, formó como media luna, y doblando repentinamente las tropas elegidas a la voz de sus jefes, unos a la izquierda y otros a la derecha, cubrieron los claros, entonces todos los que no previnieron el ser cercados, se encontraron como presos y perecieron. Dícese que también a la caballería romana le ocurrió un accidente extraño; porque herido, a lo que se cree, el caballo de Paulo, lo derribó, y de los que estaban a su lado se fueron apeando uno y otro y otro, y a pie se le pusieron delante para protegerle. Los de a caballo, al verlos, pensaron que aquello dimanaba de una orden general, y echando todos pie a tierra, así se arrojaron sobre los enemigos; lo que observado por Aníbal: «Más quiero esto, exclamó, que el que me los hubieran dado atados.» Pero estos incidentes son para los que escriben la historia con toda extensión. De los cónsules, Varrón con unos pocos se

retiró a la ciudad de Venusia; pero Paulo, en el desorden y confusión de aquella fuga, plagado su cuerpo de los dardos clavados en las heridas, se había sentado en una piedra esperando un enemigo que le diera la muerte. Estaba, por la mucha sangre que le inundaba la cabeza y el rostro, enteramente desfigurado, de modo que sus amigos y sus mismos sirvientes, por no conocerle, pasaron de largo. Sólo Cornelio Léntulo, joven de familia patricia, le vió y reconoció, y apeándose de su caballo le acarició y rogó que subiese en aquél y se salvara para bien de los conciudadanos, que entonces más que nunca necesitaban de un buen general. Paulo se negó a sus ruegos, y obligó con lágrimas a aquel joven a que otra vez montase; y entonces, tomándole la diestra y dando un profundo suspiro: «Anunciad, oh Léntulo, le dijo, a Fabio Máximo, y sed testigo para con él que Paulo Emilio siguió su dictamen hasta la muerte, y en nada faltó a lo que con él había concertado, sino que fué vencido, primero por Varrón y después por Aníbal.» Dado este encargo, despidióse de Léntulo, se mezcló entre los que estaban bajo el hierro de los enemigos y murió con ellos. Dícese que murieron en la misma acción cincuenta mil Romanos, y cuatro mil fueron tomados vivos; y que después de la batalla fueron cautivados cuando menos otros diez mil en ambos campamentos.

Después de tan señalada victoria incitaban a Aníbal sus amigos para que no desperdiciara la fortuna, y tras los enemigos, en el mismo punto de su fuga, cayera sobre Roma, pues al quinto día de la victoria cenaría en el Capitolio; pero no es fácil explicar qué consideración pudo contenerlo; más bien diremos que fué obra de algún Genio o algún Dios que quiso estorbárselo, que no demasiado re-

celo o temor suyo; así se cuenta que el cartaginés Barca le dijo con enfado: «Tú, Aníbal, sabes vencer, pero no sabes aprovecharte de la victoria.» Con todo hizo esta victoria tal mudanza en sus cosas, que no teniendo antes de la batalla ni una ciudad, ni un mercado, ni un puerto en la Italia, por lo que con gran trabajo y dificultad recogía los precisos víveres para el ejército, y se había arrojado a la guerra sin poder contar con nada, pareciendo su ejército a una cuadrilla de bandoleros que anda errante de una parte a otra, entonces casi toda la Italia se puso en su poder. Porque la mayor y más poderosa parte de los pueblos voluntariamente se pasaron a su partido, y a Capua, que después de Roma es la más insigne de sus ciudades, también la atrajo a él. Esta fué una ocasión en que se vió que una gran calamidad, no sólo sirve para hacer prueba de los amigos, que es la expresión de Eurípides, sino también de los grandes generales, pues lo que antes de aquella batalla se graduaba en Fabio de cobardía y frialdad, después de ella pareció al punto, no ya una prudencia humana, sino un oráculo y providencia divina y milagrosa que prevé con anticipación aquellos sucesos que aun a los que los palpan se les hacen increíbles. Por tanto, al momento puso en él Roma la esperanza que le quedaba, y como a un templo o ara se acogió a su juicio, habiendo sido su cordura la primera y más poderosa causa para que estuviesen quedos y no se desbandasen como en la irrupción de los Galos. Porque aquel mismo que se mostraba precavido y desconfiado en los momentos en que nada había de siniestro, ahora, cuando todos se abandonaban a una aflicción excesiva y a un dolor que no los dejaba para nada, él sólo discurría por la ciudad con paso sosegado, con semblante sereno y con afables pa-

labras, haciendo desechar los lloros mujeriles y disipando los corrillos de los que se congregan en los parajes públicos en tales calamidades. Hizo también que se juntase el Senado, y alentó a los magistrados, siendo el vigor y poder de toda autoridad, que sólo en él ponía los ojos.

Puso guardas en las puertas para que estorbasen el paso a la muchedumbre que trataba de huir y abandonar la ciudad. Señaló lugar y término al luto, mandando que sólo se hiciese dentro de casa y por treinta días, pasados los cuales cesase todo duelo y no quedasen en la ciudad vestigios de él. Vino a caer en aquellos días la fiesta solemne de Ceres, y pareció más conveniente omitir los sacrificios y toda la demás pompa de ella, que hacer patente con el corto número y el abatimiento de los concurrentes la grandeza de aquella desventura, cuanto más que hasta la Divinidad parece que se regocija con adoradores que estén contentos. Para aplacar a los Dioses y apartar lo infausto de los prodigios hízose lo que los augures prescribieron; porque fué enviado a Delfos, a consultar al Dios, Pictor, pariente de Fabio; y como se hubiese echado de ver que habían sido violadas dos de las vírgenes Vestales, la una fué enterrada viva, como es costumbre, y la otra se dió la muerte. Lo que hubo más de admirar en la prudencia y mansedumbre de la ciudad, fué que viniendo de aquella fuga el cónsul Varrón, tan humillado y abatido como debía venir quien de tanta afrenta e infortunio había sido causa, le salieron a recibir hasta la puerta el Senado y el pueblo, haciéndole la salutación acostumbrada, y los magistrados y los principales Senadores, de cuyo número era Fabio, cuando hubo silencio, le elogiaron de que no había desesperado de la república después de tamaña desgracia, sino que se pre-

## DE HOMBRES ILUSTRES

sentaba para ponerse al frente de los negocios, obrar según las leyes y valerse de los ciudadanos, como que todavía tenían remedio.

Luego que supieron que Aníbal, después de la batalla, se retiró a otra parte de Italia, empezaron a tomar aliento, y enviaron contra él generales y ejércitos. Eran entre aquéllos los más señalados Fabio Máximo y Claudio Marcelo, dignos acaso de igual admiración por sus caracteres enteramente opuestos, porque éste, como lo decimos en el libro de su vida, siendo de una actividad brillante y osada, y al mismo tiempo acuchillador, y tal por su índole como aquellos a quienes Homero llama pendencieros y arrogantes, y en el modo de hacer la guerra arrojado e impetuoso, propio para contrarrestar la osadía de Aníbal, fué el primero a mover peleas y encuentros; mas Fabio, atendido siempre a sus primeras ideas, tenía esperanza de que no entrando nadie en combate con Aníbal, él mismo se había de consumir por sí, y con la guerra se había de quebrantar, perdiendo prontamente su robustez, como el cuerpo de un atleta cuando su fuerza es excesiva y se la ha cansado sin miramiento. Por esta razón dice Posidonio que a éste se le dió por los Romanos el nombre de escudo, y a Marcelo el de cuchillo, y que unida la seguridad y circunspección de Fabio con el carácter de Marcelo, fueron la salvación de Roma. Porque Aníbal, con tener que salir al encuentro frecuentemente a éste, como a un río que sale de madre, tenía en continua agitación y destruía sus fuerzas; y con el otro, que parecía tener una corriente mansa y que no se le acercaba sino con gran tiento, las gastaba también y destruía de un modo insensible; y al fin vino a verse tan apurado, que Marcelo le fatigaba peleando, y a Fabio le temía porque huía de pelear, pudiendo decirse

que por todo el tiempo tuvo que contender con estos dos, como pretores, como procónsules o como cónsules, porque cada cual de ellos fué cónsul cinco veces. Mas a Marcelo, cuando servía el quinto consulado, logró armarle una celada, y en ella le quitó la vida; con Fabio, aunque en muchas ocasiones usó de toda suerte de engaños y astucias, nada adelantó; sólo una vez llegó como a enredarle un poco y hacerle tropezar. Fingió y remitió cartas a Fabio de los más autorizados y poderosos de Metaponto, en el sentido de que la ciudad se le entregaría si a ella acudiese, y que los que a esto se decidían no aguardaban sino que llegara y se presentara en las inmediaciones. Fué seducido Fabio con estas cartas, y tomando parte del ejército, pensaba encaminarse allá en aquella noche; mas habiéndole sido infaustos los agüeros de las aves, se contuvo, y al cabo de poco descubrió que las cartas habían sido fraguadas por Aníbal, y que éste estaba emboscado junto a los muros de la ciudad, suceso que algunos atribuían a especial favor de los Dioses.

En cuanto a las defecciones de las ciudades y la deserción de los aliados, era Fabio de opinión que debían contenerse, y excitarse en éstos el pudor, hablándoles suave y mansamente, sin descubrirles todo lo que se sabe, y sin manifestarse del todo incomodado con los que se hacen sospechosos. Así se dice que habiendo entendido que un Marso, buen militar, y en linaje y valor muy principal entre los aliados, había movido con algunos pláticas de defección, no se irritó con él, sino que reconociendo que injustamente había sido olvidado: «Ahora, le dijo, la culpa ha sido de los jefes que distribuyen los premios por favor más que por consideración al mérito; pero en adelante culpaos a vos mismo si no viniéseis a mí y me dijéseis lo que echáis menos»; y

dicho esto le regaló un caballo hecho a la guerra, y le remuneró con otros premios, con lo que desde entonces lo tuvo muy adicto y muy apasionado. Porque le parecía cosa terrible que los aficionados a caballos y perros borren lo que hay de áspero e indócil en estos animales, más bien con el cuidado, la suavidad y el alimento, que no con latigazos y ataduras; y que el hombre que tiene mando no ponga lo principal de su esmero en la afabilidad y la mansedumbre; portándose todavía con más dureza y violencia que los labradores, los cuales a los cabrahigos, los peruétanos y los acebuches los ablandan y suavizan ingertándolos en olivos, en perales y en higueras. Refiriéronle asimismo los Centuriones que un Luqués se marchaba del campamento y abandonaba a menudo su puesto; preguntóles qué era lo que en lo demás sabían de su porte; y como todos a una le asegurasen que con dificultad se encontraría otro tan buen soldado como él, y al mismo tiempo le indicasen aquellas proezas y hazañas suyas más señaladas, se puso a inquirir la causa de aquella falta. Informósele que enredado aquel soldado en el amor de una mozuela, con gran peligro y haciendo largos viajes se iba cada día a verla desde el campo. Envió, pues, a uno sin noticia del soldado, para que trajese aquella mujer, la que ocultó en su tienda, y haciendo venir solo al Luqués: «No creas, le dijo, se me oculta que, contra nuestros usos y contra nuestras leyes, has pernocado muchas veces fuera del campamento; pero tampoco se me oculta que antes habías sido excelente soldado: pues lo mal hecho hasta aquí quede compensado con tus valerosas hazañas; mas para en adelante ya tengo yo a quién encomendar tu guarda.» Maravillóse a esto el soldado, y haciendo salir entonces a la mujer: «Esta, le dijo, me es fia-

dora de que ahora te estarás quieto en el ejército con nosotros; y tú con tus obras me harás ver si faltabas por algún otro mal motivo, y que el amor y ésta no eran más que un pretexto aparente.» Así se cuentan estos sucesos.

La ciudad de los Tarentinos, que por traición había sido tomada, vino a su poder en esta forma: militaba bajo sus órdenes un joven Tarentino que en el mismo Tarento tenía una hermana muy fina siempre y muy amante de él. Estaba enamorado de ésta un Breciano, oficial de las tropas que Anfbal había puesto de guarnición en la ciudad, y de aquí le nació al Tarentino la esperanza de salir con su idea; para lo que, con noticia de Fabio, se encaminó a casa de la hermana, diciendo a ésta que se había fugado. En los primeros días el Breciano se estaba en su casa, por pensar la hermana que aquél ignoraba sus amores; pero muy luego le dijo a ésta el joven, que allá le habían llegado las nuevas de que tenía amistad con un hombre ilustre y de poder: por tanto, que quién era éste; porque si era distinguido, como se decía, y de una conocida virtud, la guerra, que todo lo confunde, hace poca cuenta del origen, y que nada hay que deshonoré cuando media la necesidad; antes en tiempos en que la justicia anda decaída, es una fortuna tener de su parte al que dirige la fuerza. Con esto la hermana hizo llamar al Breciano y se le dió a conocer. Bien pronto el hermano se puso de parte de éste en sus amores; y aparentando que trabajaba por hacerle más benigna y condescendiente a la hermana, se ganó su confianza, de manera que le costó poco hacer mudar de partido a un hombre enamorado y que estaba a soldada, con la esperanza de grandes dones que le prometió recibiría de Fabio. Así refieren este hecho los más de los escritores; pero algunos dicen

que la mujer que ganó al Breciano no fué Tarentina, sino Breciana también de origen, y concubina de Fabio, la cual, habiendo entendido que era su compatriota, y conocido suyo el que entonces mandaba los Brecianos, se lo propuso a Fabio, y yendo a conversar con él al pie de los muros, logró atraerlo y seducirlo.

Mientras se trataban estas cosas, maquinando Fabio llamar a otra parte la atención de Aníbal, envió orden a los soldados que estaban en Regio para que hiciesen correrías en el campo Breciano, y poniendo sitio a Caulonia la tomasen por asalto. Eran éstos unos ocho mil hombres, pasados los más, gente de poco provecho, de los que de Sicilia habían sido deportados y notados de infamia por Marcelo, de cuya pérdida poco sentimiento y daño había de resultar a la ciudad; esperó, pues, que poniendo a éstos ante Aníbal como un cebo, así lo echaría lejos de Tarento, lo que justamente sucedió: porque en su persecución corrió allá Anibal con bastantes fuerzas. Al sexto día de sitiar Fabio a los Tarentinos, vino a él por la noche el joven, que, ayudado de la hermana, tenía con el Breciano concertada la entrega, trayendo sabido y registrado el lugar donde el Breciano tendría el mando, y cediendo, lo entregaría a los invasores. No dejó, sin embargo, que todo fuese obra de la traición, sino que, pasando él mismo al punto designado, esperó allí en sosiego, y en tanto el resto del ejército acometió a los muros por tierra y por mar, moviendo al mismo tiempo mucho ruido y estruendo, hasta que acudieron los más de los Tarentinos por aquel lado a auxiliar y socorrer a los que defendían las murallas; el Breciano hizo a Fabio señas de ser aquél el momento oportuno, y subiendo con escalas, se apoderó de la ciudad. En esta ocasión parece que se

dejó vencer del orgullo, porque mandó dar muerte a los principales de entre los Brecianos para que no se viera tan a las claras que el tomar la ciudad no se había debido sino a la traición; con lo que no consiguió esta gloria, e incurrió en la nota de perfidia y de crueldad. Murieron también muchos Tarentinos, y los que se vendieron fueron hasta treinta mil; la ciudad fué saqueada por el ejército, y en el Erario entraron tres mil talentos. Recogíanse y llevábanse asimismo todas las demás cosas de precio, y preguntando a Fabio el amanuense qué mandaba acerca de los Dioses, diciéndolo por las pinturas y las estatuas, «Dejemos, le respondió, a los Tarentinos sus Dioses con ellos irritados.» Con todo, llevando de Tarento la estatua colosal de Hércules, la colocó en el Capitolio, y al lado puso una estatua suya ecuestre en bronce, mostrándose en esto menos avisado que Marcelo, y antes dando motivo a que se hiciesen más admirables la humanidad y dulzura de éste, según que en su Vida lo dejamos escrito.

Aníbal, yendo en su persecución, no estaba ya más que a cuarenta estadios; y se dice que en público prorrumpió en esta expresión: «¡Hola! También los Romanos tienen otro Aníbal, pues hemos perdido a Tarento como lo habíamos tomado»; y que en particular se vió entonces por primera vez en la precisión de manifestar a sus amigos que antes había visto como muy difícil, mas entonces como imposible, sujetar la Italia con los medios que le quedaban. Triunfó por estos sucesos segunda vez Fabio, siendo este triunfo más brillante que el primero, como de fuerte atleta que ya medía sus fuerzas con Aníbal y en breve iba a deshacer el prestigio de sus hazañas, como nudos o vínculos que ya no tenían la misma fuerza, pues ésta por

una parte se enervaba con el regalo y la riqueza, y por otra parte se debilitaba y quebrantaba con inútiles combates. Era Marco Livio el que defendía a Tarento cuando se entregó a Aníbal; con todo, conservando la ciudadela, no fué arrojado de ella, y la mantuvo hasta que volvieron los Tarentinos a la dominación de los Romanos. Irritóse éste con los honores tributados a Fabio, e inflamado un día en el Senado de envidia y de ambición, dijo que no era a Fabio, sino a él a quien se debía la toma de Tarento; y Fabio, sonriéndose: «Es cierto, le contestó, porque si tú no la hubieras perdido, no hubiera yo tenido que recobrarla.»

Además de que en todo procuraban honrar a Fabio los Romanos, nombraron cónsul a su hijo Fabio; y encargado éste del mando, en ocasión en que estaba dando ciertas disposiciones para la guerra, el padre, o por vejez y enfermedad, o para probar a su hijo, montó a caballo, y fué a pasar por entre los que allí concurrían y los que a aquél acompañaban. Vióle el joven de lejos, y no se lo permitió, sino que envió un licitor con la orden de mandar al padre que se apease y fuera donde él estaba si tenía algo que solicitar del cónsul. Ofendió esta orden a los circunstantes, que volvieron en silencio los ojos hacia Fabio, por parecerles que no se le trataba como merecía; mas él, apeándose al punto, y encaminándose a pasos acelerados hacia el hijo, le abrazó y saludó, diciéndole: «Muy bien pensado y muy bien hecho, hijo mío; esto es conocer a quiénes mandas y cuán grande es la dignidad de que estás adornado. De esta misma manera nosotros y nuestros ascendientes hemos contribuído a la grandeza romana, poniendo siempre a los padres y a los hijos en segundo lugar después del bien de la patria.» Consérvase todavía en memoria que el

bisabuelo de Fabio, que ciertamente llegó entre los Romanos a la mayor gloria y el mayor poder, habiendo sido cónsul cinco veces y conseguido triunfos muy brillantes de poderosos enemigos, fué acompañando, siendo ya anciano, a su hijo cónsul a la guerra, que en el triunfo éste fué conducido con tiro de caballos, y el padre le siguió a caballo entre los demás, muy regocijado de que con imperar él a su hijo, y ser el mayor entre sus ciudadanos, que así lo reconocían, tomaba, sin embargo, lugar después de las leyes y del que mandaba por ellas, aunque no le venía de esto sólo ser un hombre extraordinario. Tuvo Fabio el pesar de que el hijo se le muriese, y sufrió su pérdida resignadamente, como hombre sabio y como buen padre; y el elogio, que uno de los deudos dice en las exequias de los hombres ilustres, lo pronunció él mismo presentándose en la plaza; y poniendo por escrito este discurso, lo dió al público.

Enviado por este tiempo a España Cornelio Escipión, había arrojado de ella a los Cartagineses, vencéndolos en diferentes batallas; y habiendo sujetado muchas provincias y grandes ciudades y hecho brillantes hazañas, había adquirido entre los Romanos un amor y una gloria cual nunca otro alguno. Eligiósele cónsul, y notando que el pueblo exigía y esperaba de él hechos muy gloriosos, el combatir allí con Aníbal lo tenía como por anticuado y por cosa de viejos; y en vez de esto meditaba talar a la misma Cartago y al Africa, llenándolas súbitamente de armas y de tropas, y trasladar allá la guerra desde Italia, procurando con todo empeño hacer adoptar al pueblo este pensamiento. Mas Fabio trataba de inspirar a la ciudad el mayor miedo, haciéndole entender que por un joven de poco juicio eran impelidos al extremo y mayor pe-

ligro, no omitiendo, para apartar de esta idea a los ciudadanos, medio alguno o de palabra o de obra, y lo que es al Senado logró persuadirselo; pero el pueblo sospechó que miraba con envidia la prosperidad de Escipión, y que recelaba no fuera que ejecutando éste algún hecho grande y memorable, con el que acabara del todo la guerra, o la sacara de la Italia, pareciese que él mismo en tanto tiempo había peleado desidiosa y flojamente. Es de creer que al principio no se movió Fabio a contradecir con otro espíritu que el de seguridad y previsión, temeroso del peligro, y que después llevó más adelante la oposición por amor propio y por terquedad, impidiendo los adelantamientos de Escipión; así es que al colega de Escipión, Craso, lo persuadió a que no cediese a aquél la provincia, ni fuese condescendiente, y que si por fin se decretase lo propuesto, navegara él mismo contra los Cartagineses, y de ningún modo permitió que se dieran fondos para la guerra. Obligando, por tanto, a Escipión a ponerlos por su cuenta, los tomó de las ciudades de la Etruria, que particularmente le miraban con inclinación y deseaban servirle. A Craso le retuvieron en casa, de una parte su propia índole, que no era pendenciera, sino benigna; y de otra la ley, porque era a la sazón Pontífice máximo.

Tomó entonces Fabio otro camino para estorbar la empresa de Escipión, que fué el de oponerse a que llevase consigo los jóvenes que se proponían seguirle; gritando en el Senado y en las juntas públicas que no era sólo Escipión el que huía de Aníbal, sino que se daba a la vela sacando de la Italia todas las fuerzas que le quedaban, lisonjeando con esperanzas a la juventud, y persuadiéndola a dejar padres, mujeres y patria, cuando estaba a las puertas un enemigo vencedor y nunca vencido. Y

al cabo logró con estos discursos intimidar a los Romanos; por lo que decretaron que sólo pudiera emplear las tropas de Sicilia, y de la España no pudiera tomar más que trescientos hombres, aquellos que fueran más de su confianza: disposiciones que eran, sin duda, de Fabio, y muy conformes a su carácter. Mas después que trasladado Escipión al Africa vinieron prontamente a Roma nuevas de sus maravillosas proezas y de sus hechos extraordinarios, confirmadas con el testimonio de los ricos despojos, con la cautividad de un rey de los Númidas, y el incendio y destrucción de dos campamentos a un tiempo, en los que fueron muchos los hombres, caballos y armas que se abrasaron; y después que a Aníbal le fueron enviados correos de parte de los Cartagineses llamándole y rogándole que, abandonando aquellas nunca cumplidas esperanzas, corriese allá a darles auxilio; cuando en Roma todos tenían a Escipión en los labios, celebrando sus victorias, Fabio era de opinión que se le enviase sucesor, no dando ningún otro motivo que aquel dicho tan conocido: «que no deben fiarse negocios de tanta importancia a la fortuna de un hombre solo, porque es muy difícil que uno mismo sea constantemente feliz». Con esto perdió con muchos el concepto, pareciéndoles descontentadizo y caprichudo, o que con la vejez se había hecho enteramente cobarde y desconfiado, llevando al último extremo el miedo de Aníbal, pues ni aun después de haber partido éste de Italia con todas sus tropas dejaba que el gozo de los ciudadanos fuese puro y sin zozobra, sino que decía que entonces era cuando contemplaba en mayor riesgo a la república, que corría el último peligro, por cuanto Aníbal en el Africa sería ante Cartago enemigo más terrible, oponiendo a Escipión un ejército caliente to-

davía con la sangre de muchos generales, dictadores y cónsules; de tal manera que con tales ponderaciones de nuevo se contristaba la ciudad, y con estar ya la guerra en el Africa, el miedo les parecía que estaba más cerca de Roma todavía que antes.

Mas Escipión, habiendo vencido al cabo de poco tiempo a Aníbal en batalla campal, y destruído y hollado su arrogancia con la ruina de la misma Cartago, dió a sus ciudadanos un gozo mayor que el que podían esperar, y sentó sobre bases fijas su mando, que en verdad había sido de poderosas olas agitado. Pero no le alcanzó a Fabio Máximo la vida hasta ver el término de aquella guerra; así no oyó la derrota de Aníbal, ni llegó a entender que la prosperidad de la patria era tan grande como segura; sino que por el mismo tiempo en que Aníbal tuvo que salir de Italia, cayó enfermo y murió. Los Tebanos hicieron a costa del Erario el entierro de Epaminondas, a causa de la pobreza en que murió, porque a su fallecimiento se dice no haberse encontrado en su casa otra cosa que un asador de hierro. Los Romanos no costearon del Erario las exequias de Fabio; pero en particular cada uno le contribuyó con la menor de las monedas, no como para ocurrir a su estrechez, sino para sepultarle como padre; en lo que recibió el honor y gloria que a tal vida correspondía.

## COMPARACIÓN DE PERICLES Y FABIO MÁXIMO

**E**STA es la historia de la vida de estos dos grandes hombres; mas puesto que uno y otro han dejado señalados ejemplos de virtud en la parte militar y en la política, vaya, tomemos por principio en la parte militar, el que a Pericles, habiendo tenido mando en un pueblo que iba prósperamente, y que siendo en sí grande florecía sumamente en poder, parece que la común buena suerte de que gozaba la república le daba seguridad y firmeza; cuando las hazañas de Fabio, que en tiempos trabajosos e infelices se encargó de la ciudad, no se hubieron de limitar a mantenerla segura en la dichosa suerte, sino que tuvieron que mudar en bueno su mal estado. A Pericles los afortunados sucesos de Cimón los trofeos de Mirónides y Leocrates, y las muchas y grandes victorias de Tolmidas más parece que le llamaban, cuando se puso al frente de la ciudad, a entretener a ésta con fiestas y regocijos públicos, que a vencer y tener que conservarla por medio de la guerra; pero Fabio, cuando no tenía a la vista sino muchas retiradas y derrotas, muchas muertes y ruinas de generales y capitanes, los lagos, los campos y los bosques llenos de ejércitos destrozados, y los ríos teñidos hasta el mar de mortandad y sangre, apoyando y sosteniendo en sola su constancia y firmeza la ciudad, impidió que trastornada

con el sacudimiento de tantos errores ajenos del todo se asolase. Y aunque acaso se tendrá por menos difícil de tener a raya una ciudad humillada, y hacerla dócil por necesidad al que sobresale en prudencia, que poner freno a la insolencia y temeridad de un pueblo engréido e hinchado con su prosperidad, que es como Pericles principalmente dominó a los Atenenses, con todo el tamaño y muchedumbre de las desgracias que entonces acontecieron a los Romanos, hicieron ver que era hombre del más firme juicio y de la mayor constancia, el que no vaciló ni se apartó un punto de su propósito.

A la toma de Samos, conquistada por Pericles, podemos muy bien oponer la recuperación de Tarento; y a la Eubea las ciudades de la Campania, pues que a Capua la restauraron los cónsules Furio y Apio. Fabio no parece que venció nunca en batalla campal, sino sólo cuando consiguió el primer triunfo, en vez de que Pericles erigió por tierra y por mar nueve trofeos, triunfando de los enemigos. Con todo, no se cuenta de Pericles una acción semejante a la que ejecutó Fabio sacando a Minucio de las manos de Aníbal y salvando íntegro el ejército de los Romanos; hazaña gloriosa, en que a un tiempo tuvieron parte el valor, la prudencia y la honradez. Mas tampoco se dice, por el contrario, de Pericles un desacierto como el que cometió Fabio burlado por Aníbal con el engaño de las vacas; pues teniendo entre manos a un enemigo que por sí mismo se había ido a encerrar en desfiladeros, le dejó escabullirse; por la noche, ayudado de la obscuridad, por el día sostenido de la fuerza, madrugando más que el que estaba en acecho y venciendo al que le tenía preso. Y si es propio de buen general no limitar sus miras a lo presente, sino conjeturar con acierto sobre lo futuro, la guerra para los Atenenses

tuvo el fin que Pericles había previsto y pronosticado, pues que por abarcar mucho perdieron su poder; y los Romanos, por haber enviado a Escipión contra los Cartagineses, a pesar de la oposición de Fabio, de todo se hicieron dueños, no por un capricho de la fortuna, sino por el valor de su general, que triunfó de los enemigos; de manera que en cuanto a aquél, los mismos males de la patria dan testimonio de que había pensado con discreción; y a éste las mismas victorias le convencen de que anduvo errado; y en un general igual falta es caer en un daño que no esperaba, que perder por desconfianza la ocasión de una victoria; pues, a lo que parece, la ignorancia es la que ora da y ora quita la resolución. Y esto es lo que hay que observar en la parte militar.

En el orden político, para Pericles es un gran cargo la guerra, pues se dice que se arrojó con ímpetu a ella, no permitiendo por su indisposición con los Lacedemonios que se cediese; mas juzgo que tampoco Fabio habría cedido en nada a los Cartagineses, sino que generosamente habría sostenido la contienda sobre el imperio. La bondad y mansedumbre de Fabio para con Minucio es una reprehensión del encono de Pericles contra Cimón y Tucídides, hombres de probidad y muy principales, enviados por su causa a destierro por medio del ostracismo. En Pericles eran mayores el poder y el influjo: por esto no consintió que ningún otro general arrojase con sus malos consejos a la ciudad en el infortunio; y sólo Tolmidas, guardándose de él, y aun descartándole a la fuerza, fué desgraciado con los Beocios; pero los demás todos se acomodaban a su modo de pensar por la grandeza de su poder. Mas Fabio, siendo por sí firme e incontrastable, parece que le faltó influjo para reprimir a los otros,

pues no se habrían visto los Romanos en tan grandes aflicciones si sobre ellos hubiera tenido Fabio tanto ascendiente como Pericles sobre los Atenienses. En cuanto al desprendimiento de las riquezas, Pericles lo acreditó con no recibir nada de los que le hacían dones; y Fabio con alargar la mano a los necesitados, rescatando los cautivos con su propio caudal. Aunque respecto de éste la suma no fué crecida, sino como seis talentos, y respecto de Pericles no computaría nadie fácilmente con cuánto habría sido regalado y obsequiado de los aliados y de los reyes, pues que nadie se lo estorbaba, a no haber querido mantener su integridad y pereza. En lo que hace a la grandeza de los edificios y de los templos, y al grande aparato de obras de las artes con que Pericles hermoseó a Atenas, no puede entrar con ellos en comparación todo cuanto en esta línea hicieron de grande los Romanos antes de los Césares, sino que en ella la grandeza y elegancia de tales obras tuvo una primacía excelente e indisputable.



VIDAS  
DE  
ALCIBIADES  
Y  
CORIOLANO



# ALCIBIADES

**E**L linaje de Alcibiades sube hasta Eurusaces el de Ajax, que parece contarse como su primer abuelo. Por parte de madre era Alcmeonida, hijo de Deinomaca la de Megacles. Su padre Clinias peleó gloriosamente en el combate de Artemisio en nave armada a sus expensas, y murió después peleando con los Beocios junto a Coronea. Fueron tutores de Alcibiades Pericles y Arifron, hijos de Jantipo, que tenían con él deudo de perentesco. Dícese, no sin fundamento, que la inclinación y amistad que le profesó Sócrates contribuyó mucho para su gloria, puesto que de Nicias, Demóstenes, Lamaco, Formión y aun de Trasíbulo y Teramenes, ni siquiera se sabe cómo se llamaron sus madres; cuando de Alcibiades sabemos quién fué su ama de leche que lo fué una Lacedemonia llamada Amiclas, y que fué su ayo Zopiro, dándonos de lo uno razón Antístenes y de lo otro Platón. Acerca de la belleza de Alcibiades no hay más que decir sino que, floreciendo la de su semblante en toda edad y tiempo, de niño, de jovencito y de varón, le hizo siempre amable y gracioso; pues lo que dijo Eurípides, que en todos los que son hermosos es también hermoso el otoño, no es así, y sólo en Alcibiades y otros pocos se verificó por la finura y buena conformación de su rostro. A su voz dicen que le dió cierto atrac-

tivo el ser ceceoso, y que a su habla este mismo tartamudear le hacía muy graciosa. Hace mención Aristófanes de su tartamudeo en aquellos versos en que zahiere a Teoro:

Con tartamudo acento Alcibiades  
me dijo luego: «¿Vistes a Teolo?  
Yo cabeza de cuervo le apellido.»  
Ceceó así Alcibiades bellamente.

Y Arquipo, haciendo también escarnio del hijo de Alcibiades, «tiene, dice, el andar de hombre afeminado, con la ropa arrastrando, y para que se le tenga por más perecido al padre,

el cuello tuerce, y habla ceceoso.»

Sus costumbres con el tiempo, como no podía menos de ser en tan extraordinarios acontecimientos y en tantas vicisitudes de la fortuna, tuvieron grandes contrariedades y mudanzas; mas estando por su índole sujeto a muchas y grandes pasiones, las que más sobresalían eran la soberbia y la ambición, como lo convencen sus hechos pueriles de que hay memoria. Luchaba en una ocasión, y viéndose muy estrechado por el contrario, al tiempo que hacía esfuerzos para no caer, levantó los brazos de éste que le oprimían, y parecía que iba a comérsele las manos. Soltó entonces el contrario, y diciéndole: «Muerdes, oh Alcibiades, como las mujeres.» «No a fe mía, le replicó, sino como los leones.» Siendo todavía pequeño jugaba a los dados en un sitio estrecho, y cuando le tocó tirar venía por allí un carro cargado; gritó al instante al carretero que detuviera el ganado, porque iban a caer los dados en el paso del carro; y como por rustici-

dad no hiciese caso y fuese adelante, los demás muchachos se apartaron, pero Alcibiades arrojándose boca abajo delante del ganado y tendiéndose a la larga, le gritaba que pasase entonces si quería; de modo que el carretero, temeroso, hubo de hacer cesar, y los que presentes se hallaban, espantados, prorrumpieron en gritos y corrieron hacia él. Cuando ya se dedicó a las honestas disciplinas, oía con placer a todos los demás maestros, pero a tocar la flauta se resistía, diciendo que era ejercicio feo e impropio de hombres libres, y que el uso del plectro y de la lira en nada alteraba la figura y semblante que anuncian un hombre ingenuo, cuando la cara de un hombre que hinche con su boca las flautas apenas pueden reconocerla sus mayores amigos; y además, que la lira resuena y acompaña en el canto al que la tañe; mas la flauta cierra la boca y obstruye la voz y el habla del que la usa. «Tañan, pues, la flauta, decía, los hijos de los Tebanos, pues que no saben conversar; mas nosotros los Atenienses, como dicen nuestros padres, miramos a Minerva como nuestra soberana y a Apolo como nuestro compatriota, y es bien sabido que aquélla tiró la flauta y que éste hizo desollar al que la tocaba.» Con tales burlas y tales veras se apartó Alcibiades a sí mismo y apartó a los otros de aquel estudio; porque luego corrió la voz entre los jóvenes de que hacía muy bien Alcibiades en desacreditar aquella habilidad y en burlarse de los que la aprendían; así enteramente fué ridiculizada la flauta y desterrada del número de las ocupaciones ingenuas.

En el libro de invectivas de Antifón se refiere que siendo muchachó abandonó su casa y se fué a la de Demócrates, uno de sus amigos. Quería Ariffrón hacerle pregonar, pero Pericles no se lo permitió, porque si había muerto, sólo se ganaría con el

pregón que se descubriese un día antes, y si estaba salvo, era preciso tenerle por perdido para toda la vida. Dícese allí, además, que en la palestra de Siburtio mató a uno de sus criados, sacudiéndole con un palo. Mas no es cosa de dar crédito a tales especies, que él mismo, que por zaherir usa de ellas, reconoce ser movido a divulgarlas por enemistad.

Desde luego se dedicaron muchos de los principales a seguirle y obsequiarle; pero era bien claro que la mayor parte de ellos no admiraban ni halagaban otra cosa que lo bello de su figura; sólo el amor de Sócrates nos da un indudable testimonio de su virtud y de su índole generosa. Advertía que ésta se manifestaba y resplandecía en su semblante; y temiendo a su riqueza, al esplendor de su origen y a la muchedumbre de ciudadanos, de forasteros y de aliados que trataban de apoderarse de él con suslisonjas y sus obsequios, se propuso defenderle y no desampararle, como una planta que en flor iba a perder y viciar su nativo fruto. Porque en nada la fortuna le fué tan favorable, ni le pertrechó tanto exteriormente con los que llamamos bienes, como con haberle hecho por medio de la Filosofía invulnerable e impasible a los dichos mordaces y cáusticamente libres de tantos como desde el principio se propusieron corromperle, y retraerle de oír a su amonestador y maestro; y así es que a pesar de todo, por la bondad de su índole hizo conocimiento con Sócrates, y se estrechó con él, apartando de sí a los ricos y distinguidos amadores. Entró, pues, muy luego en su confianza, y oyendo la voz de un amador que no andaba a caza de placeres indignos, ni solicitaba indecentes caricias, sino que le echaba en cara los vicios de su alma y reprimía su vano y necio orgullo,

como gallo vencido en la pelea,  
dejó caer acobardado el ala.

Veía en esto la obra de Sócrates; pero en la realidad la reputaba ministerio de los Dioses en beneficio y salvación de los jóvenes. Desconfiándose, pues, de sí mismo; mirando a aquél con admiración; apreciando su benevolencia y acatando su virtud, insensiblemente abrazó el ídolo del amor, o, según expresión de Platón, el contramor, o amor correspondido. Maravillábanse todos, por tanto, de verle cenar con Sócrates, y ejercitarse y habitar con él, mientras que se mostraba con los demás amadores áspero y desabrido, y aun a algunos los trataba con altanería, como a Anito el de Antemión. Amaba éste a Alcibiades, y teniendo a cenar a unos huéspedes, le convidó al banquete; rehusó él el convite, pero habiendo en casa bebido largamente con otros amigos, fuése a casa de Anito para darle un chasco: púsose a la puerta del comedor, y viendo las mesas llenas de fuentes de plata y oro, dió orden a los criados de que tomaran la mitad de todo aquello y se lo llevaran a casa; esto sin pasar de allí, y antes se retiró con los criados. Prorrumpieron los huéspedes en quejas, diciendo que Alcibiades se había portado injuriosa e indecorosamente con Anito; mas éste respondió: «No, sino con mucha equidad y moderación, pues que habiendo sido dueño de llevárselo todo, aún nos ha dejado parte.»

Así trataba a los demás amadores; solamente a uno de la campiña, hombre, según dicen, de pocos haberes, y que todos los iba enajenando, como lo que le quedaba, que montaría a cien pesos (1), lo

(1) El *estater* griego, que yo traduzco *peso*, valía poco menos que nuestro peso sencillo.

presentara a Alcibiades y le rogara que lo recibiese, echándose a reir y celebrando el caso, le convidó a cenar. En el banquete, mostrándosele benigno, le volvió su dinero y le mandó que al día siguiente excediera en la postura a los arrendadores de los tributos públicos, pujándoles las que hiciesen; resistíase el aldeano, porque el arriendo, decía, era de muchos talentos; mas le amenazó que le haría dar una paliza si así no lo ejecutaba; y es que entonces tenía pleito con los asentistas en reclamación de algunos intereses propios. Fuése el aldeano de madrugada a la plaza, y añadió a la postura un talento. Volviéronse a mirarle los asentistas, e indignados con él le mandaron que diese fiador, dando por supuesto que no le encontraría; y, efectivamente, él se quedó cortado e iba a retirarse; pero Alcibiades, que se hallaba a alguna distancia, gritó a los magistrados: «Escríbese mi nombre, porque es mi amigo y yo le fío.» Al oír esto los asentistas no sabían qué partido tomar, estando acostumbrados a pagar los primeros asientos con los productos de los segundos; así ninguna salida le veían a aquel negocio. Trataron, pues, con el aldeano de que se apartara, ofreciéndole dinero; mas Alcibiades no le dejó que se contentara con menos de un talento. Diéronsele aquéllos, y él le mandó que lo tomara y se volviera a su casa, dejándole socorrido por este medio.

Este amor de Sócrates tenía muchos que le hicieran oposición; mas lograba, sin embargo, dominar a Alcibiades por este buen natural; fijándose en su ánimo los discursos de aquél, convirtiendo su corazón y arrancándole lágrimas, aunque había ocasiones en que, cediendo a los aduladores que le lisonjaban con placeres, se le deslizaba a Sócrates, y como fugitivo tenía que cazarle, pues sólo res-

pecto de él se avergonzaba y a él sólo le tenía algún temor, no dándosele nada de los demás. Decía, pues, Cleantes que este tal amado era por los oídos por donde de Sócrates había de ser cogido; cuando a los otros amadores les presentaba muchos asideros, a aquél no podía echar mano, queriendo indicar el vientre, la lascivia y la gula, porque realmente Alcibiades era muy inclinado a los deleites, dando de esto bastante indicio el que Tucídides llama desconcierto suyo en el régimen ordinario de la vida. Mas los que trataban de pervertirle, de lo que principalmente se valieron fué de su ambición y de su orgullo, para hacerle antes de tiempo tomar parte en los negocios públicos, persuadiéndole que lo mismo sería entrar en ellos, no solamente eclipsaría a los demás generales y oradores, sino que al mismo Pericles se aventajaría en gloria y poder entre los Griegos. Como el hierro, pues, ablandado por el fuego, después con el frío vuelve a comprimirse, y sus partes se aprietan entre sí, de la misma manera cuantas veces Alcibiades, disipado por el lujo y la vanidad, volvía a las manos de Sócrates, conteniéndole éste y refrenándole con sus razones, le hacía sumiso y moderado, reconociendo que estaba todavía muy falto y atrasado para la virtud.

Salido ya de la edad pueril, fué a la escuela de un maestro de primeras letras, y le pidió algún libro de Homero; mas como respondiese que nada de Homero tenía, le dió una puñada y se marchó. Ya otro maestro le dijo que tenía un Homero enmendado por él, y entonces le repuso: «¿Cómo enseñas las primeras letras? ¿Siendo capaz de enmendar a Homero, por qué no educas a los jóvenes?» Quiso en una ocasión visitar a Pericles, y llamó a su puerta; mas se le informó que no se hallaba desocupado, sino que estaba viendo cómo dar cuentas

a los Atenienses; y entonces se retiró diciendo: «¿Pues no sería mejor ocuparse en ver cómo no darlas?» Siendo todavía muy jovencito, militó en el ejército enviado contra Potidea, en el cual tuvo a Sócrates por camarada, y en los combates peleó a su lado. Hubo una fuerte batalla, en la que los dos sobresalieron en valor; y como Alcibiades hubiese caído de una herida, Sócrates se puso por delante y le defendió, haciéndose visible con esto que le sacó salvo y con sus armas, y que por toda razón debía el prez ser de Sócrates. Con todo, cuando se advirtió que los generales, movidos del esplendor de Alcibiades, estaban empeñados en atribuirle aquella gloria, Sócrates, para encender más en él el deseo de sobresalir en acciones ilustres, fué el primero en atestiguar y promover que se diesen a aquél la corona y la armadura. Para eso en la batalla de Delio, cuando los Atenienses volvieron la espalda, como Alcibiades tuviese caballo y Sócrates con muy pocos se retirase a pie, no le desamparó aquél luego que le vió, sino que le acompañó y defendió, cargándoles los enemigos y haciéndoles mucho daño; pero esto fué algún tiempo después.

A Hipónico, el padre de Calias, varón de suma dignidad y gran poder por su riqueza y linaje, le dió una bofetada, no movido de enfado o de alguna disputa, sino por juego, a causa de una apuesta que había hecho con sus amigos. Hízose muy pública en toda la ciudad esta afrenta; y como todos hubiesen mirado el hecho con la indignación que era justo, a la mañana siguiente muy temprano se fué Alcibiades a casa de Hipónico, y llamando a la puerta entró a su habitación, donde, quitándose la ropa, le presentó su cuerpo, pidiendo que le lastimase y tomara satisfacción; mas él le perdonó y depuso el enojo, y aun más adelante le hizo esposo

de su hija Hipareta. Otros son de sentir que no fué el mismo Hipónico, sino Calias, su hijo, quien casó a Hipareta con Alcibiades, dándole diez talentos; y que luego, cuando parió ésta, le arrancó Alcibiades otros diez talentos, como que así se había pactado si daba a luz varones. Temeroso Calias de que le armase algún enredo, se presentó ante el pueblo, cediéndole su hacienda y su casa, si llegase a morir sin descendencia; e Hipareta, sin embargo de que era mujer prudente y de condición apacible, incomodada con él, porque sin consideración al matrimonio frecuentaba otras mujeres forasteras y ciudadanas, abandonando su casa se fué a la del hermano. Mirólo Alcibiades con indiferencia, y aun parecía hacer gala, por lo cual aquélla se vió en la precisión de poner en poder del Arconte la petición de divorcio, no por medio de procurador, sino presentándose ella misma. Luego que pareció personalmente conforme a la ley, acudió Alcibiades, y tomándola del brazo marchó a casa desde el foro, llevándosela consigo, sin que nadie se le opusiese o pensase en quitársela; y permaneció en su compañía hasta que falleció, que fué no mucho tiempo después, en ocasión de navegar Alcibiades para Efeso; así no pareció que aquella violencia de habérsela llevado hubiese sido muy injuriosa e inhumana; además de que si la ley exigía que la que se divorciaba se presentara en el foro personalmente, es de creer que en ello había la mira de proporcionar al marido el concurrir también y retenerla.

Tenía un perro celebrado de grande y hermoso, el que había comprado en setenta minas, y fué y le cortó la cola, que era bellísima. Reprendiéronselo sus amigos, diciéndole que todos le roían y vituperaban por lo hecho con el perro; y él, riéndose, «eso es, les respondió, lo que yo quiero; porque quiero

que los Atenenses hablen de esto, para que no digan de mí cosas peores.»

Su primera entrada al favor popular dicese haber sido un donativo de dinero, no preparado de antemano, sino nacido de casualidad, porque yendo por la calle, en ocasión de estar tumultuados los Atenenses, preguntó la causa, e informado de que era por una distribución de dinero, se acercó y les dió también. Comenzó el pueblo a gritar y aclamarle; y olvidado con este placer de una codorniz que llevaba debajo de la capa, dió ésta a volar y se le huyó, con lo que creció más la aclamación de los Atenenses, y muchos corrieron a ayudarle a cobrarla, habiendo sido Antíoco el piloto quien la cogió y se la volvió, por lo cual le tuvo de allí en adelante en mucha estimación. Su linaje, su riqueza y su valor en los combates le abrían ancha puerta para introducirse en el gobierno, mayormente teniendo muchos amigos; pero, con todo, su mayor deseo era ganar el ascendiente sobre la muchedumbre con la gracia en el decir; y de que sobresalía en esta dote nos dan testimonio los poetas cómicos y también el más vehemente de los oradores, diciendo en su oración contra Midias que Alcibiades, entre otras muchas dotes, tenía la de la elocuencia. Y si hemos de dar crédito a Teofrasto, el hombre más investigador y de más noticias entre los filósofos, Alcibiades sobresalía mucho en la invención y en el conocimiento de lo que en cada asunto convenía; mas como no sólo examinase qué era lo más oportuno, sino también de qué manera se diría con las voces y las frases más adecuadas, carecía de facilidad, y así tropezaba a menudo, y en medio del período callaba y se detenía, para ver cómo había de continuar.

Hízose muy célebre por los caballos que mantenía,

y por el número de sus carrozas; porque en Olimpia ni particular ni rey alguno presentó jamás siete, sino él solo; y el haber sido a un tiempo vencedor en primero, segundo y cuarto lugar, según Tucídides, y aun en tercero, según Eurípides, excede en brillantez y en gloria a cuanto puede conseguirse en este género de ambición. Eurípides, en su canto dice así: *A ti te cantaré, oh hijo de Clinias, bellísima cosa es la victoria, pero más bello lo que ninguno de los Griegos alcanzó jamás: ganar con carroza el primero, segundo y tercer premio, y marchar coronado de oliva dos veces sin trabajo alguno (1), pregonado vencedor por el heraldo.*

A este brillante vencimiento lo hizo todavía más glorioso el empeño de los contendores en honrarle, porque los de Efeso le armaron una tienda guarnecida riquísimamente; la capital de Quio dió la provisión para los caballos y gran número de víctimas, y los de Lesbos el vino y demás prevenciones para un suntuoso banquete de muchos convidados. También una calumnia o perversidad, divulgada sobre esta misma magnificencia, dió mucho que hablar por entonces; porque se cuenta que hallándose en Atenas un tal Diomedes, hombre de bien y amigo de Alcibiades, y deseando alcanzar la victoria en los juegos Olímpicos, noticioso de que en Argos había un excelente carro perteneciente al público, y de que Alcibiades gozaba en Argos de gran poder y tenía muchos amigos, le rogó se lo comprase; pero que habiéndolo comprado, lo hizo pasar por suyo y dejó a un lado a Diomedes, que lo sintió en gran manera y se quejó del hecho a los Dioses y a los hombres. Parece que sobre él se movió pleito; y

---

(1) Otras dos veces se adjudicó el premio a carrozas enviadas por Alcibiades, sin concurrir él mismo.

hay una oración de Isócrates *del par de caballos*, escrita a nombre del hijo de Alcibiades, en la que es Tisias, y no Diomedes, el demandante.

Era aún muy joven cuando se dió a los negocios del gobierno; y aunque al punto obscureció a todos los demás concurrentes, tuvo que contender con Feaces el de Erasistrato, y con Nicias el de Nicerato; de los cuales éste precedía en edad, y tenía opinión de buen general; y Feaces, que procedía de padres ilustres, y como él empezaba a tener adelantamientos, le era inferior entre otras cualidades en la de la elocuencia; porque parecía más propio para conciliar y persuadir en el trato privado, que para sostener los debates en las juntas: siendo, como dice Eupolis,

diestro en hablar, mas en decir muy torpe.

Corre asimismo una oración escrita contra Alcibiades y Feaces, en la que se dice, entre otras cosas, que teniendo la ciudad muchas tazas de oro y plata, Alcibiades usaba de todas ellas como propias en su mesa diaria. Vivía entonces también un tal Hipérbolo de Periteo, el cual, además de que Tucídides hace mención de él como de un hombre malo, dió materia a todos los poetas cómicos para zaherirle; pero era inmóvil e inalterable a los dicterios y a las sátiras, por un abandono de su opinión que, siendo en realidad desvergüenza y tontería, algunos le graduaban de intrepidez y fortaleza; y éste era de quien se valía el pueblo cuando quería desacreditar y calumniar a los que estaban en altura. Movido, pues, entonces por este mismo, iba a usar del ostracismo, que es el medio que emplean siempre para enviar a destierro al ciudadano que se adelanta en gloria y en poder,

desahogando así su envidia, más bien que su temor. Era claro que las conchas caerían sobre uno de los tres; y por tanto Alcibiades, reuniendo los partidos para este objeto, habló a Nicias, e hizo que el ostracismo se convirtiera contra Hipérbolo. Otros dicen que no fué con Nicias, sino con Feaces con quien Alcibiades se confabuló, y que por medio de la facción de éste consiguió desterrar a Hipérbolo, que estaba de ello bien ajeno; porque ningún hombre ruin y obscuro había hasta entonces incurrido en este género de pena, como, haciendo mención del mismo Hipérbolo, lo dijo así Platón el Cómico:

Fué a sus costumbres merecida pena;  
mas por su calidad de ella era indigno:  
porque no se inventó seguramente  
contra tan vil canalla el ostracismo.

Pero en este punto hemos dicho en otra parte cuanto es digno de saberse.

Mas no por esto dejó Nicias de ser un objeto de mortificación para Alcibiades, viéndole admirado de los enemigos y honrado de los ciudadanos; porque era Alcibiades público hospedador de los Lacedemonios, y había obsequiado de ellos a los que habían sido cautivados en el encuentro de Pilo; y con todo, porque principalmente habían conseguido por medio de Nicias que se hiciese la paz y se les restituyesen los cautivos, tenían a éste en mayor estimación; y entre los Griegos corría la voz de que si Pericles los había hostilizado, Nicias había desvanecido la guerra, y los demás a esta paz la llamaban Nicea: por tanto, enfadado Alcibiades sobremanera y agitado de envidia, formó la resolución de romper el tratado. Y en pri-

mer lugar, noticioso de que los Argivos, por odio y miedo de los Esparciatas, buscaban cómo separarse de ellos, les dió reservadamente esperanza de que los Atenienses serían en su auxilio, y los alentó, enviando a decir a los principales del pueblo que no temiesen ni cedieran a los Lacedemonios, sino que se pasaran a los Atenienses y aguardaran lo poco que faltaba para que éstos mudaran de propósito y rompieran la paz. Como en este tiempo los Lacedemonios hubiesen hecho alianza con los Beocios, y hubiesen restituído a los Atenienses la ciudad de Panacto, no en pie como debían, sino habiéndola antes derruído, hallando con este motivo indignados a los Atenienses, los irritó todavía más. Molestaba por otra parte a Nicias, y le calumniaba y acusaba con apariencia, de que estando con mando, no quiso cautivar por sí mismo a aquellos de los enemigos que habían quedado en Esfacteria; y habiendo sido cautivados por otros, los había dejado ir, y entregádoslos, haciendo este obsequio a los Lacedemonios; y también de que siendo tan amigo no recabó de éstos que no se ligasen con los Beocios y Corintios, y que no estorbaran que de los pueblos griegos se aliase e hiciese amistad con los Atenienses el que quisiese, si a los Lacedemonios no les estaba a cuenta.

Cuando así traía a mal traer a Nicias, dispuso la suerte que viniesen embajadores de Lacedemonia, haciendo por sí proposiciones equitativas, y diciendo que traían plenos poderes para todo lo que fuera de una justa conciliación. Habíalos oído el consejo, y al día siguiente se había de congregarse el pueblo: entonces, temeroso Alcibiades, manejó que los embajadores hablasen con él, y luego que se avistaron: «¿Qué habéis hecho, les dijo, oh Esparciatas? ¿podéis ignorar que el consejo trata

siempre con moderación y humanidad a los que se le presentan, pero que el pueblo es altanero y tiene desmedidas pretensiones? Si decís que venís autorizados para todo, exigirá y querrá obligaros a lo que no sea de razón; vaya, pues, deponed esa nimia bondad, y si queréis encontrar en los Atenienses moderación y no ser precisados a lo que no es de vuestro dictamen, proponed lo que os parezca justo, sin que entiendan que venís con plenos poderes, con lo que nos tendréis de vuestra parte por hacer obsequio a los Lacedemonios.» Dicho esto, se les obligó con juramento, y enteramente los apartó de Nicias, poniendo en él su confianza, y admirando su penetración y juicio, que no era, decían, de un hombre vulgar. Congregado al día siguiente el pueblo, se presentaron los embajadores, y preguntados por Alcibiades con la mayor afabilidad con qué facultades venían, respondieron que no venían con plenos poderes; y al punto se volvió contra ellos con gran vehemencia el mismo Alcibiades, como si fuese el burlado, y no quien burlaba, tratándolos de falsos y enredadores, que no podían haber venido a hacer ni decir cosa buena, irritóse también contra ellos el Senado; el pueblo se mostró igualmente ofendido, y Nicias quedó admirado y confundido con la mudanza que vió en los embajadores, por ignorar el engaño y dolo en que se les había hecho caer.

Después de desconcertados los Lacedemonios, nombrado Alcibiades general, inmediatamente hizo a los de Argos, de Mantinea y de Elea aliados de los Atenienses; y aunque nadie alababa el modo, se celebraba lo más maravilloso de su hazaña; siendo muy grande la de haber separado y conmovido casi puede decirse a todo el Peloponeso, y opuesto un día junto a Mantinea tantas tropas

a los Lacedemonios, y haberles ido a llevar el combate y el riesgo a tan grande distancia de Atenas, que con la victoria nada ganaron, y si hubiesen sido vencidos era difícil que Lacedemonia hubiera vuelto en sí. Después de esta batalla intentaron los Quiarcos (1) de Argos disolver la democracia y sojuzgar la ciudad; y aun los Lacedemonios que acudieron contribuyeron a la ejecución de aquel designio; pero tomando las armas la muchedumbre, recobró la superioridad y sobreviniendo Alcibiades, además de hacer más segura la victoria del pueblo, persuadió a éste que dilatara la gran muralla, y que poniéndose en contacto con el mar, acercara enteramente su ciudad al poder de los Atenieses. Trajo asimismo de Atenas arquitectos y canteros, y se les mostró del todo interesado por ellos ganando de este modo favor y poder, no menos para sí mismo que para su patria. Persuadió de la propia manera a los de Patrás que con murallas prolongadas arrimaran su ciudad a la mar; y como alguno dijese a los Patrenses: «Los Atenieses se os tragarán.—Puede ser, repuso Alcibiades; mas será poco a poco, y por los pies; pero los Lacedemonios por la cabeza, y de una vez.» Aconsejaba al propio tiempo a los Atenieses que ellos se pegaran más a la tierra, exhortándolos a confirmar con obras el juramento que en Agraulo (2) prestan los jóvenes; y lo que juran es, que la frontera del Atica será para ellos el trigo, la cebada, las viñas y los olivos, dando a entender que tendrán por propia principalmente la tierra cultivada y fructífera.

Pues con estos cuidados y estos discursos, con esta prudencia y esta habilidad en manejar los ne-

(1) Magistrados de Argos, que en la guerra mandaban a 1.000 hombres.

(2) Era un bosque sagrado cerca de Atenas.

gocios, reunía un desarreglado lujo en su método de vida, en el beber y en desordenados amores; grande disolución, y mucha afeminación en trajes de diversos colores, que afectadamente arrastraba por la plaza; una opulencia insultante en todo: lechos muelles en las galeras para dormir más regaladamente, no puestos sobre las tablas, sino colgados de fajas; y un escudo que se hizo de oro, en el que no puso ninguna de las insignias usadas por los Atenienses, sino un Cupido armado del rayo. Al ver estas cosas, los ciudadanos más distinguidos, además de abominarlas y llevarlas mal, temían su osadía y su ningún miramiento como tiránicos y disparatados; pero con el pueblo sucedía lo que Aristófanes expresó bellamente en estos términos:

A un tiempo le desea y le aborrece;  
mas con todo en tenerle se complace.

Y más bellamente todavía en esta alusión a él:

No criar el león lo mejor fuera;  
mas aquel que en criarle tiene gusto,  
fuerza es que a sus costumbres se acomode.

Porque sus donativos y sus gastos en los coros, sus obsequios a la ciudad, superiores a toda ponderación; el esplendor de su linaje, el poder de su elocuencia y la belleza de su persona; y sus fuerzas corporales juntos con su experiencia en las cosas de la guerra, y su decidido valor, hacían que los Atenienses fueran con él indulgentes en todo lo demás, y se lo llevaran en paciencia, dando siempre a sus extravíos los nombres benignísimos de juegos y muchachadas. Fué uno de ellos haber

puesto preso al pintor Agatarco, y remunerarlo después con dones, porque le pintó la casa: otro dar bofetadas a Taureas, su contendor en un coro, porque le disputó la victoria; y otro asimismo haberse tomado de entre los cautivos a una mujer de Melia, y ayuntándose a ella criar un niño tenido en la misma; porque también esto lo calificaban de bondad; y todo, menos el que tuvo gran parte de culpa en que se diese indistintamente muerte a todos los Melios, defendiendo el decreto. Cuando Aristofonte pintó a Nemea (1) teniendo a Alcibiades sentado en su regazo, lo miraban, y salían muy gustosos los Atenienses; pero los ancianos también esto lo veían de mal ojo, como tiránico y violento. Parecía, por tanto, que no había andado errado Arquestrato en decir que la Grecia no podría llevar dos Alcibiades. Y cuando Timón el Misántropo, encontrándose con Alcibiades a tiempo que se retiraba de la junta pública muy aplaudido y con un brillante compañero, no pasó de largo, ni se retiró, como solía hacerlo con todos los demás, sino que acercándose y tomándole la mano: *Bravo, muy bien haces, le dijo, oh joven, en irte acreditando, porque acrecientas un gran mal para todos éstos*; unos se echaron a reír, otros lo miraron como una blasfemia, y en algunos produjo aquel dicho una completa aversión: ¡tan difícil era formar opinión de semejante hombre por las contrariedades de su carácter!

Tentaba ya la Sicilia, aun en vida de Pericles, la codicia de los Atenienses, que después de su muerte habían dado algunos pasos hacia ella; y con enviar por todas partes lo que llamaban socorros y auxilios a los agraviados por los Siracusanos, iban

(1) Era una cortesana de gran fama en aquel tiempo.

poniendo escalones para una grande expedición. Mas el que inflama hasta el último punto este deseo, y les persuadía a que no por partes y poco a poco, sino con poderosas fuerzas acometieron a la isla, era Alcibiades, dando al pueblo grandes esperanzas, y formando él mismo mayores desig- nios; porque miraba en la Sicilia el principio, y no el término, como los demás, de las operacio- nes militares que en su ánimo meditaba. Con todo, Nicias, reputando difícil empresa la de tomar Si- racusa, retraía con sus persuasiones al pueblo; pero Alcibiades, que lo entretenía con los sueños de Cartago y del Africa, y que en consecuencia de esto tenía ya como en la mano la Italia y el Pe- loponeso, faltaba poco para que viese en la Sici- lia un viático para aquella guerra. Y lo que es los jóvenes espontáneamente se le unieron, acalora- dos con tan lisonjeras esperanzas, pues además oían a los ancianos deducir maravillosas conse- cuencias de aquella expedición; tanto, que muchos se ponían en las palestras y en los corrillos a dibujar la figura de la isla, y la situación del Africa y de Cartago. Mas dicese del filósofo Sócrates, y del as- trólogo Metón, que ni uno ni otro esperaron nunca nada provechoso a la ciudad de semejante proyecto; aquél por aparecérselo, como es de creer, su genio familiar y predecírselo, y Metón, porque receló por su propio discurso lo que iba a suceder, o porque usó para ello de alguna adivinación; de forma que fingió haberse vuelto loco, y tomando un tizón encendido iba a pegar fuego a su propia casa: aun- que algunos dicen que no hubo de parte de Metón tal ficción de locura, sino que dió efectivamente fuego a su casa por la noche, y a la mañana se pre- sentó a pedir y suplicar que por aquella desgracia le dejaran al hijo libre por entonces de la milicia;

y habiendo engañado así a los ciudadanos, consiguió lo que quería.

Fué, sin embargo, nombrado general Nicias contra su voluntad, repugnando no menos el mando que el colega que se le daba, porque juzgaron los Atenienses que se conduciría mejor aquella guerra no dejando en absoluto a Alcibiades, sino mezclando con su osadía la circunspección de Nicias; porque el tercer general Lamaco, aunque hombre de más edad, se había visto en algunos combates que no cedía a Alcibiades en ardor y en arrojo a los peligros. Cuando deliberaban sobre la cantidad y modo de los preparativos, volvió a intentar Nicias el oponerse y paralizar la guerra; mas contradíjole Alcibiades y salió con su intento, escribiendo el orador Demostrato, y persuadiendo que convenía hacer a los generales árbitros de los preparativos y de la suma de la guerra, lo que así fué decretado por el pueblo. Estando ya todo dispuesto para dar la vela, no se presentaron favorables ni aun los auspicios de las festividades; porque cayeron en aquellos días las de Adonis, en las cuales las mujeres ponían en muchos parajes imágenes semejantes a los muertos que se llevan a enterrar, y representaban exequias, lastimándose y entonando lamentaciones. Además la mutilación hecha en una sola noche de todos los Hermes (1), que amanecieron con todas las partes prominentes del rostro cortadas, causó gran turbación aun a muchos de los que no hacen alto en tales cosas. Díjose que los de Corinto, por amor de los Siracusanos, que era una colonia suya, con la esperanza de que aquel prodigio había de contener a los Atenienses

---

(1) Estatuas de Mercurio que había muchas en los sitios públicos de las ciudades y en los caminos.

y hacerles desistir de la guerra, fueron los autores del atentado. Mas con todo, a una gran parte no les hicieron fuerza ni esta voz ni las razones de los que decían que nada siniestro había en aquellos portentos, y que no eran más que una de aquellas travesuras que suele llevar consigo la insolencia de la gente joven, propensa después de un banquete a tales desórdenes; porque a un tiempo se irritaron y se llenaron de terror con lo sucedido, atribuyéndolo a alguna conjuración fraguada con grandes miras. Hacíanse, por tanto, pesquisas rigurosas sobre cualquier sospecha por el Senado en repetidas juntas, y por el pueblo, reuniéndose también en pocos días muchas veces.

En esto presentó Androcles, uno de los demagogos, algunos esclavos y colonos que acusaban a Alcibiades y a sus amigos de otras mutilaciones de estatuas, y de haber en la embriaguez remedado los misterios, diciendo que un tal Teodoro había hecho funciones de proclamador, Polución las de portaantorcha, el mismo Alcibiades las de Hierofanta; y que los demás amigos habían sido los concurrentes, y participado de los misterios, llamándose *mistas* o iniciados: así estaba escrito en la delación, siendo Tésalo el de Cimón quien delataba a Alcibiades de que era impío contra las Diosas (1). Irritándose con esto el pueblo, y estando muy indispuerto con Alcibiades, todavía le exasperaba más Androcles, que era uno de sus mayores enemigos, por lo que al principio Alcibiades no pudo menos de abatirse; mas advirtiéndole luego que todos los marineros que habían de ir a Sicilia le eran muy aficionados, y lo mismo la tropa, y que los de Argos y Mantinea en número de mil

(1) Ceres y Proserpina, cuyos misterios había remedado.

decían abiertamente que sólo por Alcibiades se ofrecían a aquella marítima y lejana expedición, y que si alguno le agraviaba desertarían, entonces cobró ánimo, y se aprovechó de aquella oportunidad para defenderse; de manera que por la inversa sus enemigos desmayaron, y empezaron a temer no fuera que el pueblo se mostrara blando con él en el juicio, por la consideración de haberlo menester. Maquinaron, por tanto, que de los oradores los que no eran conocidamente enemigos de Alcibiades, aunque en su corazón no le aborrecieran menos que sus contrarios declarados, se levantaran en la junta, y dijeran que era muy fuera de razón a un general nombrado con plenos poderes para mandar tantas fuerzas, en el momento de tener reunido el ejército y los auxiliares, causarle detención con el sorteo de jueces y medida del agua (1), haciéndole perder la oportunidad de obrar; navegue, pues, en buen hora, y comparezca concluída la guerra a defenderse conforme a las mismas leyes. No dejó Alcibiades de percibir la malignidad que encerraba esta dilación; así replicó, tomando la palabra, que era cosa terrible, dejando pendientes tal causa y tales calumnias, partir adornado de tan brillante autoridad, y que lo justo era, o morir si no disipaba la acusación; o en caso de desvanecerla, marchar contra los enemigos sin miedo de calumniadores.

Mas no habiendo logrado convencerlos, e intimidándosele que partiese, dió la vela con sus colegas, llevando muy pocas menos de ciento y cuarenta galeras; cinco mil y cien infantes; entre tiradores de arco, honderos y demás tropa ligera

---

(1) Al acusador y al reo se les señalaba tiempo para hablar, el que se medía con relojes de agua.

unos mil y trescientos, y todas las prevenciones correspondientes. Navegando la vuelta de Italia tomaron a Regio, y allí propuso a deliberación el modo que había de tenerse en hacer la guerra. Opúsose Nicias a su dictamen; pero habiendo convenido con él Lamaco, se dirigió a la Sicilia, y atrajo a Catana a su partido, sin que hubiese ya podido hacer otra cosa porque al punto fué llamado para el juicio por los Atenenses. Porque al principio, como dejamos dicho, sólo se propusieron contra Alcibiades algunas frías sospechas y calumnias por esclavos y por colonos; pero sus enemigos, luego que le vieron ausente, tomaron fuerzas contra él, y reunieron con el insulto hecho a los Hermes el remedo de los misterios, como que todo era efecto de una misma conjuración para causar un trastorno; y a todos cuantos indiciados pudieron haber a las manos, sin oírlos los encerraron en la cárcel, sintiendo no haber cogido antes a Alcibiades bajo sus votos, y sentenciándole por tan graves crímenes; mas la ira que contra él tenían la mostraron ásperamente en cualquiera deudo, amigo o familiar suyo que por desgracia aprehendieron. Tucídides no hizo mención de los denunciadores; pero otros escritores, entre ellos Frínico el Cómico, nombran a Dióclidas y a Teucro, siendo estos los versos de Frínico:

Amado Hermes, cuida no te caigas,  
y a ti mismo te lisies, dando margen  
a que otro Dióclidas que tenga  
mala intención, levante otra calumnia.  
Tendré cuidado, pues en modo alguno  
al execrable advenedizo Teucro  
quiero se de de la denuncia el premio.

Y no porque tales denunciadores hubiesen dado

puebas ciertas y seguras; antes preguntado uno de ellos cómo había conocido a los mutiladoses de los Hermes, respondió que a la claridad de la luna, con la más manifiesta falsedad, porque el hecho había sido en el día primero, o de la nueva luna. Esto a las gentes de razón las dejó aturcidas; pero nada influyó para ablandar el ánimo de la plebe, que continuó con el mismo acaloramiento que al principio, conduciendo y encerrando en la cárcel a cualquiera que era denunciado.

Uno de los presos y encarcelados por aquella causa fué el orador Andócides, a quien Helánico, escritor contemporáneo, hace entroncar con los descendientes de Ulises. Era reputado Andócides por desafecto al pueblo y apasionado de la oligarquía; y sobre todo, en el crimen de la irreverencia le había hecho sospechoso el grande Hermes, ofrenda que la tribu Egeide había consagrado junto a su casa; porque de los pocos que había sobresalientes entre los demás, este sólo había quedado sano: así, aun ahora se denomina de Andócides, y así le llaman todos, no obstante que la inscripción lo repugna. Ocurrió asimismo que entre los muchos que por aquel delito se hallaban en la carcel, trabó Andócides amistad e intimidad con otro preso llamado Timeo, que si no le igualaba en la fama y opinión, le aventajaba en penetración y osadía. Persuadió éste a Andócides que se delatase a sí mismo y a algunos otros en corto número: porque al que confesase, se había ofrecido la impunidad, y si para todos era incierto el éxito del juicio, para los que tenían opinión de poder era muy temible; por tanto que era mejor mentir para salvarse que morir con infamia por el mismo delito; y aun atendiendo al bien común valía más con perder a unos pocos de dudosa conducta, sal-

var al mayor número y a los hombres de bien de la ira del pueblo. Con estos consejos y exhortaciones convenció Timeo por fin a Andócides; y haciéndose denunciador de sí mismo y de otros, consiguió para sí la inmunidad conforme al decreto; pero los que por él fueron denunciados, a excepción de los que pudieron huir, todos murieron; y para ganarse más crédito, comprendió Andócides en la delación a sus propios esclavos. Mas no con esto desfogó el pueblo toda su rabia; antes libre ya de los irreverentes a Mercurio, como con una ira que había quedado ociosa, se convirtió todo contra Alcibiades. Ultimamente envió en su busca la nave de Salámina, bien que encargando, no sin gran cautela, que no se le hiciese violencia ni se tocase a su persona, sino que se le hablara blandamente, dándole orden de ir a Atenas para ser juzgado y satisfacer al pueblo; porque temían un tumulto y una sedición del ejército en tierra extraña, cosa que Alcibiades, a haber querido, le hubiera sido fácil de ejecutar; pues con su ausencia desmayó mucho aquél, temiendo que en las manos de Nicias iría larga la guerra y experimentaría dilaciones fastidiosas faltando el aguijón que todo lo movía, por cuanto aunque Lamaco era belicoso y valiente, carecía de dignidad y respeto por su pobreza.

Embarcándose, pues, inmediatamente Alcibiades, les quitó a los Atenienses a Mesana de entre las manos, porque estando prontos los que habían de entregar la ciudad, él, que estaba bien enterado de todo, lo reveló a los amigos de los Siracusanos, y deshizo la negociación. Llegado a Turios, bajó de la galera, y ocultándose, pudo frustrar la diligencia de los que le buscaban. Hubo alguno que le conoció, y le dijo: «¿No te fías, oh Alcibiades, en la

patria?» y él le respondió: «En todo lo demás sí, pero cuando se trata de mi vida, ni en madre, no fuera que por equivocación echase el cálculo negro en lugar del blanco.» Oyendo después que la ciudad le había condenado a muerte, «pues yo, repuso, les haré ver que vivo.» Consérvase memoria de que la delación estaba concebida en estos términos: «Tésalo de Cimón Lasiade denuncia a Alcibiades de Clinias, Escambonide, de haber ofendido a las Diosas Céres y su hija, remedando los misterios y divulgándolos a sus amigos en su casa, habiéndose puesto el ornamento que lleva el el Hierofanta cuando celebra los misterios, tomando él mismo el nombre de Hierofanta, dando a Polución el de portaantorcha, y a Teodoro Fegés el de proclamador, y llamando a sus amigos iniciados y adeptos, contra lo justo y lo establecido por los Eumolpidas, los proclamadores y los sacerdotes de Eleusis.» Condenáronle en rebeldía, y confiscaron sus bienes, y mandaron además que todos los sacerdotes le maldijesen, a la cual resolución solamente se opuso, según es fama, Teano la de Menón de Agraulo, diciendo que era sacerdotisa para bendecir, no para maldecir a nadie.

Cuando estos decretos y estas condenaciones se pronunciaron estaba detenido en Argos, porque al fugarse de Turios lo primero que hizo fué irse al Peloponeso; pero temiendo a sus enemigos, y renunciando del todo a su patria, escribió a Esparta, pidiendo que se le ofreciese la impunidad, y dando palabra de que les haría favores y servicios que excedieran con mucho a los daños que antes les había causado. Concediéronselo los Esparciatas, y recibido benignamente de ellos, luego que pasó allá, el primer servicio que al punto les hizo fué que andando en consultas y dilaciones sobre dar

auxilio a los Siracusanos, los movió y acaloró a que enviasen por general a Gilipo, y quebrantasen las fuerzas que allí tenían los Atenenses; fué el segundo hacer que ellos mismos por sí moviesen a éstos guerra; y el tercero y más granado hacerles murar a Decelea, que fué lo que más perjudicó y contribuyó a la ruina de Atenas. Estimado, pues, por sus hechos públicos, y no menos admirado por su conducta privada, atraía y adulaba a la muchedumbre con vivir enteramente a la Espartana; pues viéndole con el cabello cortado a raíz, bañarse en agua fría, comer puches, y gustar del caldo negro, como que no creían, y antes dudaban fuertemente de que hubiese tenido nunca cocinero, ni hubiese usado de ungüentos, ni hubiese tocado su cuerpo la ropa delicada de Mileto. Porque entre las muchas habilidades que tenía era como única, y como un artificio para cazar los ánimos, la de asemejarse e identificarse en sus afectos con toda especie de instituciones y costumbres, siendo en mudar formas más pronto que el camaleón; y con la diferencia de que éste, según se dice, hay un color, que es el blanco, al que no puede conformarse; pero para Alcibiades ni en bien ni en mal nada había que igualmente no copiase e imitase: así, en Esparta era dado a los ejercicios del gimnasio, sobrio y severo; en la Jonia voluptuoso, jovial y sosegado; en la Tracia bebedor y buen jinete; y al lado del sátrapa Tisafernes excedía su lujo y opulencia a la pompa persiana; no porque fuera tan fácil como parece pasar de un método de vida a otro, y admitir toda suerte de mudanza, sino porque conociendo que si usaba de su inclinación natural desagradaría a aquellos con quienes tenía que vivir, continuamente se acomodaba y amoldaba a la forma y manera que estos preferían. En Lacedemonia,

pues, en cuanto a su porte exterior podía muy bien decirse: *No es éste el hijo de Aquiles, sino el mismo que pudiera haber formado Licurgo*; mas en la realidad cualquiera, según sus afectos y sus obras, hubiera podido gritarle: *Esta es siempre la mujer de antaño* (1). Porque a Timea, mujer de Agis, mientras éste estaba ausente en el ejército, de tal manera le sacó de juicio, que de su trato se hizo embarazada, sin negarlo; y como hubiese sido varón el que dió a luz, para los de afuera se llamaba Leutuquidas; pero el nombre que al oído se le daba en casa por la madre entre las amigas y los confidentes, era el de Alcibiades: ¡tan ciega de amor estaba la tal mujer! Y él con desvergüenza solía decir que no la había seducido por hacer agravio, ni tampoco halagado del deleite, sino para que descendientes suyos reinasen sobre los Lacedemonios. Hubo muchos que denunciaron a Agis estos hechos; pero él principalmente se atuvo al tiempo; porque habiendo habido un terremoto, él de miedo saltó del lecho y del lado de su mujer, y después en diez meses no se ayuntó a ella; y como después de este tiempo hubiese nacido Leutuquidas, no le reconoció por hijo suyo; y por esta causa fué después Leutuquidas privado de suceder en el reino.

Después de los desgraciados sucesos de los Atenenses en Sicilia, enviaron a un tiempo embajadores a Esparta los de Quio y Lesbos, y también los de Cicico, para tratar de su defección. Los Beocios hablaban por los de Lesbos, y Farnabazo por los de Cicico; pero a persuasión de Alcibiades prefirieron auxiliar a los de Quio antes de todo; y yendo él mismo en aquel viaje, hizo que se separase de los Atenenses casi puede decirse toda la Jonia;

(1) Esta frase y la de arriba eran proverbios entre los griegos.

y con estar al lado de los generales lacedemonios fué muy grande el daño que les causó. Con todo, Agis era siempre su enemigo, a causa de la mujer por la afrenta recibida, y además le incomodaba también su gloria; porque se había difundido la voz de que todo se hacía por Alcibiades, y a él era a quien se tenía consideración. Sufríanle asimismo de mala gala los de más poder y dignidad entre los Esparciatas por la envidia que les causaba. Tuvieron, pues, mano, y negociaron con los que en casa quedaron con mando, que enviasen a Jonia quien le diese muerte. Llegó a entenderlo reservadamente, y vivía con recelo; por lo que en todos los negocios públicos promovió los intereses de los Lacedemonios, pero huyó de caer en sus manos; y habiéndose entregado por seguridad a Tisafernes, sátrapa del Rey, al punto fué para con él la persona primera y de mayor poder; porque aquella suma destreza suya en plegarse y acomodarse aun al bárbaro, que no era hombre sencillo, sino perverso y de malísima inclinación, le causó gran maravilla; y a sus gracias en los entretenimientos cotidianos y en el trato familiar no había costumbres que resistiesen, ni genio que no se dejase conquistar; tanto, que aun los que le temían o tenían envidia, en tratarle y conversar con él experimentaban placer. Por tanto, con ser Tisafernes entre los Persas uno de los enemigos más declarados de los Griegos, de tal modo se rindió a los halagos de Alcibiades, que llegó a excederle en sus recíprocas adulaciones: así, de los paraísos o jardines que tenía, el más delicioso a causa de sus aguas y praderías saludables, y en el que había además mansiones y retraimientos dispuestos regia y ostentadamente, ordenó que se llamase Alcibiades; y este fué el nombre y apelación con que en adelante le llamaron todos.

Abandonando, pues, Alcibiades el partido de los Lacedemonios por su infidelidad, y teniéndoles ya miedo, comenzó a desacreditar y poner en mal a Agis con Tisafernes, no consintiendo ni que los auxiliase decididamente ni que rompiese del todo con los Atenenses, sino que prestándose penosamente a sus demandas, los fuese quebrantando y aniquilando con lentitud, y por este medio pusiese a ambos pueblos bajo el poder del Rey, debilitados los unos por los otros. Dejóse éste persuadir fácilmente, viéndose bien a las claras que le amaba y tenía en mucho, de modo que de una y otra parte tenían los Griegos puestos los ojos en Alcibiades, arrepentidos ya los Atenenses con sus malos sucesos de la determinación tomada contra él; y él mismo estaba incomodado por lo hecho, y temía no fuera que destruída del todo la ciudad viniera a caer en las manos de los Lacedemonios, de quienes era aborrecido. En Samos venía a estar entonces la suma de los intereses de los Atenenses; y partiendo desde allí con sus fuerzas navales, recobraban a unos aliados y conservaban a otros, por ser en el mar superiores a sus enemigos; pero temían a Tisafernes y sus galeras fenicias, que se decía no estar lejos, y eran en número de ciento y cincuenta, porque si acertaban a llegar, no le quedaba esperanza alguna de salud a la ciudad. Bien convencido de esto Alcibiades, envió reservadamente a los principales de los Atenenses quien les diese confianza de que les volvería amigo a Tisafernes, no por complacer a la muchedumbre, ni esperando nada de ella, sino en obsequio de los principales ciudadanos, si determinándose a ser hombres esforzados y a contener la insolencia de la plebe tomaban por su cuenta ellos mismos salvar la república y sus intereses. Todos los demás

apoyaron con empeño la proposición de Alcibiades; pero uno de los generales, Frínico Diradiote, sospechando lo que era, a saber, que a Alcibiades lo mismo le importaba la democracia que la oligarquía, y que procurando ser rehabilitado de la calumnia que le hizo contraria la muchedumbre, con esta mira lisonjeaba y halagaba a los principales, le hizo contradicción. Quedó vencido por los demás votos; y hecho ya enemigo descubierto de Alcibiades, lo denunció secretamente a Astuoco, almirante de los enemigos, previniéndole que se guardara y precaviera de Alcibiades como de hombre que quería estar con unos y con otros, mas no sabía que el asunto iba de traidor a traidor: porque haciendo Astuoco la corte a Tisafernes y viendo que para con él era el todo Alcibiades, manifestó a éste lo que Frínico le había comunicado. Alcibiades mandó al punto a Samos acusadores contra Frínico, con lo que todos se indignaron y sublevaron contra él; y como para ocurrir a aquel peligro no se le ofreciese a éste otro medio, intentó curar un mal con otro mal mayor: porque envió otra vez quien se quejase con Astuoco de haberle descubierto, y le avisase de que tenía resuelto hacerle entrega de las naves y del ejército de los Atenienses. Con todo, no trajo daño a éstos la traición de Frínico por otra traición de Astuoco, que también anunció a Alcibiades esta nueva propuesta de Frínico. Volvió éste en sí, y temiendo segunda acusación de Alcibiades, se anticipó a prevenir a los Atenienses que los enemigos iban a sobrecogerlos, exhortándolos a estarse quietos en las naves y atrincherar el ejército. Cuando ya esto se había puesto en ejecución, aunque vinieron otra vez cartas de Alcibiades advirtiéndoles que se guardaran de Frínico, que iba a entregar a los enemigos

la armada, no les dieron crédito, imaginándose que Alcibiades, que estaba bien informado de los preparativos e intentos de los enemigos, abusaba de estas noticias para calumniar a Frínico falsamente. Pero más adelante, habiendo uno de los de la guardia de Hermón dado de puñaladas a Frínico en la plaza y quitándole la vida, formada causa, condenaron los Atenenses a Frínico por traidor después de muerto, y decretaron coronar a Hermón y los de su guardia.

Dominando entonces en Samos los amigos de Alcibiades, enviaron a Pisandro a la ciudad para mudar el gobierno y alentar a los principales a ponerse al frente de los negocios, y disolver la democracia, pues con estas condiciones les ganaría Alcibiades a Tisafernes por amigo y aliado: a lo menos este fué el pretexto y la apariencia de los que establecían la oligarquía. Mas después que tomaron consistencia y se apoderaron del mando los llamados cinco mil, aunque no eran más de cuatrocientos, ya no se curaban gran cosa de Alcibiades, y hacían muy remisamente la guerra; parte por desconfianza que tenían de que aguantaran los ciudadanos aquellas novedades, y parte porque imaginaban que cederían los Lacedemonios, inclinados siempre y afectos a la oligarquía; y la plebe en la ciudad se estuvo, aunque de mala gana, sosegada por entonces, porque habían perecido no pocos de los que se opusieron a los cuatrocientos. Los de Samos cuando lo entendieron, irritados de aquel proceder, pensaron en dar al punto la vela con dirección al Pireo, y llamando a Alcibiades, al que también nombraron general, le ordenaron que los condujese y acabase con los tiranos; mas éste no se manejó o condescendió como cualquiera otro que repentinamente se hubiera visto en tanta auto-

ridad por el favor de algunos de sus conciudadanos, creyendo que debía complacer en todo, y no rehusar nada a los que de fugitivo y desterrado lo habían hecho presidente y general de tantas naves y de tamañas fuerzas, sino que como correspondía a un gran caudillo, hizo frente a los que sólo se gobernaban por la ira, y los contuvo para no cometer un desacierto; con lo que indudablemente salvó entonces la república. Porque si haciéndose a la mar se hubieran restituído a casa, infaliblemente los enemigos habrían quedado dueños sin fatiga de toda la Jonia, del Helesponto y de las islas; y Atenienses habrían tenido que venir a las manos con Atenienses, trayendo la guerra a su ciudad; lo que Alcibiades solo impidió sucediese, no precisamente persuadiendo e instruyendo a la muchedumbre, sino yendo en particular a unos con ruegos y a otros con violencia. Sirvióle en esta ocasión Trasibulo Estírico, yendo a su lado y gritando; porque, según se dice, era el que tenía la voz más fuerte entre todos los Atenienses. Otra segunda acción brillante hubo también entonces de Alcibiades, y fué que habiendo ofrecido que las naves fenicias que estaban los Lacedemonios esperando, teniéndoselas prometidas el Rey, o las atraería en su favor, o a lo menos negociaría que no se uniesen con aquéllos, sin dilación navegó con este objeto; y se verificó que Tisafernes, aunque se apareció con las naves hacia Aspendo, no las unió, sino que engañó a los Lacedemonios; habiendo sido Alcibiades la causa de que no estuviese ni con unos ni con otros, y sobre todo de que no estuviese con los Lacedemonios, por haber enseñado al bárbaro que se desentendiera y dejara que los Griegos se destruyeran unos a otros, pues no podía haber duda en que unidas tan poderosas fuerzas a uno

de los dos pueblos, éste quitaría enteramente al otro el dominio del mar.

Fué disuelto a poco el gobierno de los cuatrocientos por haberse agregado con ardor los amigos de Alcibiades a los que estaban por la democracia. Querían los de la ciudad, y habían dado la orden para que Alcibiades volviese; mas él creyó que no debía volverse con las manos vacías y desocupadas, sino glorioso con alguna ilustre hazaña. Con este objeto navegó al principio por el mar de Cnido y Coos; mas habiendo llegado allí a su noticia que el esparciata Mindaro subía al Helesponto con toda su armada, en persecución de los Atenieses, se apresuró a dar auxilio a sus generales; y quiso la fortuna que llegase con sus dieciocho galeras precisamente en el oportuno momento en que, habiendo caído unos y otros con todas sus naves cerca de Abido, y librándose combate, vencidos en parte y en parte vencedores, permanecieron en la lid hasta cerca del anochecer. Con su apareamiento en esta razón hizo a ambos partidos equivocarse, inspirando confianza a los enemigos y miedo a los Atenieses; pero levantando luego insignia amiga en la capitana, cargó repentinamente a los Peloponenses vencedores, que seguían el alcance. Hízolos volver, e impeliéndolos a tierra, destrozó sus naves, hiriendo a muchos que escapaban a nado, sin embargo de que Farnabazo los protegía con infantería, y peleaba por salvarles las naves: finalmente, apresando treinta de los enemigos, y conservando las propias, erigieron un trofeo. Con tan brillante y próspero suceso ardía por hacer de él ostentación con Tisafernes, para lo cual, haciendo prevención de presentes y regalos, y llevando el acompañamiento propio de un general, se encaminó allá. Mas no le salió como esperaba, porque di-

famado ya de antemano Tisafernes por los Lacedemonios, y temeroso de que por el Rey se le hiciera cargo, juzgó que Alcibiades se le presentaba en la mejor coyuntura, y echándole mano, lo puso preso en Sardis, para desvanecer con esta maldad aquella acusación.

Al cabo de treinta días, habiendo podido Alcibiades proporcionarse un caballo, escapó de la vigilancia de los guardas y huyó a Clazomene, haciendo correr contra Tisafernes la voz de que él mismo le había puesto en salvo. Navegó de allí al ejército de los Atenienses, y llegando a entender que Mindaro y Farnabazo juntos se hallaban en Cícico, incitó a los soldados y les hizo entender ser preciso que por mar y por tierra, y aun combatiendo muros, peleasen contra los enemigos, pues no podrían ganar botín si por todos estos modos no vencían. Armó, pues, las naves, y dando la vela hacia Proconeso, dió orden de que se encerraran y detuvieran dentro de la armada los buques ligeros para que por ningún medio pudieran presumir los enemigos su marcha. Hizo la casualidad que de repente llovió mucho con truenos, y que vino también en su favor tal obscuridad que encubrió todo aquel aparato; de manera, que no sólo se ocultó a los enemigos, sino a los mismos Atenienses; porque cuando estaban ya desconfiados, dió la orden y partieron. De allí a poco, la obscuridad se disipó y se divisaron las naves de los Peloponenses, que estaban ancladas delante del puerto de Cícico. Temeroso pues, Alcibiades, de que viendo antes de tiempo lo grande de sus fuerzas se retiraran a tierra, dió orden a los otros generales de que navegaran lentamente y se fueran atrasando, y él se presentó no teniendo consigo más de cuarenta naves, y provocó a los enemigos. Cayeron éstos en el lazo, y

mirando con desprecio el que viniesen contra tantas, al punto se fueron para los contrarios y trabaron combate; pero cuando sobrevinieron las demás naves, empezada ya la acción, dieron a huir aterrados. Alcibiades entonces, con veinte de las mejores galeras, se metió por medio y encaminó a tierra; y saltando a ella, acometió a los que se retiraban de las naves, dando muerte a muchos. Venció a Mindaro y Farnabazo que se adelantaron en defensa de éstos, dando muerte a Mindaro, que peleó valerosamente: mas Farnabazo logró fugarse. Fué grande el número de muertos y el de las armas de que se apoderaron; tomaron todas las naves; se hicieron asimismo dueños de Cicico; y huido Farnabazo y destrozados los Peloponenses, no solamente quedaron en segura posesión del Helesponto, sino que alejaron a viva fuerza de aquellos mares a los Lacedemonios. Cogiéronse hasta las cartas en que lacónicamente participaban a los Eforos aquella derota. «Nuestras cosas están perdidas. Mindaro muerto. La gente hambrienta. No sabemos qué hacer.»

Fué tan grande con todo esto el engreimiento de los soldados de Alcibiades, y salieron tanto de sí, que tenían a menos el reunirse con los demás soldados: ¡con los que muchas veces han sido vencidos, decían, los que son invictos todavía! Porque no mucho antes había sucedido que derrotado Trasilo en las inmediaciones de Efeso, se había erigido por los Efesios un trofeo en bronce en oprobio de los Atenieses. Con estas cosas daban en cara los de Alcibiades a los de Trasilo, ensalzándose a sí mismos y a su general, y no queriendo alternar con los otros ni en gimnasios ni en campamentos. Mas cuando Farnabazo vino luego sobre éstos a tiempo que hacían incursión en las tierras de Abido,

trayendo mucha caballería e infantería, Alcibiades, corriendo prontamente en su auxilio, puso en fuga a Farnabazo, y le siguió el alcance juntamente con Trasilo hasta entrada la noche. Uniéronse ya entonces, y gloriosos y alegres tornaron al campamento; y levantando al día siguiente un trofeo, talaron la región de Farnabazo, sin que nadie se atreviera a resistirles. Cautivó en aquella acción algunos sacerdotes y sacerdotisas, pero los dejó ir libres sin rescate. Disponíase a sujetar por armas a los de Calcedonia que se habían rebelado, y habían recibido guarnición y comandante de mano de los Lacedemonios; pero habiendo entendido que habían recogido cuanto podía ser objeto de botín, y lo habían llevado en depósito a los Bitinios sus amigos, pasó a los términos de éstos con su ejército, y les mandó un heraldo con esta queja; mas ellos concibieron miedo, y además de entregarle el botín, le pactaron amistad.

Barreada Calcedonia de mar a mar, vino Farnabazo para hacer levantar el cerco, e Hipócrates el gobernador, sacando también de la ciudad sus fuerzas, acometió a los Atenenses; mas Alcibiades, formando contra ambos su ejército, obligó a Farnabazo a huir cobardemente, y a Hipócrates y muchos de los suyos los destrozó enteramente, alcanzando de ellos una señalada victoria. Navegó en seguida al Helesponto, donde anduvo recogiendo contribuciones, y tomó a Selimbria, aventurando su persona sin consideración, porque los que habían de entregarle esta ciudad habían convenido en que levantarían una tea a la media noche; pero se vieron precisados a mostrarla antes de hora, por temor de uno de los conjurados, que de repente se les había vuelto. Levantada, pues, la tea cuando la tropa no estaba todavía a punto, tomando con-

sigo como unos treinta, marchó corriendo a la muralla, dejando orden de que los demás le siguiesen prontamente. Abrióronle la puerta cuando a los treinta se habían reunido veinte *peltastas*, o armados de rodela, y entrando sin detención, percibió que los Selimbrios venían de frente hacia él armados. De estarse quieto conoció que no había para él recurso; y el huir habiendo sido invicto siempre hasta aquel día, no lo tuvo por de su carácter; hizo, pues, seña al trompeta de que impusiera silencio, y a uno de los que con él se hallaban le ordenó que gritase: «Atenienses, no hagáis armas contra los Selimbrios.» Esta intimación hizo en unos el efecto de ser más remisos en el pelear, pareciéndoles que estaban dentro todos los enemigos, y en otros el de formar más lisonjeras esperanzas de favorable concierto. Mientras que entre sí conferenciaban sobre lo hacedero, le llegaron a Alcibiades todas las tropas, y conjeturando que las intenciones de los Selimbrios eran pacíficas, temió que habían de saquear la ciudad los Traces, los cuales eran en gran número, y por inclinación y amor a Alcibiades habían tomado las armas con la más pronta voluntad. Hízoles, pues, a todos salir de la población, y en nada ofendió a los Selimbrios que estaban recelosos, sino que con haber recogido un impuesto, y haber dejado guarnición, se retiró.

Los generales que mandaban el sitio de Calcedonia convinieron con Farnabazo, por un tratado, en que recogerían una contribución, los Calcedonios volverían a la obediencia de los Atenieses, y éstos no harían ningún daño en la satrapía de Farnabazo, obligándose éste a dar a los embajadores de los Atenieses escolta con toda seguridad. Como a la vuelta de Alcibiades desease Farnabazo

que él también jurara el tratado, respondió que no lo ejecutaría antes de haber jurado ellos. Prestados que fueron los juramentos, marchó contra los Bizantinos que se habían rebelado, y circunvaló la ciudad. Ofreciéndole, bajo la condición de salvar ésta, Licurgo y algunos otros que la entregarían, hizo correr la voz de que le llamaban fuera de allí novedades ocurridas en la Jonia, y por el día salió con toda su escuadra; pero volviendo a la noche, saltó en tierra con la infantería, y resguardándose con las murallas, se estuvo allí quedo; pero las naves vinieron sobre el puerto, y acometiendo impetuosamente con grande gritería, alboroto y estruendo asombraron a los demás Bizantinos por lo inesperado del caso, y a los adictos a los Atenien-ses les proporcionaron el recibir a Alcibiades sobre la pactada seguridad y el encontrar auxilio en el puerto y en las naves. Mas con todo no fué esta jornada exenta de riesgo, porque los Peloponenses, Beocios y Megarenses que allí se hallaban, a los que descendieran de las naves los rechazaron y obligaron a reembarcar; y llegando a entender que había Atenien-ses dentro, formándose en batalla, marcharon juntos contra ellos. Trabado un reñido combate, los venció Alcibiades, mandando él el ala derecha y Teramenes la izquierda; y de los enemigos que les vinieron a las manos tomaron vivos unos trescientos. De los de Bizancio, después del combate ni se dió muerte ni se desterró a ninguno, porque con esta condición se entregó la ciudad; y también con la de que nada que fuese de ellos se había de tocar. Por esta razón, defendiéndose Anaxilao de la causa sobre traición que se le movió en Lacedemonia, hizo ver en su discurso que no tenía por qué avergonzarse de lo hecho: porque dijo que no siendo Lacedemonio, sino Bizantino,

viendo en peligro, no a Esparta, sino a Bizancio, hallándose su ciudad cercada de manera que nadie podía entrar, y consumiendo los Peloponenses y Beocios todos los víveres que había en la ciudad, mientras que los Bizantinos fallecían de hambre con sus mujeres y sus hijos, no le pareció que cometía traición con la entrega, sino que redimía a su ciudad de la guerra y de los males que padecía, imitando en esto a los más ilustres de Lacedemonia, para quienes sólo es honesto y justo lo que es en provecho de la patria. Los Lacedemonios a este razonamiento cedieron con respeto y absolvieron a los acusados

Alcibiades, teniendo ya deseo de volver a ver a Atenas, y más todavía de ser visto de los ciudadanos después de haber vencido tantas veces a los enemigos, dió la vela con esta dirección, yendo las galeras áticas adornadas en derredor con muchos escudos y despojos, llevando a remolque muchas naves tomadas, y ostentando en mayor número todavía las banderas de las que habían sido vencidas y echadas a pique, porque entre unas y otras no bajaban de doscientas. Mas lo que añade a esto Duris de Samos, que se da por descendiente de Alcibiades, diciendo que Teopompo, coronado en los juegos Píticos, les llevaba la cadencia a los remeros con la flauta, que daba las órdenes Calípides, actor de tragedias, adornado de un rico vestido, con el manto real y todo el demás aparato del teatro, y que la capitana entró en el puesto con una vela de púrpura, como si viniera de un convite bacanal, no lo refiere ni Teopompo, ni Eforo, ni Jenofonte; además de que no es de creer que se presentara a los Atenienses con tan insolente lujo, volviendo de destierro, y habiendo pasado tantos trabajos. Antes entró temeroso, y estando ya en

el puerto, no saltó en tierra, hasta que hallándose sobre cubierta, vió que iba a presentársele su primo Euruptolemo y muchos de sus amigos y deudos, que yendo a recibirle le estaban llamando. Luego que estuvo en tierra, cuantos le iban al encuentro ni siquiera parece que veían a otros generales, sino que puesta la vista en él, le aclamaban, le saludaban, le acompañaban, y acercándosele le ponían coronas; los que no podían llegarse a él le miraban de lejos, y los ancianos se lo mostraban a los jóvenes. Con aquel gozo de la ciudad se mezclaron también muchas lágrimas, y la memoria en tanta prosperidad de las pasadas desgracias, haciendo cuenta de que ni habría dejado de tomar la Sicilia, ni les habría salido mal nada de lo que se prometían si hubieran dejado a Alcibiades el mando en aquellas empresas y sobre aquellas fuerzas, pues que aun ahora, tomando a su cargo la ciudad desposeída casi del todo del mar, y dueña en la tierra apenas de sus arrabales, dividida además y sublevada contra sí misma, levantándola de tan débiles y apocadas ruinas, no solamente le había restituido el imperio del mar, sino que hacía ver que también por tierra do quiera había vencido a sus enemigos.

Sancionóse primeramente el decreto de su vuelta a propuesta de Cricias de Calaisero, como él mismo lo escribió en sus elegías, recordando así a Alcibiades este favor:

Yo el decreto escribí para tu vuelta,  
y en junta le propuse: obra fué mía.  
Mi lengua fuera quien le impuso el sello.

Reuniéndose entonces el pueblo en junta, se presentó Alcibiades: quejóse y lamentóse de sus

desgracias, sin hacer más que culpar ligera y blandamente al pueblo, atribuyéndolo todo a su mala suerte y a algún genio envidioso, y concluyendo con darles grandes esperanzas contra los enemigos, e inspirarles aliento y confianzas, le coronaron con coronas de oro, y le nombraron generalísimo sin restricción juntamente de tierra y de mar. Decretóse asimismo que se le restituyesen sus bienes, y que los Eumolpidas y heraldos levantasen las imprecaciones que habían pronunciado de orden del pueblo. Levantáronlas los demás; pero el hierofanta Teodoro respondió: *«Yo ninguna imprecación hice contra él, si en nada ha ofendido a la ciudad.»*

Aunque procedían con tan brillante prosperidad las cosas de Alcibiades, a algunos les causó inquietud el tiempo de la vuelta, porque en el día de su arribo se hacían las purificaciones o lavatorios en honor de la Diosa. Celebran las sacrificantes estas orgías arcanas en el día 25 del mes Targelión, quitando todo el ornato y cubriendo la imagen, por lo que los Atenienses cuentan este día de cesación de todo trabajo entre los más aciagos. Parecía, pues, que la Diosa no recibía con amor y benignidad a Alcibiades, sino que se le encubría y lo apartaba de sí. Sin embargo, habiéndole sucedido todo según su deseo, y hecho equipar cien galeras, que iban a salir otra vez al mar, le asaltó en esto una cierta ambición generosa, y le detuvo hasta el tiempo de los misterios, por cuanto desde que se muró a Decelea, y los enemigos se apoderaron de los caminos de Eleusine, ningún aparato había tenido la iniciación, siendo preciso ir por mar; y así los sacrificios, los coros y muchas de las ceremonias propias del camino cuando se invoca a Yaco, se habían omitido por necesidad.

Parecióle, por tanto, a Alcibiades que ganarían en piedad respecto de la Diosa, y en gloria respecto de los hombres, dando a la solemnidad la forma antigua, acompañando por tierra la pompa de la iniciación, y pasando las ofrendas por entre los enemigos, porque o haría estarse enteramente quieto a Agis, pasando por esta humillación, o pelearían una guerra sagrada y acepta a los Dioses por las cosas más santas y más grandes a la vista de la patria, teniendo a todos los ciudadanos por testigos de su valor. Luego que se decidió por esta idea y dió parte de ella a los Eumolpidas y a los heraldos, puso centinelas en las alturas, y desde el amanecer envió algunos correos. Tomando después consigo a los sacerdotes, a los iniciados y a los proyectos, y ocultándose con las armas, los condujo con aparato y sin ruido; dando en esta especie de expedición un espectáculo augusto y religioso, al que daban los nombres de procesión sagrada, propia de los santos misterios, los que estaban exentos de envidia. Ninguno de los enemigos osó oponerse, y habiendo hecho la vuelta con igual seguridad, él mismo se engrió en su ánimo; y llenó de tanto orgullo al ejército, que se miraba como incontrastable e invencible bajo tal caudillo. A los jornaleros y a los pobres se los atrajo de manera que concibieron un violento deseo de que dominara solo, diciéndoselo así algunos, y acercándose a él para exhortarle a que, despreciando la envidia, se sobrepusiera a los decretos, a las leyes y a los embelecadores que perdían la ciudad, para poder obrar y manejar los negocios como le pareciese, sin temor de calumniadores.

Cual hubiese sido su modo de pensar acerca de esta propuesta de tiranía, no puede saberse; pero habiendo los principales ciudadanos concebido mie-

do, dieron calor a que se embarcara cuanto antes, concediéndole todo lo demás, y los colegas que quiso. Partiendo, pues, con las cien galeras, y tocando en Andros, venció, sí, la batalla a los habitantes y a cuantos Lacedemonios allí había, pero no tomó la ciudad; y este fué el primero de los encargos de que se valieron contra él sus enemigos. Y en verdad que parece haber sido Alcibiades más que otro alguno víctima de su propia gloria y reputación, porque siendo muy grande y muy acreditado de valor y prudencia por tantos prósperos sucesos, lo que no conseguía lo hacía sospechoso de que no ponía eficacia, no queriendo creer que era no haber podido, pues que con la diligencia nada había de desgraciársele; por tanto, esperaban la noticia de que había sujetado a los de Quio y toda la Jonia, y se indignaban de que no se les diese todo concluído con la presteza y celeridad que apetecían; no parándose a considerar su falta de fondos, a causa de la cual, habiendo de hacer la guerra a hombres que tenían al Rey por su mayor-domo, se veía muchas veces precisado a navegar y abandonar el ejército para asistirle con las pagas y los víveres, porque el último cargo dimanó de la siguiente causa. Enviado Lisandro por los Lacedemonios con el mando de la armada, y dando de paga a los marineros cuatro óbolos en lugar de tres del dinero que tomó de Ciro, Alcibiades, que ya penosamente les acudía con los tres óbolos, tuvo que marchar a Caria a recoger alguna suma. Antíoco, que fué el que quedó con el mando de las naves, era buen marino, pero necio por lo demás y de ningún provecho; y aunque Alcibiades le dejó prevenido que de ningún modo combatiese aun cuando le buscasen los enemigos, de tal modo se insolentó y tuvo en poco aquella orden, que equi-

pando su galera y una de otro capitán se fué la vuelta de Efeso, y haciendo y diciendo mil sandeces e insultos, se metió por entre las proas de las naves enemigas. Al principio Lisandro, yéndose a él, se puso a perseguirle con pocas naves; pero cuando vinieron en auxilio de aquél los Atenien- ses con todas las suyas, pasando por delante, des- hizo al mismo Antíoco, le tomó muchas naves y gente, y levantó un trofeo. Luego que Alcibiades oyó lo sucedido, volviendo a Samos, marchó con todas sus fuerzas y provocaba a Lisandro; pero éste, contento con su victoria, no quiso hacerle frente.

Siendo entre los que en el ejército miraban mal a Alcibiades el mayor enemigo suyo Trasibulo el de Trasón, marchó a Atenas para acusarle; y aca- lorando a los que allí tenía, hizo entender al pue- blo que Alcibiades había desgraciado los negocios de la república y perdido las naves por abusar de la autoridad, dando la comandancia a hombres que con francachelas y con las fanfarronadas pro- pias de los marinos, granjeaban todo su favor para que él, andando de una parte a otra, pudiera en- riquecerse y entregarse a sus desórdenes en el be- ber, y a liviandades con sus amigas Abidenas y Jonias, sin embargo de navegar bien cerca de los enemigos. Culpábanle asimismo de la prevención de la muralla que habían hecho construir en Tra- cia a la parte de Bisante, para refugio suyo, por no poder o no querer vivir en la patria. Arrastrados de estas inculpaciones los Atenien- ses, eligieron otros generales, poniendo de manifiesto su encono y malignas ideas contra Alcibiades; el cual luego que lo entendió, por temor se retiró en un todo del ejército, y haciendo recluta de extranjeros, se dedi- có a hacer la guerra por su cuenta a los Traces,

que no reconocían rey, y allegó mucho caudal de los que sojuzgó, poniendo al mismo tiempo a los Griegos establecidos por aquellos contornos en plena seguridad de parte de los bárbaros. Con todo, más adelante, cuando los generales Tideo, Menandro y Adimanto, que con todas las naves que les habían quedado a los Atenenses estaban en el puerto de Egos-Pótamos, solían ir todas las mañanas muy temprano en busca de Lisandro, surto con las naves de los Lacedemonios en Lamsaco para provocarle, y volviéndose después al mismo puesto, pasaban el día desordenadamente y descuidadamente como despreciando a éstos: Alcibiades, que se hallaba cerca, no lo miró con indiferencia y abandono, sino que montando a caballo advirtió a los generales que estaban mal apostados en un país que carecía de puertos y de ciudades, habiendo de proveerse de Sesto que les caía muy lejos, y teniendo en tanto abandonada la tripulación en tierra, yéndose cada uno y esparciéndose por donde le daba la gana; cuando tenían al frente la escuadra enemiga, acostumbrada a ejecutar sin rebullirse cuanto manda un hombre solo.

Hízoselo así presente Alcibiades y les persuadió que trasladaran sus fuerzas a Sesto; pero los generales no le dieron oídos, y aun Tideo le ordenó con expresiones injuriosas que se retirase, porque no era él, sino los mismos quienes tenían el mando; con lo que se retiró Alcibiades, no sin formar de ellos alguna sospecha de traición, y diciendo a los que le acompañaban desde el campamento por sus conocidos, que, a no haber sido tan ignominiosamente despedido por los generales, en breves días hubiera puesto a los Lacedemonios en la precisión de combatir contra su voluntad, o de abandonar las naves. Algunos lo graduaron de jactancia; mas

a otros les pareció que iba muy fundado, si su ánimo era llevar por tierra muchos de los soldados Traces, tiradores y de a caballo, y acometer y poner con ellos en desorden el campo enemigo. Por de contado, que adivinó y predijo acertadamente los errores de los Atenenses, bien pronto lo acreditó el suceso; porque viniendo sobre ellos repentina e inesperadamente Lisandro, solas ocho naves se salvaron con Conón; todas las demás, que eran muy cerca de doscientas, cayeron en poder de los enemigos; y de las tropas a unos tres mil hombres que Lisandro tomó vivos, a todos los pasó al filo de la espada. Tomó también a Atenas de allí a poco, incendió sus naves, y destruyó la llamada-larga muralla. En vista de esto, temiendo Alcibiades a los Lacedemonios que dominaban por tierra y por mar, se trasladó a Bitinia, haciendo conducir y llevando consigo inmensa riqueza, y dejando todavía mucha más en la ciudad de su residencia. Perdió también después en Bitinia gran parte de sus bienes, robado de los Traces de aquella parte, por lo que determinó ir a ponerse en manos de Artajerjes, pensando que si llegaba el caso haría al Rey servicios no inferiores en sí a los de Temístocles, y más recomendables en su objeto; porque no se emplearía, como aquél, contra sus ciudadanos, sino que en favor de la patria y contra sus enemigos trabajaría e imploraría el poder del Rey. Juzgando empero que por medio de Farnabazo sería más seguro su viaje, se encaminó hacia él a la Frigia, donde en su compañía se detuvo, obsequiándole y siendo de él honrado.

Era muy sensible a los Atenenses verse despojados del imperio y superioridad; pero después que Lisandro los privó además de la libertad, poniendo la ciudad en manos de los treinta tiranos, aque-

llas reflexiones que no les ocurrieron cuando les habrían servido para su salud, las hicieron entonces cuando todo estaba perdido con lamentaciones y quejas, trayendo a la memoria sus errores y desaciertos, y teniendo por el mayor este segundo encono que habían concebido contra Alcibiades, porque fué depuesto del mando cuando él mismo en nada había faltado; y sólo porque se habían incomodado con un subalterno que ignominiosamente había perdido unas cuarenta naves, con mayor ignominia habían privado a la ciudad del más esforzado y experimentado de sus generales. Con todo, aun en medio de las calamidades que los rodeaban entreveían una sombra de esperanza de que del todo no caería la república mientras Alcibiades existiese; porque si antes cuando fué desterrado no pudo sufrir el vivir en el ocio y en el reposo, tampoco ahora, a no estar del todo imposibilitado, llevaría en paciencia que los Lacedemonios les hicieran agravios, y que los treinta los trataran con vilipendio. Ni era extraño que a estos sueños se entregaran los demás, cuando los mismos treinta no se aquietaban sin pensar e inquirir sobre él, y sin mover frecuente conversación de lo que hacía y de lo que pensaba. Ultimamente Cricias hizo entender a Lisandro que no viviendo en democracia los Atenienses podía tenerse por seguro el imperio de los Lacedemonios sobre la Grecia; pero que por más sumisos y obedientes que se mostrasen a la oligarquía, mientras Alcibiades viviese, no los dejaría permanecer quietos en el orden establecido. Sin embargo, para que Lisandro accediese a estas sugerencias, fué al fin preciso que viniera de Esparta una orden por la que se le mandaba que se quitara a Alcibiades del medio; bien fuera porque temiesen su actividad y grandeza de

alma, o bien porque quisieran complacer a Agis.

Cuando Lisandro envió a Farnabazo la orden para la ejecución, y éste la sometió a su hermano Magazo y a su tío Susamitres, hizo la casualidad que Alcibiades se hallaba en cierta aldea de Frigia, teniendo en su compañía a Timandra, que era una de sus amigas. Había tenido entre sueños esta visión: parecióle que se había adornado con los vestidos de su amiga, y que ésta, reclinando él la cabeza en su regazo, le adobaba el rostro como el de una mujer, pintándolo y alcoholándolo. Otros dicen que vió en sueños a Magazo y los de su facción que le cortaban la cabeza y que era quemado su cuerpo; mas todos convienen en que tuvo la una o la otra visión poco antes de su muerte. Los que fueron enviados contra él no se atrevieron a entrar en la casa, y lo que hicieron fué, apartándose alrededor de ella, pegarle fuego. Sintiólo Alcibiades, y recogiendo muchos vestidos y otras ropas los echó en el fuego, y rodeándose a la mano izquierda su manto, con la diestra desenvainó la espada, y pasando con la mayor intrepidez por encima del fuego antes que se hubiesen encendido las ropas, con sólo presentarse dispersó a los bárbaros, porque ninguno de ellos tuvo valor para aguardarle ni lidiar con él, sino que desde lejos le lanzaban saetas y dardos. Traspasado de ellos cayó finalmente muerto; y después que los bárbaros se marcharon, Timandra recogió el cadáver, y envolviéndole en las ropas de ella, le hizo el funeral y honrosas exequias que las circunstancias permitían. Dícese que fué hija de ésta la célebre Lais, llamada Corintia, tomada cautiva en Hícaros, aldea de la Sicilia. Otros escritores hay que refieren de diferente modo el acontecimiento de la muerte de Alcibiades, diciendo que no tuvieron la culpa de ella ni

Farnabazo, ni Lisandro, ni los Lacedemonios, sino que habiendo el mismo Alcibiades seducido una mozuela de una familia conocida suya, y reteniéndola consigo, los hermanos, que sentían vivamente esta afrenta, dieron por la noche fuego a la casa en que vivía Alcibiades, y le asaetearon, como se ha dicho, cuando salía por medio de las llamas.

# CAYO MARCIO CORIOLANO

**M**UCHOS varones ilustres dió a Roma la familia patricia de los Marcios, de cuyo número fué Cayo Marcio, nieto de Numa por su madre, y elegido Rey después de Tulo Hostilio. Eran asimismo Marcios Publio y Quinto, que trajeron a Roma la mejor y más copiosa agua; y Censorio, a quien dos veces nombró censor el pueblo, y a cuya persuasión después propuso y estableció ley para que a ninguno le fuera permitido obtener dos veces esta magistratura. El Cayo Marcio de quien vamos a escribir, educado por la madre, a causa de haber quedado huérfano de padre, hizo ver que si bien la orfandad trae otros males, no estorba empero que pueda alguno hacerse hombre virtuoso y aventajado a los demás, aunque por otra parte de motivo de queja y reprehensión contra ella a los viciosos, como que es quien por el descuido los echa a perder. Acreditó también este Marcio que aun en aquellos de un natural excelente, por más generoso y bien inclinado que éste sea, si le falta la instrucción, al lado de las buenas calidades produce otras malas, como en la agricultura un fértil terreno que se deja sin cultivo. Porque aquella resolución y entereza de ánimo para todo produjo grandes y muy activos conatos; pero el ser por otra parte

vehemente e irreductible en la ira, le hizo desabrido y poco avenible en el trato con los demás hombres; por tanto, al mismo tiempo que admiraban en él su impasibilidad respecto de los placeres, de los trabajos y del atractivo de las riquezas, a la cual le daban los nombres de templanza, justicia y fortaleza, teníanle para conferencias políticas por altanero, molesto y mal sufrido; porque el mejor fruto que los hombres sacan del trato con las musas es el que por medio de la elocuencia y la doctrina se suaviza la natural índole, reduciéndola en todo a la justa medianía, y desarraigando lo superfluo. En Roma en aquella época principalmente era ensalzada la virtud que sobresale en los hechos de armas y de la milicia; lo que se convence de que a toda virtud no le dieron sino la sola denominación de la fortaleza, haciendo nombre común del género, el que a la fortaleza le era propia y peculiar.

Dominaba entre las demás pasiones de Marcio la de la guerra, y así desde niño empezó a manejar las armas; y juzgando que de nada les sirven las armas de afuera a los que no tienen bien adiestrada y dispuesta el arma innata e ingénita, que es el cuerpo, de tal modo ejercitó el suyo para toda especie de lid, que en el correr era sumamente ligero y para tenerse firme en la lucha y en los combates casi invencible; por tanto, los que contendían con él en fortaleza y virtud, siéndole en ellas inferiores, echaban la culpa a la robustez de su cuerpo, que era incontrastable e incapaz de doblarse con trabajo alguno.

Militó por la primera vez siendo todavía joven-cito, cuando Tarquino, el rey de Roma, desposeído ya del trono, después de muchas batallas y derrotas echó, se puede decir, el resto, y vinieron

en su auxilio, haciendo causa común contra Roma, los más de los Latinos y muchos de los otros pueblos de Italia, no menos en obsequio de aquél, que por envidia y por deseo de contener los progresos de la grandeza romana. En aquella batalla, que por una y otra parte estuvo muy varia e incierta, peleaba Marcio con gran denuedo a la vista del Dictador, y viendo caer a su lado a un Romano no le abandonó, sino que se puso delante de él, y acometiendo al enemigo que lo acosaba, le dió muerte. Luego que el general hubo ganado la batalla, una de sus primeras atenciones fué coronarle con una corona de encina, porque ésta fué la corona que señaló la ley al que salva un ciudadano; bien fuera porque tuviesen en veneración la encina a causa de los Arcades, denominados *comedores de bellotas* por un oráculo del Dios; bien porque siempre y en todas partes tienen los que militan copia de encinas, o bien porque siendo de encina la corona de Júpiter social, creyesen que esta era la que más propiamente debía darse por la salvación de un ciudadano. Es además la encina el árbol de más copioso fruto entre los silvestres, y el de madera más sólida entre los cultivados. Era también alimento la bellota que de ella proviene, y bebida el melicio (1); y daba además carne de fieras y de aves, proveyendo de un instrumento para la caza, que es la liga. Dícese que en esta batalla se aparecieron los Dioscuros, y que después de ella se les vió con los caballos goteando de sudor dar la noticia en la plaza, en el sitio junto a la fuente donde está edificado su templo, de donde proviene que en el mes de Julio el día de los idus, que es fiesta triunfal, está consagrado a los Dioscuros.

(1) Horchata de bellotas hecha con miel.

La nombradía y los honores dispensados a los jóvenes, en los que son de índole ligeramente ambiciosa, vienen a ser, a lo que parece, una cosa temprana que apaga su espíritu, y llena pronto su sed, dejándola fácilmente satisfecha; pero a los de ánimo altivo y resuelto los honores los elevan y encienden, impeliéndoles, a manera del viento, a lo que les parece honesto; porque no los reciben como salario, sino que más bien son una nueva prenda que dan de que se avergonzarán de frustrar la esperanza que de ellos se tiene y de no hacerla correr con iguales hechos a los anteriores. Siendo de este carácter Marcio, sólo trataba de emularse a sí mismo en el valor, aspirando a mostrarse cada día nuevo en sus proezas, a merecer premios sobre premios, y ganar despojos sobre despojos; yendo a competencia en cuanto a honrarle los últimos generales con los primeros, y queriendo excederlos en sus demostraciones; así es que de tantas guerras y lides como las que entonces tuvieron que sostener los Romanos, de ninguna volvió sin corona y sin premio. Para los demás era la gloria el fin de su virtud; pero para éste el fin por que aspiraba a la gloria era porque su madre tuviera de qué regocijarse; por cuanto el que ésta oyese sus alabanzas, el que le viera volver coronado y el abrazarla cuando vertía lágrimas de gozo, le parecía que acrecentaba sus honores y su felicidad. Estos mismos sentimientos se dice por su confesión propia haber sido los de Epaminondas, que tuvo por la mayor de sus satisfacciones el que su padre y su madre hubiesen visto en vida su generalato y su victoria en la jornada de Leuctras; sino que éste disfrutó el placer de ver a padre y madre alegrarse y congratularse juntos; pero Marcio, creyendo que debía a su madre una gratitud doblada,

no se aquietó con regocijarla y honrarla, sino que tomó mujer enteramente a su gusto, y habitó siempre, aun teniendo ya hijos, en la misma casa con la madre.

Era ya grande por su virtud la fama y el poder de Marcio cuando ocurrió que el Senado, favoreciendo a los ricos, puso en estado de sedición a la plebe, que se quejaba de los muchos e insufribles agravios que los logreros le irrogaban; porque a los medianamente acomodados los despojaban de cuanto tenían, tomándoles prendas y vendiéndolas, y respecto de los enteramente pobres, se apoderaban de las personas, aprehendiendo sus cuerpos cubiertos de cicatrices de las heridas y golpes recibidos en los encuentros y batallas sostenidos por la patria. La última de éstas había sido con los sabinos, para la cual los ricos habían ofrecido ser en adelante más moderados, y el Senado había designado al cónsul Marco Valerio por fiador de esta promesa. Mas como después de haber peleado denodadamente en esta batalla, y haber vencido a los enemigos, en nada hallasen más equitativos a los logreros, ni el Senado diese muestras de acordarse de lo que estaba convenido, sino que antes viese con indiferencia que los atropellaban y encadenaban, suscitáronse en la ciudad grandes y temibles alborotos. Venida a noticia de los enemigos esta inquietud de la plebe, no se descuidaron en invadir a yerro y fuego la comarca; y aunque los cónsules dieron la orden de tomar las armas a todos los que se hallaban en la edad designada, nadie la obedeció. Dividiéronse con esto otra vez los pareceres de los que servían las magistraturas, siendo unos de dictamen de que se condescendiera con los pobres y se relajara el nimio rigor de las leyes, y opinando otros muy al contrario, de cuyo número

era Marcio, el cual no daba por cierto gran valor a los intereses; pero clamaba por que se contuviera y apagara aquel principio y tentativa de insulto y osadía de una muchedumbre insubordinada a las leyes.

Celebráronse sobre esto frecuentes Senados, y como en ellos nada se concluyese, sublevándose de repente los pobres, y excitándose unos a otros, abandonaron la ciudad, y se retiraron al monte que ahora se llama Sacro, fijándose junto al río Aniene, sin cometer acto alguno de violencia o sedición, y gritando solamente ser antiguo en los ricos el estarlos arrojando de la ciudad, y que para el aire, el agua y algunos pies de tierra en qué sepultarse, esto por todas partes se lo suministraría la Italia, que era lo único que disfrutaban con habitar en Roma, fuera del recibir heridas y la muerte peleando a favor de los ricos. Llenó esta ocurrencia de recelo al Senado, que por tanto les mandó en embajada a los más moderados y populares entre los Senadores. Llevaba la voz Menenio Agripa, que a la vez usó de ruegos con la plebe, y a la vez habló francamente sobre la conducta del Senado, viniendo a concluir con una especie de fábula su exhortación y amonestamiento. Porque les refirió que en cierta ocasión los miembros todos del cuerpo humano se rebelaron contra el vientre, y le acusaron de que estándose él solo ocioso y sin contribuir en nada con los demás, todos trabajaban y desempeñaban sus respectivos ministerios, precisamente por contenerle y satisfacer sus apetitos; y que el vientre se había reído de su simpleza, porque no echaban de ver que si tomaba para sí todo el alimento, era para distribuirlo después y dar nutrición a los demás. «Pues de esta manera, continuó, se conduce a vosotros, oh ciudadanos,

el Senado; porque a vosotros refiere cuantos consejos y negocios se ofrecen, y con vosotros reparte cuanto hay de útil y provechoso.»

Reconciliáronse con esto, pidiendo al Senado, y concediéndoseles que se eligiesen cinco ciudadanos en defensores suyos, que son los que ahora se llaman tribunos de la plebe. Fueron nombrados los primeros los que los habían acaudillado en el levantamiento, Junio Bruto y Sicinio Beluto. Luego que la ciudad volvió a no ser más que un cuerpo, al punto acudió a las armas la muchedumbre, y se presentó a los jefes muy presta y decidida a marchar a la guerra. No estaba contento Marcio con el ventajoso partido que había sacado la plebe, habiendo tenido que ceder la aristocracia, y observaba que como él sentían muchos de los patricios: excitábalos, por tanto, a no quedar inferiores a los plebeyos en las lides que peleaban por la patria, sino hacer ver que en la virtud, más bien que en el poder, les hacían ventaja.

En la nación de los Volscos, que era contra la que tenían la guerra, la ciudad de Coriolos gozaba de la mayor nombradía; dirigiéndose, pues, contra ella el cónsul Cominio, se alarmaron los demás Volscos, y corrieron de todos lados en auxilio, con la mira de pelear en defensa de la ciudad, y de llamar a dos partes la atención de los enemigos. Tuvo Cominio que dividir sus fuerzas, y como marchase en persona contra los Volscos que le cargaban en campo abierto, dejando para mantener el cerco a Tito Larcio, varón muy principal entre los Romanos, tuvieron los Coriolanos en poco las fuerzas que quedaban; por lo que, haciendo una salida y trabando combate, al principio lograron ventajas, y persiguiendo a los Romanos hasta su campamento. Desde él acudió Marcio con bien poca gen-

te, y arrollando a los que más se le oponían, y haciendo contenerse a los que venían en pos de ellos, llamaba a grandes voces a los Romanos, porque era un soldado tal cual lo deseaba Catón, no sólo por la mano y por el golpe, sino también por el tono de la voz y la fiereza del rostro, temible en el encuentro y aterrador del enemigo. Reuniéronse ya muchos y pusieronse a su lado, con lo que acobardados los enemigos volvieron la espalda; y él entonces no se dió por contento, sino que los persiguió y atropelló, llevándolos en desorden hasta las puertas. Puesto ya allí, aunque vió a muchos de los suyos cesar en la persecución por la copia de dardos que lanzaban de las murallas, no cabiéndole a nadie en la imaginación el pensamiento de meterse envueltos con los enemigos en una ciudad llena de hombres aguerridos y que estaban sobre las armas, esto no obstante, él insistía y los alentaba, gritando que la fortuna más bien había abierto la entrada de la ciudad a los perseguidores que a los perseguidos. Siguiéronle muy pocos, con los que se arrojó a las puertas, y se metió por entre los enemigos, no habiendo por lo pronto quien osase resistirle, ni sostener su ímpetu. Cuando luego echó dentro de ver cuán en corto número eran los que habían de auxiliarle y combatir a su lado, y mezclados confusamente amigos y enemigos, dícese que sostuvo, de acuchillar y herir, de acudir prestamente a todas partes, y de mostrar el ánimo más arrojado, una increíble pelea en la ciudad; y que venciendo a cuantos acometía, con ahuyentar a unos a los últimos extremos, y hacer a otros arrojar las armas, dió oportunidad a Larcio para venir con los Romanos que habían quedado a la parte de afuera.

Tomada de esta manera la ciudad, los más se

entregaron a la rapiña y al saqueo de las casas; sentíalo Marcio y los reprendía, pareciéndole cosa intolerable que mientras el cónsul y los ciudadanos que con él se hallaban quizá venían a las manos y combatían con los enemigos, ellos por codicia los abandonasen, o bajo la especie de enriquecerse se sustrajesen al peligro. Fueron en corto número los que le dieron oídos; y él, tomando consigo a los que quisieron seguirle, marchó por el camino que entendió había llevado el ejército, inflamando unas veces a sus soldados y exhortándolos a no batirse, y haciendo otras veces plegarias a los Dioses para que no le privasen de la gloria de hallarse en la batalla, y antes le concediesen llegar en la oportunidad de combatir y partir los riesgos con sus conciudadanos. Tenían entonces la costumbre los Romanos, al formarse para entrar en acción, de abrazar los escudos, ceñirse la toga, y hacer testamentos no escritos, nombrando ante tres o cuatro camaradas su heredero; y cuando en esta disposición se hallaban los soldados, teniendo ya a la vista los enemigos, entonces es cuando Marcio sobrevino. Y lo que es al principio dió que temer a algunos, presentándose con unos pocos cubiertos de sangre y de sudor; pero después que prestamente y con semblante alegre se fué el Cónsul alargándole la diestra, y le dió cuenta de cómo había tomado la ciudad, Cominio le echó los brazos y le saludó con ósculo; y de los demás, a los que se enteraron del suceso les inspiró confianza, y aliento a los que sólo lo conjeturaron; por lo que gritaron todos que se les llevara a los enemigos y se trabara la batalla. Preguntó entonces Marcio a Cominio con qué orden estaban dispuestas las diferentes armas de los enemigos, y donde habían colocado las tropas escogidas. Díjole éste que en su entender ocu-

paban el centro los tercios de los de Ancio, gente muy aguerrida y que a nadie cedía en valor. «Ruégote, pues, le contestó Marcio, y encarecidamente te suplico, que nos coloques en contraposición a esos»; y el Cónsul se lo concedió admirado de semejante decisión. Apenas comenzaron a herirse con las lanzas, se adelantó contra los enemigos Marcio, y los Volscos que estaban a su frente no pudieron resistirle, sino que la falange, por la parte por donde él acometió, fué al punto rota. Mas como entonces los de uno y otro costado hiciesen una conversión y dejasen a Marcio cerrado entre sus armas, lleno de cuidado el Cónsul mandó a los más esforzados en su auxilio; y trabada en derredor de Marcio una recia pelea, en la que en breve fue muchos los muertos, cargando aquellos con ímpetu y fuerza rechazaron a los enemigos, en cuya persecución se pusieron luego, rogando a Marcio, al que veían rendido de cansancio y de heridas, que se retirase al campamento; pero respondiéndoles que nunca se cansa el que vence, cargó también sobre los fugitivos. Todo lo restante del ejército fué igualmente deshecho, siendo grande así el número de muertos como el de prisioneros.

Al día siguiente, habiéndose presentado Marcio y concurrido gran muchedumbre ante el Cónsul, subió éste a la tribuna; y hecha de los Dioses la debida conmemoración por tamañas prosperidades, volvió ya a Marcio su discurso. Hizo de él en primer lugar un magnífico elogio, habiendo sido espectador de muchas de sus acciones en la batalla, y habiéndose informado del mismo Marcio en cuanto a las demás; y luego habiendo sido muy grande la presa en riqueza, en caballos y en hombres, le dió orden de que tomase de cada especie de cosas diez, antes de hacerse la distribución a los demás, y se-

paradamente por prez del valor le regaló un caballo enjaezado. Aprobáronlo los Romanos; pero Marcio, haciéndose adelante, respondió que el caballo lo recibía, y le eran muy gratos los elogios del General; pero en cuanto a las demás cosas, mirándolas más bien como salario que como honor, las renunciaba, contento con entrar como uno de tantos al reparto; con todo, que una sola gracia especial pedía, y les rogaba se la otorgasen. «Tenía dijo, entre los Volscos un huésped y amigo, hombre de probidad y moderación; éste ha sido ahora hecho prisionero, y de rico y feliz que antes era, ha venido a ser esclavo; mas entre tantos males como le agobian, de uno solo es menester aliviarle, que es de ser vendido en la almoneda.» Al oír tal propuesta todavía fué mayor la gritería de todos en loor de Marcio, y muchos los que admiraron más su desprendimiento en punto a intereses, que su ardimiento en los combates; de manera que aun a aquellos en quienes había algo de emulación y envidia por los distinguidos honores que se le tributaban, les pareció digno de los mayores premios, por el mismo hecho de rehusarlos; y en más tenían la virtud con que los despreciaba, que no aquella con que los había ganado; porque es más laudable saber usar bien de las riquezas que de las armas, y es más glorioso que el usar bien de aquellas, el no desearlas ni haberlas menester.

Luego que entre la muchedumbre cesó el alboroto y la gritería, volvió a tomar la palabra Cominio, y dijo: «En cuanto a esos otros dones, oh, camaradas, no hay cómo precisar a Marcio, si no los admite o rehusa recibirlos; obsequiémosle, pues, con aquel que concedido no pueda desecharle, y resolvamos que tome el nombre de Coriolano, si es que ya su misma hazaña no se le dió.» Y desde

entonces tuvo el de Coriolano por el tercero de sus nombres; con lo que se pone de manifiesto que entre éstos Cayo era el nombre propio, y que el segundo era el de la casa y familia, esto es, el de Marcio. El que usó ya en adelante fué el tercero, que se añadía por una acción, por un acaso, por la figura, o por alguna virtud, al modo que los Griegos por una hazaña imponían el sobrenombre de Sotero (1) y de Calinico (2); por la figura el de Fuscón (3) y Gripo (4); por la virtud el de Euergetes (5) y Filadelfo (6), y por la dicha el de Eudemón (7) al segundo de los Batos. En algunos de los reyes los moteles mismos pasaron a ser nombres, por los que fuesen conocidos, como en Antígono el de Dason (8), y en Tolomeo el de Lamuro (9). Todavía fué más común a los Romanos usar de este género de sobrenombres, llamando Diademado a uno de los Metelos, porque habiendo tenido por largo tiempo una llaga, salía a la calle con una venda en la frente; y a otro Célere o Pronto, porque dispuso en muy pocos días dar solemnes juegos en el funeral de su difunto padre, manifestando la admiración que les causó la prontitud y ligereza de aquellos preparativos. A algunos por el caso ocurrido en su nacimiento los llaman aún hoy, Proclo al que nace estando su padre ausente; Póstumo cuando el padre ha muerto; y al que habiendo nacido mellizo

- 
- (1) Sotero, es salvador.
  - (2) Calinico, el señalado vencedor.
  - (3) Fuscón, es panzudo.
  - (4) Gripo, el de la nariz aguileña.
  - (5) Euergetes, bienhechor.
  - (6) Filadelfo, amante de sus hermanos.
  - (7) Eudemon, feliz, bienhadado.
  - (8) Dason, es el vano prometedor.
  - (9) Lamuro, el chocarrero.

se le muere el hermano, Vopisco. Por los motes y apodos, no sólo dan los sobrenombres de Silas y Nigros, sino también los de Cecos y Claudios, acostumbrando muy juiciosamente a no tener por tacha o afrenta la ceguera o alguna otra desgracia y falta corporal, sino a ponerlas por nombre propio del que las sufre. Mas esto pertenece a tratado diferente.

Terminada la guerra, volvieron los Tribunos a suscitar otra vez la sedición, no porque tuviesen nueva causa o motivo justo de queja, sino haciendo que les sirvieran de pretexto contra los patricios los males que necesariamente debieron seguirse a sus primeras inquietudes y disensiones; porque la mayor parte del terreno se quedó por sembrar e inculto, y no hubo oportunidad con motivo de la guerra para hacer prevención de trigo forastero. Sobrevino, por tanto, una suma carestía, y viendo los Tribunos que la plebe absolutamente carecía de abastos, y que aun cuando los hubiese de venta no tenía con qué comprarlos, echaron la calumniosa voz contra los ricos de que por pura malignidad les habían atraído aquella hambre. Entretanto vino embajada de los de Veletri, ofreciendo entregar la ciudad y pidiendo se enviasen allá colonos, porque una enfermedad pestilente que los había afligido había hecho tal ruina y destrozo de hombres, que apenas le habría quedado la décima parte de su población. Parecióles a los hombres de juicio que había venido muy oportuna y sazónadamente esta demanda de los Velitranos en ocasión en que necesitando por la escasez de algún alivio, concebían la esperanza de calmar la sedición con limpiar la ciudad de lo más revuelto y más acalorado de los Tribunos, como de una superfluidad nociva e incómoda. Escogiendo, pues, a éstos los Cónsules,

de ellos formaron la colonia y la enviaron, y a los demás les intimaron la necesidad de militar contra los Volscos, preparando así una distracción de las turbaciones civiles, y pensando que reunidos con las armas en el campamento y en los comunes combates los ricos juntamente con los pobres, y los plebeyos con los patricios, se mirarían recíprocamente entre sí con mayor mansedumbre y dulzura.

Oponíanse principalmente los tribunos Sicinio y Bruto diciendo a gritos que se quería disfrazar la cosa más inhumana con uno de los nombres más benignos, pues era como echar al Tártaro a los pobres, hacerles marchar a una ciudad llena de un aire enfermizo y de cadáveres insepultos, y enviarlos a la mansión de un Genio extranjero y maléfico; y como si esto no fuera bastante, que a unos ciudadanos querían los acabase el hambre, a otros los abandonaban a la peste, y además les suscitaban una guerra del todo voluntaria para que no hubiera calamidad que a la ciudad no alcanzase, porque no se prestaba a vivir en la esclavitud de los ricos. No circulando, pues, entre la plebe otros que estos discursos, no se presentaba a la revista de los Cónsules, y desacreditaba la resolución de enviar la colonia. Veíase en perplejidad el Senado; pero Marcio, que ya estaba lleno de orgullo y tenía la reputación de altivo, haciéndose admirar por esta calidad, era entre los poderosos el que más abiertamente hacía frente a los tribunos. Enviaron, pues, la colonia, precisando a salir con graves penas a los sorteados; y por lo que hace a la milicia, como enteramente se negasen a ella, reuniendo el mismo Marcio sus clientes, y otros a quienes pudo persuadir, corrió todo el país de los de Ancio; y habiendo encontrado mucho grano, y hecho gran botín de ganados y esclavos, nada tomó para sí, y vol-

vió a Roma con sus soldados, que traían y conducían mucha hacienda; de manera que los demás, pesarosos ya y envidiosos de los que se habían enriquecido, se irritaban con Marcio, y miraban con malos ojos su gloria y su poder, como que crecían en daño de la plebe.

Presentóse de allí a poco tiempo Marcio pidiendo el consulado, y la mayor parte condescendía, ocupando a la plebe cierta vergüenza para no desairar ni repeler a un varón que, sobresaliendo a todos en linaje y en valor, había alcanzado tantos y tan señalados triunfos; porque era costumbre que los que pedían el consulado hablaran y alargaran la diestra a los ciudadanos, presentándose con sola la toga y sin túnica en la plaza, bien fuera para mostrar mayor sumisión en sus ruegos, o bien para poner de manifiesto los que tenían cicatrices aquellos honrosos testimonios de su valor y fortaleza; pues no era por sospecha de distribución de dinero o de presentes el obligar a que el peticionario se presentara a sus conciudadanos desceñido y sin túnica, porque tarde y muy largo tiempo después fué cuando se introdujo la corrupción y la venta, y cuando el dinero se mezcló en las votaciones de los comicios; y ya desde entonces el soborno, habiendo contaminado los tribunales y los ejércitos, impelió la ciudad hacia el despotismo, cautivando las armas al dinero, pudiéndose asegurar que tuvo mucha razón el que dijo que el primero que disolvió la república fué el que dió banquetes e hizo distribución de dinero al pueblo. Mas este daño parece que se fué deslizando a escondidas y poco a poco, y que no se manifestó de pronto en Roma, puesto que no sabemos quién fué el primero que hizo en aquella ciudad donativos a los tribunales o al pueblo, cuando en Atenas se dice haber sido el

primero que dió dinero a los jueces Anito el de Antemión, acusado de traición acerca de Pilo, ya hacia el fin de la guerra del Peloponeso, tiempo en que todavía en Roma dominaba en la plaza pública un linaje verdaderamente áureo e incorrupto.

Mostraba Marcio muchas cicatrices de gran número de combates en que había sido herido en los diecisiete años seguidos que había militado, lo que hacía mirar con respeto su valor, y unos a otros se habían dado palabra de designarle. Mas venido el día en que había de hacerse la votación, como Marcio se hubiese presentado en la plaza pública acompañándole pomposamente el Senado, y pugnando todos los patricios por ponérsele alrededor, demostración que jamás habían hecho con nadie, al punto la muchedumbre depuso la inclinación que tenía, pasando a mirarle con encono y ojeriza; a los cuales afectos se juntaba, además, el temor de que un hombre tan aristocrático, hecho dueño del mando y teniendo tanto ascendiente con los patricios, pudiera privar enteramente al pueblo de su libertad, y con estas ideas desairaron en la votación a Marcio. Luego que se vió ser otros los Cónsules que se publicaron, el Senado lo sintió profundamente, creyendo que el insulto más que contra Marcio era contra él mismo; pero aquél no llevó con moderación ni con sosiego lo sucedido, estando por lo común acostumbrado a usar de aquella parte de su carácter que era iracunda y rencillosa; sin que lo dócil y suave que principalmente debe sobresalir en las virtudes políticas se le hubiese en ningun modo inspirado por el discurso y la educación, y sin que supiese que, como dice Platón, al que ha de tomar parte en los negocios públicos y conversar sobre ellos con otros hombres le conviene ante todo huir la arro-

gancia, compañera inseparable de la falta de trato, y abrazar la paciencia, que suele de algunos ser escarnecida. Así es, que siendo hombre sencillo e inflexible, creído de que el vencer y salirse con todo era obrar con fortaleza, mas no de que el entregarse a la cólera proviene de debilidad y flaqueza por lo que sufre y padece el espíritu, del que viene a ser como un tumor la ira, se retiró de la plaza lleno de incomodidad y despecho contra el pueblo. Los jóvenes patricios, que eran en la ciudad por lo distinguido de su origen lo más ufano y floreciente, siempre se le habían mostrado sumamente afectos, y entonces, presentándosele y poniéndosele al lado no para bien, con irritarse y dolerse con él, exasperaron todavía más su cólera e indignación; porque era, cuando estaban de facción, su guía y su maestro en las cosas de la guerra, y en el hacer que los que se gloriaban de hazañas ilustres excitaran en los demás, no envidia, sino una honrosa emulación.

Vino en esta sazón trigo a Roma, en gran parte comprado en Italia, y en no pequeña regalado por los Siracusanos, enviándolo el tirano Gelón; con lo que muchísimos concibieron lisonjeras esperanzas de que a un mismo tiempo iba la ciudad a verse libre de escasez y de disensiones. Reunido, pues, el Senado, se derramó incontinente por las inmediaciones el pueblo, cercando por la parte de afuera la Curia, en la esperanza de que tendría grano en mucha conveniencia, y que lo regalado se distribuiría de balde; y aun adentro había quien a esto mismo excitase al Senado. Mas levantóse en este punto Marcio y contradijo acaloradamente a los que pensaban en haberse benignamente con la muchedumbre, tratándolos de populares y de traidores de la nobleza, que fomentaban contra sí mismos las semillas, ya prendidas, de osadía e

insolencia, las que hubiera sido bueno no haber despreciado cuando se esparcían al principio, y no haber dejado a la plebe hacerse poderosa con tan excesiva potestad; que ya hasta temible se les hacía con querer que en todo se cediera a su voluntad, y a nada pudiera precisárseles contra ella, no guardando obediencia a los Cónsules, y viviendo en anarquía con tener por caudillos a los que se denominaban magistrados suyos; que con el presente y distribución del grano, que al modo de los Griegos de mejor ordenadas repúblicas decretaban algunos, no se haría otra cosa que dar aire a su desobediencia en ruina del Estado, «pues no pueden reconocer que sea una recompensa por la milicia, de que desertaron; por las escisiones con que abandonaron la patria, o por las calumnias que abrigan contra el Senado, sino que en la inteligencia de que cediendo y lisonjeándolos de miedo les hacemos semejante distribución, y con la esperanza de salirse con todo, no podrían a su desobediencia término alguno, ni habrá cómo contenerlos de que armen disensiones y alborotos; así que esto, decía, me parece una locura. Por tanto, si hemos de obrar con prudencia, arranquémosles el tribunado, que es un girón de la autoridad consular, y un rasgón de la república, no una ya como antes, sino de tal manera partida en trozos, que ya no ha de poder en adelante unirse, ni tener concordia, ni dejar nosotros de estar achacosos y en continuos alborotos unos con otros.»

ⓘ Diciendo Marcio muchas cosas por este término, entusiasmó extraordinariamente a todos los jóvenes, y puso de su parte a casi todos los ricos, que decían a gritos no tenía la ciudad otro hombre inflexible e incapaz de condescendencias, sino a él solo. Hacíanles con todo oposición algunos de los

ancianos, previendo lo que iba a suceder; pero nada de provecho adelantaron; porque los tribunos que se hallaban presentes, luego que vieron que prevalecía el dictamen de Marcio, corrieron con gritería hacia la muchedumbre, exhortándola a que se les uniese y les diese auxilio. Reunido tumultuariamente el pueblo en junta, y referidas las expresiones en que había prorumpido Marcio, estuvo en muy poco el que la plebe llevada de la ira, no se arrojase sobre el Senado; pero los tribunos, atribuyéndolo todo a Marcio, lo enviaron a llamar para que se defendiese. Mas como con desprecio hubiese desechado a los ministros que se le enviaron, los mismos tribunos se presentaron trayendo con los prefectos a Marcio por fuerza, habiéndole echado mano. Concurrieron entonces los patricios, e hicieron retirar a los tribunos, y a los prefectos aún les dieron algunos golpes; pero sobrevino la tarde, y disolvió aquel alboroto. A la mañana temprano, viendo los Cónsules al pueblo sumamente inquieto, y que por todas partes corría hacia la plaza pública, temieron por la ciudad; y congregando el Senado, exhortaban a que mirase cómo con palabras suaves y con proposiciones ventajosas se podría apaciguar y sosegar a la muchedumbre, pues no eran momentos aquellos de pretensiones ni de contender por la autoridad, si tenían algo de juicio, sino más bien tiempo delicado y de urgencia que pedían un manejo de mucha muchedumbre y mucha humanidad. Convinieron los más, y dirigiéndose los Cónsules a la muchedumbre, le hablaron con mucha blandura, y procuraron templarla, disipando con agrado las calumnias y absteniéndose lo posible de quejas y reconvenciones; y en cuanto al precio del grano comprado, dijeron que fácilmente se entenderían entre sí.

Cuando la mayor parte de la plebe se hubo calmado, y se echó de ver en el escuchar con el orden y sosiego que se había dejado convencer y ablandar, tomando la palabra los tribunos, ofrecieron que la plebe competiría en moderación y prudencia con el Senado mientras así se la tratase; mas al mismo tiempo ordenaron que Marcio se justificase de haber tratado de inflamar al Senado para trastornar el gobierno y disolver la república; de haber sido rebelde a la citación de los mismos, y, finalmente, de haber dado de golpes e insultado en la plaza pública a los prefectos, promoviendo en cuanto estuvo de su parte la guerra civil, y armando a los ciudadanos unos contra otros. Hacían esta propuesta con la intención, o de humillar a Marcio si contra su carácter deponía la altivez, o de encender más la ira contra él si usaba de su genio, que era lo que más esperaban, y en lo que ciertamente no se engañaron; porque se presentó como para defenderse, y la plebe le prestó una reposada atención; mas luego que ante unos hombres que aguardaban un lenguaje sumiso empezó, no sólo a usar de un desenfado chocante y acusación más chocante todavía que el desenfado, sino que aun en el tono de la voz y en todo su continente dió muestras de un desahogo que no distaba mucho del desdén y del desprecio, la plebe se incomodó, y se veía que le era muy molesto aquel discurso; y de los tribunos, Sicinio, que era el más pronto y arrebatado, habiendo conferenciado brevemente con sus colegas, y publicando que Marcio era condenado a muerte por los tribunos, ordenó a los prefectos que llevándole a la roca Tarpeya le arrojasen inmediatamente al barranco que está al pie de ella. Al ir los prefectos a echarle mano, aun a los más de los plebeyos les pareció aquello

sumamente duro y mal meditado; y los patricios, levantándose y acudiendo de todas partes, pugnaban con gritería por darle socorro; y unos apartaban a empellones a los que le asían, cogiendo a Marcio en medio de ellos; y otros, levantando las manos hacían plegarias a la muchedumbre. De nada servían los discursos ni las voces en semejante tumulto y confusión; conferenciando por tanto entre sí los amigos y familiares de los tribunos sobre que sería imposible, sin gran mortandad de los patricios, sacar de allí y castigar a Marcio, lograron persuadir a aquellos que desistieran de lo extraño y repugnante de aquel modo de castigo, quitándole la vida por violencia, sin ser juzgado, y antes permitieran al pueblo dar su voto. De sus resultas preguntó Sicinio a los patricios qué era lo que intentaban con sustraer a Marcio de las manos de la plebe que quería castigarle. Y como aquellos le preguntasen a su vez: «¿Y qué resolución y presunción es la vuestra de conducir así a uno de los primeros ciudadanos romanos a un castigo tan atroz e ilegal? — No hagáis, pues, contestó Sicinio, que esto sirva de pretexto para una disensión y sublevación contra la plebe, pues se os concede lo que apetecéis, que es que sea juzgado: y a ti, oh Marcio, continuó, te asignamos el plazo de tres ferias para que comparezcas; y si es que no has delinquido, lo hagas manifiesto a tus conciudadanos, que con sus votos han de juzgarte.»

Por entonces contentó mucho a los patricios este desenlace, y se retiraron con Marcio sumamente gozosos. En el plazo de las tres ferias, porque hacen los Romanos sus ferias de nueve en nueve días, dándoles el nombre de *nundinas*, les dió esperanza de buen éxito el tener que levantar ejército contra los de Ancio, pensando que iría largo y ocuparía

tiempo, con el que la plebe se haría más dócil, debilitándose el enojo concebido, o borrándose del todo con la ocupación y la guerra. Mas como terminada prontamente la querella hubiesen dado muy luego la vuelta, eran frecuentes las juntas de los patricios, temerosos y solícitos por no abandonar a Marcio, ni dar otra vez a los tribunos motivo para conmover la plebe. Tenía opinión Apio Claudio de ser uno de los más opuestos a ésta; y no la desmintió en esta ocasión, diciendo que el Senado sería quien acabase con los patricios y quien disolviese la república, si daban lugar a que la plebe tuviera voto contra los patricios; pero, por el contrario, los más ancianos y más populares eran de dictamen de que la misma autoridad, en vez de más aspera y más insolente, haría a la plebe más dulce y más humana; porque para aquélla, que más bien que despreciar al Senado, estaba en inteligencia de ser de él tenida en poco, sería de gran honor y consuelo esta facultad de juzgar; de manera que en el acto mismo de tomar las tablas ya habrían de puesto la ira.

Echando de ver Marcio que el Senado por amor a él, y por miedo a la plebe estaba en la mayor duda y perplejidad, preguntó a los tribunos qué era de lo que le acusaban, y sobre qué crimen le llevaban a ser juzgado por el pueblo. Respondiéndole éstos que la acusación era de tiranía, y le probarían que tiranizar había sido su intento, se levantó prontamente, y de este modo dijo: «Ahora mismo voy ante el pueblo a defenderme, y no rehuso ningún modo de juicio, ni si soy vencido, ningún género de pena, con tal que sobre esto solo sea mi acusación, y no engañéis al Senado»; y convenidos en ello, según lo tratado, se entabló el juicio. Congregado el pueblo, ya desde luego hubo la

novedad de que se obtuvo a fuerza que la votación se hiciese, no por curias, sino por tribus, consiguiendo con esto que sobre los hombres acomodados, conocidos y compañeros de Marcio en el ejército prevaleciera en sufragios una muchedumbre pobre, jornalera, y poco cuidadosa del decoro. Después de esto, abandonando el juicio de tiranía, para el que no tenían pruebas, trajeron a discusión el discurso de Marcio en el Senado, cuando se opuso al precio cómodo del trigo, y se empeñó en que se quitara a la plebe el tribunado. Acusáronle también de otro nuevo crimen, que fué la distribución del botín que hizo en la comarca de Ancio, no habiéndolo presentado al público, y habiéndolo repartido a los que militaron con él; que se dice haber producido en Marcio grande trastorno, porque de ningún modo lo esperaba; así, cogido de repente, no le ocurrieron razones bastante persuasivas para hablar a la muchedumbre, y antes con hacer el elogio de los que fueron de la expedición, indispuso contra sí a los que no se hallaron en ella, que eran en mucho mayor número. Finalmente, dadas las tablas a las tribus, excedieron en tres las que le condenaban, siendo la pena destierro perpetuo. Luego que esto se anunció al pueblo, salió de la plaza con un gozo y una satisfacción cual no había manifestado nunca después de haber vencido a sus enemigos. Por el contrario, del Senado se apoderó una gran pesadumbre y abatimiento, arrepintiéndose y llevando muy a mal el no haberse expuesto a todo, antes que consentir que la plebe los maltratase, autorizada con tan exorbitante facultad, de manera que para distinguirlos no había entonces necesidad de atender al vestido u otras insignias, sino que al instante se echaba de ver que el que estaba contento era ple-

beyo, y patricio el que se mostraba incomodado.

Solamente el mismo Marcio se mostraba sereno e imperturbable en su continente, en sus pasos y en su semblante; y mientras los demás sufrían, él sólo se ostentaba impassible, no por reflexión o apacibilidad, ni porque estuviese resignado a lo que le sucedía, sino más bien agitado de ira y de impaciencia; lo que engaña a muchos, no entendiendo que aquello es otra forma de pesar. Porque cuando éste se convierte en saña, como si diera calentura, entonces pierde el abatimiento y la inmovilidad, y el iracundo aparece esforzado, al modo que gozoso el calenturiento, como si el alma estuviese alterada, tirante y conmovida. Así es que muy luego dió muestras Marcio de esta disposición porque entrando en su casa se despidió de su madre y su mujer, a las que encontró muy afligidas y llorosas; y exhortándolas a llevar con valor aquel trabajo, marchó sin detenerse, y se encaminó a las puertas de la ciudad. De allí, a donde le habían acompañado todos los patricios, sin tomar nada ni hacer algún encargo, se puso en camino, no llevando consigo sino tres o cuatro de sus clientes. Por unos cuantos días estuvo en una de sus posesiones revolviendo en su ánimo diferentes ideas, cuales el enojo se las sugería; y no pensando nunca cosa buena o conveniente, sino cómo haría a los Romanos arrepentirse, resolvió, por fin, ver el modo de suscitarles una guerra peligrosa y cercana. Encaminóse, pues, antes que a otra parte a tentar a los Volscos, sabedor de que estaban florecientes en gente y en dinero, y teniendo por cierto que con las derrotas poco antes sufridas no se había disminuído tanto su poder, como se habían aumentado su emulación y su encono.

Había en Ancio un ciudadano que por su riqueza,

por su valor y por lo ilustre de su linaje, tenía una especie de autoridad regia entre todos los Volscos, y era su nombre Tulo Aufidio. Sabía Marcio que éste le aborrecía más que a ninguno otro de los Romanos, porque muchas veces en los combates se habían hecho amenazas y provocaciones, usando de jactancias en los encuentros, como es propio de la vanagloria y emulación entre enemigos jóvenes; y así, a la enemistad común habían añadido el odio particular del uno al otro. Mas con todo, conociendo también en Tulo cierta grandeza de ánimo, y que más que ninguno entre los Volscos deseaba hacer daño por su parte a los Romanos si daban ocasión a ello, confirmó la sentencia del que dijo:

Repugnar a la ira es arduo empeño:  
cómprase con la vida lo que anhela.

Porque tomando un vestido y traje en el que, aunque le vieran, no pudiera ser conocido, a la manera de Ulises,

en la ciudad se entró de hombres contrarios.

Era la hora del anochecer, y aunque tropezó con muchos, no fué conocido de nadie. Dirigióse, pues, a la casa de Tulo, y entrándose repentinamente al hogar, se sentó sin hablar palabra, y cubriéndose la cabeza se estuvo quedo. Admiráronse los que allí se hallaban; pero ninguno se atrevió a oponérsele, porque había cierta dignidad en su continente y en su silencio; lo que sí hicieron fué referir a Tulo, que estaba cenando, lo extraordinario de aquel caso; y éste, levantándose de la mesa, se vino para él, y le preguntó quién era, y cuál el objeto de su venida. Entonces Marcio, descubriéndose y parándose un poco:— «Si aún no me conoces,

oh Tulo, dijo, sino que con estar viéndome todavía dudas, será preciso que yo me haga acusador de mí mismo. Soy Cayo Marcio, que he causado a los Volscos muchos daños, y llevo un nombre que no me permitiría negarlo, llamándome Coriolano; pues de todos mis trabajos y peligros no poseo otro premio que este ilustre nombre, distintivo de mi enemistad contra vosotros; y esto es lo único que no se me ha quitado; de todos los demás bienes, por envidia e insolencia de la plebe, y por flojedad y abandono de los que están en los altos puestos, que son mis iguales, de una vez me he visto despojado. Me han echado a un destierro, y me he acogido a tu hogar como suplicante, no de mi inmunidad y seguridad, porque ¿a qué había de venir aquí si temiera morir?, sino en solicitud de tomar venganza, la que ya tomo en alguna manera de los que me han desechado, haciéndote dueño de mí. Por tanto, si anhelas dominar a tus enemigos, aprovéchate, oh hombre generoso, y saca partido de mis desgracias, haciendo que se convierta en dicha vuestra el infortunio de un hombre que tanto mejor peleará en vuestra defensa que contra vosotros, cuanto hacen mejor la guerra los que conocen las cosas de los enemigos que los que las ignoran. Mas si has desistido de aquel intento, ni yo quiero vivir, ni a ti te estaría bien el salvar a un hombre que te es de antiguo contrario y enemigo, y ahora inútil y de ningún provecho.» Al oír esto Tulo recibió grandísimo contento, y alargando la diestra: — «Aliéntate, le dijo, oh Marcio, y confía, porque nos traes un bien entregándote a tí mismo; y espera todavía mayores cosas de los Volscos.» Dió entonces un banquete a Marcio con gran regocijo, y en los días siguientes estuvieron confiriendo juntos entre sí sobre la guerra.

## DE HOMBRES ILUSTRES

En Roma la ojeriza de los patricios contra la plebe, acrecentada con la condenación de Marcio, causó grande alteración; y además los agoreros, los sacerdotes y los particulares referían muchos prodigios que debían inspirar cuidado. Cuéntase uno de ellos en esta forma: había un Tito Latino hombre poco conocido, no de la clase jornalera, sino medianamente acomodado, libre de toda superstición, y más todavía de ostentación y jactancia. Este, pues, tuvo un sueño, en el que se le apareció Júpiter, y le mandó dijese al Senado que había sido un danzante poco diestro y poco agradable el que había prevenido para que fuese delante de su procesión. Cuando tuvo este sueño, dijo que a la primera vez no hizo caso; y que cuando la segunda y tercera lo despreció también, le vino la nueva de la muerte de un hijo muy apreciable, y de repente se le baldó el cuerpo sin poderse valer de él; de todo lo que, habiéndose hecho llevar en hombros, dió cuenta al Senado; y según dicen, no bien lo hubo ejecutado, cuando sintió fortalecido su cuerpo, y se retiró andando por su pie. Quedáronse los senadores atónitos e hicieron grandes pesquisas sobre este suceso, el que se halló haber pasado así: un amo entregó en manos de los otros a uno de los esclavos con orden de que lo llevaran por la plaza dándole azotes, y después le quitaran la vida. En pos de ellos cuando así lo cumplían y hostigaban al esclavo, que con el dolor daba mil vueltas y hacía muchos movimientos y contorsiones poco graciosas, acertó a pasar por casualidad a ir la rogativa de Júpiter, a cuya vista muchos de los que se hallaran sintieron incomodidad, siendo un espectáculo tan triste y aquellas odiosas contorsiones; mas ninguno se interpuso, y sólo se contentaron con decir denuestos e imprecacio-

nes contra el que tan ásperamente castigaba. Porque trataban entonces a los esclavos con mucha equidad, por trabajar a su lado, y porque viviendo juntos usaban con ellos de gran dulzura y familiaridad: así el mayor castigo de un esclavo descuidado era hacerle que tomando el palo del carro en que se sostiene el timón, saliese así por la vecindad; porque el que le sufría, y era visto de los desconocidos y vecinos, quedaba para siempre desacreditado; y a esta tal le decían por apodo *Furcifer*, llevador de la horquilla, porque llamaban horquilla los Romanos a lo que los Griegos apoyo o sostén.

Luego que Latino les refirió su ensueño, dudando quien podría ser el poco diestro y poco grato danzante que había precedido a la rogativa de Júpiter, hicieron algunos memoria, por la extrañeza del castigo, de aquel esclavo que, azotado, había sido conducido a la plaza, y después se le había dado muerte. En consecuencia, por dictamen uniforme de los sacerdotes, el señor del esclavo fué castigado, y de nuevo se hicieron en honor del Dios la rogativa y los ruegos. En otras muchas cosas se echa de ver que Numa fué un excelente ordenador de las cosas sagradas; pero sobresale principalmente lo que estableció para hacer religiosos a los Romanos; porque cuando los magistrados y sacerdotes se ocupan en las cosas divinas precede un heraldo, que exclama en alta voz: *hoc age*; expresión que significa: haz lo que haces, prescribiendo a los sacerdotes que presten atención y no interpongan ninguna otra obra o especie de ocupación, como dando a entender que las más de las cosas humanas se hacen por una cierta necesidad, sin intención del que las hace. Por lo que toca a los sacrificios, las procesiones y los espectáculos, suelen los Romanos repetirlos, no sólo por una causa tamaña, sino

por otras más pequeñas, pues con que tropezase uno de los caballos que conducían las llamadas *criadas*, o con que un carretero tomase las riendas con la mano izquierda, decretaban que de nuevo se hiciese la rogativa; y aun en tiempos posteriores se hizo hasta treinta veces el mismo sacrificio, porque siempre pareció que había habido alguna falta o se había atravesado algún estorbo: ¡tal era en estas cosas divinas la piedad de los Romanos!

Marcio y Tulo, entretanto, trataban en Ancio reservadamente con los de mayor poder, y los exhortaban a promover la guerra, mientras los Romanos estaban en disensiones unos con otros; y cuando trabajaban en persuadirlos, porque les oponían la tregua y armisticio de dos años convenido entre los dos pueblos, los Romanos mismos les dieron ocasión y pretexto con haber hecho publicar por pregón, a causa de cierta sospecha, o más bien calumnia, que los Volscos que asistiesen a los espectáculos y juegos debieran salir de la ciudad antes de ponerse el sol. Hay quien diga que esto se hizo por amaño y dolo de Marcio, que envió a Roma quien falsamente acusase a los Volscos de tener meditado sorprender a los Romanos en sus espectáculos, e incendiar la ciudad: ello es que aquel pregón a todos enemistó más y más con los Romanos. Acalorábalos además Tulo, e instigábalos de continuo hasta que logró persuadirles que enviasen a Roma a intimar la restitución de las tierras y las ciudades que en la guerra se habían tomado a los Volscos. Mas los Romanos, oída la embajada se llenaron de indignación, y dieron por respuesta que los Volscos serían los primeros a tomar las armas, pero los Romanos serían los últimos a deponerlas. Con esto, congregando Tulo al pueblo en junta general, luego que hubieron decretado la gue-

rra, les aconsejó que se llamase a Marcio, no conservando memoria alguna de los males antiguos, sino teniendo por cierto que de auxiliar les haría más bien que mal les había hecho siendo enemigo.

Presentóse al llamamiento Marcio, y habiendo hablado a la muchedumbre, como no menos que por las armas se hubiese mostrado por su elocuencia hombre denodado y guerrero, y aún extraordinario en sus pensamientos y su osadía se le declaró juntamente con Tulo el absoluto mando para aquella guerra. Mas temeroso de que el tiempo que los Volscos habían de gastar en sus preparativos, que podía ser largo, le arrebatase la oportunidad de obrar, encargó a los principales y a los magistrados que activasen y pusiesen en orden todas las cosas, y él persuadiendo a los más decididos a que voluntariamente le siguiesen sin alistamiento, repentinamente invadió el país de los Romanos cuando menos lo esperaban. Así es que recogió tan inmenso botín, que los Volscos tuvieron para retener, para llevar y para consumir en el ejército, hasta fastidiarse. Era con todo la menor mira de aquella expedición el procurarse provisiones y el talar y devastar la comarca; el objeto principal era acrecentar la discordia entre los patricios y la plebe; para lo que, arrasando y destruyendo todo lo demás, en los campos de los patricios no permitió que se hiciera el más leve daño, ni que nadie tomara de ellos cosa alguna. Con efecto, por esta causa fué mayor la disensión y contienda entre ellos, acusando a la plebe los patricios de haber desterrado injustamente a un varón de tan grande importancia, y culpando a éstos la plebe de haber llamado por encono a Marcio; a lo que añadía, que después le dejarían a ella la guerra, quedándose tranquilos espectado-

## DE HOMBRES ILUSTRES

res, por cuanto tenían a la parte de afuera por guarda de su hacienda y de sus bienes a la misma guerra. Hecho esto, con lo que Marcio inspiró a los Volscos mucho aliento y confianza, se retiró con la mayor seguridad.

Cuando estuvieron ya reunidas todas las fuerzas de los Volscos, como se hallase ser muchas, determinaron dejar una parte en las ciudades para su guarnición, y con la otra marchar contra los Romanos: y en esta ocasión Marcio dió a escoger a Tulo entre los dos mandos. Mas contestó Tulo que conocía bien que Marcio no le cedía en valor, y que en fortuna le había visto ser muy favorecido de ella en todos los hechos de armas; así, que tuviera el mando de los que habían de salir de campaña, quedándose él mismo a defender las ciudades y a facilitar a los del ejército cuanto fuera menester. Cobrando con esto Marcio nuevo ánimo, volvió en primer lugar contra la ciudad de Circeyos, colonia que era de los Romanos; mas como ésta se le entregase espontáneamente, ningún daño le hizo. Desde ella pasó a talar el país de los Latinos, esperando con esto que los Romanos vendrían a empeñar acción en defensa de los Latinos, por ser sus aliados, y porque muchas veces los habían llamado. Mas la muchedumbre había decaído de ánimo, y quedándoles a los cónsules muy poco tiempo de mando en el que no querían exponerse, por estas causas desatendieron los Latinos; y entonces Marcio marchó contra las ciudades mismas, y sojuzgado por la fuerza a los Tolerinos, Vicanos y Pedanos, y aun a los Bolanos que le hicieron resistencia, se apoderó, al recoger la presa, de sus personas, y distribuyó sus bienes. A los que voluntariamente se le entregaron, los protegió con esmero para que, sin quererlo él, no recibiesen daño al-

guno, aunque estuviera lejos con el ejército y distante del país.

En seguida, tomando por asalto a Bolas, ciudad que no distaba de Roma más de cien estadios, se hizo dueño de gran riqueza, y pasó a cuchillo casi a todos cuantos podían por la edad llevar armas. De los Volscos, aun aquellos a quienes había tocado quedarse en las ciudades, no tenían paciencia, sino que se pasaban con sus armas a Marcio, diciendo que a él solo le reconocían por general y por caudillo. Era por toda la Italia muy sonado su nombre, y grande la opinión de su valor, pues que con la mudanza de una sola persona tan extraordinario cambio se había hecho en todos los negocios. En los de los Romanos, ningún concierto había, desalentados como estaban para salir a campaña, y no ocupándose diariamente más que en sus altercados y en expresiones de discordia de unos a otros, hasta que les llegó la nueva de estar sitiada por los enemigos la ciudad de Lavinio, donde los Romanos tenían los templos de los Dioses patrios, y que era la cuna y principio de su linaje por haber sido la primera de que Eneas había tomado posesión. Entonces ya una admirable y común mudanza de modo de pensar se apoderó de la plebe, y otra extraña también enteramente y fuera de razón trastornó a los patricios. Porque la plebe se decidió a abolir la condena de Marcio y a restituirle a la ciudad; y el Senado, reunido a deliberar sobre aquella determinación, recedió de ella y la contradijo, o porque en todo se hubiese propuesto repugnar a los deseos de la plebe, o porque no quisiese que Marcio debiera al favor de ésta su restitución, o porque ya se hubiese irritado con éste porque a todos hacía daño sin haber sido de todos ofendido, habiéndose declarado enemigo de la patria, en la

que la parte principal y de más poder sabía que había tenido que padecer y había sido agraviada juntamente con él. Participada esta resolución a la muchedumbre, la plebe no tenía arbitrio para decretar alguna cosa con sus sufragios y establecerla como ley, sin que precediera la autoridad del Senado.

Llególo a entender Marcio, e irritado de nuevo, levantó el sitio, y lleno de enojo marchó contra la ciudad, poniendo sus reales en el sitio llamado las Fosas Clelias, distante de aquella solamente cuarenta estadios (1). Viéronle, hizoseles temible, y causando en todos gran turbación, calmó por entonces las disensiones; pues nadie se atrevió ya a contradecir a la muchedumbre, ni magistrados, ni Senado, acerca de restituir a Marcio, sino que viendo correr por la ciudad a las mujeres, en los templos las plegarias y el llanto y los ruegos de los ancianos, y en todos la falta de osadía y de consejos saludables, convinieron en que la plebe había pensado sabiamente acerca de que se reconciliaran con Marcio, y el Senado había cometido grande error, empezando a manifestar enojo y enemiga, cuando convenía poner fin a estas pasiones. Determinaron, pues, de común acuerdo, enviar a Marcio mensajeros que le ofrecieran la vuelta a la patria y le pidieran pusiese término a la guerra. Los que envió el Senado eran de los amigos de Marcio, y esperaban encontrar a su llegada la más benigna acogida en un compañero y amigo suyo; mas nada de esto hubo, sino que llevados por medio del campamento de los enemigos, le hallaron sentado entre una gran comitiva con intolerable severidad. Teniendo, pues, a su lado a los principa-

(1) El estadio era de cien pasos o seiscientos pies.

les de los Volscos, les dió orden de que dijese qué era lo que tenían que pedir. Hablaron palabras moderadas y humanas, convenientes a su presente situación; y concluído que hubieron, les respondió ásperamente y con enfado por lo tocante a sí y a lo que se le había hecho sufrir; y después como general, por lo tocante a los Volscos, les puso por condición la restitución de las ciudades y de todo el territorio que habían ocupado por la guerra, y que habían de declarar a los Volscos una igualdad absoluta de derechos como la disfrutaban los Latinos, pues no podía haber otra reconciliación segura que la que se fundase en igualdad y justicia; y para deliberar, les concedió el plazo de treinta días; con lo que, despedidos los embajadores, al punto se retiró de aquella comarca.

Este fué el primer motivo de queja que hicieron valer contra él aquéllos de entre los Volscos que ya antes miraban mal y con envidia su grande autoridad, de cuyo número era Tulo, no porque en su persona hubiese sido en ninguna manera ofendido, sino por lo que es la miseria de nuestra condición, porque no podía sufrir ver del todo obscurecida su gloria, y que ningún caso hacían ya de él los Volscos, en cuya opinión sólo Marcio lo era todo, debiendo contentarse los demás con la parte de poder y mando de que éste quisiera hacerlos participantes. De aquí tomaron origen los primeros cargos que sordamente circulaban; e incomodados murmuraban entre sí, dando a aquella retirada el nombre de traición, porque si no lo era de muros o de armas, lo era sin embargo de la ocasión y oportunidad, con la que estas cosas suelen o ganarse o perderse concediendo un plazo de treinta días, más que sobrado para que pudieran sobrevenir las mayores mudanzas. Y no porque Marcio pasase ocioso este

tiempo, porque durante él hizo marchas con que desbarató y disipó a los aliados de los enemigos y les tomó siete ciudades grandes y populosas. Mas los Romanos no se atrevieron a auxiliarles, sino que sus ánimos estaban poseídos del desaliento, y en cuanto a los peligros de la guerra, se parecían a los cuerpos soñolientos y paralizados. Pasado que fué el plazo, como se presentase otra vez Marcio con todas sus fuerzas, enviáronle segunda legación, rogándole que depusiese el enojo, y retirando a los Volscos del territorio romano, hiciera y propusiera lo que juzgase convendría más a ambos pueblos, en el concepto de que por miedo en nada cederían los Romanos; mas si entendía que en alguna cosa pudiera tenerse condescendencia con los Volscos, todo se les otorgaría deponiendo las armas. A esto contestó Marcio, que nada les respondía como general de los Volscos; pero como ciudadano que todavía era de Roma, les aconsejaba y exhortaba que moderando aquellos orgullosos pensamientos volviesen de allí a tres días, trayendo decretado lo que se les había propuesto, pues si fuese otra la respuesta, no tenían que contar con la inviolabilidad para tornar con palabras vanas a su campo.

Vueltos los embajadores, y oído por el Senado lo que traían, como en una grande tormenta y borrasca de la república, echó éste por fin el áncora sagrada; porque a cuantos sacerdotes había de los Dioses, o ministros y custodios de los misterios, o que poseían de tiempo antiguo la adivinación patria de los sueños, a todos se les ordenó que se encaminasen a Marcio, cada uno con los ornamentos de que por ley debía usar en sus ceremonias, y que le hablasen y exhortasen a que dando de mano a la guerra, bajo esta condición, tra-

tara después de los Volscos con sus conciudadanos. Recibiólos sí en el campamento, pero en nada condescendió, y nada hizo o dijo en que mostrase mayor dulzura, sino que insistió en que con las condiciones propuestas admitiesen la paz, o se decidieran a la guerra. Con este regreso de los sacerdotes resolvieron por lo pronto defender en gran fuerza los muros de la ciudad, y lanzarse del mismo modo sobre los enemigos, poniendo principalmente su esperanza en el tiempo y en los caprichos de la fortuna; mas desengañáronse luego de que ningún salvamento les quedaba por más que hiciesen; y la turbación, el caimiento y las ideas más desconsoladas, se apoderaron ya de la ciudad, hasta que tuvo lugar un suceso muy parecido a aquellos de que frecuentemente habla Homero, aunque no satisfaga a la mayor parte; porque diciendo éste, y exclamando en las grandes y extraordinarias ocasiones:

La garza Palas púsole en las mientes

y también:

Cambióle un inmortal el pensamiento;  
el que en un sólo acalorado pecho  
del pueblo puso la gloriosa suerte;

y en otra parte:

O por si lo pensó, o es que algun númen  
le sugirió la provechosa idea:

le vituperan como que con cosas imposibles y con increíbles patrañas trata de quitar al juicio de cada uno el mérito de la determinación propia; cuando

Homero no hace semejante cosa, sino que los sucesos ordinarios y comunes que se gobiernan con razón los pone a cuenta de lo que está en nuestro poder; así que dice muchas veces:

Yo lo determiné con grande aliento;

y asimismo:

Apenas dijo, congojóse Aquiles,  
y revolvió tan inquietante pena  
una vez y otra en su alentado pecho;

y en otra parte:

Mas mover no logró a Belerofonte  
guerrero cauto que con grande acierto  
los más prudentes medios discurría;

y en las ocasiones imprevistas y arriesgadas que piden cierto ímpetu y entusiasmo no pinta al númen como que nos arrebatara, sino como que mueve y dirige nuestra determinación; ni como que produce por sí los conatos y esfuerzos, sino ciertas apariencias ocasionales de ellos; con las cuales no hace la acción involuntaria, sino que da un principio a lo voluntario con infundir aliento y esperanza, pues una de dos, o hemos de desechar enteramente el auxilio divino de todas las acciones que llamamos y son nuestras; o si no, ¿de qué otro modo auxiliarán los Dioses a los hombres y cooperarán con ellos? No ciertamente amoldando nuestro cuerpo, ni aplicando ellos mismos nuestras manos y nuestros pies, sino despertando con ciertos principios, con ciertas apariencias e inspiraciones la parte activa y electiva de nuestra alma, o, al contrario, desviándola o conteniéndola.

En Roma a la sazón las mujeres hacían sus plegarias, unas en unos templos y otras en otros; pero las más y las de mayor lustre ante el ara de Júpiter Capitolino. Entre éstas había una hermana del gran Publícola, que tan señalados servicios hizo a Roma en guerra y en paz, llamada Valeria. Publícola había muerto antes, como lo referimos al escribir sus hechos, y Valeria tuvo en la ciudad grande honra y reputación, porque en su conducta no desdecía de su linaje. Sintiendo, pues, repentinamente un afecto de los que he dicho, acertando no sin inspiración divina en lo que era conveniente, levantóse de pronto, y haciendo levantar a todas las demás, se encaminó a casa de Volumnia, madre de Marcio. Entra, hállala sentada con la nuera, y teniendo a los hijos de Marcio en su regazo; hácese cercar de las demás matronas, y «nosotras, dice, oh Volumnia, y tú, oh Virgilia, venimos unas mujeres en busca de otras mujeres, no por decreto del Senado ni por mandamiento del Cónsul, sino que habiendo Júpiter, a lo que parece, oído compasivo nuestros ruegos, nos infundió este impulso de venir acá en vuestra busca a proponeros para nosotras y para los demás ciudadanos el remedio y la salud; y para vosotras, si os dejáis mover, una gloria más brillante aún que la que alcanzaron las hijas de los Sabinos con haber traído de la guerra a la amistad y la paz a sus padres y a sus esposos. Ea, venid con nosotras donde está Marcio, emplead vuestros ruegos, y dad a la patria el verdadero y justo testimonio de que con haber sido tan maltratado, ningún daño os ha hecho, ni ninguna determinación ha tomado contra vosotras en su enojo, sino que os entrega en sus manos, aun cuando no haya de recabar ninguna condición equitativa». Dicho esto por Valeria, aplaudieron las demás ma-

tronas, y contestó Volumnia: «En los comunes males, oh matronas, nos toca a nosotras la parte que a todos, y en particular tenemos la desgracia de haber perdido la gloria y la virtud de Marcio, considerando su persona defendida bajo las armas de los enemigos, pero no salva. Mas con todo, nuestro mayor desconsuelo es que las cosas de la patria hayan venido a tan triste estado que haya tenido que poner en nosotras su esperanza, pues no sé si mi hijo hará algún caso de nosotras, o si no le hará tampoco de la patria, que él anteponía a la madre, a la mujer y a los hijos. Con todo, valeos de nosotras, y conducidnos a su presencia, a lo menos, cuando no sea otra cosa, para poder morir intercediendo por la patria.»

Dicho esto, haciendo levantarse a Virgilia con los hijos y las demás matronas, se encamina hacia el campamento de los Volscos, siendo aquel un lastimoso espectáculo, que a los mismos enemigos les causó confusión e impuso silencio. Hallábase casualmente Marcio sentado en el tribunal con los demás caudillos, y luego que vió venir a aquellas mujeres se quedó suspenso; mas habiendo conocido a su esposa, que venía la primera, determinó en su ánimo mantenerse inmóvil e inexorable en su anterior propósito; pero, vencido al fin de sus afectos, y trastornado con semejante vista, no pudo aguantar que le cogieran sentado, sino que bajando más que de paso, y saliendo a recibirlas, primero y por largo tiempo saludó a la madre, y después a la mujer y a los hijos, no conteniéndose en el llanto ni en las caricias, sino mas bien dejándose como de un torrente arrastrar de sus afectos.

Cuando ya se hubo desahogado cumplidamente, como advirtiese que su madre iba a dirigirle la palabra, llamando la atención de los Volscos más

principales, prestó oídos a Volumnia, que habló de esta manera: «Puedes echar de ver, oh hijo mío, aun cuando nosotras no lo digamos, coligiéndolo del vestido y de los semblantes, a qué punto de retiro y soledad nos ha traído tu destierro: reflexiona después cómo somos entre todas las mujeres las más desventuradas, puesto que nuestra mala suerte ha hecho que el encuentro para otras más delicioso, sea para nosotras el más terrible; para mí viendo a un hijo, y para ésta viendo a un marido que amenaza con destrucción a los muros de la patria, y que lo que es para los demás un consuelo en todos sus infortunios y desgracias, que es el orar a los Dioses, sea para nosotras objeto de mucha duda, porque no nos es posible pedir a un mismo tiempo que la patria venza y que tú quedes salvo, sino que nuestros votos se han de parecer a lo que por maldición pudiera desearnos nuestro mayor enemigo; pues es forzoso que o de la patria o de ti vengan a quedar privados tu mujer y tus hijos. Por lo que a mí toca, la desventura que haya de traer esta guerra no me cogerá viva, pues si no pudiese persuadirte a que, restableciendo la amistad y la concordia, seas antes el bienhechor de ambos pueblos que la ruina de uno de ellos, ten entendido y está preparado a que no podrás acercarte a combatir la patria sin que primero pases por encima del cadáver de la que te dió el ser, puesto que no debo aguardar aquel día en el que vea o que triunfan de mi hijo los ciudadanos, o él triunfa de la patria. Y si yo te propusiera que salvaras a ésta con ruina de los Volscos, la prueba sería para ti, oh hijo mío, ardua y difícil, porque el destruir a tus conciudadanos no es honroso, y el hacer traición a los que de ti se han confiado es injusticia; mas ahora la paz que te pedimos es saludable a todos, y más honesta

y gloriosa todavía para los Volscos, pues apareciendo superiores se entenderá que son los que conceden tan grandes bienes, no entrando ellos menos por eso a participar de la paz y de la amistad, de las cuales serás tu el principal autor si se consiguen, y si no se consiguieren, a ti solo te echarán la culpa unos y otros. Y en fin, siendo la guerra incierta, esto hay de cierto desde luego; que si vences, te está preparado el ser la abominación de tu patria, y si eres vencido, has de tener la opinión de que por tus resentimientos has hecho venir sobre tus amigos y bienhechores las mayores calamidades.»

Escuchó Marcio este razonamiento de Volumnia sin responder cosa alguna, y como aun después de haber concluído se mantuviese en silencio por bastante rato: «¿Por qué callas, hijo?, continuó diciendo. ¿Será cosa honesta concederlo todo al enojo y a la venganza, y no lo será hacer merced a una madre que tan racionalmente pide? ¿O le está bien al hombre grande conservar la memoria de los males que ha sufrido, y el honrar y reverenciar los beneficios que los hijos reciben de las madres no será propio de un hombre grande y esforzado? Y en verdad que el mostrar reconocimiento a nadie le estaría mejor que a ti, que tan ásperamente te declaras contra la ingratitud, pues de la patria bien costosa satisfacción tienes tomada; mas a tu madre no hay cosa en que la hayas atendido, cuando nada debía ser tan sagrado como el que yo alcanzara de ti sin premio las cosas tan honestas y justas que te pido; mas pues que no acierto a moverte, ¿porqué no acudo a la última esperanza?» Y diciendo estas palabras se arroja a sus pies juntamente con la mujer y los hijos. Entonces Marcio exclama: «¿En qué punto me habéis contenido, oh madre!» Y alzándola del suelo, y apretándole fuertemente la

mano: «Venciste, le dice, alcanzando una victoria tan feliz para la patria como desventajosa a mí, que me retiro vencido de ti sola.» Dicho esto, habló aparte por breve tiempo con la madre y la mujer, y a su ruego las volvió a mandar a Roma. Pasada la noche se retiró con los Volscos, que no todos pensaban de él o le miraban de una misma manera, pues unos estaban mal con él mismo y con esta acción, y otros ni con lo uno ni con lo otro, teniendo más dispuesto su ánimo a la concordia y a la paz. Algunos había que, a pesar de estar disgustados con lo ocurrido, no culpaban con todo a Marcio, sino que le creían excusable por cuanto había sido combatido de afectos tan poderosos. Mas nadie le contradijo, sino que todos le siguieron, más arrastrados de su virtud que de su autoridad.

El pueblo Romano cuanto fué el miedo y el peligro mientras le amenazó la guerra, otro tanto sintió de regocijo cuando la vió disipada. Pues apenas los que estaban en la muralla vieron retirarse a los Volscos, al punto concurren a todos los templos llevando coronas como en una victoria y disponiendo sacrificios. Señalábase principalmente la alegría de la ciudad en los honores y obsequios a las mujeres, del Senado y de la muchedumbre, que reconocían y profesaban haber sido éstas la causa directa de su salud. Decretó, pues, el Senado que lo que ellas mismas propusieran en reconocimiento y gloria suya, aquello ejecutaran las autoridades; mas ninguna otra cosa pidieron sino que se construyera un templo a la fortuna femenil, haciendo ellas el gasto, y no poniendo la ciudad más que lo relativo a las víctimas y culto que convinieran a los Dioses. El Senado, aunque apludió su celo, labró el templo y la efigie a expensas del público; pero no por eso dejaron aquellas de recoger dinero,

e hicieron otra segunda estatua, de la que refieren los Romanos que, colocada en el templo, articuló estas o semejantes palabras: *Con piadosa determinación me dedicásteis las mujeres.*

Corre la fábula de que por dos veces se oyó esta voz, queriéndonos hacer creer cosas tan monstruosas y difíciles, pues aunque no es imposible parezca a primera vista que las estatuas sudan y derraman lágrimas, supuesto que las maderas y las piedras a veces contraen cierta suciedad que despide humor, y además descubren colores y recitan tinturas del mismo ambiente, con las que puede muy bien indicárenos algún prodigio; y aunque es también posible que las estatuas hagan cierto ruido semejante al rechinamiento o al suspiro, proviniendo aquél de una fuerte rotura o despegamiento interior de las partes; con todo, es enteramente incomprensible que en una cosa sin vida se forme voz articulada y una habla tan cierta, tan determinada y tan distinta, cuando ni al alma ni al mismo Dios es dado articular y hablar sin un cuerpo orgánico y dotado de las partes apropiadas al efecto. Así, cuando la historia nos estrecha con muchos y fidedignos testigos, es que se ha ejecutado en la parte imaginativa del alma una cosa semejante a la sensación, y que se tiene por tal; al modo que en el sueño nos parece oír lo que no oímos, y ver lo que no vemos; sino que a los supersticiosamente piadosos y religiosos para con los Dioses, y que no se atreven a desechar o repugnar nada en tales historias, lo maravilloso mismo les es de gran peso para creer, y la idea que tienen del poder de Dios muy superior al nuestro. Porque en nada se mide con la condición humana ni en la naturaleza, ni en la inteligencia, ni en la fuerza; ni debe tenerse por extraño que haga lo que a nosotros nos es ne-

gado hacer, o que venga al cabo de obras con que nosotros no podemos salir, sino que aventajándonos en todo, en las obras es en lo que menos se nos ha de semejar, y en lo que menos hemos de poder serle comparados. Mas, como decía Heráclito, en las cosas divinas la desconfianza es la que más nos estorba el conocerlas.

En cuanto a Marcio, no bien hubo dado a Ancio la vuelta, cuando Tulo, que por miedo le aborrecía y no le podía sufrir, se propuso quitarle prontamente del medio, porque si ahora escapaba, no volvería otra vez a dar asidero. Concitó y sublevó contra él otros muchos y le intimó que diera cuentas a los Volscos, deponiendo el mando. Mas aquél, temiendo quedarse de particular bajo la autoridad de Tulo, que siempre conservaba gran poder entre sus conciudadanos, respondió que entregaría el mando a los Volscos si se lo ordenasen, y las cuentas las presentaría a cuantos de éstos quisieran pedir las. Congregóse, pues, el pueblo, y los agitadores que se tenían prevenidos andaban acalorando a la muchedumbre; mas como luego que Marcio se puso en pie hubiesen por respeto cedido los alborotadores, dándole lugar para hablar con tranquilidad, y se viese bien a las claras que los principales entre los Anciates, contentos con la paz, iban a oírle con benignidad y a juzgarle en justicia, se dió Tulo por vencido si aquél se defendía. Porque era hombre que sobresalía en el don de la palabra, y sus anteriores servicios pesaban más que la querella presente, siendo esta misma la mayor prueba de cuánto era lo que se le debía; porque no hubiera llegado el caso de tenerse por agraviados en que no hubiese tomado Roma teniéndola en la mano, si no se debiera al mismo Marcio el haber estado tan cerca de tomarla. No juzgaron,

por tanto, conveniente el detenerse y contar con la muchedumbre, sino que alzando la gritería los más determinados conspiradores, diciendo que no había para qué escuchar o atender a un traidor que los tiranizaba, y que se obstinaba en no dejar el mando, se arrojaron en gran número sobre él y le acabaron, sin que ninguno de los presentes le socorriese. Mas que esto se ejecutó contra el voto de la mayor parte, lo manifestaron bien pronto, concurriendo de las ciudades a recoger el cuerpo y darle sepultura, adornando con armas y despojos su sepulcro por prez de su valor y de la dignidad de general. Sabida por los Romanos su muerte, ninguna demostración hicieron ni de honor ni de enojo con él: solamente a petición de las matronas les concedieron que le hicieran duelo por diez meses, como era costumbre hiciese duelo cada una en la muerte del padre, del hijo o del hermano, porque éste era el término del luto más largo, señalado y prescrito por Numa Pompilio, como en la relación de su vida lo manifestamos. Entre los Volscos muy luego el estado de las cosas hizo ver la falta que Marcio les hacía; porque primero indisponiéndose por el mando con los Ecuos sus aliados y amigos, llegó a haber entre ellos heridas y muertes, y después vencidos en batalla por los Romanos, en la que murió Tulo, y perdieron lo más florido de sus tropas, tuvieron que someterse con condiciones vergonzosas prestándose a hacer lo que se les ordenase.

## COMPARACION DE ALCIBIADES Y CORIOLANO

**R**EFERIDOS de estos dos varones aquellos hechos que nos han parecido dignos de expresarse y recordarse, en los militares nada se descubre que pueda inclinar la balanza ni a uno ni a otro lado, porque ambos en esta parte dieron con mucha igualdad en sus mandos repetidas pruebas de valor y denuedo, de industria e inteligencia en las artes de la guerra, a no que alguno quiera, a causa de que Alcibiades en tierra y en mar salió vencedor y triunfante en muchas batallas, declararle por más consumado capitán. Por lo demás, el haber manifiestamente mejorado las cosas domésticas mientras estuvieron presentes y mandaron, y el haber estas decaído, más conocidamente todavía, cuando se pasaron a otra parte, fué cosa que se verificó en entrambos. En cuanto a gobierno, en el de Alcibiades los hombres de juicio reprendían la poca formalidad, y no estar exento de adulación y bajeza en sus obsequios a la muchedumbre; y el de Marcio, enteramente desabrido, orgulloso y exclusivo, incurrió en el odio del pueblo romano. Así, ni uno ni otro manejo es para ser alabado; pero el de quien se abate a adular al pueblo es menos vituperable que el de aquellos, que, por no aparecer demagogos, insultan a la muchedumbre; porque el lisonjear a la plebe por mandar es cosa indecente; pero el

dominar haciéndose temible, vejando y oprimiendo, sobre indecente es además injusto.

Pues que Marcio era sencillo y franco en su conducta, y Alcibiades solapado y falso en tratar los negocios públicos, nadie hay que lo ignore; pero en éste lo que sobre todo se acusa es la malignidad y dolo con que engañando, como Tucídides refiere, a los embajadores de Esparta, desvaneció la paz; mas aunque este paso precipitó otra vez en la guerra a la ciudad, hízola más poderosa y más temible con la alianza de los de Mantinea y los de Argos, que el mismo Alcibiades negoció. Y que también Marcio suscitó con dolo la guerra entre los Romanos y los Volscos, calumniando a los que concurrían a los espectáculos, nos lo dejó escrito Dionisio; y por la causa vino a ser su acción más reparable, pues no por emulación y por contienda y disputa de mando como aquél, sino por sólo ceder a la ira, con la que, según sentencia de Dion, nadie se hizo jamás amable, alborotó mucha parte de Italia, y por solo el encono contra su patria arruinó muchas ciudades, contra las que no podía haber queja alguna. También Alcibiades fué por puro encono la causa de muchos males a sus conciudadanos; pero en el momento que los vió arrepentidos, ya los perdonó; y arrojado segunda vez de la patria, no cedió a los generales que tomaban una errada determinación, ni se mostró indolente al ver su mal acuerdo y su peligro, sino que, como Arístides es celebrado por lo que hizo con Temístocles, esto mismo fué lo que ejecutó, avistándose con los que entonces tenían el mando, sin embargo de que no eran sus amigos, e informándolos e instruyéndolos de lo que convenía; cuando Marcio hacía daño en primer lugar a la ciudad toda, no habiendo sido agraviado de toda ella, sino antes habiendo sido injuriada y

ofendida con él la parte más principal y poderosa, y además de esto con no haberse ablandado y cedido a repetidas embajadas que conjuraban su ira y su enfurecimiento, manifestó bien a las claras que no era su ánimo recobrar la patria y procurar su vuelta, sino que para destruirla y arrasarla le movió una guerra cruel e irreconciliable. En esto también dirá cualquiera haberse diferenciado, que Alcibiades, perseguido y acechado por los Espartiatas, de miedo y odio se pasó a los Atenenses; y en Marcio no estuvo bien el dejar a los Volscos, que en todo le tuvieron consideración; porque le nombraron su general, y gozó entre ellos de gran confianza y gran poder; no como el primero, que abusando más bien que usando de él los Lacedemonios, entretenido en la ciudad, y maltratado de nuevo en el ejército, por último, tuvo que arrojarle en manos de Tisafernes; a no que se diga que andaba contemplando a Atenas, para que no fuese del todo destruída, por el deseo que siempre le quedaba de volver.

En cuanto al dinero, de Alcibiades se cuenta haberle tomado con nota muchas veces de los que querían regalarle, y haberlo malgastado en lujo y en disoluciones; cuando dándosele a Marcio con honor los generales, no pudieron convencerle; y por esto mismo se hizo más odioso a la muchedumbre en los altercados que sobre las usuras ocurrieron con la plebe, como que no por utilidad propia, sino por enemiga y desprecio era contrario a los pobres. Antipatro en una carta que escribió sobre la muerte del filósofo Aristóteles dice entre otras cosas: «Tuvo este gran varón hasta el don de llevarse tras sí las gentes»; y en Marcio el faltarle esta gracia hizo sus acciones y sus virtudes poco aceptas a los mismos que eran de él beneficiados, no pudiendo

aguantar su altanería y aquel amor propio que en sentir de Platón va siempre con el poco trato. Mas por el contrario, en Alcibiades, que sabía sacar partido de cuantos se le acercaban, nada extraño era que sus felices hechos alcanzasen una brillante gloria acompañada de benevolencia y honor, cuando no pocas veces algunos de sus yerros encontraron gracia y aplauso. De aquí es que éste, con haber causado no pocos daños ni en ligeras cosas a la ciudad, sin embargo, muchas veces fué nombrado caudillo y general; y aquél con pedir una magistratura muy correspondiente a sus sobresalientes hechos y virtudes, se vió desairado; así al uno ni aun cuando recibían daño podían aborrecerle sus conciudadanos, y al otro aun cuando le admiraban no podían amarle.

Marcio, pues, en nada fué útil a su ciudad revestido de mando, sino más bien a los enemigos contra su propia patria; cuando con Alcibiades, ya yendo al mando de otros, y ya mandando él, tuvieron ventaja los Atenienses; y lo que es mientras se halló presente dominó como quiso a sus enemigos, no prevaleciendo las calumnias sino en su ausencia. Pero Marcio presente fué condenado por los Romanos, y presente le acabaron los Volscos; verdad es que fué injusta y abominablemente; mas él mismo les dió armas con qué defenderse, por cuanto no habiendo admitido la paz propuesta públicamente, cedió a particulares ruegos de unas mujeres, no deponiendo la enemistad, sino malogrando y destruyendo la sazón oportuna de la guerra que quedó pendiente, pues hubiera sido razón que se hubiese puesto de acuerdo con los que de él se fiaron, si de la justicia que les era debida hubiese hecho alguna cuenta.

Mas si en la suya no entraron para nada los Vols-

cos, y sólo con el deseo de saciar su cólera acaloró primero la guerra y después la entibió, no estuvo bien que por la madre perdonase a la patria, sino con ésta también a la madre; puesto que ésta y la esposa eran una parte de la ciudad que sitiaba. Pues el haberse habido inhumanamente con los ruegos y súplicas de los embajadores y con las preces de los sacerdotes, y luego conceder a la madre la retirada, esto no fué honor de la madre, sino afrenta de la patria, rescatada por el duelo y el ademán de una sola mujer, como si no fuera por sí misma digna de que se la salvase; gracia que debió ser mal vista, y que fué en verdad cruel y sin agradecimiento, no habiéndose hecho recomendable ni a los unos ni a los otros, pues que se retiró sin tener condescendencia con los combatidos, y sin la aprobación de los que con él combatían; de todo lo cual fué la causa lo intratable y demasiado arrogante y soberbio de su condición, pues siendo ya esto por sí mismo muy incómodo a la muchedumbre, si se junta con la ambición, se hace enteramente desabrido e intolerable; porque los tales no tiran a congraciarse con la muchedumbre, haciendo que no aspiran a los honores; y después se ponen desesperados cuando no los alcanzan. También tuvieron esta partida de no ser obsequiosos y amigos de adular a la muchedumbre Metelo, Arístides y Epaminondas; pero porque de veras no se les daba nada de aquellas cosas que la plebe es árbitra de darlas o de quitarlas, desterrados muchas veces, desatendidos y condenados, no se enojaron con sus conciudadanos poco reconocidos; y después, cuando los vieron mudados, se mostraron contentos, y se reconciliaron con los que los fueron a buscar; porque el que menos tiene de condescendiente con la muchedumbre, menos debe mostrarse ofendido de ella; pues el in-

comodarse más de no alcanzar los honores, nace precisamente de haberlos apetecido con más ansia. Alcibiades, pues, no negaba que le era muy satisfactorio verse honrado, y que sentía ser desatendido, y por tanto procuraba ser afable y halagüeño con cuantos se le presentaban; pero a Marcio su orgullo no le permitió hacer obsequios a los que podían honrarle y adelantarle; y al mismo tiempo la ambición le hizo irritarse y enfadarse cuando le desatendieron. Y esto es lo único que puede mirarse como culpable en tan esclarecido varón, habiendo sido todos los demás hechos suyos sumamente brillantes; y en cuanto a la templanza y desprendimiento del dinero, era digno de que se le comparara con los más excelentes y más íntegros de los Griegos, y no con Alcibiades, sumamente osado en estos puntos, y que hacía muy poca cuenta de la virtud.



VIDAS.  
DE  
DEMÓSTENES  
Y  
CICERÓN



# DEMOSTENES

**E**L que escribió, oh Sosio, el elogio de Alcibiades, vencedor en Olimpia corriendo con caballos, fuese Eurípides, como generalmente se cree, o fuese cualquier otro, dice que al hombre, para ser feliz, le ha de caber en suerte haber nacido en una ciudad ilustre; pero yo creo que para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria obscura e ignorada, o de una madre fea y pequeña. Porque sería cosa ridícula que hubiera quien pensase que Julida, parte muy pequeña de una isla no grande como la de Ceo, y que Egina, de la que dijo un Ateniese que debía quitarse como una legaña del Pireo, habían de haber llevado excelentes actores y poetas, y no habían de poder producir un hombre justo que se bastase a sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes, que se alimentan con el trabajo y la fama, se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud, como la planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y un ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no a la pequeñez de la patria, sino a nosotros mismos.

Y al que se ha propuesto tejer una relación o historia, no de hechos comunes y familiares, sino peregrinos y recogidos en gran parte de una lectura varia, en realidad le conviene ante todas cosas una ciudad de fama, de exquisito gusto y muy poblada, para tener copia de toda suerte de libros y poder instruirse y preguntar sobre aquellas cosas que habiéndose ocultado a la diligencia de los escritores adquieren más fe conservadas en la memoria y la tradición, para no dar una obra que salga falta de muchas noticias, y menos de las necesarias. Mas yo que habito una ciudad corta, en la que tengo formado empeño de permanecer para que no se haga más pequeña, y que mientras estuve en Roma y discurrí por la Italia no tuve tiempo para ejercitarme en la lengua latina, por los negocios políticos y por la concurrencia de los que venían a tratar conmigo de filosofía, tarde ya y siendo muy adelantado en edad, me acerqué a tomar conocimiento de las letras romanas, en lo que me ha sucedido una cosa extraña, pero muy cierta: y es que no tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras, cuanto, tomado conocimiento de las cosas, ellas me han conducido a saber las palabras. Y lo que es llegar a percibir la belleza y velocidad de la pronunciación latina, las metáforas de los nombres, la armonía y todo lo demás con lo que se engalana el discurso, téngolo por útil y agradable; pero el estudio y ejercitación en este trabajo, como empresa difícil, sólo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar a tales primores.

Por esta razón, escribiendo en este libro de las Vidas paralelas, las de Demóstenes y Cicerón, de sus hechos y del modo de conducirse en el gobierno procuraremos colegir cuál era el carácter y disposición de cada uno, omitiendo el hacer cotejo de sus

discursos, y manifestar cuál de los dos era más dulce o más primoroso en el decir, porque esto sería, como dijo Ion, la fuerza del delfín en tierra. Por ignorar esta máxima Cecilio, excesivo en todo, se metió sin reflexión a formar juicio entre Cicerón y Demóstenes; pero si a todos les fuera dado tener a la mano el *conócete a ti mismo*, no hubiera sido ésta tenida por una advertencia divina. Parece, pues, haber sido un mismo genio el que formó a Demóstenes y Cicerón, y acumuló en su naturaleza muchas semejanzas: como la ambición, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno, y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló también muchas cosas de las que son de fortuna, porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de oscuros y pequeños hubiesen llegado a ser grandes y poderosos; que hubiesen resistido a reyes y tiranos; que hubiesen perdido sus hijas, hubiesen sido arrojados de su patria y restituidos después con honor; que huyendo después hubieran sido alcanzados por los enemigos, y que en el mismo punto de espirar la libertad de sus conciudadanos hubiesen ellos perdido la vida; como que si a manera del de los artistas pudiera haber certamen entre la naturaleza y la fortuna, sería muy difícil discernir si aquélla los había hecho más semejantes en las costumbres, o ésta en los sucesos. Diremos, pues, primero del que precedió en tiempo.

**D**EMÓSTENES, el padre de este otro Demóstenes, era uno de los buenos y honrados ciudadanos, según dice Teopompo. Llamábanle por sobrenombre el Espadero, a causa de tener un gran obrador y muchos esclavos inteligentes que trabajaban en

este oficio. Lo que el orador Esquines dijo acerca de su madre dándola por hija de un tal Filón, que por causa de traición había huído de la ciudad, y de una mujer peregrina y bárbara, no podemos decir si fué cierto, o si lo fingió e inventó para desacreditarle. Muerto el padre, quedó Demóstenes a la edad de siete años con un buen patrimonio, pues montaría el valor de toda su hacienda a poco menos de quince talentos; pero sus tutores le perjudicaron notablemente, apropiándose unas cosas y descuidando otras, en términos de no haber con qué pagar el salario a sus maestros. Por esta causa parece que careció de instrucción en aquellas disciplinas que convienen a un joven ingenuo, y también por su delicadeza y mala constitución física, por lo cual ni la madre le aplicaba al trabajo, ni le precisaban a él sus preceptores, habiendo sido desde el principio flaco y enfermizo; y de aquí dicen que le vino también el injurioso apodo de Bátalo, que le impusieron los muchachos, burlándose de su persona. Era Bátalo, según dicen unos, un flautista desacreditado por afeminación, contra el que hizo con este motivo una especie de entremés el cómico Antífanos; pero otros hacen memoria de un poeta Bátalo que escribió canciones lúbricas y báquicas. Parece también que en aquella época se daba en Atenas el nombre de Bátalo a una de las partes inhonestas del cuerpo, que no es decente nombrar. El apodo de Argas, pues se dice haber sido también éste uno de sus sobrenombres, parece que se le puso o por sus costumbres ásperas y desabridas, porque algunos poetas llaman Argas a la culebra, o por su modo de decir, que ofendía a los oídos; porque Argas era también el nombre de un poeta, autor de malos y desagradables versos. Mas de estas cosas dése aquí punto, como dice Platón.

El haberse dedicado a la elocuencia se dice que tuvo este origen. Había de hablar el orador Calistrato en el tribunal, en el juicio que se seguía sobre la ciudad de Oropo, y era grande la expectación en que todos estaban, ya a causa de la facundia del orador, que era el que entonces tenía mayor opinión, y ya también por el negocio mismo, que se había hecho muy célebre. Oyendo, pues, Demóstenes que varios maestros y preceptores tenían concertado entre sí asistir a este juicio, rogó a su preceptor y alcanzó de él que le llevase a oírlo. Tenía éste amistad con los porteros públicos del tribunal, y por medio de éstos le proporcionó un sitio en el que sentado pudiera oír cómodamente los discursos. Estuvo aquel día muy feliz Calistrato, y fué sumamente admirado; con lo que excitó en Demóstenes el deseo de gloria, viendo que eran muchos los que le acompañaban y le daban enhorabuenas; pero en el discurso lo que más admiró fué una fuerza propia para allanarlo y vencerlo todo. Dando por tanto de mano a todas las demás enseñanzas y ocupaciones juveniles, él mismo se ejercitaba por sí y trabajaba con empeño a fin de ser él también uno de los oradores. Aun tuvo con todo por maestro de elocuencia a Iseo; sin embargo de que entonces Isócrates tenía escuela, o porque, como dicen algunos, no pudiese pagar a Isócrates el salario prefijado, que era de diez minas, a causa de su orfandad, o lo que es más probable, porque prefiriese para su intento la elocución de Iseo como más propia para la acción y más acomodada a las tretas del foro. Mas Hermipo escribe haberse encontrado unos comentarios anónimos, en los que se decía que Demóstenes asistió a la escuela de Platón, lo que le fué utilísimo para la elocuencia, y cita, además, a Ctesibio, quien había dicho que habiendo ad-

quirido Demóstenes, por medio de Calias Siracusano y algunos otros las lecciones de retórica de Isócrates y Alcidas, las encomendó a la memoria.

Llegado a la mayor edad, empezó a litigar con sus tutores, y a escribir alegatos contra ellos, porque encontraban continuamente tergiversaciones y medios dilatorios; así, a fuerza de ejercitarse, según Tucídides, sus cuidados terminaron felizmente, aunque no sin peligros ni trabajo, y, sin embargo, no pudo arrancar a los tutores más que una parte muy pequeña de los bienes paternos. Mas ya que esto no, adquiriendo resolución y el conveniente hábito de hablar en público, y tomando gusto a las alabanzas que por estas contiendas se reciben y al influjo que proporcionan, se decidió a salir a la palestra y tomar parte en los negocios públicos; y a la manera que de Laomedonte de Orcomene se dice que para curarse de una enfermedad del bazo dió en andar mucho de orden de los médicos, y que con este penoso ejercicio adquirió tal robustez que concurrió a los certámenes gimnásticos y fué uno de los que más se distinguieron en la carrera, del mismo modo le sucedió a Demóstenes, que habiendo tenido que dedicarse a perorar en público para el recobro de su patrimonio, con esto adquirió soltura y facilidad para sobresalir ya, como los coronados en el circo, entre los ciudadanos que contendían en la tribuna. Y al principio sufrió sus silbos, y que se riesen de la novedad que advertían en su estilo, que parecía confuso en los períodos y recargado excesivamente en las pruebas. Notábase, además, cierta falta de voz, torpeza en la lengua e interrupción en la respiración, la que turbaba el sentido de lo que se decía, por no cortarse bien los períodos. Finalmente, habiéndose retirado del foro por este desagradable ensayo, se andaba paseando por el

Pireo, decaído ya de ánimo, cuando encontrándole Eúnomo de Triusta, que ya era muy anciano, le reprendió de que, teniendo un modo de decir muy semejante al de Pericles, se abandonase de aquella manera por cobardía y desidia, no sabiendo sostenerse con serenidad a vista de la muchedumbre, ni dando a su cuerpo el aire conveniente para aquella especie de contiendas, y antes dejando que todo se entorpeciera en el ocio.

En otra ocasión, en que no dió gusto, se dice que retirándose apesadumbrado y con la cabeza cubierta, le fué siguiendo oportunamente el actor Sático, y entró con él en su casa. Quejósele amargamente Demóstenes de que con ser el que más trabajaba de los oradores, y con haber casi arruinado en este ejercicio su constitución, veía que no daba gusto al pueblo; y hombres desarreglados, unos marineros ignorantes eran escuchados, y de él no se hacía caso; a lo que le contestó Sático: «Tienes razón, oh Demóstenes; pero yo remediaré fácilmente la causa, si quieres recitar de memoria alguna escena de Eurípides o Sófocles.» Hízolo así Demóstenes, y repitiendo Sático la misma escena, de tal manera la adornó, pronunciándola con la acción y postura conveniente del cuerpo, que a Demóstenes le pareció ya enteramente otra. Viendo entonces cuánta es la gracia y belleza que la acción concilia al o que se dice, se convenció de que el esmero en la composición es nada para quien se descuida de la pronunciación y acción conveniente. En consecuencia de esto hizo construir un estudio subterráneo, que aún se conserva, y bajando a él se ejercitaba en formar y variar, tanto la acción como el tono de la voz; y muchas veces pasó allí dos y tres meses continuos, no afeitándose más que un solo lado de la cabeza para no poder salir, aunque quisiera, detenido de la vergüenza.

No sólo esto, sino que de las salutations, de las conversaciones y de los negocios que le ocurrían fuera, tomaba ocasión y argumento para aquella clase de ejercicio. Así, luego que habían pasado, bajaba a su estudio y exponía los hechos, y en seguida las defensas que podían tener. Además de esto, si había oído un discurso, procuraba retenerlo; ponía por orden los pensamientos y los períodos, y se entretenía en corregir y variar de mil maneras, así lo que otros le habían dicho, como lo que él mismo había dicho a otros. De donde nació la opinión de que no era naturalmente fecundo, sino que su habilidad y su fuerza se debían al trabajo, de lo cual parece que es también una convincente prueba de no haber oído nunca nadie a Demóstenes hablar extemporáneamente; y antes sucedió que estando sentado en las juntas, y siendo llamado del pueblo muchas veces por su nombre, no se presentó nunca, si de antemano no estaba dispuesto y prevenido para hablar. Zaheríanle sobre esto muchos otros demagogos; y Piteas, satirizándole, le dijo que las pruebas de sus discursos olían mucho a la lámpara; mas a éste le volvió Demóstenes la burla con acrimonia, diciéndole: «Pues a fe que la lámpara no sabe de mí y de ti las mismas cosas.» Con los demás no lo negaba, sino que reconocía francamente que no siempre decía lo que había escrito, pero sin escribir no hablaba nunca, porque decía que el estudiar para hablar en público acreditaba al hombre de popular, siendo esta preparación un principio de obsequio al pueblo; y que el no pensar cómo sentaría a la muchedumbre lo que se dijese, era de hombres oligárquicos que más atendían a la fuerza que a la persuasión. Dan también por prueba de su cobardía para hablar de repente que Demades, viéndole turbado y aturdido muchas

veces, se levantó y tomó la palabra para defender la misma causa; y él nunca hizo otro tanto con Demades.

¿Pues cómo es, dirá alguno, que Esquines le tiene por admirable precisamente por su soltura en el decir? ¿Cómo es que a Pitón de Bizancio, que se había puesto a hablar con arrojo y con un torrente de palabras contra los Atenieses, se levantó él solo y le contradijo? ¿Cómo es que habiendo Lamaco Mirreneo escrito el elogio de los reyes Alejandro y Filipo, en el que decía mil cosas en descrédito de los Tebanos y Olintios, cuando lo estaba leyendo en los juegos olímpicos se levantó también, y expresando con relación de los hechos y con pruebas positivas los muchos bienes que los Tebanos y Calcidenses habían hecho a la Grecia, y por la inversa de cuántos males habían sido causa los aduladores de los Macedonios, mudó de tal modo los ánimos de los oyentes, que temiendo aquel sofista por el alboroto que se había movido, tuvo que huir del concurso? Lo que parece es que creyó no convenirle algunas de las cualidades de Pericles; pero su coordinación del discurso, su acción y el no hablar de repente sobre todo asunto sin preparación, como que éstas eran las que le habían engrandecido, las imitó y copió en cuanto pudo, sin dejar por eso de aspirar a la gloria de hablar extemporáneamente si lo pedía un grave caso, ni tampoco poner muchas veces su talento y habilidad en manos de la fortuna. Porque en las oraciones que pronunció usó sin duda de más osadía y desenfado que en las escritas, si hemos de creer a Eratóstenes, a Demetrio Falereo y a los cómicos, de los cuales Eratóstenes dice que muchas veces en las oraciones se ponía como fuera de sí; y Falereo, que pronunció poseído de entusiasmo aquel juramento en metro, que dice:

Por la tierra, las fuentes, ríos, mares.

De los cómicos, uno le llama *ropoperpentra*, o vanilocuo; y otro, motejándole de que usaba de antítesis, dice: «Del mismo modo la recobró que la cobró, porque fué muy del gusto de Demóstenes este modo de decir»; a no que Antifanes hubiese querido aludir a la oración sobre la isla de Haloneso, acerca de la que aconsejaba a los Atenienses, no que la cobraran, sino que la recobraran de Filipo.

En cuanto a Demades, todos convienen en que entregado a su genio, era invencible, y que hablando de pronto, confundía todo el cuidado y prevenciones de Demóstenes; y Ariston de Quio refiere el juicio de Teofrasto acerca de los oradores; porque preguntado qué le parecía Demóstenes, respondió: «Digno de la ciudad»; y ¿qué tal Demades?, «Sobre la ciudad». El mismo filósofo refiere que Polieucto de Esfecia, uno de los que por entonces tenían parte en el gobierno de Atenas, le había manifestado que Demóstenes era perfectísimo orador, pero que la elocuencia de Foción tenía más nervio, porque en pocas palabras encerraba gran sentido; y del mismo Demóstenes se cuenta que cuantas veces se levantaba Foción para contradecirle, vuelto a sus amigos solía decir: «Ya está ahí el hacha de mis discursos.» Esto no se sabe si Demóstenes lo aplicaba a la elocuencia de aquel hombre ilustre, o a su conducta y opinión, por estar persuadido de que una sola palabra, una señal de un hombre de probidad, tiene más fuerza que muchas y muy prolijas frases.

Para remediar los defectos corporales, empleó estos medios, según refiere Demetrio Falereo, que dice haber alcanzado a oír a Demóstenes, cuando ya era anciano, que la torpeza y balbucencia de la lengua la venció y corrigió llevando guijas en la boca y pronunciando períodos al mismo tiempo;

que en el campo ejercitaba la voz corriendo y subiéndolo a sitios elevados, hablando y pronunciando al mismo tiempo algún trozo en prosa, o algunos versos con aliento cansado; y finalmente, que tenía en casa un grande espejo, y que, puesto en frente, recitaba, viéndose en él, sus discursos. Refiérese que se le presentó un ciudadano pidiéndole su patrocinio y refiriéndole que le habían dado de golpes; y Demóstenes le replicó: «Me parece que no hay tal cosa, que no has sufrido nada de lo que dices»; y que, levantando aquél la voz y diciendo a gritos: ¡«¿Conque yo nada he sufrido, Demóstenes?»», le contestó entonces: «Sí, a fe mía, ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido»: ¡de tanto influjo le parecía, para conciliarse crédito, el tono y el gesto del que hablaba! Su acción era muy agradable a la muchedumbre; pero los inteligentes, y entre ellos Demetrio Falereo, la tenían por afeminada y poco decorosa; y Hermipo dice que preguntado Aisión por los oradores antiguos y los de su tiempo, respondió, que oyéndolos cualquiera admiraría en aquéllos la decencia y entereza con que hablaban al pueblo; pero que las oraciones de Demóstenes, leídas, se aventajaban mucho en primor y en energía. Ciertamente que de las oraciones suyas que nos han quedado escritas no habrá quien niegue que tienen mucho de amargo y de picante; y en las ocurrencias repentinas solía también emplear el chiste; porque diciéndole una vez Demades: «¿A mí Demóstenes? Esto es la puerca a Minerva.—Pues esa Minerva, le respondió, hace poco que en Coluto fué cogida en mal caso.» A un ladrón llamado Ferreo, que quiso morderle por sus trabajos y veladas nocturnas: «Ya sé, le dijo, que te incomoda con tener luz de noche; y vosotros, oh Atenenses, no os admiréis de que haya

hurtos cuando los ladrones son de hierro y las paredes de barro.» Mas acerca de estas cosas, aunque tenemos más que decir, dejémoslo en tal punto; porque es justo que examinemos ya sobre sus hechos y sobre su conducta en el gobierno, cuál fué su carácter y cuáles sus costumbres.

Sus primeros pasos en los negocios públicos los dió durante la guerra de Focea, como lo dice él mismo, y se puede colegir de sus oraciones filípicas, pues aunque algunas son posteriores a los sucesos de esta guerra, las más antiguas tocaron en ellos. Lo cierto es que la oración relativa a la acusación de Midias la ordenó y dispuso cuando tenía treinta y dos años; y no gozando todavía ni de poder ni de opinión en el gobierno, y por lo mismo, temeroso del éxito, a lo que yo entiendo, transigió por dinero en aquella persecución:

Porque no era de ánimo benigno,  
ni de condición blanda y mesurada,

sino ardiente y violento en sus venganzas; pero viendo que no era empresa ligera y fácil oprimir a un hombre atrincherado con riqueza y con amigos, cedió a los que por él intercedieron, pues las tres mil dracmas por sí mismas no me parece que hubieran sido suficientes a embotar la cólera de Demóstenes si hubiera tenido esperanza de quedar superior. Mas tomando para las cosas de gobierno la ocasión más bella que podía ofrecerse, como era la de defender la causa de los Griegos contra Filipo, y contendiendo en ella dignamente, al punto adquirió fama, y se hizo espectable por sus oraciones y su noble libertad, hasta el punto de ser admirado en la Grecia, obsequiado por el gran rey y tenido en consideración por Filipo sobre todos los demás que

hablaban al pueblo, reconociendo hasta sus contrarios que tenían que lidiar con un hombre de grande opinión, como acusándole lo expresaron Esquines e Hipérides.

No alcanzo, por tanto, a comprender cómo pudo decir Teopompo que era naturalmente inconstante, y que ni en cuanto a los negocios ni en cuanto a las personas podía permanecer largo tiempo en un mismo propósito; porque antes parece que aquel partido y aquel empeño que desde el principio tomó y adoptó en el gobierno, aquel mismo conservó hasta el fin, no sólo sin hacer mudanza en él en toda su vida, sino aun exponiendo la vida por no mudar. Pues no fué como Demades, que para excusarse de su mudanza en punto a gobierno usó de la expresión de que para sí mismo bien había dicho muchas veces cosas contrarias, pero para la república nunca; o como Melanipo, que estando en oposición con Calistrato, ganado por éste muchas veces con dinero para que mudase, solía decir al pueblo: «Calistrato bien es mi enemigo, pero triunfe la utilidad de la república»; o como Nicodemo de Mesena, que al principio se puso de parte de Casandro, y trabajando después en favor de Demetrio, expresó que no decía cosas contrarias, puesto que siempre era conveniente ceder a los que más pueden. Mas de Demóstenes no podemos hablar de esta manera, sino que en el partido a que aplicó su voz o su acción, como si para el gobierno se le hubiera dado una clave fija, en aquél se mantuvo, guardando siempre en los negocios un solo tono; y el filósofo Panecio dice que según están escritas las más de sus oraciones, para él lo honesto es a todo preferible por sí mismo; como la de la corona, la contra Aristócrates, la de las inmunidades y las filípicas: en todas las cuales no inclina a los ciudadanos a lo

deleitabile, o a lo fácil, o a lo útil, sino que muchas veces persuade que deben ponerse la seguridad y la salud en segundo lugar después de lo honesto y de lo honroso; de manera que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y a la nobleza de los pensamientos se hubieran unido el valor militar y el haberse en todo limpiamente, habría sido digno de que en el número de oradores se le colocara, no al lado de Mirocles, Polieucto e Hipérides, sino más arriba con Cimón, Tucídides y Pericles.

De los de su tiempo, Foción, aunque no era del partido que se llevaba los aplausos, y antes parecía que *macedonizaba*, sin embargo, por su valor y su justificación no fué reputado inferior a Efialto, a Aristides y a Cimón. Mas Demóstenes, no siendo de fiar en las armas, como dice Demetrio, ni bastante seguro en punto a recibir, pues aunque no se dejó cautivar con el oro de Filipo y de Macedonia, con el de Susa y Ecbatana se dejó domeñar y rendir; si pudo celebrar dignamente las virtudes de los hombres grandes que le precedieron, no le fué dado imitarlas; mas con todo a los oradores de su tiempo, si sacamos a Foción de esta cuenta, aun en la conducta les hizo ventaja. Parece que fué asimismo el que habló al pueblo con más libertad, resistiendo a sus deseos, e increpando sus desaciertos, como de sus mismas oraciones se deduce; y Teopompo refiere que encargándole un día los Atenienses una acusación, y alborotándose contra él porque no la admitía, se levantó y les dijo: «Por consejero, oh Atenienses, me tendréis, aunque no queráis; pero por calumniador no, aunque os empeñéis en ello.» No dejó de ser bien aristocrático lo que ejecutó con Antifón, que habiendo sido absuelto por la junta pública, le echó mano y lo llevó ante el consejo del Areópago, y no dándosele nada de desagradar al

pueblo, convenció a aquél de que había prometido a Filipo incendiar los arsenales; y el Areópago hizo que fuera condenado a muerte. Acusó igualmente a la sacerdotisa Teoris, entre otros crímenes, de que enseñaba a los esclavos los modos de engañar, y habiendo pedido la pena capital, se le impuso.

Dícese que la oración contra el general Timoteo, que sirvió a Apolodoro para hacer que aquél fuera condenado como deudor a la república, fué escrita para éste por Demóstenes, del mismo modo que las oraciones contra Formión y Estéfano; lo que le fué justamente censurado, porque también Formión contendió contra Apolodoro con una oración de Demóstenes; lo que es como si en una tienda de espadero se vendieran puñales a los dos contrarios. De las oraciones sobre negocios públicos las que son contra Androción, Timócrates y Aristócrates las escribió para otros, no habiéndose acercado todavía al gobierno, porque se conjetura que sería de veintiocho o veintisiete años cuando las compuso. La oración contra Aristogitón la pronunció él mismo, y también la de las inmunidades por el hijo de Cabrias Ctesipo, como lo dice él mismo, a lo que algunos añaden que fué con el objeto de enlazarse en matrimonio con la madre de aquel joven; y sin embargo no se casó con ella, sino con una mujer de Samos, según dice Demetrio Magnesio en su tratado de los sinónimos. La de la falsa alegación contra Esquines no se sabe si se pronunció; y eso que Idomeneo asegura que Esquines fué absuelto por solos treinta votos más; pero parece que esto no es verdad, si hemos de tomar argumento de las oraciones de uno y otro sobre la corona, porque ninguno de los dos habla clara y abiertamente de aquel juicio, como que se hubiese llevado hasta sentencia; mas esto otros podrán decirlo mejor.

La idea de Demóstenes en el gobierno era bien manifiesta, pues que aun durante la paz nada dejaba por reprender de lo que ejecutaba el Macedonio, sino que a cada cosa alborotaba a los Atenien- ses, inflamándolos contra él. Por lo mismo era persona de quien se hablaba mucho en la corte de Filipo; y cuando fué a Macedonia de embajador, aunque en décimo lugar, si bien Filipo escuchó a todos, a su discurso respondió con particular cuidado; mas, sin embargo, en los demás honores y obsequios ya no se portó del mismo modo con Demóstenes, sino que agasajó con mayor esmero a Esquines y Filócrates; de resultas de lo cual, alabando éstos a Filipo de elocuente en el decir, de gallardo en su presencia y también de buen bebedor, no pudo contenerse, e irritado les volvió las palabras al cuerpo, diciendo que lo primero era de un sofista, lo segundo de una mujer, lo tercero de una esponja, y que en todo ello nada había que fuera propio del elogio de un rey.

Luego que todo propendió a la guerra, por no poder Filipo tener reposo, y por haber sido los Atenienses incitados de Demóstenes, lo primero que éste hizo fué moverlos a invadir la Eubea, esclavizada por los tiranos a Filipo; y pasando efectivamente a la isla en virtud de decreto que él escribió, arrojaron a los Macedonios. En segundo lugar, dió auxilio a los Bizantinos y Perintios, a quienes el Macedonio hacía la guerra, persuadiendo al pueblo que dejando a un lado la enemistad y el acordarse de las ofensas de unos y otros durante la guerra social, les enviara tropas, con las que se salvaron. Pasando después de embajador, habló a todos los Griegos, y fuera de unos pocos, los acaloró y levantó contra Filipo; de manera que llegaron a juntarse quince mil infantes y dos mil caballos, ade-

más de la gente de las ciudades; y se recogió copiosamente caudal y sueldos para los estipendiarios. En esta ocasión dice Teofrasto haber pedido los aliados que se fijaran los tributos, y haber respondido el demagogo Crobilo que la guerra no se mantiene con lo tasado. Puesta en expectación la Grecia para lo futuro, y formando liga por naciones y ciudades los Eubeos, Aqueos, Corintios, Megarenses, Leucadios y Corcirenses, le quedó a Demóstenes el mayor empeño, que fué el de atraer a la alianza a los Tebanos, habitantes de un país confinante con el Atica, fuertes con tropas ejercitadas, y los más acreditados entonces por las armas entre todos los Griegos; y no era fácil atraer a una mudanza a los Tebanos, ganados por Filipo con beneficios muy recientes durante la guerra de Focea, mayormente cuando las rencillas de las ciudades se encrespaban diariamente de una y otra parte con frecuentes encuentros a causa de la vecindad.

Con todo, cuando engréido Filipo con las ventajas conseguidas en Anfisa, cayó repentinamente sobre Elatea e invadió la Fócide, sobrecogidos los Atenienses, y no atreviéndose nadie a subir a la tribuna, ni sabiendo qué pensamiento útil podían proponer en medio de tanta incertidumbre y silencio, presentóse solo Demóstenes, aconsejando que se ganara a los Tebanos; y alentando e incitando al pueblo con esperanzas, como lo tenía de costumbre, fué con otro enviado de embajador a Tebas. Envió también Filipo para contrarrestar a éstos, como dice Marsias, a Amintas y Clearco, Macedonios, a Daoco, Tesalio, y a Trasideo, de Elea. Qué era lo que convenía no dejó de entrar en los cálculos de los Tebanos; y antes cada uno tenía bien a la vista los horrores de la guerra, estando todavía frescas las heridas de la de Focea; pero la elo-

cuencia del orador, encendiendo sus ánimos, como dice Teopompo, y acalorando su ambición, hizo sombra a todos los demás objetos; de manera que les quitó delante de los ojos el miedo, su interés y su gratitud, entusiasmados con el discurso de Demóstenes por sólo lo honesto. Pareció tan grande y tan admirable el efecto producido por su elocuencia, que Filipo envió inmediatamente heraldos a solicitar la paz: la Grecia toda se puso erguida en expectación de lo que iba a suceder; se ofrecieron a disposición de Demóstenes, para obrar según mandase, no sólo los generales, sino hasta los Beotarcas; y éste fué el que dirigió todas las juntas públicas, no menos las de los Tebanos que las de los Atenienses, amado y respetado de unos y otros; no sin razón ni sobre su mérito, como observa Teopompo, sino con sobrada justicia.

Mas un hado superior en aquella agitación de los negocios, y en el momento en que al parecer iba a llevar a su colmo la libertad de la Grecia, se opuso a todo lo hecho, y dió muchas señales de la futura adversidad. Entre ellas, la Pitia reveló diferentes vaticinios; y se comenzaba a cantar un oráculo antiguo de las Sibilas:

¡Oh si la fiera lid del Termodonte  
a manera de águila pudiese  
mirar de lejos puesto allá en las nubes!  
Llora el vencido, el vencedor perece.

Dícese que el Termodonte es un riachuelo de Queronea nuestra patria, que entra en el Céfiso; pero nosotros ahora no conocemos ningún arroyo que se llame de este modo, y sólo inferimos que el que se llama Hemon se decía entonces Termodonte, y es el que corre junto al templo de Hércules, donde

tuvieron su campo los Griegos; conjeturando que después de la batalla, por haberse llenado el río de sangre y de cadáveres, mudó éste su nombre en el que ahora tiene; aunque Duris dice que no era el río el que se llamaba Termodonte, sino que armando los soldados una tienda, y cavando con este objeto, encontraron una estatua pequeña de mármol con unas letras en que se significaba ser de Termodonte, que tenía en el regazo una Amazona herida, acerca de lo cual, añade, se cantaba otro oráculo que decía:

Aguarda, oh ave negra, la batalla  
que ha de tener de Termodonte nombre;  
y allí de carne humana tendrás copia.

Mas el determinar y asegurar qué es lo que hubo en esto es difícil. De Demóstenes se dice que confiado en las armas de los Griegos, y deslumbrado con las fuerzas y el ardor de tantos soldados que provocaban a los enemigos, ni permitió que se atendiera a los oráculos, ni que se diera oídos a los vaticinios, sino que sospechó que la Pitia *filipizaba*, y se recordó a los Tebanos el nombre de Epaminondas, y a los Atenenses el de Pericles, los cuales, teniendo todas estas cosas por pretextos del miedo, sin hacer cuenta de ellas se decidían por lo que convenía. Hasta aquí compareció como un hombre eminente; pero en la batalla no hizo ninguna acción distinguida y que conformara con sus palabras, sino que abandonando el puesto, dió a huir ignominiosamente, arrojando las armas sin avergonzarse, como dijo Piteas, de la inscripción que con letras de oro tenía grabada en el escudo: «A la buena fortuna.» Por lo pronto Filipo, haciendo burla con el desmedido gozo después de la victoria, en un

banquete que tuvo entre los cadáveres, en medio de los brindis cantó el principio del decreto de Demóstenes, llevando el compás con los pies y las manos:

Demóstenes Peamiense esto escribía;

pero luego que estuvo sereno y consideró la grandeza del combate que había tenido que lidiar, se pasó de la fuerza y poder de la elocuencia de un orador que en la parte muy pequeña de un día le obligó a poner en riesgo su imperio y su persona. Llegó la fama de su nombre hasta el rey de los Persas, el cual envió órdenes a los Sátrapas para que dieran dinero a Demóstenes, y le obsequiaran sobre todos los Griegos, como a un hombre que en las revueltas de la Grecia podía distraer y contener al rey de Macedonia. Estas órdenes las vió más adelante Alejandro, habiendo encontrado en Sardis las cartas de Demóstenes y los asientos de los generales del Rey, por los que se descubrían las sumas de dinero que se le habían dado.

Después de esta derrota de los Griegos, volviéndose contra Demóstenes los oradores que no eran de su partido, le citaron a dar cuentas, y le formaron causa; pero el pueblo, no sólo lo dió por libre de todo, sino que continuó honrándole y confiándole otra vez por su celo los negocios de gobierno; tanto, que habiéndose traído de Queronea los huesos y dádoseles sepultura, le encargó que pronunciara el elogio de los muertos, no llevando con abatimiento ni apocamiento lo sucedido, como lo escribe y celebra Teopompo, sino manifestando en el mismo hecho de honrar y apreciar tanto al consejero, que no estaba pesaroso de sus dictámenes. Pronunció, pues, Demóstenes el discurso; pero en los decretos escribió, no su nombre, sino los de va-

rios de sus amigos, no esperando buen agüero de su genio y de su fortuna; hasta que otra vez cobró ánimo con la muerte de Filipo, que falleció no habiendo sobrevivido largo tiempo a la victoria de Queronea; y esto parece que era lo que profetizaba el oráculo en el último de los versos:

Llora el vencido, el vencedor perece.

Supo Demóstenes con anticipación la muerte de Filipo; y para preparar a los Atenienses a tener confianza de mejorar de suerte, se presentó alegre en el consejo, significando haber tenido un sueño que le hacía pronosticar a los Atenienses sucesos muy prósperos; y de allí a poco parecieron los que traían la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron, pues, inmediatamente, por la buena nueva, y decretaron coronas a Pausanias. Presentóse asimismo Demóstenes coronado con un rico manto, sin embargo de que no hacía más que siete días que había muerto su hija, como lo dice Esquines para motejarle con este motivo y censurarle de desnaturalizado, acreditándose en esto él mismo de poco generoso y de abatido espíritu, pues que tenía el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con entereza y resignación. Por tanto yo, así como no diré que hubiese sido bien hecho tomar coronas y sacrificar por la muerte de un rey que después de haberlos vencido los trató con tanta mansedumbre y humanidad, porque, sobre ser repugnante, manifiesta cierta vileza haberle acatado vivo y haberle hecho ciudadano, y después, cuando fué muerto por mano de otro, no llevar moderadamente la alegría, sino saltar y hacer extremos de gozo, insultando a un difunto, como por una ha-

zaña que se debiera a su valor, alabo y aplaudo en Demóstenes el que dejando a las mujeres las desgracias domésticas, las lágrimas y los lloros, hubiese hecho lo que creyó conveniente a la ciudad. Porque, en mi concepto, es de un ánimo verdaderamente social y esforzado, atendiendo siempre al bien común y subordinando los intereses y sucesos particulares a los públicos, el saber guardar en todo la dignidad y el decoro, aun mejor que los que hacen en los teatros los papeles de reyes y tiranos, pues que éstos no lloran y ríen como quieren, sino como lo pide el paso y conviene al asunto. Fuera de esto, si se tiene por un deber el no abandonar y dejar sin consuelo al que gime en el infortunio, sino más bien usar de palabras que le conforten, y llamar su atención a asuntos más lisonjeros, a manera de lo que hacen los facultativos con los que tienen mal de ojos, a quienes mandan que aparten la vista de los objetos resplandecientes y que reverberan la luz, y la vuelvan a los que tienen color verde y opaco, ¿cómo podrá procurar mejor el ciudadano su consuelo que haciendo mezcla, cuando la patria está en prosperidad, de los sucesos públicos y los domésticos, para que con los que son felices y de mayor poder se borren los infaustos? Hame movido a decir estas cosas el ver que Esquines en su oración procura quebrantar y afeminar los ánimos, inclinándolos fuera de propósito a la compasión.

Las ciudades, inflamadas otra vez por Demóstenes, se sublevaron; y aun los Tebanos acometieron a la guarnición con muerte de muchos, siendo Demóstenes quien les proporcionó las armas; y los Atenenses se preparaban para hacer la guerra con ellos. Ocupó con este objeto la tribuna Demóstenes, y escribió a los generales del Rey en Asia para suscitar allí guerra a Alejandro, a quien trataba de

muchacho y de atolondrado. Mas cuando, dejando arregladas las cosas de su reino, invadió en persona con grandes fuerzas la Beocia, se cortó ya toda aquella arrogancia de los Atenienses, y el mismo Demóstenes se quedó parado; con lo que los Tebanos, abandonados cobardemente de ellos, pelearon solos y perdieron su ciudad. Moviése con esto grande alboroto en Atenas, y se resolvió enviar a Demóstenes. Nombrado, pues, embajador con otros cerca de Alejandro, como temiese su enojo, retrocedió desde el Citerón, desertando de la embajada. Entonces Alejandro reclamó de los Atenienses que le enviaran diez de los demagogos, según Idomeneo y Duris; u ocho, según los más acreditados escritores de aquel tiempo, y fueron Demóstenes, Polieucto, Efiartes, Licurgo, Mirocles, Damón, Calistenes y Caridemo. Con esta ocasión refirió Demóstenes la fábula de las ovejas que entregaron los perros a los lobos; atribuyéndose a sí mismo y a los otros demagogos ser los perros que defendían al pueblo, y viniendo a llamar lobo a Alejandro de Macedonia. «Vemos, añadió, que los mercaderes, cuando presentan muestra del trigo en una escudilla, en aquellos pocos granos venden muchas fanegas, y vosotros no advertís que en nosotros sois entregados todos», siendo Aristóbulo de Casandrea el que refirió estas particularidades. Conferencióse sobre este asunto; y hallándose en gran perplejidad los Atenienses, tomó Demades de los reclamados cinco talentos, y se ofreció a ir a la embajada y pedir al Rey por ellos, bien fuera porque confiase en su amistad, o bien porque esperase encontrarle ya como generoso león, harto y satisfecho de manzanza. Persuadióle, en efecto, Demades, recabando el perdón de aquéllos, y reconcilió con él a la ciudad.

Retirado que se hubo Alejandro, los otros se le-

vantaron de ánimo, y Demóstenes quedó humillado y abatido. Después, cuando el esparciata Agis hizo algunas novedades y mudanzas, dió él también algún paso; pero al punto cayó, por no haber podido mover a los Atenienses, y también por haber muerto Agis y haber sufrido descalabros los Lacedemonios. Tratóse en este tiempo la causa sobre la corona contra Cresifonte, intentada siendo arconte Querondas, poco antes de la batalla de Queronea, pero que se juzgó diez años después, siéndolo Aristofonte, y se hizo célebre más que ninguna otra de las causas públicas, ya por la fama de los oradores, y ya también por la rectitud de los jueces, los cuales no hicieron el sacrificio de su voto contra Demóstenes a los enemigos de éste, que eran los que entonces tenían el mayor poder en la ciudad por ser del partido macedonio, sino que le absolvieron con tanta ventaja, que no tuvo Esquines en su favor ni la quinta parte de los votos; así es que al instante se salió de la ciudad, y pasó su vida en Rodas y en la Jonia, teniendo escuela de elocuencia.

De allí a poco vino del Asia a Atenas Harpalo, huyendo de Alejandro, ya porque realmente sus negocios se hallaban en mal estado a causa de su disipación, y ya también por temer a éste, que se había hecho terrible a sus amigos. Acogiéndose, pues, al pueblo de Atenas, y poniéndose en sus manos con sus naves y sus bienes, al punto los demás oradores, puestos los ojos en la riqueza, estuvieron de su parte, y persuadían a los Atenienses que le admitieran y salvaran a un refugiado; pero Demóstenes al principio aconsejaba que se hiciera salir a Harpalo, y se guardaran de precipitar a la ciudad en la guerra por un motivo no necesario e injusto; y al cabo de pocos días, habiéndose hecho el regis-

tro de los bienes que traía, viéndole Harpalo prendado de una copa de las del Rey, y que examinaba su hechura y su forma, le dijo que la sospesara y viera el peso que tenía el oro. Admiróse Demóstenes de lo doble que era, y preguntando cuánto valía, sonriéndose Harpalo: «Para ti, le dijo, valdrá veinte talentos»; y apenas se hizo de noche le envió la copa con los veinte talentos. Fué Harpalo muy perpicaz en descubrir en él su ánimo codicioso del oro por su semblante, por la viveza de sus ojos y por el modo de dirigir sus miradas. No pudo, pues, Demóstenes resistir a esta tentación, y así, como plaza que admite guarnición, se rindió a Harpalo; y al día siguiente, arrojándose muy bien el cuello con lana y con vendas se presentó así en la junta pública. Decíanle que se levantara y hablase, y él por señas daba a entender que tenía cortada la voz; pero algunos burlones decían con malignidad que aquella noche había sido acometido, no de angina, sino de argentina, el orador. Por fin vino a informarse todo el pueblo del regalo, y queriendo él defenderse y persuadirle, no le dió lugar, moviendo grande gritería y alboroto; mas, sin embargo, en medio de aquella bulla se levantó uno y dijo con mucha sorna: «¿Cómo es esto, oh Atenienses? ¿No oiréis al que tiene la copa?» (1). Echaron entonces de la ciudad a Harpalo; y temiendo no se le pidiera cuenta de las alhajas usurpadas por los oradores, hicieron por la ciudad una rigurosa cala y cata, registrando todas las casas, a excepción de la de Calicles Arrenide. Sólo a la de éste no permitieron que se llegara, por estar recién casado y hallarse ya dentro la esposa, como dice Teopompo.

(1) En los convites, el que tenía la copa era el que daba el tono para las canciones, y todos esperaban en silencio a que empezase el canto.

Cediendo Demóstenes al torrente, escribió un decreto para que el Consejo del Areópago examinara este negocio, y los que le pareciera que habían delinquido sufrieran la pena. Condenado de los primeros por el Consejo, se presentó en el tribunal; pero siendo la multa que se le impuso de cincuenta talentos, se le llevó a la cárcel; de la que de vergüenza, por lo feo de la causa, y también por enfermedad corporal que le hacía imposible sufrir el encierro, se dice haberse fugado sin sentirlo o advertirlo unos, y ayudando otros a que no se sintiese. Cuéntase que cuando todavía estaba a corta distancia de la ciudad, notó que le seguían algunos ciudadanos del partido contrario, y quiso ocultarse; mas aquéllos, llamándole por su nombre, y llegándose cerca, le rogaron recibiera para el viaje las cantidades que le llevaban, pues para esto las habían tomado en casa, y éste era el motivo de haberle seguido; y al mismo tiempo le exhortaron a tener buen ánimo y a no abatirse por lo sucedido; con lo cual todavía crecieron más los lamentos de Demóstenes, y prorrumpió en esta expresión: «¿Cómo no lo he de llevar con pesadumbre, dejando una ciudad donde los enemigos son tales, cuales no suelen ser en otros los amigos?» Mostró en este destierro un ánimo apocado, deteniéndose lo más del tiempo en Egina y Trecene; y mirando al Atica con lágrimas en los ojos, se refiere haber proferido voces indecorosas y poco conformes a los elevados sentimientos que había manifestado en el gobierno, pues se dice que al perder de vista la ciudad, tendiendo las manos hacia el alcázar, exclamó: «Reina y señora de Atenas, ¿porqué te complaces en tres terribles fieras, la lechuza, el dragón y el pueblo?», y que a los jóvenes que iban a verle y permanecían algún tiempo con él, los retraía de tomar parte en

el gobierno, diciéndoles que si al principio se le hubieran mostrado dos caminos, el uno que condujese a la tribuna y a la junta pública, y el otro opuesto a la sepultura, sabiendo ya los males que acompañan al gobierno, los temores, las envidias, las calumnias y las rencillas, sin detenerse se habría arrojado a la que más presto le condujese a la muerte.

Cuando aún se hallaba en este destierro que hemos dicho, murió Alejandro, y se trató de sublevar de nuevo a los Griegos, mostrándose Leostenes hombre esforzado, y encerrando a Antipatro en Lamia, ante la que corrió un muro; pero Piteas el orador y Calimedonte de Carabis, huyendo de Atenas, abrazaron el partido de Antipatro, y corriendo las ciudades con los amigos y embajadores de éste, impedían a los Griegos el rebelarse y dejarse seducir de los Atenienses. Demóstenes, incorporándose por sí mismo con los embajadores de Atenas, se esforzaba y trabajaba con ellos para que las ciudades se arrojaran sobre los Macedonios y los echaran de la Grecia; y en Arcadia dice Filareo que riñeron y se denostaron Piteas y Demóstenes, hablando en la junta pública el uno por los macedonios y el otro por los Griegos. Cuéntase haber dicho en esta ocasión Piteas, que así como cuando vemos que se lleva leche de burra a una casa, al instante pensamos que precisamente hay alguna enfermedad, del mismo modo no puede menos de estar doliente una ciudad a donde llega una embajada de los Atenienses; y que Demóstenes convirtió la comparación, diciendo que la leche de burra se da para la salud, y también los Atenienses buscan con sus embajadas salvar a los enfermos; lo que fué tanto del gusto del pueblo de Atenas, que decretó la vuelta de Demóstenes. Escribió el decreto Demón Peaniense, so-

brino de Demóstenes, y se le envió una galera a Egina. Desembarcó en el Pireo, y no quedó ni arconte, ni sacerdote, ni nadie que no saliese a recibirle, sino que acudieron todos y le dieron las mayores muestras de aprecio, diciendo Demetrio de Magnesia que entonces tendió al cielo las manos y se dió el parabién de aquel dichoso día; por cuanto su vuelta era más lisonjera que la de Alcibiades, recibéndole los ciudadanos por movimiento propio, y no violentados de él. Tenía, sin embargo, sobre sí la pena pecuniaria, porque no había facultad para remitir una condenación; y lo que hicieron fué eludir la ley, porque siendo costumbre en el sacrificio de Júpiter Conservador dar una cantidad a los que componían y adornaban el altar, le dieron este encargo a Demóstenes, graduándole por él cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

Mas no gozó por largo tiempo de esta vuelta a la patria, sino que traídas al más infeliz estado las cosas de la Grecia, en el mes llamado Metagitnión fué la batalla de Cranón; en el de Boedromión se puso guarnición en Muniquía, y en el de Puanepsión murió Demóstenes de esta manera. Apenas se tuvo noticia de que Antipatro y Cratero se acercaban a Atenas, Demóstenes y los de su partido se salieron de la ciudad, y el pueblo los condenó a muerte, siendo Demades quien escribió el decreto. Esparciéronse por diferentes partes; y Antipatro envió gente que los prendiese, de la que era caudillo Arquías, llamado *cazafugitivos*. Era éste natural de Turio, y se decía que por algún tiempo había representado tragedias, añadiéndose que Polo de Egina, muy superior a todos en el arte, había sido su discípulo Arquías. Hernispo pone a Arquías en la lista de los discípulos del orador Licrito, y Demetrio dice que acudió también a la es-

cuela de Anaximenes. Arquías, pues, al orador Hipérides, a Aristónico de Maratón y a Himerao, hermano de Demetrio Falereo, que en Egina se habían refugiado al templo de Ajax, los sacó de allí y los envió a Cleonas a disposición de Antipatro, y allí se les quitó la vida, diciéndose que, además, a Hipérides le arrancaron la lengua.

En cuanto a Demóstenes, sabedor Arquías de que se hallaba en la isla de Calauria refugiado en el templo de Neptuno, se embarcó en un transporte con algunos Tracios de los de la guardia, y llegado allá le persuadía a que saliera del asilo y se fuera con él a la presencia de Antipatro, de quien no tenía que temer ningún duro tratamiento. Hacía la casualidad que Demóstenes había tenido entre sueños aquella misma noche una visión extraña, porque le parecía que estaba compitiendo con Arquías en la representación de una tragedia, y que, sin embargo de hacerla bien y haber ganado el auditorio, por falta del aparato y coro convenientes era vencido. Hablábale Arquías con la mayor humanidad, y él, volviéndose a mirarlo sentado como estaba: «Ni antes, oh Arquías, le dijo, me moviste con la representación, ni ahora tampoco me moverás con las promesas.» Y como irritado Arquías empezase a hacerle amenazas: «Ahora hablas, le repuso, desde el trípode Macedónico; lo de antes era representado: aguardarás un poco mientras escribo algunas letras a los de casa.» Dicho esto, se entró más adentro; y tomando un cuadernito como si fuera a escribir, se llevó a la boca la caña y la mordió, según lo tenía de costumbre mientras pensaba y escribía; estuvo algún tiempo, y cubriéndose después la cabeza, la reclinó. Con este motivo los guardias que estaban a la puerta se burlaban de él, creyendo que tenía miedo, y le trataban de

afeminado y cobarde; pero Arquías, llegándose a él, le instaba a que se levantase, y le repetía las mismas expresiones de antes, queriendo hacerle entender que podía tenerse por reconciliado con Antipatro. Conociendo ya entonces Demóstenes que el veneno había penetrado bien adentro y hacía su efecto, se descubrió, y fijando la vista en Arquías: «Ya podrás apresurarte, le dijo, a representar el papel que hace Creonte en la tragedia, arrojando este cuerpo insepulto; y yo, continuó, oh venerable Neptuno, salgo todavía con vida de tu templo; pero de Antipatro y los Macedonios ni siquiera éste ha quedado puro y sin ser atropellado.» Y al decir estas palabras pidió que le sostuvieran, convulso ya y sin poder tenerse, tanto que al mover el pie para pasar del ara, cayó en el suelo, y lanzando un sollozo espiró.

Aristón dice que tomó el veneno de la caña, como hemos sentado; pero un tal Papio, cuya historia copió Hermipo, escribe que al caer junto al ara, en el cuaderno se encontró escrito este principio de una carta: «Demóstenes a Antipatro», y nada más; y que maravillándose todos de una muerte tan súbita, habían referido los Tracios que estaban a la puerta, que tomando el veneno de un trapo, lo puso en la mano, lo acercó a la boca y lo tragó, creyendo ellos que era oro lo que había tragado; y la sirvienta que le asistía, preguntada por Arquías, respondió que hacía tiempo llevaba Demóstenes consigo aquel atado como un amuleto o preservativo. Mas el mismo Eratóstenes dice que tenía guardado el veneno en una cajita que servía de guarnición a un brazaletes de que usaba. No hay necesidad de seguir las demás variaciones que se hallan en los autores que han escrito de él, que son muchos, y sólo se advertirá que Demócates, deudo de Demós-

tenes, es de sentir que éste no murió de veneno, sino que por amor y providencia de los Dioses fué arrebatado a la crueldad de los Macedonios con una muerte repentina y exenta de dolores. Murió el día 16 del mes Puanepsión, que es el más lúgubre de los de la fiesta de Ceres, en el que las mujeres ayunan en honor de la Diosa sin salir de su templo. Túvole al cabo de poco tiempo el pueblo de Atenas en el honor debido, erigiéndole una estatua de bronce y decretando que al de más edad de su familia se le mantuviese a expensas públicas en el Pritaneo, e hizo grabar en el pedestal de la estatua aquella inscripción tan sabida:

Si hubiera en ti, Demóstenes, podido  
el valor competir con el ingenio,  
no habría el Macedón mandado en Grecial,

porque los que dicen que el mismo Demóstenes la compuso en Calauria, cuando iba a tomar el veneno, deliran completamente.

Poco antes de haber ido yo a Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado a quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado a juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua que tenía los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, o porque el viento casualmente las derribara, o porque el mismo que puso el dinero lo ocultara en ellas; ello es que así estuvo escondido el dinero por largo tiempo. Cuándo volviendo el soldado lo encontró y corrió la voz de este suceso, muchos ingenios tomaron de aquí argumento para defender a Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí, escribiendo epigramas. A Demades, que no gozó largo

tiempo de su brillante gloria, la venganza debida a Demóstenes lo llevó a Macedonia a ser justamente castigado por aquellos mismos a quienes había adulado vilmente, pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no había cómo librarse. Porque se ocuparon cartas suyas por las que instaba a Perdicas a que invadiese la Macedonia y salvara a los Griegos, colgados, decía, de un hilo podrido y viejo, queriendo significar a Antipatro. Estándole acusando de este crimen Inarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató a un hijo en sus propios brazos, y en seguida dió orden de que también le quitaran la vida, demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no había querido creer, anunciándoselo Demóstenes muchas veces. Aquí tienes, oh Sosio, la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leído, o de lo que ha llegado a nuestros oídos.

# C I C E R O N

**D**ÍCESE de la madre de Cicerón, Helbia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al padre todo es extremos; porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero; y otros refieren el origen de su linaje a Tulio Ancio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Cicerón parece que fué persona digna de memoria, y que por esta razón sus descendientes, no sólo no dejaron este sobrenombre, sino que más bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquél tuvo en la punta de la nariz una verruga aplastada a manera de garbanzo, que fué de donde tomó la denominación, y de este Cicerón, cuya vida escribimos, ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó a pedir magistraturas y tomó parte en el gobierno que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia, que él se esforzaría a hacer más ilustre el nombre de Cicerón que los Escauros y Catulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo a los Dioses una presentalla de plata, en la que escribió sus dos primeros nombres Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado

de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

Dicen que nació Cicerón, habiéndole dado a luz su madre sin trabajo y sin dolores, el día 3 de Enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Parece que su nutriz tuvo una visión, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los Romanos. Esto, que comúnmente debe ser tenido por delirio y por quimera hizo ver Cicerón bien pronto que había sido una verdadera protección; porque llegado a la edad en que se empieza a aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales; tanto, que los padres de éstos iban a las escuelas deseosos de conocer de vista a Cicerón, y hacían conversación de su admirable prontitud y capacidad para las letras; y los menos ilustrados reprendían con enfado a sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor a Cicerón en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual le deseaba Platón, propio para abrazar toda doctrina, y no reprobar ninguna especie de erudición, se precipitó con mayor ansia a la poesía; y se ha conservado un poemita de cuando era muchacho, titulado *Poncio Glauco*, hecho en versos tetrámetros. Adelantado en tiempo, y dedicándose con más ardor a esta clase de estudios, fué ya tenido, no sólo por el mejor orador, sino también por el mejor poeta de los Romanos. Su gloria y su fama en la retórica permanece hasta hoy, a pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el lenguaje; pero la fama poética, habiendo sobrevenido después muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y obscurecida.

Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió a la escuela de Filón, que era de la

secta de los académicos, aquél a quien entre los discípulos de Clitomaco admiraban más los Romanos por su elocuencia, y apreciaban más por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio uno de los principales del gobierno y del Senado, con quien hacía grandes adelantamientos en la ciencia de las leyes, y asimismo se aplicó a la milicia bajo Sila, durante la guerra Mársica. Después, viendo que la república de sedición en sedición caminaba a precipitarse en la insoportable dominación de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y a la meditación, conferenciando con los Griegos y eruditos y cultivando las ciencias, hasta que, habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decía haber perdido la vida en la proscripción, los compró el mismo en dos mil dracmas. Roscio, hijo y heredero del que se decía proscrito, se mostró ofendido, e hizo ver que aquellos bienes valían doscientos y cincuenta talentos; de lo que incomodado Sila, movió a Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor a la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel joven a Cicerón. Estimulaban a éste sus amigos, diciéndole que con dificultad se le presentaría nunca otra ocasión más bella ni más propia para ganar fama, movido de lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fué admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viaje a Grecia, esparciendo la voz de que lo hacía para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes, y tenía un estómago débil que no admitía sino poca y tenue comida, y aun esto muy a deshora. La voz era fuerte y de buen temple,

pero dura y no necia; y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temía que peligrase su salud.

Llegado a Atenas, se aplicó a oír a Antíoco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducía en los dogmas de la secta; porque ya Antíoco se había separado de la que se llamaba academia nueva, y había desertado de la escuela de Carneades, o cediendo a la evidencia y a los sentidos, o prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambición, y por indisposición con los discípulos de Clitomaco y de Filón, a todas las demás la doctrina estoica. Mas Cicerón se mantuvo siempre en aquellos principios, y a ellos dió su atención; teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir a estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado a la filosofía. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila; y como su cuerpo fortificado con el ejercicio hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oído, y proporcionada a la constitución de su cuerpo; llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado por otra de Antíoco a que se entregase a los negocios públicos, volvió otra vez a cultivar la oratoria como un instrumento que había de poner en ejercicio para adelantar en la carrera política, trabajando discursos, y consultando los oradores más acreditaos. Con este objeto navegó al Asia y a Rodas; y de los oradores de Asia oyó a Jenocles de Atramicio, a Dionisio de Magnesia y a Menipo de Caria; y en Rodas al orador Apolonio Molón y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio, no sabiendo la lengua latina, pidió a Cice-

rón que declamara en griego, y que éste tuvo en ello gusto, juzgándolo más conducente para la corrección. Después de haber así declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; sólo Apolonio se estuvo inmóvil oyéndole, y después que hubo concluído, permaneció en su asiento pensativo por largo rato; y como Cicerón se manifestase resentido: «A ti, oh Cicerón, le dijo, te admiro y te alabo; pero duélome de la suerte de la Grecia, al ver que los únicos bienes y ornamentos que nos habían quedado, la ilustración y la elocuencia, son también por ti ahora trasladados a Roma.»

Decidiéndose, pues, a tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo sin embargo contenía y moderaba aquel ímpetu, porque habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriría grande fama, le había aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinión del vulgo. Así al principio procedía con gran precaución, y no daba sino pasos muy lentos hacia las magistraturas, y aun por esto mismo no hacían caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: *Griego y ocioso*. Mas siendo él amante de gloria por carácter, y continuadas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin a la defensa de las causas, en la que no por grados llegó a la primacía, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria, y se aventajó mucho a todos los que con él contendían en el foro. Dícese que estando en la parte de la elocución no menos sujeto a defectos que Demóstenes, puso mucha atención en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De éste se cuenta que representando en el teatro a Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Ties-

tes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con la violencia de los afectos, le dió un golpe con el cetro, y le quitó la vida; y no fué poca la fuerza que de la representación y la acción teatral tomó para persuadir la elocuencia de Cicerón; como que de los oradores que hacían consistir el primor de ésta en vocear mucho, solía decir con chiste, que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecía propia del foro y sazónada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender a no pocos, le atrajo la nota de maligno.

✻ Nombrósele cuestor en tiempo de carestía, y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto a aquellos naturales por verse precisado a enviar trigo a Roma; pero después, habiendo experimentado su celo, su justificación y su genio apacible, le respetaron sobre todos los magistrados que habían conocido. Sucedió en aquella sazón que a muchos de los jóvenes más principales de las primeras familias se les hizo cargo de insubordinación y falta de valor en la guerra; y habiendo sido remitidos al tribunal del pretor de la Sicilia, Cicerón defendió enérgicamente su causa, y los sacó libres. Venía muy engraído con esto a Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reir; porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los más principales, a quien tenía por amigo, le preguntó qué se decía entre los Romanos de sus hechos, y cómo se pensaba acerca de ellos; pareciéndole que toda la ciudad había de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquél le respondió fríamente: «¿Pues dónde has estado este tiempo,

Cicerón?» y añade que entonces cayó enteramente de ánimo, viendo que habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversación que de él se hubiese hecho, nada había ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito; y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambición, considerando que el trabajar por la gloria es obra infinita, y en la que no se halla término. Mas, sin embargo, el alegrarse con extremo de que lo alabasen, y ser muy sensible a la gloria, lo conservó hasta el fin, y muchas veces fué un estorbo para sus más rectas determinaciones.

¶ Mas al fin entregado al gobierno con demasiado empeño, tenía por cosa muy reparable que los artesanos, que sólo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el nombre, ni el país, ni el uso de cada uno; y el empleado, que para todos los negocios públicos tiene que valerse de hombres, proceda con desidia y descuido en cuanto a conocer los ciudadanos. Por tanto, no sólo se acostumbrió a conservar sus nombres en la memoria, sino que sabía en qué calle habitaba cada uno de los principales, qué posesiones tenía, qué amigos eran para él los de mayor influjo, y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Cicerón caminara de la Italia podía sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada a sus gastos, causaba admiración que no recibiese ni salario ni dones por las defensas; lo que aún se hizo más notable cuando se encargó de la acusación de Verres. Había sido éste pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos; y persiguiéndole los Silicianos, Cicerón hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado; porque

estando los pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último día, como estuviese bien claro que esto no podía bastar para los discursos, y el juicio no llegaría a su termino, levantándose Cicerón, expresó que no había necesidad de que se hablase; y presentando testigos, y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio, sospechoso de judaizar, excluir a los Sicilianos, y ser él quien acusara a Verres, le dijo Cicerón: «¿Qué tiene que ver el judío con el puerco?» Tenía Verres un hijo ya mocito, de quien se decía que no hacía el más liberal uso de su belleza; y motejando Verres a Cicerón de afeminado: «A los hijos, le repuso, no se les reprende sino de puertas adentro.» El orador Hortensio no se atrevió a tomar la defensa de la causa de Verres, pero le patrocinó al tiempo de la tasación: por lo que recibió en precio una esfinge de marfil; y habiéndole echado Cicerón alguna indirecta, como le respondiese que no sabía desatar enigmas, le repuso éste con presteza: «Pues la esfinge tienes en casa.»

Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Cicerón la multa que había de sufrir en setecientas cincuenta mil dracmas; sobre lo que quisieron culparle de que por dinero había rebajado la estimación; mas ello es que los Sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fué edil trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla, y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y sólo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos a un precio más cómodo. Poseía

una tierra bastante extensa en Arpino, y junto a Nápoles; y junto a Pompeya tenía otras dos campos no muy grandes; la dote de su mujer Terencia era de ciento veinte mil dracmas; y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atendido a solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos griegos y romanos que tenía siempre consigo; y muy rara vez se ponía a la mesa antes de haber caído el sol, no tanto por sus ocupaciones, como por la enfermedad de estómago que padecía. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo, en todo lo demás era nimiamente delicado y puntual, tanto que en las fricciones y los paseos no excedía del número prefijado. Atendiendo de este modo a conservar y recrear su constitución, se mantuvo sano y en disposición de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto a casa, la paterna la cedió a su hermano; y él habitaba junto al palacio, para que no sintieran los que le visitaban la mortificación que habrían de sentir si fueran de más lejos; y le visitaban diariamente tantos a lo menos como a Craso por su riqueza y a Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personajes más admirados y de mayor autoridad entre los Romanos; y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Cicerón, cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

Pidieron al mismo tiempo que él la pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fué sin embargo elegido el primero de todos, y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversación Licinio Macro, varón por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido además por la protección de Craso, confiando demasiado

en el favor de éste y en los pasos que se habían dado, se marchó a casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, e hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco como si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigía otra vez al tribunal; y habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciándole que había sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en cama y murió; suceso que concilió a Cicerón la opinión de que regía con celo el tribunal. Sucedió que Vatinio, hombre áspero, acostumbrado a no tratar con el mayor respeto a los magistrados en sus discursos, y que tenía el cuello plagado de lamparones, pedía una cosa a Cicerón, y como no la concediese, sino que se parase a pensar por algún tiempo, le dijo aquél, que si él fuera pretor no tardaría tanto en decidir; a lo que Cicerón contestó con viveza: «Es que yo no tengo tanto cuello.» Cuando no le quedaban más que dos o tres días de magistratura, le presentó uno a Manilio, a quien hacía cargo de malversación y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo, por creerse que en él se hacía tiro a Pompeyo, de quien era amigo. Pedía término, y Cicerón no le concedió más que el día siguiente; lo que llevó a mal el pueblo, porque acostumbraban los pretores a conceder diez días cuando menos a los que sufrían un juicio. Citábanle, pues, para ante el pueblo los tribunos de la plebe, haciéndole reconconvenciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese dijo: que habiendo tratado siempre a los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitían, le había parecido muy duro no tratar del mismo modo a Manilio; y no quedándole ya más que un solo día de pretor, aquel era el que de intento le había dado por término; porque remitir el juicio a otro

magistrado entendía que no era de quien deseaba favorecer. Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo; así es que celebrándole con los mayores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse a ello de buena voluntad en consideración también a Pompeyo ausente; y habiendo tomado el negocio desde su principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquía, y enemigos por envidia de Pompeyo.

A pesar de esto, para el consulado fué generalmente protegido de todos, no menos de la facción del Senado que de la muchedumbre, poniéndose de su parte unos y otros con este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecía haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba a hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarle, sino con la de saciar sus pasiones, valiéndose de la ocasión de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los reyes del Ponto y la Armenia, y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideración. Tenían éstos por corifeo a Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio; el cual, demás de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpado entonces de vivir incestuosamente con su hija, de haber dado muerte a un hermano, y de que por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa, había alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proscriptos a muerte, como si todavía viviese. Tomando, pues, a éste por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre y haber

comido de sus carnes. Sedujo además Catilina a una gran parte de la juventud, proporcionando a cada uno placeres, comilonas y trato con mujeres-zuelas, y suministrando el caudal para todos estos desórdenes. Estaba fuera de esto dispuesta a sublevarse toda la Toscana, y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima a alterarse por la desigualdad de las fortunas; habiendo los más nobles y principales desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y habiendo venido a parar la riqueza en la gente más baja y ruin de la ciudad; de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo, y le era muy fácil a cualquiera atrevido hacer caer un gobierno que de suyo era débil y caedizo.

¶ Mas para partir Catilina de un principio seguro pedía el consulado; y se lisonjeaba de que saldría cónsul con Cayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daría peso al poder ajeno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y buenos ciudadanos, movieron a Cicerón a que se presentara competidor; y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Cicerón y Cayo Antonio; no obstante que de todos los candidatos sólo Cicerón era hijo de padre que pertenecía al orden ecuestre y no al senatorio.

¶ Aunque todavía eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron sin embargo grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Cicerón. De una parte los que por las leyes de Sila no podían ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecían de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al

pueblo, acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia; y querían hacer en el gobierno mudanzas que ni eran convenientes, ni la sazón oportuna. De otra los tribunos de la plebe proponían leyes análogas y por el mismo término para crear decenviros con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Siria, y cuanto recientemente había sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujeción, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del tesoro público, y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherían a la ley, y el primero entre ellos Antonio, el colega de Cicerón, por esperar que había de ser uno de los diez. Parecía además que sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacía temer a los amantes del bien; y esto fué lo primero que acudió a remediar Cicerón. Porque aquél le decretaron en la distribución de las provincias de Macedonia; y habiendo adjudicado a Cicerón la Galia, la renunció; y con este favor ganó a Antonio, para que como actor asalariado hiciera el segundo papel en la salvación de la patria. Cuando ya éste quedó así sujeto y dócil, cobrando Cicerón mayores bríos, se opuso de frente a los novadores; e impugnando, y en cierta manera acusando en el Senado la ley, de tal modo aterró a los que querían hacerla pasar, que no se atrevieron a contradecirle. Hicieron nueva tentativa, y como yendo prevenidos, citasen a los cónsules ante el pueblo, no por eso se acobardó Cicerón, sino que ordenó que le siguiese el Senado; y presentándose en la junta pública, además de conseguir que se desechara la ley, hizo que los tri-

bunos desistieran de otros planes. ¡De tal modo los confundió con su discurso!

Porque Cicerón fué el que hizo ver a los Romanos cuanto es el placer que la elocuencia concilia a lo que es honesto; que lo justo es invencible, si se sabe decir; y que el que gobierna con celo, en las obras debe siempre preterir lo honesto a lo agradable y en las palabras quitar de lo útil y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir, es lo que sucedió siendo cónsul con motivo de la ley de espectáculos; ¡Porque antes los del orden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con ésta donde cada uno podía, y el primero que por honor separó a los caballeros de los demás ciudadanos fué el pretor Marco Otón, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavía conservan. Túvolo el pueblo a desprecio, y al presentarse Otón en el teatro, empezó por insulto a silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmadas. Continuó el pueblo en los silbidos, y ellos otra vez en los aplausos; de lo cual se siguió volverse unos contra otros, diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusión y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Cicerón luego que lo supo; y como habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho y exhortádole a la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho a Otón, y compitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

La sedición de Catilina, que al principio había sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados, y exhortándose a tomar con viveza la empresa antes que llegara Pompeyo de quien ya se decía que volvía con el ejér-

cito. Inflamaban principalmente a Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia; y esparcidos el mayor número de ellos y los más belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver a los robos y saqueos. Estos, pues, teniendo por caudillo a Manlio, que había sido uno de los que con más gloria habían militado bajo las órdenes de Sila, se unieron a la conjuración de Catilina y se presentaron en Roma a ayudarle en los comicios consulares. Porque pedía otra vez el consulado, temiendo resuelto dar muerte a Cicerón en medio del tumulto de los comicios. Parecía que hasta los Dioses pronunciaban lo que iba a suceder con terremotos, con truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podían darse a luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto, dilatando Cicerón el día de los comicios, llamó a Catilina al Senado, y le preguntó acerca de las voces que corrían. Este, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose a mirar los conjurados, dió tranquilamente a Cicerón esta respuesta: «¿Se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga la cabeza a éste?» Quería designar con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo, por lo que entró Cicerón en mayores recelos; y vistiéndose una coraza, todos los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes lo acompañaron. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, a fin de dar a entender a los que le viesan el peligro. Indignados con esto, se le pusieron alrededor,

y por fin, hecha la votación, excluyeron por segunda vez a Catilina, y designaron cónsules a Silano y Murena.

De allí a poco, dispuestos ya a reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el día señalado para dar el golpe, vinieron a casa de Cicerón a la media noche los primeros y más autorizados entre los ciudadanos, Marco Craso, Marco Marcelo y Escipión Metelo. Llamaron a la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara a Cicerón, y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas cartas traídas para un hombre desconocido, y dirigidas a varios; y entre ellas al mismo Craso una anónima. Leyó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habían de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole a que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fué en busca de Cicerón, asustado de anuncio tan terrible, y también para disculparse a causa de la amistad que tenía con Catilina. Habiendo meditado Cicerón sobre lo que debería hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó a las personas que designaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducían a anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dió Quinto Arrio, que había sido pretor, de que en la Toscana se había reclutado gente, y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando a entender que esperaba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinación de encomendar la república al cuidado de los cónsules, para que vieran y escogitaran los medios de salvarla; determinación que no tomaba el Senado mu-

chas veces, sino sólo cuando amenazaba algún grave mal.

Conferida a Cicerón esta autoridad, los negocios de afuera los confió a Quinto Metelo, tomando él a su cargo el cuidado de la ciudad, para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba a la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilación, determinó pasar al ejército que tenía reunido Manlio; dejando orden a Marcio y a Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas a casa de Cicerón como para saludarle, y arrojándose sobre él, le quitaran la vida. Dió aviso a Cicerón de este intento Fulvia, una de las más ilustres matronas, yendo a su casa por la noche, y previniéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquéllos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron a gritar delante de la puerta, con lo que se hicieron más sospechosos. Cicerón salió entonces de casa y convocó el Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman *Estator*, construído al principio de la Vía-sacra, como se va al palacio. Pareció allí Catilina entre los demás como para vindicarse; pero ninguno de los senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; y habiendo empezado a hablar, le interrumpieron; hasta que levantándose Cicerón le mandó salir de la ciudad, porque no usando el cónsul más que de palabras, y empleando él las armas, debían tener las murallas de por medio. Salió, pues, Catilina inmediatamente con trescientos hombres armados, haciéndose preceder de las fascas y las hachas y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fué en busca de Manlio. Llegó a juntar

unos veinte mil hombres, y recorría las ciudades, seduciéndolas y excitándolas a la rebelión; por lo que siendo ya cierta e indispensable la guerra, se dió orden a Antonio de que marchara a reducirle.

A los que habían quedado en la ciudad de los fascinados por Catilina, los reunió y alentó Cornelio Léntulo, llamado por apodo Sura, hombre principal en linaje, pero disoluto y desarreglado, y expelido antes del Senado por su mala conducta; y entonces era otra vez pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatorial. Dícese que el apodo de Sura se le impuso con este motivo; en el tiempo de Sila era cuestor, y perdió y disipó crecidas sumas de los fondos públicos; y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentándose con altanería y desvergüenza dijo que no estaba para dar cuentas; que lo que haría sería presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando a la pelota. De aquí le vino el llamarse Sura, porque los Romanos le dicen *Sura* a la pierna. Seguía-sele otra vez una causa, y habiendo sobornado a algunos de los jueces, como saliese absuelto por solos dos votos más, dijo que había sido perdido lo que había gastado en uno de los jueces, porque a él le habría bastado ser absuelto por uno más. Siendo él tal por su carácter, después de seducido por Catilina, acabaron por trastornarle con vanas esperanzas agoreros y embelecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las Sibilas; en los que se decía estar dispuesto por los hados que hubiera en Roma tres Cornelios monarcas; habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila; y que ahora al tercer Cornelio que restaba venía su buen Genio, trayéndole la monarquía; por tanto que debía apercibirse a re-

cibirla y no malograr la ocasión con dilaciones como Catilina.

No era por tanto de poca monta o que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Léntulo, pues que su resolución era acabar con todo el Senado, y de los demás ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo después fuego a la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo; de los que se apoderarían, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo; porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento que volvía del ejército grande. Habíase señalado para la ejecución una de las noches de los Saturnales; y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habían llevado todo a casa de Cetego, y allí lo tenían reservado. Estaban además prontos cien hombres y partiendo en otros tantos distritos a Roma, a cada uno le habían asignado por suerte el suyo, para que siendo muchos a dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapar y obstruir las cañerías, y de dar muerte a los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alóbroges, gente entonces muy castigada, y que sufría muy mal el yugo. Pensando, pues, Cetego que éstos podrían serle muy útiles para alborotar y sublevar la Gallia, los hicieron de la conjuración, dándoles cartas para aquel Senado y cartas para Catilina; las del Senado ofreciendo a aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole a que diera libertad a los esclavos, y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos a Catilina un tal Tito de Crotona para que llevara las cartas. Unos hombres como éstos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino, y a presencia de mujerzue-

las, las habían con Cicerón, hombre sobrio, de gran juicio, y que por la ciudad tenía muchos espías para observar lo que pasaba y venir a referírsele. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecía tener parte en la conjuración, y se fiase de ellos, tuvo conocimiento de las proposiciones hechas a aquellos extranjeros; y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata, y ocupó las cartas, auxiliándole encubiertamente los Alóbroges.

A la mañana siguiente congregó el Senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y examinó a los denunciadores; a lo que añadió Junio Silano que había quien oyó de boca de Cetego que habían de morir tres cónsules y cuatro pretores; refiriendo esto mismo y otras particularidades Pison, varón consular. Envióse asimismo a la casa de Cetego a Cayo Sulpicio, uno de los pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recién afilados. Finalmente, habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convencido Léntulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de pretor; y despojándose en el Senado mismo de la toga pretexta, tomó el vestido conveniente a su situación. Así éste como los que estaban con él fueron entregados a los pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol; y estando en expectación un numeroso pueblo, salió Cicerón, y dando cuenta a los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo, porque la suya la ocupaban las mujeres celebrando con orgías y ritos arcanos a la Diosa que los Romanos llaman Bona, y los Griegos *Muliebre*. Sacrificasele cada año en la casa del cón-

sul por su mujer o su madre con asistencia de las vírgenes Vestales. Entrando, pues, Cicerón en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso a pensar qué haría de aquellos hombres; porque la pena última correspondiente a tan graves crímenes se le resistía, y no se determinaba a imponerla por la bondad de su carácter, y también porque no pareciese que se dejaba arrebatar demasiado de su poder, y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias y que tenían en la ciudad amigos poderosos. Mas, por otra parte, si los trataba con blandura, temía el peligro que de ellos le amenazaba, pues que no se darían por contentos si se les imponía alguna pena, aunque no fuera la de la muerte; sino que se arrojarían a todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encono; y además él mismo se acreditaba de cobarde y flojo, cuando ya no tenía opinión de muy resuelto.

Mientras Cicerón se hallaba combatido con estas dudas, las mujeres en el sacrificio que hacían observaron un portento: porque el ara, cuando parecía que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; de lo que las demás se mostraron asustadas pero las sagradas Vírgenes dijeron a Terencia, mujer de Cicerón, que fuera cuanto antes en busca de su marido, y le exhortara a poner por obra lo que tenía meditado en bien de la patria; habiendo dado la Diosa aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por carácter, sino ambiciosa, y que, como dice el mismo Cicerón, más bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido, que la daba a éste en los negocios domésticos, marchó al punto a darle parte de lo sucedido, y lo acaloró contra los conspiradores; ejecutando lo mismo Quinto su her-

mano, y de los amigos que tenía con motivo de su estudio en la filosofía, Publio Midigio, de cuyo consejo se valía principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose, pues, al día siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fué el primero a quien preguntó su dictamen, dijo: que traídos a la cárcel deberían sufrir la última pena; y todos seguidamene se adherieron a él, hasta Cayo César, el que fué Dictador después de estos sucesos. Era todavía joven, y estaba dando los primeros pasos para su acrecentamiento; mas en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenían contra él los demás; y aunque a Cicerón no le faltaban motivos para ella, no había dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red, se había escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Cicerón de la denuncia que contra él tenía, por miedo de su poder y el de sus amigos, pues era cosa averiguada que más bien se llevaría César tras sí a los otros para la salud, que éstos a César para castigo.

Llegada, pues, su vez de votar, levantándose, expresó que no se debía quitar la vida a los culpados, sino publicar sus bienes, y llevándolos a las ciudades de Italia que a Cicerón le pareciese, tenerlos en prisión hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictamen, benigno en sí, y esforzado por un hombre elocuente, le dió mayor valor Cicerón; porque levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos sus amigos creyesen que a Cicerón le convenía más adoptar el dictamen de César, porque habría menos moti-

vo de queja contra él no quitando la vida a los reos, prefirieron esta segunda sentencia; tanto, que reformó también su voto Silano, y le explicó diciendo que por última pena no había querido entender la de muerte, puesto que para un Senador romano lo era la cárcel. Dada por César esta sentencia, el primero que la contradijo fué Luctacio Catulo; y después, tomando la palabra Catón, como acriminase con vehemencia a Cesar por las sospechas que contra él había, excitó de tal modo la indignación del Senado, que condenaron a los culpados a muerte. En cuanto a la publicación de los bienes se opuso César, diciendo no ser puesta en razón, pues que se había desechado la parte benigna de su dictamen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistían, por lo que hizo llamar a los tribunos de la plebe; y como éstos no se prestasen a sostenerle, cedió Cicerón, y por sí mismo quitó la parte de la publicación de los bienes.

Partió, pues, con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos, sino que de los pretores uno custodiaba a uno, y otro a otro. Léntulo fué el primero a quien trajeron del palacio por la Vía-sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que veía y presenciándolo en silencio; los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror. Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado a la cárcel, hizo entrega Cicerón de Léntulo al carcelero, y le mandó darle muerte; en seguida de éste a Cetego, y del mismo modo trayendo los demás, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza mu-

chos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer a los detenidos, que todavía creían vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta, diciéndoles: «Vivieron»; porque los Romanos para no usar de una voz que tienen a mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde, y por la plaza subió a su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibiendo con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso, y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles, y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mujeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al cónsul, que subía con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos, muchos de los cuales habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos a otros que a muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo romano de riqueza, de despojos y de poder; pero de seguridad y salud a sólo Cicerón, que lo había sacado de tan grave peligro, no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber pagado la mayor conjuración que jamás hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habían ido a reunirse con Catilina apenas supieron lo ocurrido con Léntulo y Cetego, lo abandonaron y huyeron; y combatiendo contra Antonio con los que le habían quedado, él y el ejército fueron deshechos.

No obstante esto, no dejaba de haber algunos que se preparaban a molestar a Cicerón de obra y de palabra por los pasados sucesos, al frente de los

cuales estaban los que habían de entrar en las magistraturas; César que iba a ser pretor, y Metelo y Bestia, tribunos de la plebe. Posesionáronse éstos en sus cargos cuando todavía Cicerón había de ejercer el consulado por algunos días, y no le dejaron arengar al pueblo, sino que poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el consulado si quería, bajándose luego. Presentóse, pues, como para renunciar, y prestándole todos silencio, hizo, no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo; que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados más con esto César y los tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos a Cicerón, para lo cual dieron una ley llamando a Pompeyo con su ejército, a fin de destruir, decían, la dominación de Cicerón; pero era para éste y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de tribuno de la plebe Catón, para contrarrestar los intentos de aquellos con igual autoridad y con mayor reputación; porque fácilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Cicerón, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habían concedido y se le llamó públicamente padre de la patria, siendo éi el primero a quien parece haberse dispensado este honor por haberle así apellidado Catón ante todo el pueblo.

Grande fué entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningún hecho malo, sino causando cierto disgusto e incomodidad con estar siempre alabándose y ensalzándose a sí mismo; porque no se entraba en el

Senado, en la junta pública, en los tribunales sin oír continuamente hablar de Catilina y de Léntulo. Sus mismos libros y todos sus escritos están llenos de elogios propios; así es que aun su misma dicción, que era dulcísima y tenía mucha gracia, la hizo odiosa y pesada a los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas sin embargo de estar sujeto a esta desmedida ambición, vivió libre de envidiar a nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios a todos los hombres grandes que le habían precedido, y a los de su edad, como se ve por sus escritos, conservándose la memoria de muchos; como, por ejemplo, decía de Aristóteles que era un río con raudales de oro; de los Diálogos de Platón, que si Júpiter usara de la palabra, hablaría de aquella manera; y a Teofrasto solía llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecía la mejor, respondió que la más larga. No obstante, algunos de los que afectan demostrar le achacan haber dicho en carta a uno de sus amigos que alguna vez dormitó Demóstenes; y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne, y de que a las más estudiadas y más vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló filípicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, o por la elocuencia o por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho más ilustre hablando o escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el Peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano romano, siendo ya Dictador César; y obtuvo para él mismo que el Areópago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Cicerón a Herodes,

y otras a su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofía con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba a este joven a los placeres y a las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta primera de las griegas, y la segunda a Pelope de Bizancio, parece haber sido las únicas que se escribieron con enfado; en cuanto a Gorgias, con razón, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido; pero en cuanto a Pelope con pequeñez de ánimo y con ambición pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los Bizantinos le decretaran ciertos honores.

De todo esto era la causa su vanidad, y también de que, acalorado en el decir, se olvidara a veces del decoro. Porque defendió en una ocasión a Numacio; y como éste después de absuelto persiguiese a un amigo de Cicerón llamado Sabino, se dejó arrebatarse de la cólera hasta el punto de decir: «¿La absolución de aquella causa, oh Numacio, la conseguiste tú por ti, o porque yo cubrí de sombras la luz ante los jueces?» Elogiando a Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos días le maltrató en el mismo sitio; y como aquel dijese: ¿«Pues no me alabaste poco ha?—Sí, repuso; pero fué para ejercitar la elocuencia en una mala causa.» Dijo Craso en una ocasión que en Roma ninguno de los Crasos había alargado su vida más allá de los sesenta años; y como después lo negase con esta expresión: «Yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije.—Sabías, le replicó, que los Romanos lo oían con gusto, y quisiste hacer del popular.» Dijo también Craso que le gustaban los Estoicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: y «mira no sea, le replicó, porque dicen que todo es del sa-

bio, aludiendo a la opinión que de avaro tenía Craso. Parecíase el uno de los hijos de éste a un tal Axio, y por esta causa corrían rumores contrarios a la madre de trato con Axio, y como aquel joven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Cicerón qué le parecía, respondió en griego: αξιος Κρασσοῦ, que puede ser digno de Craso, o el Axio de Craso.

A pesar de esto, cuando Craso partió para la Siria, queriendo más tener a Cicerón por amigo que por enemigo, le habló con afecto, y le manifestó deseo de cenar un día con él, en lo que Cicerón significó tener mucho placer. De allí a pocos días le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él y entrar en su amistad, porque era enemigo; a lo que les contestó: «Pues qué, ¿quiere también Vatinio venir a cenar a mi casa?» Esta era la disposición de su ánimo respecto de Craso. Tenía Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que había muerto; y sabiendo después de cierto que vivía: «mala muerte le de Dios, dijo, al que tan mal ha mentado.» Había decretado César repartir tierras de la Campaña a los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable a muchos; y Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó que eso no sería viviendo él; a lo que dijo Cicerón: «Esperemos, pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo.» Había un tal Octavio, de quien se susurraba que era de Africa, y hablando Cicerón en causa contra él, como dijese que no le oía: «pues a fe, replicó que tienes agujereadas las orejas.» Diciéndole Metelo Nepote que más eran los que había perdido dando testimonio contra ellos que los que había salvado con sus defensas: «confieso, le contestó, que en mí hay más

crédito y fe que elocuencia.» Era infamado cierto joven de haber dado veneno a su padre en un pastel, y como se jactase de que había de llenar a Cicerón de desvergüenzas: «mas quiero eso de ti, respondió, que tus pasteles.» Tomóle Publio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar a nadie, viendo que iba a ser absuelto, porque ya se había empezado a votar: «aprovéchate hoy del tiempo, le dijo, oh Sextio, porque mañana ya serás un particular.» Había un Publio Cota que quería pasar por jurisconsulto siendo necio y sin talento: llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabía: «¿crees acaso, le dijo, que se te pregunta de leyes?» En una disputa con Metelo Nepote le preguntó éste muchas veces: «¿quién es tu padre, Cicerón?» y el por fin le dijo: «Esta respuesta te la ha hecho a ti más dificultosa tu madre»; porque parecía haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, así como él era inconstante; pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viaje por mar en busca de Pompeyo, y después se volvió de un modo más extraño todavía. Hizo con magnificencia el entierro de su preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra, sobre lo que le dijo Cicerón que había andado muy cuerdo, pues más le había enseñado a volar que a decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le había pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe, a lo que le dijo Cicerón: «¿Y eres un hombre tan de corazón de acero que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?»

El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios pasa por parte de la oratoria; pero el ofender a cuantos se

le presentaban por parecer chistoso, le hizo odioso a muchos. A Marco Aquilio, que tenía dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto. Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del vino, pedía Cicerón el consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pusiesen alrededor los amigos mientras bebía: «tenéis razón en temer, les dijo, no sea que el censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua.» Encontrándose con Viconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso:

Contrario tuvo a Febo éste al ser padre.

Había contra Marco Gelio la opinión de que no era hijo de padres ingenuos, y como en el Senado se esforzase a leer con una voz muy alta y muy clara: «No os admiréis, dijo, porque es de los que pregonan.» Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió a muchos a muerte, oprimido de sus deudas por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de sus bienes: «más me gusta esta lista, dijo Cicerón, que las de su padre.»

Con estas cosas era molesto a muchos; y a este tiempo Clodio y su facción se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años joven, y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, mujer de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demás adornos de una cantatriz. Celebraban las mujeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podía ser admitido ningún varón; pero siendo todavía Clodio mocito, que aún no tenía barba, esperó que podría quedar desconocido llegando con las mujeres hasta donde

estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores; y habiéndole visto andar desatentado una sirvienta de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre Precisado a hablar y diciendo que buscaba a Abra, criada de Pompeya, conociendo aquella que la voz no era femenil, gritó y empezó a llamar a las mujeres. Cerraron éstas las puertas, y registrándolo todo, encontraron a Clodio que se había guarecido en el cuarto de la criada, con quien había entrado. Hizose público el suceso; César repudió a Pompeya, y a Clodio se le formó causa de impiedad.

Cicerón era amigo suyo, y en las diligencias relativas a la Conjuración de Catilina se había hallado éste a su lado y le había prestado auxilio; pero haciendo consistir toda su defensa contra la acusación de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decía cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dió Cicerón testimonio contra él, diciendo que había estado a buscarle en su casa y le había hablado de ciertos negocios; y así era la verdad. Mas con todo, no parecía que había declarado en esta forma precisamente por amor a la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su mujer Terencia; a causa de que miraba ésta con aversión a Clodio por Clodia su hermana, de la que se decía aspiraba a casarse con Cicerón, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos más estimados de Cicerón; y yendo continuamente a casa de Clodia, y obsequiándole ésta, como no viviese lejos, dió a Terencia motivos de sospecha; y siendo ésta de genio fuerte y dominando a Cicerón lo precisó a ponerse en oposición con Clodio y a atestiguar contra él. Declararon además contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudada-

nos, deponiendo de sus perjurios, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Lúculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio había tenido trato inhonesto con la más joven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Lúculo; y corría muy valida la opinión de que le tenía con las otras dos hermanas, de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex y Clodia con Mételo Celer. Dábanle a ésta el sobrenombre de Cuadrancia, porque uno de sus amantes, habiendo puesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y a la moneda más pequeña de bronce le llaman cuadrante; y por esta hermana era por la que más se hablaba de Clodio. Mas a pesar de todo esto, el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual, entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo, pareció que eran más los que absolvían; y se dijo también que había intervenido soborno; así es que Catulo, acercándose a los jueces: «Vosotros, les dijo, con verdad habéis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que alguno os quitara el dinero.» Cicerón, diciéndole Clodio que su testimonio no había merecido fe a los jueces: «antes, le respondió, a mí me han creído veinticinco de ellos, porque éstos han sido los que te han condenado; y a ti no te han creído treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero.» César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio, ni dijo que su mujer fuese culpada de adulterio, sino que la había repudiado porque el matrimonio de César debía estar puro, no sólo de la menor acción fea, sino hasta de las sospechas.

Habiendo salido Clodio de aquel peligro, elegido tribuno de la plebe, al punto la tomó con Cicerón; excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él, porque procuró ganarse a la muchedumbre con leyes populares; y a uno y a otro cónsul les decretó grandes provincias: a Pisón la Macedonia y a Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció a sus miras, y tenía siempre a su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposición con Cicerón y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos, y César hubiese de partir a la Galia con ejército, Cicerón se bajó a éste, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase de legado a la provincia. Concedióselo César; y Clodio, viendo que Cicerón iba a ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto a hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa a Terencia de lo pasado; de hablar siempre de él; de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no le aborreciera ni estuviera indispuerto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas, logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretensión con César, y volver al manejo de los negocios públicos; de lo que resentido César, dió ánimo a Clodio y apartó a Pompeyo enteramente de Cicerón; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se había dado justa y legalmente la muerte a Léntulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados: porque este era el cargo y esta la acusación que a Cicerón se hacía. Constituído, pues, reo, y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo.

Mas por do quiera se le aparecía en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando a Cicerón descaradamente por la situación y traje en que se veía, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el orden ecuestre mudó también de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguían dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado después el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los cónsules, y Clodio corriese con hombres armados a la curia, se salieron de ella muchos de los senadores, rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vió que aquel triste aspecto no excitó ni la compasión ni la vergüenza, y que era preciso, o que Cicerón se fuera desterrado, o que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquél a implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se había retirado, yéndose a la posesión que tenía junto al monte Albano. Para esto envió primero a su yerno Pisón a fin de que intercediese con él, y después subió el mismo Cicerón. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseído de una gran vergüenza, al considerar que Cicerón había sostenido en la república por él grandes contiendas, y le había servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer a éste se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Cicerón, abandonado por él de esta manera, y careciendo de arrimo, acudió a los cónsules, de los cuales Gabinio siempre se le mostró desafecto, pero Pisón le hizo mejor recibi-

miento, exhortándole a salir de Roma, sustrayéndose de la violencia y poder de Clodio, y a llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta por inclinación a él en tales turbaciones e inquietudes. Oída por Cicerón esta respuesta, conferenció sobre lo hacedero con sus amigos, y Lúculo era de dictamen que no se moviera, porque vencería; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaría de menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furores de Clodio. Este fué el partido que adoptó Cicerón, y subiendo al Capitolio la estatua de Minerva que tenía trabajada en casa mucho tiempo había, y a la que daba gran veneración, la consagró a la Diosa con esta inscripción: «A Minerva, protectora de Roma.» Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y a la media noche salió de la ciudad, haciendo su viaje a pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

Cuando ya se supo de cierto que había huído, Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto, por el que se le vedaba el agua y el fuego, y se mandaba que nadie lo recibiera bajo techado a quinientas millas de Italia. A muchos no les servía de detención este edicto para dar muestras de respeto a Cicerón, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania, que ahora se llama Vibón, el siciliano Vibio, que había disfrutado en muchas cosas de la amistad de Cicerón, y en el consulado de éste había sido nombrado prefecto de artesanos, no le admitió en su casa, y sólo le indicó una posesión, a la que podría acogerse; y Cayo Virginio, pretor de la Sicilia, a quien Cicerón había hecho también grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla.

Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió a Brindis, y pasando de allí con viento hecho a Dirraquio, como durante el día soplase viento contrario de mar, regresó al punto, y otra vez volvió a dar la vela. Se dice que en esta travesía, cuando ya estaba para saltar en tierra, hubo a un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar, sobre lo que pronosticaron los agoreros que no sería largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades griegas competían unas con otras en demostraciones; pero, a pesar de eso, siempre estaba desconsolado y triste, teniendo, como los enamorados, puestos los ojos en Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio, lo que nadie habría esperado de un hombre de su instrucción y doctrina, que muchas veces rogaba a sus amigos no le llamaran orador sino filósofo; porque la filosofía la había elegido por ocupación, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento útil en el gobierno. Decía asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre, con la conversación y el trato, a no estar el hombre muy sobre sí, para que cuando se entrega a los negocios, tome sí parte en éstos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

Clodio, luego que alejó a Cicerón, quemó sus quintas y le quemó la casa, edificando en el sitio el templo de la Libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los días, porque nadie se presentaba a hacer postura. Terrible con estos hechos a los del Senado, y asistido del favor del pueblo, ya ensayado por él a la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando

por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinión y ya se reprendía a sí mismo de haber abandonado a Cicerón, por lo que arrepentido trabajaba por todos medios en procurar su vuelta por sí y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daría curso a ningun negocio público, ni se aprobaría nada mientras no se acordase la vuelta de Cicerón. En el consulado de Léntulo tomó tal incremento la sedición, que los tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Cicerón, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto a desengañarse el pueblo, y siendo el tribuno Antonio Milón el primero que se atrevió a llevar al tribunal a Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron a ponerse al lado de Pompeyo, así de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con éstos, y arrojando a Clodio de la plaza, dispuso que pasaran a votar los ciudadanos, y se dice que nunca se vió una votación del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado a competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias a todas las ciudades que habían obsequiado a Cicerón durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas a expensas del Erario. Volvió Cicerón a los dieciséis meses de destierro, y fué tanto el goce de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponían los habitantes que aún anduvo corto el mismo Cicerón cuando dijo que tomándolo en hombros la Italia, lo había traído a Roma. El mismo Craso, que había sido enemigo de Cicerón antes del destierro, salió también entonces a recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decía, de su hijo Publio, que era uno de los admiradores de Cicerón.

Había aún corrido poco tiempo y valiéndose de que Clodio se hallase fuera de la ciudad, subió Cicerón con algún acompañamiento al Capitolio, y echó por el suelo e hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los tribunos. Inculpóle sobre esto Clodio; y respondiéndole Cicerón que había sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado al tribunado de la plebe, y que por tanto no debía tener valor nada de lo hecho por él, se ofendió de esta respuesta Catón y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio, o dejase de estar mal con sus tropelías, sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogación de tantas y tales determinaciones y decretos, entre los que se contaba el encargo que el mismo Catón había desempeñado en Chipre y Bizancio. Desde entonces conservó con él Cicerón cierta indisposición, la cual, sin embargo, no pasó nunca a hecho ninguno público, ni a otra cosa que a tratarse con cierta tibieza.

Sucedió después que Milón mató a Clodio; y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor a Cicerón. El Senado, por temor de que puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milón, se moviera algún alboroto en la ciudad, permitió a Pompeyo que presidiera éste y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad a los jueces. Guarneció éste antes del día la plaza y todas sus avenidas con soldados, y Milón, recelando que Cicerón, turbado con aquel nunca usado espectáculo, podría estar menos feliz en su discurso, le persuadió que haciéndose llevar a la plaza en litera, esperara allí tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, a lo que parece, no sólo no era muy osado entre las armas, sino que habla-

ba siempre en público con miedo, y con dificultad se vió libre de la agitación y el temblor, hasta que a fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun así defendiendo a Licinio Murena, acusado por Catón, con el empeño de exceder a Hortensio, que había sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fué tenido por inferior a aquél. Entonces, pues, saliendo de la litera para la causa de Milón, al ver a Pompeyo sentado en el tribunal como en un ejército, y toda la plaza alrededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar a hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada; cuando el mismo Milón asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo, lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasión antes se acreditó Cicerón de buen amigo que de tímido y cobarde.

Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los Romanos llaman Augures en lugar de Craso el joven, después de haber éste fallecido a manos de los Partos. Tocándole después por suerte en la distribución de las provincias la Cilicia con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar a ella, llevando también el encargo de reducir la Capadocia a la sumisión y obediencia del rey Ariobarzanes. Compuso y arregló estos negocios a satisfacción de todos, sin necesidad de recurrir a las armas; y viendo a los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los Romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su man-

do. No recibió dones algunos aun de los mismos reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecían los obsequiaba teniéndolos a su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenía portero, ni nadie le vió tampoco sentado, sino que desde muy temprano en pie, o paseándose delante de su cuarto, recibía a los que iban a visitarle. Dícese que no castigó a ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra, o le impuso multa que pudiera injuriarle. Encontró que gran parte de los caudales públicos habían sido usurpados; y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenían que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimación. También tuvo que hacer la guerra, derrotando unos adueros de ladrones que tenían sus guaridas en el monte Amano, con cuyo motivo fué de los soldados saludado emperador. Pidióle a esta sazón el orador Cecilio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia a los hechos de esta guerra, le escribió que ya no los había en la Cilicia, habiendo huído a la Curia, incomodados de que a ellos solos se les hiciera la guerra, cuando todo lo demás estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algún tiempo en Rocas, y también con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató, pues, a los hombres más célebres de aquel tiempo por su sabiduría; saludó a sus amigos y conocidos; y admirado de la Grecia, según su sobresaliente mérito, volvió a Roma a tiempo que las agitaciones de la república, como tumor próximo a reventar, estaban a punto de romper en la guerra civil.

Habiéndosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le sería muy dulce seguir a César en la pompa después de hechas las paces; y en particular daba consejos a César escribiéndole continuamente, e interponía ruegos con Pompeyo, procurando templar y apaciguar a uno y a otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma, Pompeyo no le aguardó, sino que abandonó la ciudad, y con él muchos y muy principales ciudadanos; no habiéndose decidido Cicerón a esta fuga se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo batallando consigo, y meditando mucho sobre a cuál de los dos se inclinaría, porque escribe en sus cartas: «¿A qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo más glorioso y honesto; pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis, y ha de saber hacer más por su salud y por la de sus amigos? De manera que sé de quién he de huir, mas no a quién me estará mejor el acogerme.» Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que, según el dictamen de éste, debía ser de su partido, y entrar a la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no quería correr peligro, podía retirarse a la Grecia, y allí esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado, que no haría nada que no correspondiese a su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

Así, cuando César marchó a España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo; y fué de todos muy bien recibido, sino solamente de Catón, quien le hizo graves reconvenciones por haberse adherido al partido de Pompeyo, porque decía que al mismo Catón no le habría estado bien

el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Cicerón podía haber sido más útil a la patria y a los amigos, si permaneciendo en Roma, hubiera tirado a sacar partido de los sucesos, y no que ahora neciamente y sin ninguna necesidad se había hecho enemigo de César, y se había venido a meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron a Cicerón mudar de modo de pensar, y también el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenía la culpa con no negar que estaba arrepentido, con desacreditar las disposiciones de Pompeyo, con vituperar en las conversaciones todos sus proyectos, y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su suerte, pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, quería hacer reír a los que no estaban para ello. Pero será mejor referir aquí algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los jefes a uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente: «¿Pues porqué no le guardas, le repuso, para tutor de tus hijos?» Celebrando algunos a Teafanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos por haber dado excelentes consuelos a los Rodios en ocasión de haber perdido su armada: «¿De qué nos sirve, dijo Cicerón, tener un prefecto griego?» Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenía cercados; y diciendo Léntulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos: «Eso es decir, respondió Cicerón, que están mal con César.» Acababa de llegar de Italia un tal Marcio, y como dijese que la opinión que se tenía en Roma era que Pompeyo estaba cercado: «¿Conque has he-

cho tu viaje, le repuso, para asegurarte por tus ojos de si es cierto?» Diciendo después de la derrota Nonio que debían tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habían quedado siete águilas: «Eso sería muy bueno, le replicó Cicerón, si hiciéramos la guerra a los grajos.» Apoyándose Labiano en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo sería vencedor: «Sí, le respondió, con esa estratage ma acabamos de perder el campamento.»

Dada la batalla de Farsalia, en la que no se halló por estar enfermo, y habiendo huído Pompeyo, Catón, que había reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Cicerón tomara el mando, a causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo éste, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, a no haber sido porque Catón se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó a Brindis, y allí se detuvo esperando a César, que tardó en llegar a Italia, por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que había desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigía por tierra a Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir a mirar la cara de un enemigo victorioso a presencia de muchos; pero no le fué necesario decir o hacer cosa que no le estoviese bien, porque César, luego que vió que adelantándose a los demás iba a recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideración y lo trató con aprecio; tanto, que en el libro que escribió contra el elogio que de Catón había

formado Cicerón, le celebró este mismo opúsculo, y tributó alabanzas a su vida, que dijo tenía gran semejanza con las de Pericles y Terámenes. Intitulóse el escrito de Cicerón *Calón*, y *Anticatón* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Cicerón, dijo César a sus amigos: «¿Qué inconveniente hay en oír al cabo de tanto tiempo a Cicerón, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo?» Mas, sin embargo, Cicerón desde que empezó a hablar movió extraordinariamente su ánimo, y habiendo sido aquella oración maravillosa en la parte de excitar las pasiones, y en la gracia de la elocución, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente, cuando el orador llegó a tratar de la batalla de Farsalia, su agitación fué violenta hasta temblarle todo el cuerpo, y caérsele algunos memoriales de la mano; de modo que vencido de la elocuencia, absolvió a Ligario de la causa. Desde aquella época, habiendo el Gobierno degenerado en Monarquía, retirado de los negocios públicos, se dedicó a la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los más ilustres y principales, por su trato con ellos volvió a tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado a escribir y a traducir diálogos filosóficos, trasladando a la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la física, porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasia*, *catatesis*, *época*, *catalepsis*, y además *átomo*, *ameres* y *quenon* (1), a lo menos el que más los dió

(1) Significan estos nombres: visión interior, asenso, deteni-  
miento del asenso, comprensión, átomo, lo que no tiene partes y  
el vicio.

a conocer a los Romanos, usando de metáforas y de otras expresiones acomodadas con singular industria y diligencia. Divertíase con poner a veces en ejercicio la gran facilidad que tenía en hacer versos, pues se dice que cuando le daba esta humorada hacía en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió a sus amigos que hacía la vida de Laertes, o por juego y chiste, como lo acostumbraba, o por prurito de ambición de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venía a la ciudad como no fuese para visitar a César; y entonces era el primero que subscribía a los honores que se le decretaban, y que decía alguna cosa nueva en elogio de su persona y de sus hechos, como fué la relativa a las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas, porque dijo Cicerón que César con este acto de humanidad levantaba las estatuas de Pompeyo para afirmar más las suyas.

Tenía pensado, según se dice, escribir la Historia romana, entretejiendo con ella gran parte de la Griega, y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrían; pero vinieron a impedirselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque, en primer lugar, repudió a su mujer Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viaje, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó a Italia, pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis, no pasó a verle; y a la hija cuando fué no le dió para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes a una joven de su calidad;

y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo, sobre haber contraído muchas y grandes deudas, porque éstas fueron las causas más honestas que se pretextaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Cicerón fué quien mejor hizo su apología, casándose de allí a poco con una doncella, según Terencia lo hizo correr, prendado de su figura; pero según escribió Tirón, liberto de Cicerón, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella joven era muy rica, y Cicerón, que tenía su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese, pues, grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron a que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita, y se librara de los acreedores, echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mención de este casamiento en sus oraciones contra las Filípicas, dice que echó de su lado a una mujer en cuya compañía se había hecho viejo, motejándole con gracia que había sido un hombre que se había estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar. Después de este casamiento, a poco tiempo de él, se le murió de sobreparto la hija casada con Léntulo, con quien se había enlazado después de la muerte de Pisón, su primer marido. Acudieron de todas partes los filósofos a dar consuelo a Cicerón, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió a su nueva esposa, por parecerle que se había alegrado de la muerte de Tulia.

Estos fueron los sucesos domésticos de Cicerón, el cual ninguna parte tuvo en la conjuración para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto, hacérsele insoportable el estado en que habían venido a parar las cosas, y parecer que deseaba el restablecimiento de la

república como el que más; y es que los conjurados habían temido a su carácter falto de valor, y a aquel desgraciado tiempo en que aun los más firmes y mejor constituidos habían perdido la resolución y osadía. Ejecutado aquel hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen, y volviese a renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era cónsul, congregó el Senado, y habló brevemente de concordia; pero Cicerón, extendiéndose más acerca de lo que las circunstancias exigían, persuadió al Senado a que, imitando lo que en caso igual se había hecho en Atenas, publicase una amnistía con motivo de lo ocurrido con César, y a Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se había movido a compasión cuando vió que pasaba por la plaza el cadáver, y Antonio le mostró la túnica de César llena de sangre y acribillada a puñaladas, furioso y ciego de ira, en la misma plaza anduvo buscando a los matadores, y con tizones encendidos corrieron muchos a las casas de éstos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

Esto dió osadía a Antonio, y si a todos infundió temor, pareciéndoles que usurparía una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó a Cicerón, porque viendo que el poder de éste en la república había adquirido fuerza, y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia; además de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la semejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso, pues, Cicerón, intentó primero pa-

sar de legado con Delabela a la Siria, pero habiéndole rogado los que después de Antonio iban a ser Cónsules, Hircio y Pansa, varones de probidad y amantes de Cicerón, que no los abandonase, pues le ofrecían oprimir a Antonio si él se quedaba; no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela; y diciendo a Hircio que se iba a pasar el estío en Atenas, y que cuando hubiesen entrado en su cargo volvería, sin más autorización se dispuso para aquel viaje. Hubo detenciones en la navegación, y llegando desde Roma nuevos rumores cada día a medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza; que todo lo hacía y disponía por medio del Senado, y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, reprendiéndose a sí mismo de sus recelos y temores, regresó otra vez a Roma, y lo que es por lo pronto no le salieron vanas sus esperanzas, porque fué tanto el gentío que con el gozo y el deseo salió a recibirle, que casi se consumió todo el día a la puerta en abrazos y salutaciones. Mas al día siguiente, congregando Antonio el Senado, y pasándole aviso, no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viaje; pero a lo que parece lo que verdaderamente lo detenía era el temor de alguna asechanza, por cierta indicación y sospecha que se le había dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, e iba a enviar soldados con orden de que lo trajeran o le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que sólo se le tomaran prendas. De allí en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban, sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas, hasta que habiendo

llegado de Apolonia César el joven, admitió la herencia del otro César, y por veinticinco cuentos de dracmas que Antonio tenía en su poder de los bienes de éste, se indispuso con él.

En consecuencia de esto, Filipo, que estaba casado con la madre del nuevo César, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel joven a Cicerón, se convinieron en que se prestarían mutuamente, Cicerón a éste en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política; y éste a Cicerón la seguridad que dan las riquezas y las armas, pues ya tenía aquel joven a sus órdenes no pocos de los que habían hecho la guerra con César; además de que se tiene por cierto haber entrado Cicerón con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, según parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César, se le figuró en sueños a Cicerón que llamaba al Capitolio a algunos hijos de los Senadores, con el objeto de que Júpiter designara a uno de ellos por caudillo de Roma; que los ciudadanos estaban en grande expectación alrededor del templo, y aquellos niños en toga pretexta sentados a la puerta. Abrióse ésta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno, y dieron la vuelta alrededor de la estatua del Dios, que los estuvo mirando atentamente, y los despidió descontentos; mas luego que éste se le acercó, alargó la diestra y dijo: «Romanos, éste dará fin a la guerra civil, siendo vuestro caudillo.»

Habiendo, pues, tenido Cicerón este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imagen del niño, aunque no sabía quién era; pero habiendo bajado al día siguiente al campo de Marte cuando los jóvenes volvían de ejercitarse, éste fué el primero que vió cual en el sueño se había ofrecido a su ima-

ginación, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era su padre Octavio, no de los más ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo éste hijos, le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Cicerón veía con gusto a este niño, y le mostraba afecto, y él correspondía a sus demostraciones, porque hacía también la casualidad que había nacido el año en que Cicerón fué cónsul.

Estas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio a Antonio, y después su carácter, que no podía resistir a la ambición, fueron los verdaderos motivos que le unieron a César; creyendo que ganaba para la república el poder de éste, pues se le prestaba tan dócil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera a Bruto, que en sus cartas a Atico se queja agriamente de Cicerón, a causa de que adulando a César por miedo de Antonio, era claro que en vez de procurar libertad para la patria, sólo buscaba para sí un señor más benigno y humano. Mas a pesar de esto, Bruto se llevó consigo al hijo de Cicerón, que se hallaba en Atenas oyendo las lecciones de los filósofos; y dándole mando le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces a lo sumo en Roma el poder de Cicerón; y viniendo al cabo de cuanto se propuso, oprimió a Antonio, y lo obligó a salir de la ciudad, enviando a los dos cónsules Hircio y Pansa a hacerle la guerra; y obtuvo del Senado que decretara a César las fascas y todo el aparato imperial, como que combatía por la patria. Mas como vencido Antonio, y muertos en la guerra ambos cónsules, todo el poder se acumulase en César, temiéndolo el Senado a un joven a quien tan decididamente favorecía la fortuna, trató de apartar de

él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar así su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez que Antonio había huído. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera a Cicerón que procurara para ambos juntos el consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad, y tomando bajo su dirección a aquel joven, que sólo apetecía adquirir algún nombre y gloria. Confesó el mismo César que temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambición de Cicerón, moviéndole a que pidiera el Consulado, en el concepto de que él le daría todo favor y auxilio.

Enloquecido entonces y sacado de tino Cicerón, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la reprensión de sus amigos; y a bien poco conoció él mismo que se había perdido y había hecho traición a la libertad de la patria, porque luego que aquel joven vió tan acreditado su poder y se posesionó del consulado, al punto dió de mano a Cicerón; y hecho amigo de Antonio y Lépido, juntando en uno el poder de los tres, partió con ellos la autoridad, como pudiera haber partido una posesión. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripción de Cicerón la que produjo entre ellos los mayores altercados, por cuanto Antonio no se daba a partido si no moría el primero; Lépido se adhería a Antonio, y César se oponía a ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres días, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del río. Dícese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Cicerón los dos primeros días, cedió por fin al ter-

cero, abandonándole traidoramente. La composición y compensación fué de esta manera: César hizo el sacrificio de Cicerón, Lépido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tío suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor les hizo perder la razón, no dejando duda de que el hombre es la más cruel de todas las fieras, cuando a las pasiones se une el poder.

Mientras esto pasaba, Cicerón residía en sus campos de Túsculo, teniendo en su compañía a su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse a Astur, posesión litoral del mismo Cicerón; y desde allí pasar a la Macedonia a ponerse al lado de Bruto, porque las voces que corrían eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El más desalentado era Quinto, a quien afligía además la idea de la falta de preveniciones, porque no había tenido tiempo para tomar nada en casa, y aun Cicerón era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióles, pues, que sería lo mejor apresurar Cicerón su fuga, y que Quinto se volviese para proveerse en casa de lo necesario. Así se determinó; y abrazándose uno a otro, entre sollozos y lamentos se despidieron; y Quinto, denunciado vilmente de allí a pocos días por sus esclavos a los matadores, recibió de éstos la muerte, y con él su hijo. Cicerón, conducido a Astur, y encontrando allí un barco, subió en él al punto, y a vela navegó hasta Circeyos. Allí, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, o por temor de la navegación, o por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra, y anduvo por ella cien estadios, encaminándose a Roma; pero con

nuevas dudas, mudó de propósito y se dirigió otra vez hacia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones sin saber qué partido tomar; tanto, que llegó a resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose a sí mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos, si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictamen a cada punto, y por fin volvió a ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen a Cayeta, donde tenía posesiones y un asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesias soplan dulcemente, habiendo en aquel mismo sitio un templo de Apolo sobre el mar. Levantáronse de éste muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Cicerón cuando le impelían a tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban, y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que a todos pareció funesta. Saltó, pues, en tierra Cicerón, y marchando a la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se posaron en la ventana graznando desconcertadamente; y uno de ellos, bajándose al lecho donde Cicerón reposaba con la cabeza cubierta, le destapó la cara, retirando suavemente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron a menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su señor, y que una fiera le diera auxilio y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle; por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron a conducirle hacia el mar.

Llegaron en esto los matadores, que eran el centurión Herenio y el tribuno Popilio, a quien había defendido Cicerón en causa de parricidio, trayendo

consigo algunos ministros. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron; y no encontrando a Cicerón, ni dándoles noticia ninguna de él los que allí habían quedado, se refiere que un mozuelo, educado por Cicerón en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su hermano Quinto, llamado Filologo, dijo al tribuno que la litera marchaba por las calles sombreadas con árboles hacia el mar, con lo que el tribuno dió a correr a tomar la salida; pero sintiendo a este tiempo Cicerón que Herenio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó a los esclavos que parasen allí la litera. Entonces llevándose, como lo tenía de costumbre, la mano izquierda a la barba, miró de hito en hito a los matadores, teniendo el cabello crecido y desgreñado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitación y angustia, de manera que los más se cubrieron el rostro al ir Herenio a darle el golpe fatal; y se le dió habiendo alargado el mismo Cicerón el cuello desde la litera. Tenía entonces la edad de sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que había escrito las *Filípicas*, porque Cicerón intituló *Filípicas* las oraciones que escribió contra Antonio, y hasta el día de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

Cuando estos miembros fueron traídos a Roma, se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oír la relación y verlos, exclamó: «¡Ahora que no haya más proscripciones!» Y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna: ¡espectáculo terrible para los Romanos!, en el que no tanto era el rostro de Cicerón lo que veían, como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo, sin embargo, en estos sucesos un sentimiento laudable, que fué el de haber

hecho entrega del liberto Filologo a Pomponia, mujer de Quinto. Esta, luego que le tuvo en su poder, además de otros castigos con que le atormentó, le fué cortando poco a poco las carnes, las asó y se las hizo comer, porque así es como lo refieren algunos historiadores, aunque el liberto del mismo Cicerón, Tirón, ni memoria siquiera hace de la traición de Filologo. Se me ha asegurado que algún tiempo después, entrando César en la habitación de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Cicerón en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, le tomó, y habiendo leído en pie una gran parte de él, se lo devolvió a aquel joven, diciéndole: «Varón docto, hijo mío, varón docto y muy amante de su patria.» Poco más adelante, venció César a Antonio, y siendo cónsul, nombró por su colega al hijo de Cicerón, en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habían concedido y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medio parece que una superior providencia reservó para la casa de Cicerón el fin del castigo de Antonio.

## COMPARACION DE DEMOSTENES Y CICERÓN

A cerca de Demóstenes y Cicerón, lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado a nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparación de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes, cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria, llegando a exceder en energía y vehemencia a todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro, en gravedad y decoro a los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte a todos los sofistas. Mas Cicerón, hombre muy instruído, y que a fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no sólo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela Académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro, se ve claro su deseo de ostentar erudición. Pueden también deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones, porque Demóstenes, aspirando a la vehemencia y a la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olía al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua, de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Cicerón, inclinado a ser gra-

cioso y decidor hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedían diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender a otra cosa que a sacar partido con ellos, solía desentenderse del decoro, como en la defensa de Celio, en la que dijo: «no ser extraño que entre tanta opulencia y lujo se entregara a los placeres, porque no participar de lo que se tiene a la mano es una locura, especialmente cuando filósofos muy afamados ponen la felicidad en el placer.» Dícese que acusando Catón a Murena, le defendió Cicerón siendo cónsul; que por mortificar a Catón satirizó largamente la secta estoica, a causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio, y aun en los jueces; y que Catón sonriéndose dijo sin alterarse a los circunstantes: «¡Qué ridículo cónsul tenemos, ciudadanos!» Parece que Cicerón era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño, cuando en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditación, a las que, entregado una vez, no le fué ya dado mudar, por lo que sus enemigos, como dice él mismo, le llamaban molesto e intratable.

También se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y sólo cuando podía convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Cicerón de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria, como cuando dijo:

Cedan las armas a la docta toga,  
y el laurel triunfal a la elocuencia.

Finalmente, no sólo celebra sus propios hechos,

sino aun las oraciones que ha pronunciado o escrito, como si su objeto fuese competir juvenilmente con los oradores Isócrates y Anaxímenes, y no atraer y dirigir al pueblo romano:

Grave y altivo, poderoso en armas,  
y a sus contrarios iracundo y fiero.

Es verdad que en los que han de gobernar se necesita la elocuencia; pero deleitarse en ella, y saborear la gloria que procura, no es de ánimos elevados y grandes. En esta parte se condujo con más decoro y dignidad Demóstenes, quien decía que su habilidad no era más que una práctica, pendiente aún de la benevolencia de los oyentes, y que tenía por iliberales y humildes, como lo son, en efecto, a los que en ella se vanaglorian.

La habilidad para hablar en público e influir por este medio en el gobierno fué igual en ambos, hasta el extremo de acudir a valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopeites y Leostenes; y de Cicerón, Pompeyo y César Octavio, como éste lo reconoció en sus Comentarios a Agripa y Mecenas. Por lo que hace a lo que más descubre y saca a la luz la índole y las costumbres de cada uno, que es la autoridad y el mando, porque pone en movimiento todas las pasiones, y da ocasión a que se manifiesten todos los vicios, a Demóstenes no le cupo nada de esto, ni tuvo en qué dar muestra de sí, no habiendo obtenido cargo ninguno de algún viso, como que ni siquiera fué uno de los caudillos del ejército que él mismo hizo levantar contra Filipo. Mas Cicerón fué de cuestor a la Sicilia y de procónsul a la Capadocia; y en un tiempo en que la codicia andaba desmandada, y estaba recibido que los que iban de generales y caudillos, ya que

el hurtar fuera mal visto, se ejercitasen en saquear, no vituperando por tanto el que tomasen, sino mereciendo gracias el que lo ejecutaba con moderación, dió ilustres pruebas de su desinterés y desprendimiento, y también de su mansedumbre y probidad. En Roma mismo, siendo cónsul en el nombre, pero ejerciendo en la realidad autoridad de emperador y dictador con motivo de la conjuración de Catilina, hizo verdadera la profecía de Platón de que tendrían las ciudades tregua en sus males, cuando por una feliz casualidad un grande poder y una consumada prudencia concurriesen en uno con la justicia. La fama culpa a Demóstenes de haber hecho venal la elocuencia, escribiendo secretamente oraciones para Formión y Apolodoro en negocio en que eran contrarios; y le desacredita por haber percibido dinero del Rey, y por haber sido condenado a causa de lo ocurrido con Harpalo. Cuando quisiéramos decir que todo esto fué inventado por los que escribieron contra él, que no fueron pocos, todavía no tendríamos medio ninguno para hacer creer que no había visto con ojos codiciosos los presentes que por obsequio y honor le hacían los reyes, ni esto era tampoco de esperar de quien daba a logro sobre el comercio marítimo; pero en cuanto a Cicerón ya tenemos dicho que habiéndole hecho ofertas y ruegos para que recibiese presentes, los Sicilianos cuando fué edil, el rey de Capadocia cuando estuvo de procónsul, y sus amigos al salir a su destierro, los resistió y repugnó en todas estas ocasiones.

De los destierros, el del uno fué ignominioso, teniendo que ausentarse por usurpación de caudales, y el del otro fué muy honroso, habiéndosele atraído por haber cortado los vuelos a hombres malvados, peste de su patria; así, del uno nadie hizo memo-

ria después de su partida; y por el otro mudó el Senado de vestido, hizo duelo público y resolvió que no se diese cuenta de negocio ninguno hasta haberse decretado la vuelta de Cicerón. Mas, por otra parte, éste en el destierro nada hizo, pasándolo tranquilamente en Macedonia; pero para Demóstenes el destierro vino a hacerse una de las más ilustres épocas de su carrera política, porque trabajando en unión con los Griegos, como hemos dicho, y haciendo despedir a los legados de los Macedonios, recorrió las ciudades, mostrándose en un infortunio igual mejor ciudadano que Temístocles y Alcibiades. Restituído que fué, volvió a su antiguo empeño, y perseveró haciendo la guerra a Antipatro y los Macedonios. Mas a Cicerón le echó en cara Lelio en el Senado que pretendiendo César se le permitiese contra ley pedir el consulado, cuando todavía no tenía barba, se estuvo sentado sin hablar palabra; y Bruto le escribió increpándole de que había fomentado y criado una tiranía mayor y más pesada que la que ellos habían destruído.

Ultimamente, en cuanto a la muerte, bien era de compadecer un hombre anciano, llevado, a causa de su cobardía, de acá para allá por sus esclavos, a efecto de esconderse y huir de una muerte que por la naturaleza no podía menos de amenazarle de cerca, y muerto al cabo lastimosamente a manos de asesinos; pero en el otro, aunque se hubiese abatido un poco al ruego, siempre es laudable la prevención y conservación del veneno, y más laudable el uso, porque no prestándole asilo el Dios, como quien se acoge a mejor ara, se sustrajo a sí mismo de las armas y las manos de los satélites, burlándose de la crueldad de Antipatro.

# I N D I C E

Páginas.

PLUTARCO..... 7

VIDAS DE PERICLES Y FABIO MÁXIMO:

Pericles..... 15

Fabio Máximo..... 63

Comparación de Pericles y Fabio Máximo..... 98

VIDAS DE ALCIBIADES Y CORIOLANO:

Alcibiades..... 105

Cayo Marcio Coriolano..... 155

Comparación de Alcibiades y Coriolano..... 200

VIDAS DE DEMOSTENES Y CICERON:

Demóstenes..... 209

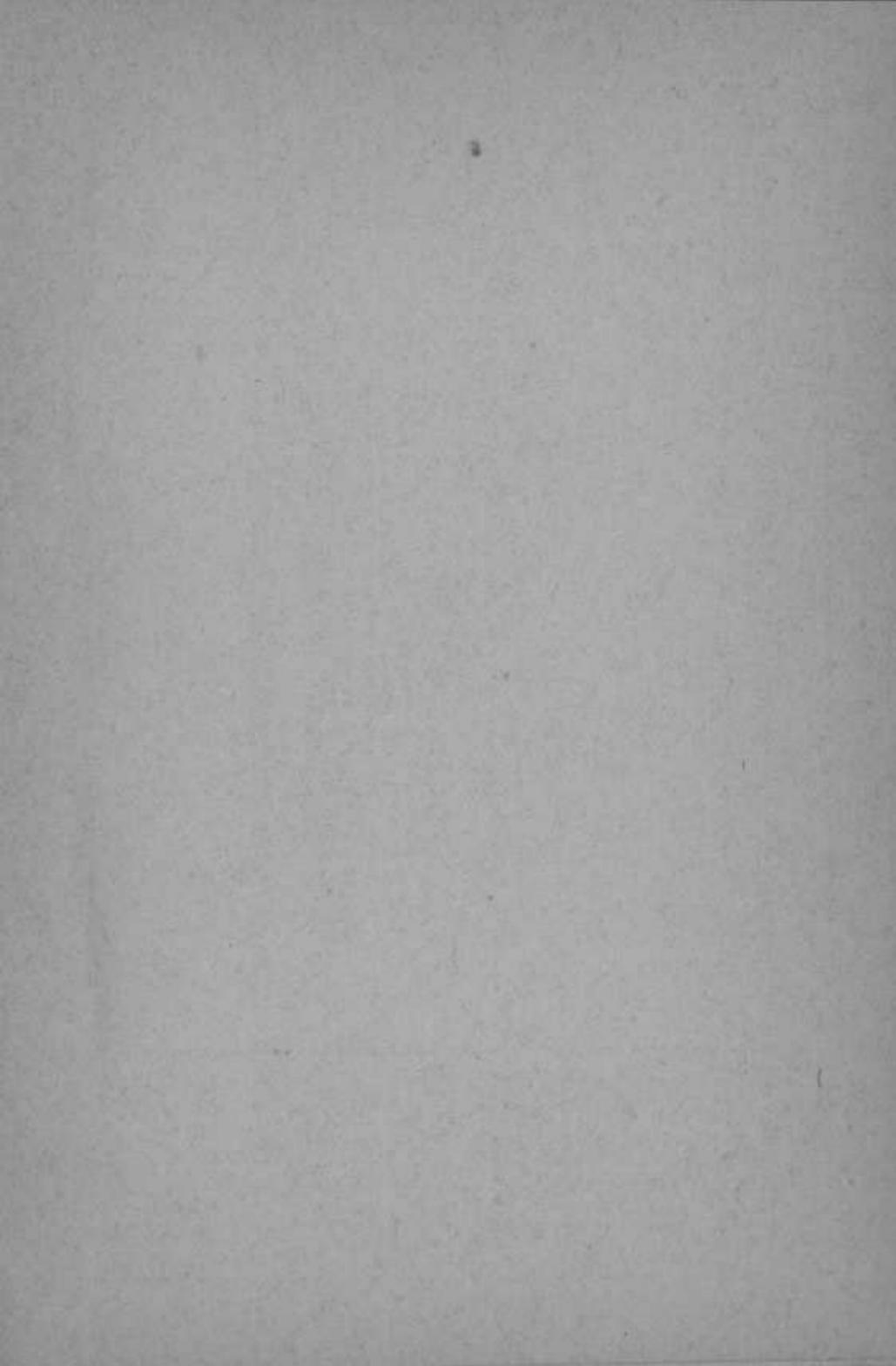
Cicerón..... 241

Comparación de Demóstenes y Cicerón..... 296













B.P. de Soria



61168356

DR 2003



PLUTARCO



VIDAS DE  
HOMBRES  
ILUSTRES



DR

2003